SILVIA P. MARTÍN



EL SECRETO DE LAS ESPINAS

EL SECRETO DE LAS ESPINAS

SILVIA P. MARTÍN

El secreto de las espinas

© 2025 Silvia P. Martín
© Diseño de cubierta: María Rosa Pavón Gómez
© Diseño y maquetación: Cristina Guerrero Jerez (@eryaescribe)

Corrección: Alba S. Santos Ochoa

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad individual.

A los que alguna vez se pincharon con la rosa más bonita del ramo.
Y a quienes no les da miedo luchar por el amor y el respeto.

PRÓLOGO

Era el día de su boda y solo pensaba en escapar de allí.

El vino le supo amargo y correoso en la lengua, pero se contuvo para no escupirlo e hizo que pasara rápido por la garganta. Miró la copa con disimulo, como si el líquido rojizo pudiera desvelarle el motivo de su sabor. Pero no hubo revelación alguna. No se debía a la maduración de las vides, ni a sus años, ni al acabado posterior del producto. Sabía que la culpable era ella.

La comida no había tenido mejor resultado. Un par de bocados de salmón marinado con eneldos, que, a pesar de estar fresco como recién pescado, se le hizo una bola entre los dientes. Había tragado la carne anaranjada con dificultad sin sentirse más que indigesta.

Paseó la mirada a su alrededor. Parecía la única sin apetito. El resto de invitados deambulaban por el salón para disfrutar de las primeras delicias antes del banquete nupcial.

Nupcial. La palabra se repitió en su cabeza con un tono desolador.

Los demás se mezclaban entre sí en grupos de conversación frugal de los que se escapaba alguna risotada mordaz o un comentario elevado de tono. Elegantes ellos, con sus casacas en tonos pardos y pañuelos de seda vivos en el cuello. Exquisitas ellas, con vestidos de volantes adornados hasta el mínimo detalle. No faltaban los complicados peinados con cintas y flores que habían acompañado con las joyas más caras de su cajita de tocador. Algunos de los caballeros consultaban su reloj de bolsillo por décima vez, más por mostrar el delicado acabado de la pieza que por interés en la hora.

Cualquier reunión social era casi una pasarela de ajusticiamiento en Longlake. Todos andaban de aquí para allá, en un desfile de buenos modales y poderes adquisitivos, juzgando a los demás por lo que llevaban, lo que comían y lo que hacían. Atentos a cualquier falta, su hipocresía les permitía soltar veneno de alguien con quien acababan de compartir una cordial conversación en cuanto les daba la espalda.

El tiempo de preparación de la imagen que cada uno de ellos quería mostrar era muy superior al tiempo exacto del evento. Pero eso no importaba. Una invitación al estrecho círculo de la corte requería ciertos sacrificios, todos lo sabían.

Ella también.

A su derecha, una dama soltó una risa tan estudiada que le hizo entornar los ojos. Junto a ella, uno de los dos hombres que la acompañaban, alentado, acompañó su reacción con un nuevo comentario que provocó otra risa. Casi la imaginaba ensayándola por las mañanas frente a su espejo. Suspiró. Antes disfrutaba de todo aquello, pero no ese día.

Conocía a la mayoría de los allí congregados. Condes, duques y marqueses de todas las regiones, incluso la misma hija del rey. Tragó saliva. Se sentía sola, extraña y vacía. La culpa la atenazaba desde hacía días, impidiéndole descansar con normalidad. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Se mordió el labio y el sabor del carmín rosáceo le añadió otro punto de amargor al paladar.

—Querida Juliane. —Una voz cantarina entre terciopelos azul pardo la sobresaltó—. No sabes cuánto me alegro por ti. —Aunque sus ojos decían todo lo contrario—. Has cazado a un buen partido. ¡Y nada menos que conde! Nuestra diosa Efemerin, gloriosa sea, no ha podido proclamar mejor unión.

Esperó que su media sonrisa no le resultara tan falsa a su interlocutora como a sí misma y se esforzó en responderle con un comentario a la altura.

—Gracias, Elodin, estás encantadora esta noche. Atraerías los ojos del mismísimo rey.

La muchacha se apartó un bucle del hombro y soltó una risotada.

—No creo que pudiera soportarlo. Soy una mujer de gustos sencillos.

Juliane se esforzó por no arquear una ceja. Solo la tela del corpiño que le ceñía el busto tenía un precio desorbitado. No llamaría a eso ser de gustos *sencillos*. Tampoco ella lo era. Bajó la vista a su vestido de novia, el mismo que la ataba desde esa misma tarde a un apellido distinguido y a un hombre que no quería.

Acarició el tul de la falda salpicada de pequeños cristales y se esforzó en mantener una conversación medianamente decente. Elodin parloteaba sin parar y ella contestaba con respuestas cortas. Que si le

gustaban las nuevas flores que el rey había colocado en las entradas del palacio. Muy bonitas. Que si no había visto algo más horrible en todo el reino que la abertura del vestido de Regina McDought. Por supuesto, muy indecoroso. Que si se había enterado del anuncio de compromiso del hijo del duque de Quinsmore. No, qué buena noticia.

Bebió un sorbo de vino a la espera de que el alcohol le permitiera a su cabeza escapar de la lengua afilada de Elodin. Al alzar la mirada sobre la espalda de su interlocutora, vio a alguien familiar y su expresión se contrajo. La copa cayó al suelo y se hizo añicos, y el bajo del vestido quedó salpicado de rosas burdeos de vino.

Bajó la mirada un instante, pero la alzó con rapidez y alargó el cuello. Entre las caras desconcertadas de los que estaban a su alrededor no vio ninguna conocida. Meneó la cabeza.

—Oh, mi vestido… —Oyó lamentarse a Elodin—. Aunque el tuyo ha quedado muchísimo peor, querida. ¿Estás bien?

«No».

—Sí.

Simuló abanicarse con una mano y forzó una sonrisa avergonzada hacia los presentes. Su flamante marido no había reparado en su descuido, ensimismado como estaba en su conversación en la parte más alejada del opulento salón. En poco tiempo, y con el chispeo del vino bullendo en los ánimos de sus invitados, se iniciarían las peticiones del encamamiento. La sola idea de compartir el lecho con aquel desconocido le achicó los pulmones. Necesitaba aire.

Sin pensarlo, dejó atrás toda la algarabía de su fiesta de boda para salir al jardín de la residencia del que sería su nuevo condado. Levantándose la falda del vestido, se perdió entre los setos cortados a la perfección y la brisa nocturna con olor a azaleas. Un par de parejas se dedicaban atención entre los recovecos íntimos que ofrecía el diseño del jardín, como si su actitud no fuera un agravio a los dioses. Ninguno le prestó atención.

Bordeó la fuente solitaria donde la silueta marmolada de dos caballos precedía a la del dios Serón, el guardián de todos los hogares del reino de Longlake, y se perdió tras un arco perfecto de hiedra. Tras él, encontró un sendero adoquinado salpicado de verdina entre las juntas. El sonido de sus zapatos de tacón blancos destacó sobre la melodía del

cuarteto de cuerda que flotaba desde el salón de la residencia para perderse en la noche.

Tomó asiento en un banco de piedra escondido bajo las ramas de un nogal que parecía estar puesto allí solo para ella. Apoyó la cabeza entre las manos y se obligó a respirar mientras su mente la torturaba.

«Juliane, tienes que calmarte».

«Solo te has casado».

«Olvida».

«Con alguien que no quieres».

«Pero es lo *adecuado*. Amor y obligación son cosas diferentes».

«Olvida».

«Esta noche ya serás de otro. Tu cuerpo será de otro».

«Pero no tu corazón».

«Olvida».

—No puedo. —Las lágrimas llegaron hasta sus ojos y sollozó en silencio. Un crujido procedente de la izquierda hizo que levantara la cabeza. Se limpió los ojos con el dorso de la mano y preguntó—: ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió y todo estaba en calma, pero notaba la piel erizada con un escalofrío de alarma. ¿Era una silueta eso que había visto entre los setos? Se levantó tan ensimismada que no vio a quien se acercaba por la derecha y le tapaba la boca con la mano. El corazón le dio un vuelco, y, al girarse, el alma se le cayó a los pies.

—¿Qué haces aquí? No puedes…

—Sí puedo. Esto es una tortura. —La cogió de la cintura para estrecharla contra su cuerpo. Su aliento, ese que conocía tan bien, le hizo cosquillas en el cuello—. No te quedes aquí, Juliane.

Bajó la vista, eran justo las palabras que no necesitaba oír en ese momento, cuando su coraje flaqueaba y tenía que recordarse qué hacía allí.

—Ya me lo has pedido muchas veces, y mi respuesta siempre será la misma: tengo que hacerlo. Lo sabes.

—Solo es un maldito papel sacado a conveniencia en un templo.

Iba a protestar, pero sus labios estaban juntos antes de darse cuenta. Bebieron de promesas rotas y se fundieron en un beso extraño, agónico y húmedo. Se separó unos pasos para poner distancia, respirando con

agitación. Por los dioses, llevaba puesto su vestido de novia, aquello era una traición en toda regla. Era un *error*.

—Márchate —rogó en un susurro, pero tomó su mano y la acarició entre los dedos—. Esto es una despedida.

—¿Acaso has dejado de quererme?

Juliane se apoyó una mano en la frente para masajearla.

—Claro que no.

—Entonces, escapemos. Como han hecho ya otros.

Negó con la cabeza. Se sentía cada vez más rota con cada palabra. Por mucho que quisiera abrirle un camino de esperanza, tenía que ser realista.

—Sabes que mi familia está en una posición delicada, este matrimonio es *necesario*. Es mi obligación.

—¿Te obligas a ser infeliz? —Con una sonrisa amarga, ese brillo astuto en sus ojos claros se acentuó.

—¿Desde cuándo ha importado en este reino nuestra felicidad? Los dioses velan por nosotros, pero también nos condenan con sus decisiones.

—Los dioses son dioses. Las decisiones las tomamos nosotros, cariño.

Suspiró. Ya no había marcha atrás.

—Es mi destino. Ya está escrito. —Cada palabra dolía. Se alisó la falda para obligarse a mantener la cabeza fría—. Y el tuyo también, no te engañes. No hay ninguna posibilidad de que lo cambiemos.

—Ya lo veremos. —Su tono bajó. Una extraña brisa heladora pareció soplar para acompañar sus palabras—: Este reino es como un rosal. Solo hay que saber qué espinas cortar para que todo cambie.

Juliane levantó la mirada y encogió la espalda para controlar el frío. El fogonazo de rabia visceral de su acompañante le puso los vellos de punta.

—¿Juliane? —Reconoció la voz de su madre, que la llamaba desde algún lugar del jardín—. Juliane, ¿estás aquí?

Se miraron un instante. Le acarició los dedos.

—Adiós —susurró y se marchó, haciendo esfuerzos para no mirar atrás, porque, si lo hacía, se rompería en mil pedazos.

Al salir de aquel sendero escondido, supo que una parte de ella se había quedado junto a aquel banco de piedra. Tenía el corazón roto y desgarrado. Tomó aire y caminó hasta dar con su madre, enfundada en

su elegante modelo de seda azul claro y con el peinado como recién hecho.

—Pero ¿qué ha pasado con tu vestido? —La regañó y la arrastró por todo el jardín, cogiéndola del brazo—. Por suerte, ya todos se están retirando a sus alcobas. Tu nuevo esposo ha sido muy amable al permitir que los más achispados se queden a pasar la noche. Y tú, señorita, ¿estás preparada para tu noche de bodas? —Quiso gritar, pero se encogió de hombros por toda respuesta con un nudo en la garganta.

Su madre tomó su mutismo como una muestra de vergüenza e inocencia.

—Oh, querida, no es tan malo como lo pintan —dijo—. Un poco desagradable la primera vez, pero, con el tiempo, te acostumbrarás. Puede incluso que disfrutes entre sus brazos.

A Juliane no le preocupaba en absoluto lo que ocurriera en su nueva alcoba marital. Ya conocía su cuerpo lo bastante como para saber que el conde jamás podría despertar en ella lo que despertaban otros brazos. Lo mejor era pasar aquel trago lo antes posible para convencerse de su cambio de vida. La sala de baile estaba ahora casi desierta. Un par de damas parloteaban entre risotadas escandalosas sin dejar de contonearse a pesar de que los músicos ya habían dejado de tocar y guardaban sus instrumentos. El personal de servicio recogía las copas diseminadas por los lugares más inverosímiles de la sala.

Antes de darse cuenta, Juliane ya estaba subiendo la majestuosa escalera de mármol rumbo a su nuevo destino como mujer casada. Un destino que se sembraba en la gran urna de arena del templo de Efemerin.

Desde hacía cientos de años, todos los nobles de Longlake se casaban siguiendo la famosa tradición de emparejamiento. Al llegar a los dieciocho años, las jóvenes de clase alta en edad de casamiento introducían su nombre en una urna de arena. El día del ritual para el hombre correspondiente, este acudía al templo junto a todas las mujeres cuyos nombres aún estaban en la urna y se seleccionaba uno ante los ojos y la magia blanca de Efemerin, cuya sabiduría lograría unir a las parejas más convenientes.

Por supuesto, los cónyuges debían tener un enlace limpio y ser célibes hasta la noche del encamamiento, algo que, en los tiempos que corrían, solían cumplir muy pocos. Era curiosa la insistencia en cumplir

la tradición, pero todos miraban hacia un lado ante los encuentros contra-Efemerin, que cada vez eran más habituales.

Al menos, los tiempos modernos permitían que en las fiestas todos los nombres de la urna se conocieran un poco entre sí, pero había muchos que se habían casado siendo unos completos desconocidos solo para seguir el dictamen de la diosa. No era de extrañar que, en el pasado, algunos hubieran huido por tener libertad de elección o con un niño en su seno contra los dioses. A partir de ahí, se desligaban de su apellido aristócrata para labrarse una nueva vida en los liberales reinos vecinos, los que veían Longlake como una comunidad con un misticismo ya arcaico.

Su madre la condujo a la habitación anexa a su alcoba, que ahora utilizaría como vestidor, y ordenó a su criada personal que la ayudara a quitarse las prendas antes de desearle suerte con un guiño de ojos.

La muchacha, una chica con pecas en la nariz e intensos ojos azules, era demasiado diestra en su trabajo y, en apenas unos instantes, ya estaba ataviada solo con su camisola interior bordada para la ocasión. Le deshizo el peinado con dedos hábiles para dejar que el cabello le cayera sobre los hombros y se marchó con una inclinación de cabeza.

Juliane miró la puerta interior que conducía directamente a la habitación que compartiría con su esposo. Suspiró y levantó la cabeza. Era hora de dejar atrás a la sencilla dama que había sido para convertirse en la condesa de Rigram. Abrió la puerta y se deslizó sobre la moqueta.

La alcoba del conde era espaciosa, pero muy impersonal. La ventana estaba entreabierta y la brisa nocturna del jardín hacía ondear los doseles de la cama de color vino oscuro. La sorprendió ver una estatua de Tegra, la diosa de los enigmas, ya que no era una de las deidades favoritas entre la población. Se la relacionaba con el carácter secreto de las personas y la doble moral que todo mortal albergaba en el alma, por eso solía representarse a la figura con un velo cubriéndole el rostro y las palmas de las manos abiertas.

—Ya era hora. —El conde chistó la lengua irritado desde un sillón. Juliane caminó hacia él mientras la recorría con una mirada contrita en los ojos saltones y una copa de cristal con un líquido azul en la mano.

Lucianus, conde de Rigram, no tenía ningún atractivo aparte de su título. Era joven, pero sus ademanes egocéntricos eran fruto de haber

heredado un papel importante a una edad temprana. No era amable, ni apuesto, ni gozaba de una gran inteligencia. Juliane se sentía incapaz de apartar la vista de la pequeña mancha, más grande que un lunar, de su afilada nariz. Se disculpó por su tardanza y Lucianus se levantó.

—A partir de ahora, eres mi esposa, así que espero que estés siempre donde yo te pida cuando yo te lo pida. —Se relamió los labios y ella apretó los suyos. Se intentó recordar que se había unido a aquel tipo porque era lo que *tenía que hacer*.

El conde dejó la copa en la mesa y se acercó a ella.

—¿Eres sorda?

—No. —Se mordió el labio para desvanecer su rabia—. Solo estoy nerviosa.

Él estaba muy cerca y ya le estaba bajando la manga del camisón. Tenía los dedos pringosos.

—No lo estés. Tampoco somos unos completos desconocidos como en otros enlaces de Efemerin, ¿verdad?

Se habían visto en unas cuantas fiestas, sí. Las justas para que Juliane comprobara cuánto le disgustaban su tono y su mirada altiva. Cuando salió su apellido de la urna, fue como si un animal le arrebatara el estómago de un mordisco.

Su camisón cayó sin apenas darse cuenta. Desnuda, él la condujo con urgencia a la cama. No tardó en estar desvestido. Ella no hizo el amago de ayudarlo, no sentía absolutamente ninguna atracción por tocarlo, así que se dejó hacer. Lucianus no pareció incómodo con su actitud sumisa. Sintió sus dedos recorriéndole el cuerpo y sus jadeos animales en el cuello con olor a vino. Sus caricias eran tan violentas que se planteó la posibilidad de que fuera de los pocos que aún seguían la tradición del celibato, pero sabía a ciencia cierta que ya había compartido la cama con alguna otra dama de la corte.

Fue un acto duro, incómodo y breve. Al terminar, él se retiró y, sin limpiarse, se dejó caer desnudo al otro lado de la cama. Juliane se sintió sucia y mancillada como una muñeca. Al poco, lo oyó roncar suavemente. Lloró en silencio, rota, a la vez que repasaba en su cabeza todo lo que había perdido. ¿Qué le deparaba el futuro? Una vida llena de lujos y vacía de sentimientos. De encuentros breves como aquel y miradas anodinas. Suspiró con el corazón aún encogido después del llanto. Estaba cansada, pero se negaba a dormir allí. Así que, descalza,

se deslizó de nuevo hasta la habitación del vestidor y se hizo un ovillo entre un par de mantas en el suelo. No tardó en quedarse dormida después de todo aquel bucle de emociones.

Despertó poco antes del alba con un penetrante dolor de cabeza. Decidió volver a la cama del conde antes de que se despertara y no la viera junto a él. No le apetecía encender su ira el primer día de casados. Cerró la puerta con cuidado y se introdujo en la habitación.

Hacía más frío allí que en el vestidor. Lo primero que percibió fue el extraño olor. Un aroma metálico e intenso que flotaba en el ambiente. Después, sus pasos se congelaron. Los primeros rayos de sol iluminaban la cama y los doseles se mecían con la suave brisa de la mañana. Estaban manchados de rojo.

Con cautela, se acercó a la cama y ahogó una exclamación de horror.

Lucianus tenía los ojos abiertos y fijos, como cristalizados de azúcar. Estaba tumbado boca arriba, desnudo, tal como lo dejó. Pero, ahora, su pecho era un amasijo de carne deshilachada y la sangre había rezumado por los costados para teñir la ropa de cama. La carne del estómago y del pecho estaba atravesada por varios puntos y descansaba en pliegues sangrantes como una fruta pelada.

Se horrorizó al advertir la forma familiar de lo que lo atravesaba. Un puñado de tallos espinados parecía haber nacido en su corazón y abierto la carne hasta el exterior. Las espinas aún goteaban sangre. Juliane dejó salir el grito que estaba conteniendo y se dejó caer de rodillas al suelo.

I

Elegor

Al entrar en el salón real, el perfume de cientos de rosas lo invadió. Inspiró y recibió el aroma con deleite. Después de un olfato atrofiado por el incienso seco de los últimos seis meses, aquel olor en particular era una bendición.

Elegor se sorprendió de que la sala estuviera vacía a pesar de que había anunciado su llegada hacía ya dos semanas. El salón real privado de la corte de los Mansen era una ostentación. Con sus cortinas de terciopelo bruñido en brocados de hilo de oro, sus lámparas de cristal que reflejaban los rayos tempranos que se colaban por los ventanales y el suelo de mármol blanco; era una estancia digna de un rey. Un rey que no estaba en su trono.

Dedujo que había llegado demasiado pronto. Un sirviente embutido en un uniforme impoluto con casaca gris y camisa blanca se acercó.

—Su majestad y la princesa ya han sido informados de su llegada, príncipe Elegor. —Le hizo una pequeña reverencia—. ¿Puedo traerle algún refrigerio mientras espera?

Elegor estaba hambriento. Pidió que le sirvieran allí mismo fruta, pan y mermelada. Se sentó en una de las mesas de caoba y patas de marfil junto a uno de los ventanales. Había un gran centro de rosas rojas sobre ella. Cogió una y, distraído, se la llevó a la nariz mientras admiraba los jardines a través del cristal. Su padre había hecho un buen trabajo en su ausencia, y los jardines reales presentaban mejor aspecto que nunca. Varias estatuas de las deidades de Longlake los custodiaban desde sus posiciones privilegiadas sobre altares de marfil, pero una de ellas dominaba el sendero del jardín sobre todas y parecía mirarlo antes de someterse a su juicio ese mismo día.

Alguien entró en la estancia. Aún conservaba su ropa de cama y tenía los rizos rubios desperdigados por la coronilla en un amago de intento

de peinado que debía haber sido pausado repentinamente. Elegor se levantó para estrechar a su hermana entre los brazos y permanecieron así unos segundos. La calidez de su contacto y el olor de su cabello le hicieron sentir en casa.

—¡Pensaba que llegabas a la hora del almuerzo!

—Tenía ganas de verte.

Ella se separó y enarcó una ceja justo cuando un par de sirvientes entraban con bandejas de plata y exponían en la mesa todo un festín.

—Sí, claro, para verme —dijo con un bufido—. Admítelo, estabas harto del menú de allí. ¿Había algo más que sopa de cebolla o gachas de avena?

—No he ido para curtir mi estómago, sino mi mente, hermana.

Mavaris le hizo un gesto con la mano y se sentó junto a él para degustar una rebanada de pan. Mientras ella cogía el cuchillo y untaba una capa gruesa de mermelada de grosellas, no pudo evitar ver que el tiempo que había pasado fuera de palacio no había hecho más que aumentar su atractivo. Quizá no fuera una de esas bellezas que acaparaban miradas, pero había una peculiar mezcla de su pelo en contraste con su piel bronceada que la hacía diferente al resto de damas de la corte. Elegor frunció el ceño. Había una nota triste en sus ojos azules que no estaba cuando se marchó, y se sintió culpable. Su necesidad de conocimiento le había hecho dejarla sola con su padre mientras se formaba en el templo de Vondal. El rey de Longlake no era una persona fácil.

—¿Y qué se cuece por la corte en mi ausencia? —preguntó, dándole un bocado a una manzana. Debía reconocer que la fruta fresca era mucho mejor que las gachas de avena del templo.

—¿En seis meses? —dijo ella y se chupó un dedo lleno de mermelada sin ningún decoro—. Lo de siempre. Fiestas, problemas en la frontera con Altamur, emparejamientos… —Su mirada estaba perdida en el jardín, pero volvió a él—. Por eso has vuelto, ¿no? Hoy es tu cita de emparejamiento ante Efemerin.

Él asintió.

—Y eso me recuerda que debo darte la enhorabuena —dijo, dándole una palmadita en el brazo. Su hermana había sido seleccionada hacía un mes—. El conde Sandalier es un buen hombre. La diosa no pudo estar más acertada ese día.

—Sí, supongo que lo es —comentó ella con un suspiro—. Una elección como cualquier otra. Solo lo he visto dos veces desde entonces, la boda será en un par de meses. Ya conoces a padre, querrá que tu propio enlace se formalice antes para asegurarse la línea de trono masculina.

Había cierta molestia en su voz, pero, antes de que pudiera decir nada, el propio rey hizo acto de presencia. Thurgo Mansen siempre había sido un hombre grande, pero, desde su subida al trono, tras la muerte de su abuelo Abgu, su corpulencia se había concentrado en la parte abdominal. Llevaba en el trono de Longlake más de treinta años y reinaba en soledad, tras la muerte de su esposa la misma noche del alumbramiento de Mavaris. Nunca había sido un hombre amable, pero, con el paso de los años, su carácter se había agriado a pasos agigantados. Se acercó, embutido en su ropaje de seda y con la capa real a pesar de que no hubiera audiencias esa mañana.

Elegor se levantó y dejó que le diera un toque en el hombro, la máxima muestra de afecto que podía esperar de él.

—Bienvenido, hijo —dijo en tono grave—. Confío en que tu estancia con Vondal te haya nutrido la mente y el alma para tu futuro.

—Así ha sido, padre. He disfrutado de mi aprendizaje más de lo esperado.

Y no mentía. Era tradición en la familia real de Longlake que el heredero al trono, al cumplir los veinticinco años, iniciara una exclusiva formación en el templo del conocimiento de Vondal, a cinco días de viaje por las colinas del norte. Allí, al amparo de los sabios sacerdotes del dios, recibiría una formación exhaustiva de dieciocho horas al día sobre todos los pormenores de la política, el liderazgo, la justicia y el honor. Todos los grandes líderes de la línea sucesoria habían sido sometidos a este entrenamiento mental.

Desde su niñez, Elegor había sido un niño ávido de respuestas. En su adolescencia y entrada ya la madurez, su estancia favorita del palacio fue la biblioteca. Mientras sus mejores amigos iban de caza y no se perdían ninguna fiesta, él disfrutaba más en compañía de todos aquellos viejos tomos que narraban la historia del reino, las ordenanzas de la religión ancestral y otros datos que alimentaban su sed de información. No era de extrañar que hubiera estado deseoso de comenzar su periodo de conocimiento espiritual con Vondal.

Seis meses. Un periodo de tiempo donde había dejado de ser un niño mimado de palacio para someterse a los designios del dios como un mero mortal. Los seis sacerdotes ocupados de su instrucción no le habían dedicado una atención especial por ser hijo de quien era. En su sencillo habitáculo, residencia durante su estancia allí, se acostumbró a una rutina austera. La mañana comenzaba con unas alabanzas a Vondal. Desayuno. Clases durante la mañana. Almuerzo. Clases hasta el anochecer. Cena, rezos y retiro a descansar. Todos los días eran iguales y, al mismo tiempo, no lo eran. Su cabeza se encontraba más activa que nunca, llena de leyes, ordenanzas, juicios de moral… Todo un abanico de herramientas para convertirlo en un perfecto heredero.

Una de sus enseñanzas fue que la religión iba de la mano del conocimiento. Sus convicciones con respecto a los dioses siempre habían sido férreas, mucho más que la de otros como Muller y Frederick, que sí habían roto algunas tradiciones como el voto de celibato antes de contraer matrimonio. Su padre lo sacó de sus pensamientos al nombrar a la diosa con un gesto hacia la ventana.

—Hace un gran día. La diosa de las uniones está preparándose para otorgarte el honor de buscarte una esposa digna, hijo.

Elegor asintió. Mavaris carraspeó y siguió masticando con fruición. Era evidente que era la menos devota de la familia y prefería andar por ahí acompañada de sus damas tramando algún nuevo divertimento por la corte que rezando a los dioses. De pronto, la muchacha se levantó y dio palmaditas.

—Hermano, tengo que enseñarte los cambios en el jardín que he propuesto.

Thurgo la miró con el ceño fruncido. Pareció darse cuenta de la indumentaria de su hija.

—Retírate a adecentarte. —Su tono fue seco y no admitía discusión—. No puedo creer que seas tan tremendamente descarada.

Mavaris le sostuvo la mirada con una chispa encendida en los ojos. Desde pequeños, siempre le habían recordado a los de una gacela. Grandes, observadores e intuitivos, absorbían todo lo que ocurría a su alrededor en silencio. Aunque no supo descifrar qué, intuyó que se había perdido algo en su ausencia. Su padre tenía una vena hinchada en la sien que palpitaba: el autocontrol no era uno de sus fuertes como rey. Su hermana frunció los labios y se marchó con la mirada gacha sin

pronunciar palabra. El ambiente había cambiado y Elegor carraspeó para intentar relajar los humos. Ya se enteraría más tarde de por qué había esa tensión entre ellos.

Su padre le pasó una mano tras la espalda para acompañarlo a sus aposentos. Supuso que su posición no debía ser fácil y que, a pesar de su carácter, Thurgo no era un mal monarca. Una de sus obligaciones era mantener el honor de su familia. Igual que la suya.

El *honor* era lo más importante.

II

Elegor

La plaza que antecedía al templo principal de Efemerin en Longlake estaba a rebosar. No todos los días se tenía el gusto de asistir al ritual de emparejamiento del príncipe y futuro heredero al trono. Varias sacerdotisas encendían los calderos de esencias, y el humo verdoso se colaba entre los cuerpos de los curiosos allí congregados. El pueblo esperaba a las puertas del templo para celebrar la nueva unión, algo que no solía ocurrir en todos los emparejamientos, que tenían un carácter más íntimo.

Pero el rey se había asegurado de que la noticia llegara a todos los oídos del reino. Era una forma de mostrar la firmeza en la continuación de su línea sucesoria, y más en los tiempos turbulentos que corrían, sobre todo, en la frontera con Altamur, la ciudad costera con la que llevaban enemistados varias décadas.

El carruaje real se detuvo en un lateral. Elegor salió tras su padre y su hermana para admirar el hermoso templo precedido por un camino de columnas conectadas entre sí por su parte superior. Separados del resto del pueblo, una comitiva de miembros de la corte los esperaba. Estrechó la mano de muchos de ellos, notando cómo el sol no daba tregua y le calentaba la espalda embutida en la casaca de hilo bordado. Pronto estuvo empapado. Se retiró un poco del resto, afanados en sus conversaciones frugales; al fin y al cabo, aquello era como otro de esos eventos sociales que él solía rehuir. Intentó mantener las apariencias y se aflojó la pechera de la camisa con disimulo. Una mano le ofreció un pañuelo negro.

—Tienes peor cara que el faisán que tumbamos el otro día.

Elegor sonrió y aceptó su ofrecimiento.

—Espero que Efemerin sea juiciosa y mi futura esposa no piense eso. —Se limpió el sudor de la frente con unos cuantos toques disimulados.

Muller Micanstone lo miró con una media sonrisa. Su expresión y la transparencia de sus ojos verdes siempre le daban un aire de pillastre, aun enfundado a la perfección en sus ropajes de seda negra con motivos azules. Era todo lo contrario a él. Y también era su mejor amigo.

—¿Y qué más da lo que ella piense? —espetó Muller y lo estrechó sin importarle estar ante cientos de ojos—. Una vez hablen las arenas, ya estarás cazado, compañero. Has vuelto para pasar de un periodo de prisión a otro.

Una nueva figura se unió a ellos.

—Y yo que pensaba que habías regresado para asistir a mi flamante enlace —dijo su otro amigo, Frederick, más comedido, con una palmada en la espalda. Tuvo que elevar la voz, ya que el barullo de la multitud era cada vez más acusado—. Me alegro de verte.

Frederick, hijo mayor del fallecido marqués de Inutria, también había recibido su emparejamiento en su ausencia. Recordó la información que le había transmitido en sus cartas y calculó.

—Dos días. El enlace es pasado mañana, ¿verdad?

Frederick asintió y señaló a una dama de vestido gris perla y pelo castaño que lo miraba desde un corrillo de mujeres apostadas en un lateral. La saludó y ella contestó alzando la mano con las mejillas encendidas.

—Rossane, de los Trevelian. Es una mujer encantadora.

Muller chasqueó la lengua.

—Oh, vamos, no tengo más pañuelos para recoger también tus babas.

Frederick le dio un sutil golpe en el brazo y los tres rieron. Elegor había echado de menos esos momentos en su periodo de distanciamiento.

—¿Y tú? —Se giró hacia Muller—. ¿Cuándo piensas someterte al rito?

Frederick meneó la cabeza.

—Cuando Serón deje su caballo. —Algo que era imposible, pues todas las representaciones del guardián de los hogares incluían a su cabalgadura. Frederick echó un brazo por encima a Muller—. Amigo, eres el mayor de los tres y llevas años eludiendo tu ceremonia.

Muller era el hermano mediano y único varón de su familia. Su hermana mayor, cuya elección en las arenas se había hecho de rogar más de dos años, había acaparado toda la atención de sus padres, los

duques de Micanstone, quienes no parecían haber presionado demasiado a su hijo. Aun así, Elegor no entendía aquel desapego de su mejor amigo por los ritos obligatorios de su religión.

—¿No confías en la diosa? —le preguntó.

Muller se encogió de hombros.

—Elegor, amigo, la diosa no es el problema. No confío en mí. —Bajó la voz con una sonrisilla perversa—. He probado demasiadas delicias contra-Efemerin como para renunciar a ellas tan pronto por estar atado a una esposa.

Frederick puso los ojos en blanco y clavó la mirada de nuevo en su prometida.

—Pues yo estoy deseoso de *atarme* a la mía.

—Cuidado con las prisas —dijo Muller con una mueca—. No querrás alterar a Efemerin.

—Tú ya la alteras por los tres.

—Sin duda.

Elegor vio su sonrisa pícara, pero su atención estaba centrada en la conversación de una pareja de hombres junto a ellos. Hizo un gesto con la mano a sus amigos para que se callaran.

«… Y la chica ha sido condenada. La llevaron a la prisión del Monte Este. Asesinar así a un conde…».

—Oh, sí, terrible… —dijo Frederick en voz baja—. Lucianus Rigram.

—¿Las noticias no llegan hasta esa panda de monjes? Fue el chisme estrella de hace dos semanas —continuó Muller y se pasó un dedo por el gaznate—. Asesinado por su esposa en la misma noche de bodas.

—No, no sabía nada —admitió.

—En mi opinión, la *afortunada* se libró de la carga antes de tenerla —dijo Muller con un encogimiento de hombros—. Todos sabemos que era un tipo despreciable. Tarde o temprano iba a suceder.

—¡Muller! —le reprendió Frederick, mirando a su alrededor—. No sé cómo puedes hablar así.

—¿Decir la verdad también está castigado por los dioses? —inquirió el aludido—. La misma Tegra reconoce la dualidad de las personas. Yo, Elegor, y tú, san Perfecto Frederick de Inutria, tenemos nuestras sombras. ¿O crees que tu futura esposa nunca se enterará de tus atenciones en estos últimos años con…?

Frederick lo mandó callar y frunció los labios. Su cara se tornó roja, casi a juego con el tono de su pañuelo lazado al cuello. Elegor decidió intervenir antes de que la discusión entre ellos se agravara.

—¿Qué será de ella? —preguntó—. La esposa de Lucianus.

—Dos semanas en la prisión del Monte Este —dijo Muller—. La pobre desgraciada debe de haber sido torturada hasta el delirio, pero dicen que no han conseguido arrancarle una confesión. Solo repetía sin cesar que ella no era culpable.

—Debe de haber sembrado en la ruina a toda su familia —dijo Frederick—. Sus tierras ya no son tan fértiles como antaño y ese matrimonio…

Calló al oír el sonido del flautín. Fue instantáneo. Se hizo un silencio sepulcral entre la multitud congregada, y hubo empujones para colocarse en la mejor posición al límite de los guardias que los separaban de los miembros de la corte. Una hilera de carruajes tirados por caballos blancos llenó la calle principal de la plaza con el eco de los cascos. Los animales estaban engalanados con flores en las crines a juego con los vehículos. Fueron deteniéndose en orden en el camino que conducía al interior del templo, y las sacerdotisas se colocaron en dos filas paralelas con la mirada baja.

Todas las jóvenes casamenteras cuyos nombres estaban en la urna del templo descendieron una a una de los carruajes para formar un grupo de siluetas vestidas de blanco y con un velo verde cubriéndoles el rostro. En silencio, formaron una línea y fueron entrando en el templo ante las miradas de todos.

Tanta parafernalia no era lo habitual. La ceremonia solía ser más austera; pero, ese día, Efemerin no escogería un matrimonio normal, elegiría a la que, dentro de un tiempo, se convertiría en la reina de Longlake. Thurgo quería convertir aquello en toda una celebración y lo había conseguido. La multitud del pueblo llano se removía nerviosa por contemplar a las jóvenes que, a su vez, también debían de tener los nervios de punta, a juzgar por el andar de algunas de ellas.

Elegor sintió la presencia de su hermana, que se colocaba junto a él. Qué diferente a la Mavaris de esa misma mañana. Con el pelo recogido en un intrincado trenzado y algunos bucles rubios sobre los hombros de su vestido rojo sangre, la expresión de su hermana era pétrea. Tenía la mirada clavada en el templo, y la oyó suspirar mientras una de las

sacerdotisas se acercaba a él directamente y le pedía que la acompañara.

—Suerte —le susurró Mavaris.

Elegor le rozó la mano como respuesta y, tras una mirada a sus amigos y al rey, apartado en un lateral y flanqueado por dos de sus mejores guardias, siguió a la sacerdotisa por la larga pasarela de columnas hasta el interior del templo.

Cubierta por la túnica verde propia de las adoradoras de Efemerin, la mujer parecía no sentir ningún tipo de emoción. Era como una figura más de las talladas en los muros, confundiéndose entre los vapores de los inciensos verdosos. El verde era símbolo de vida, de fecundidad y de alianza; y, como tal, dominaba cada trazo de los impresionantes frescos en el interior del edificio. Cruzaron la primera sala, una antecámara rectangular donde varias sacerdotisas yacían arrodilladas para rezar por la atención de la diosa en un día tan importante.

La gran sala ceremonial apestaba demasiado a incienso. O quizá era el olor de las transpiraciones nerviosas de las jóvenes allí congregadas. Todas las dueñas de los velos permanecieron con la mirada baja en gesto de sumisión, a pesar de que alguna se atrevió a levantar la cabeza con curiosidad para mirar al único hombre que cruzaba el templo hasta el altar.

La sacerdotisa mayor lo esperaba. Ataviada como todas las demás, rodeaba su brazo derecho con una cinta verde que señalaba su autoridad. Era muy mayor, y el pelo cano y áspero le caía sobre la túnica hasta la cintura. Emanaba de ella un aire místico que superaba cualquier plano terrenal. La sacerdotisa mayor era una experta en leer y conocer la magia blanca de Efemerin. Sus poderes jugaban con hechizos y salmos secretos que solo eran de su conocimiento, y era respetada por ello.

El príncipe se postró en el mármol del suelo y ella no se hizo de rogar para iniciar la ceremonia.

—Elegor Mansen, ¿acudes limpio y célibe ante la gran diosa de las uniones para que te provea de una esposa digna?

—Así es. —Su voz ronca pareció reverberar entre aquellas paredes.

La sacerdotisa asintió y cogió un cuenco de arena pálido. La gran estatua del templo la contemplaba desde su posición mientras recitaba un salmo. Todas las velas temblaron a la vez, dominadas por su voz. Sus

palabras, en un idioma desconocido, sembraron el ambiente de una carga tensa, y una brisa sopló sobre los calderos llameantes. La escultura blanca de Efemerin, de formas femeninas cubiertas por una túnica y mirada bondadosa, pareció cobrar vida entre la danza de los fuegos. La sacerdotisa mayor calló y se acercó hasta él para ofrecerle el cuenco. Elegor obedeció. Tomó un puñado de arena entre las manos y cerró los ojos. Luego volvió a verterlo en el recipiente.

—Que las arenas hablen para traernos tu elección, Efemerin —susurró la anciana.

Se dirigió a paso lento hasta la gran urna de los nombres, apostada en el lado derecho de la figura de Efemerin. La vasija debía medir casi un metro y en el cristal traslúcido, entre la arena, se desdibujaban los pequeños trozos de pergamino enrollados. La mujer vertió la arena tocada por Elegor en la urna antes de taparla. Cuatro sacerdotisas se colocaron enseguida para manipular el sistema de poleas. Cinco vueltas, ni una más ni una menos, que sellarían su destino.

La urna volvió a quedar inmóvil y la sacerdotisa mayor la destapó para introducir la mano. Un papel voló sumiso hasta sus dedos. Lo desenrolló y carraspeó antes de anunciar:

—Regina McDought.

III

Lawen

—Oh, vamos, quítate la ropa ya, mujer.

El infeliz jugueteó con las cuerdas de su corsé para intentar hundir los dedos en el escote, pero ella se echó hacia atrás y forzó una risa.

—Por supuesto. Dame un momento —replicó mientras lo empujaba —. Quítate los pantalones.

El jadeo de excitación de él fue más que evidente.

—Oh, conque eres de esas —dijo sin perder tiempo en pelear con los cordones de sus botas, dándole la espalda—. Me encantan las mujeres decididas.

—Ajá. —Fue toda la respuesta de ella mientras aprovechaba para abrir su zurrón a la búsqueda de sus gafas. Aprovechó también para coger el cuchillo y estudiar unas notas de su cuaderno a la luz de la única vela de la sencilla habitación.

Se acercó justo cuando él sacaba la pierna del pantalón sin dejar de hablar.

—No sabes la de noches que llevo sin…

Ella le dio una palmada en el trasero.

—Al catre —ordenó.

El tipo soltó una risotada lasciva, divertido con el aparente juego. En la semioscuridad, dejó que ella lo tumbara boca abajo mientras se ajustaba las gafas y se colocaba a horcajadas sobre él. La mujer odiaba que su visión se emborronase en las tareas de precisión, por lo que sus preciadas gafas eran una herramienta indispensable en ciertos trabajos. Recorrió con una mano los costados del hombre. Hizo una mueca al notar el tacto de su peluda retaguardia. Bajó un poco. Y allí estaba. Se acercó más. Una herida casi cicatrizada con tres puntos perfectos.

—¡Eh! —Se revolvió él—. ¿Qué estás haciendo?

La cogió de imprevisto y la lanzó de espaldas al catre, que crujió casi rabioso, mientras se colocaba sobre ella.

—¿Por qué no estás desnuda? —Deslizó la mano para subirle la falda y apretarle el muslo—. Me he cansado de ese juego, ahora juguemos al mío.

Su aliento a ron le hizo arrugar la nariz mientras él hundía la cara en el cuello para olfatearla como un can desesperado. Antes de darse cuenta, ella le había posado la hoja fría del cuchillo sobre el cuello. Se quedó tan rígido como cierta parte de su cuerpo.

—No. Seguimos con el mío. —Sonrió y ladeó la cabeza—. Robert Polans, me temo que debo acusarle de asesinato.

El hombre se quedó boquiabierto. Su tono cambió.

—¿Qué? ¿Quién eres…?

Ella apretó el cuchillo sobre su gaznate.

—Señor Polans, no quiero hacerle daño. Apártese y…

Pero él cargó sobre ella con un gruñido, le dobló la mano hacia atrás y el cuchillo cayó por el borde del jergón. Forcejearon mientras le ponía una mano en la cara y sus gafas volaron para estrellarse contra el suelo.

—¡Yo sí que voy a hacerte daño a ti, furcia!

Ella fijó la mirada en la puerta un instante. «¿Cuánto iba a tardar el maldito Tonrill?». El tipo la agarró del cuello con las dos manos y apretó. Le clavó las uñas llenas de sangre y le cortó la respiración. Boqueó y le lanzó una patada a la entrepierna desnuda. Surtió efecto y se dobló sobre sí mismo con un aullido. Ella se incorporó del catre para acercarse a la puerta.

—¡Estás muerta! —aulló él.

El tipo dio un par de zancadas y, antes de que la atrapara, ella le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas. Su puño se estrelló en su nuez. Hubo un crujido como el rechinar de un insecto pisoteado. Él cayó al suelo y abrió la boca con los ojos abiertos. Se llevó las manos al cuello en un intento de obtener aire. En ese instante, la puerta se abrió y dos hombres con sendos faroles irrumpieron en la habitación.

Desde luego, no esperaban encontrarse ese espectáculo, porque la miraron a ella y al hombre respectivamente antes de girarse hacia la puerta, por donde entraba un nuevo visitante, cuyos ojos analizaron la escena antes de girarse hacia ella.

—¡Maldita seas! —refunfuñó con un meneo de cabeza—. ¡Lo necesitaba vivo!

Ella se encogió de hombros y todos contemplaron cómo el hombre se retorcía en el suelo hasta que se quedó inmóvil, con los ojos vueltos hacia un lado y un reguero de baba traslúcida sobre la barbilla.

—Se ha puesto como un jabalí rabioso, ¿qué querías que hiciera, Queton?

El recién llegado se agachó cerca del cuerpo.

—Hacer tu maldito trabajo, Lawen Storm —se quejó—. Le has roto la nuez y se ha asfixiado. Dime al menos que no estabas equivocada y era nuestro tipo.

Alzó una ceja y se agachó para recuperar sus gafas del suelo. Uno de los cristales estaba roto, pero, aun así, se las puso. Después, recuperó su cuaderno de notas y lo abrió por la página indicada.

—Por supuesto que lo es. No dudes de mí.

En ese momento, la cabeza de Tonrill, más grande en comparación con su pequeño cuerpo, se asomó a la puerta.

—Oh, oh —dijo el enano mientras se llevaba una pipa de fumar larga a los labios.

Lawen lo miró y entornó los ojos.

—Has tardado demasiado —lo regañó—. Te dije quince minutos máximo.

—No es mi culpa. —Señaló a los dos guardias que acompañaban a Queton con un gesto despectivo—. Esos tipos tienen el doble de piernas que yo y no saben utilizarlas.

—A mí no me engañas. Estabas comiendo. —Lawen se quitó la peluca rubia y se asentó la melena pelirroja salpicada de rizos con las dos manos—. Era hora de cenar. Y tú nunca perdonas la hora de cenar.

Tonrill se encogió de hombros.

—Pero era hora de cenar.

—¿Aun estando en plena misión?

—Hay muchas horas al día, patilarga. —Dio una larga calada a su pipa —. Pero, casualmente, siempre te encargas de fastidiarme mis preferidas. Las comidas, la siesta y mis citas con la letrina.

Hubo un carraspeo acusado, y el oficial de Justicia Queton se llevó las manos a la cabeza.

—¡No he venido hasta aquí solo para veros discutir, panda de alimañas! —Su bigote, a juego con sus ojos, era una línea fina que parecía hacer equilibrio sobre sus rechonchos labios—. Decidme que este tipo es a quien estamos buscando para que pueda irme de una maldita vez. —Se giró hacia Lawen—. ¿Cómo estás tan segura?

Ella alzó una ceja como si la pregunta la divirtiera. Se acercó para señalarle su cuaderno y leer en voz alta los datos principales del caso que había estado recopilando durante cuatro semanas.

—Perfil del asesino: hombre, clase baja-media, sociable, no muy musculoso, poco agraciado y con un especial gusto por las damas rubias. Víctimas: todas mujeres solteras y jóvenes que frecuentaban locales de diversión nocturnos. —Hizo una pausa para intentar enfocar mejor la vista con el cristal roto y señaló al tipo del suelo—. Robert Polans encajaba a la perfección en el perfil, regentaba esta taberna, que a su vez dispone de habitaciones para los clientes, lo que le daba un lugar perfecto para planear sus crímenes.

Se agachó sobre el cuerpo mientras continuaba hablando.

—Su modo de actuación siempre era igual. Se las arreglaba para subirlas aquí a alguna de sus habitaciones y, en pleno acto sexual, las asfixiaba. Después, se libraba de ellas durante la noche. —Meneó la cabeza—. Pero no era muy listo, siempre abandonaba los cuerpos en las calles aledañas. Solo tuve que establecer un perímetro y buscar un poco entre los diferentes locales nocturnos.

Queton se mesó la barbilla. No parecía convencido.

—Hay más de cincuenta establecimientos. Greenstone se está convirtiendo en un hervidero de decadencia que me va a traer muchos dolores de cabeza. ¿Cómo has…? —Se interrumpió al ver cómo ella le daba la vuelta al cuerpo sin ningún reparo en sus partes íntimas desnudas.

—Tenía una pista —dijo Lawen y señaló la marca que había visto antes—. Polans se estaba desesperando. Cometió el error de cambiar su procedimiento y agredió a su última víctima en plena calle, y, en su forcejeo, la chica le clavó un tenedor. Estaba en la escena del crimen. —Queton alzó las cejas al advertir la herida de tres puntos, y ella se alejó para buscar por el suelo a gatas. Encontró su cuchillo y lo mostró victoriosa—. Lástima que no llevara uno de estos, lo habríamos pillado antes. —Meneó la cabeza—. En definitiva, si tenemos en cuenta que él

debía estar encima, solo necesitaba que se quitara los pantalones para encontrar el premio. ¡Tachán!

—¿A cuántos tipos…? —comenzó a decir uno de los guardias.

Ella hizo un gesto con la mano.

—¡Oh! Sí, he tenido que ver unos cuantos traseros.

—*Hemos* —corrigió Tonrill mientras soltaba una bocanada de humo —. ¿Quién creéis que interrumpía a los pobres desgraciados? —Cambió a un tono de voz agudo—. «Mamá, ¿qué haces con ese señor?». Debo reconocer que ha sido divertido ver sus caras.

—Y tanto —coincidió ella y los dos soltaron una risotada escandalosa.

Lawen adoraba investigar tanto como aquellas bromas con su compañero. El destino los había unido cuando los dos estaban perdidos y huérfanos en un desolador hospicio. Y más que por los duros y mohosos mendrugos de pan con los que los alimentaban, los dos sobrevivieron gracias a la compañía mutua. Nadie quería acercarse a aquel joven enano de pelo y ojos negros, pues aún existía la estúpida creencia entre la población de que el enanismo se traspasaba por contacto directo. Ella había ignorado esas supersticiones absurdas, y ahora eran amigos inseparables y compañeros de trabajo fieles.

Tras varios años malviviendo de un oficio a otro, cada uno peor que el anterior, descubrieron que podían formar un dúo perfecto entre su inteligencia chispeante y la capacidad analítica de él. Habían empezado a colaborar con el cuerpo de Justicia de Greenstone, cuyo líder, con Queton a la cabeza, tenía demasiados frentes abiertos como para abarcarlo solo.

El susodicho abrió la boca con sorpresa tras su deducción.

—Bien. —Era casi un cumplido viniendo de él. Se pasó el dedo sobre el bigote como si no estuviera lo suficientemente recto—. Me encargaré de cubrirte, Lawen. De cara a la opinión pública, el señor Polans ha fallecido tras resistirse a las autoridades, que lo descubrieron como el asesino de esas chicas.

—Estupendo. —Le daba igual que les robaran las medallas del éxito mientras tuvieran su pago justo. Así había funcionado siempre.

Tonrill le leyó la mente mientras se acercaba para poner la mano. De los dos, siempre se encargaba de gestionar el dinero. En caso contrario, Lawen se lo gastaría en absurdeces como aquel exótico loro que murió

a la semana o el carísimo vestido de seda violeta que se manchó con la sangre de un cadáver.

Queton se sacó una bolsa de tela del abrigo y la dejó caer en la mano del enano.

—Un placer trabajar para usted, oficial —dijo Tonrill—. Ya puede marcharse a casa a degustar su cena, yo por suerte ya lo he hecho. Aunque no me importaría repetir. ¿Lawen?

Ella puso los ojos en blanco. Tanta comida no podía caber en ese cuerpo.

—Vamos. Espero que la cocinera nos sirva algo decente a pesar de haber matado a su jefe.

—Quizá por ese motivo nos prepare todo un festín. ¿Qué te apuestas?

IV

Lawen

Tonrill ganó la apuesta.

La cocinera, una mujer entrada en años con el pelo castaño salpicado de mechones grisáceos y gran busto, acogió la noticia primero con sorpresa y luego con satisfacción.

—Polans era un desgraciado —murmuró mientras trasteaba tras la barra de la taberna, ahora vacía, después de que los oficiales de Queton clausuraran el lugar hasta saber qué iba a pasar con él—. Pobres chicas. —Removió la cazuela con furia—. Lo odiaba con toda mi alma, pero me daba trabajo. A mi edad, o trabajas de cocinera para un tipo como ese, o te lanzas a la calle a vender tus encantos, y yo ya tengo pocos.

Un olor intenso a laurel empezó a perfumar el ambiente. Las tripas de Lawen se agitaron y dio un buche a la cerveza negra para calmarlas.

—Pues yo solo veo sus generosos encantos, señora Perk —dijo Tonrill mientras daba un sorbo de su jarra. El dedo meñique que le faltaba de la mano derecha se hizo más evidente con el gesto—. Y son maravillosos, si me lo permite.

La cocinera soltó una risita picarona y Lawen puso los ojos en blanco. Tonrill compensaba su corta estatura con una labia digna de todo un conquistador. Solía llevarse a todo el mundo a su terreno con sus chanzas lisonjeras. En todo el tiempo que llevaban trabajando juntos, había tenido una vida nocturna mucho más agitada que ella misma.

La señora Perk sirvió dos cuencos de humeante carne cubierta de una salsa espesa y oscura. Antes de darse cuenta, Lawen ya había hundido la cuchara en el cuenco y saboreaba el guiso con los ojos cerrados. Tonrill hizo lo propio con el suyo, mientras pedía a la mujer un trozo de pan con un tono tan zalamero que esta no tardó en ponerle por delante una hogaza bien crujiente.

—¿Y qué pasará con usted ahora? —preguntó él a la cocinera.

—Me quedaré aquí e intentaré que el nuevo dueño me mantenga en mi puesto. Mientras tanto, me encargaré de hacer una buena limpieza, empezando por las habitaciones. —Señaló sobre su cabeza y sus pechos vibraron casi a punto de salirse de la blusa—. Nidos de lujuria y de muerte por culpa de ese fantoche.

Lawen se tragó el trozo de pan lleno de salsa para decir:

—No me importan la lujuria ni la muerte si nos deja dormir aquí. No me apetece marcharnos en medio de la noche. —El pequeño habitáculo que Tonrill y ella consideraban hogar estaba casi a las afueras de la ciudad, junto a una panadería por cuya rejilla entraba todo el humo a la hora de hornear.

—¡Oh, claro que no, mujer! Elegid la habitación que queráis. —Miró a Tonrill de reojo y dijo como de pasada—: Si necesitáis algo, la mía es la segunda puerta al subir la escalera.

Lawen terminó hasta la última gota del guiso y, mientras el enano se volvía a encender la pipa, escuchó el intercambio de risitas entre ambos. Decidió despedirse, se estirazó y subió los peldaños de madera hacia la parte superior de la taberna.

Escogió la habitación más alejada para evitar oír el más que probable intercambio de gemidos entre su compañero y la vivaracha cocinera. Una vez dentro, encendió una vela, se desvistió al completo, colocó las gafas en el taburete junto al jergón y cogió su libreta. Pasó las hojas con cariño a la vez que leía y recordaba los casos resueltos en los últimos años.

La violencia del ser humano iba en aumento. Al principio, los altercados se espaciaban, pero, en los últimos meses, cada vez ocurrían con mayor frecuencia. Greenstone era uno de los territorios pioneros en romper con la monarquía para establecer una forma de gobierno social. El canciller, elegido por el pueblo, era un pobre diablo al que el cargo le había venido grande. Los primeros años todo había ido bien, pero ahora se hacía evidente que la libertad absoluta del pueblo daba licencias casi para cualquier acto. Necesitaban un código de comportamiento, una base de leyes que les permitiera no deshumanizarse.

Lawen bostezó y leyó las últimas frases del cuaderno antes de apuntar: «Resuelto». Puede que fuera una estupidez, pero tener entre las manos ese pequeño compendio de sus *hazañas* la relajaba. Al fondo del pasillo oyó el crujido de los tablones del suelo y las risotadas

familiares. Tonrill iba a dormir poco esa noche, pero ella no pensaba desperdiciarla. La liberación de haber concluido un caso siempre la impregnaba de un estado de relajación máximo. Pronto no hubo risas ni pensamientos que la desvelaran, y cayó en un profundo sueño.

Al despertar, los primeros rayos de sol se colaban por la pequeña ventana. Ni siquiera se había parado a apagar la vela y esta se hallaba extinguida con toda la cera formando una masa alrededor de la mesa. La señora Perk se llevaría un buen rato para quitar el cerco. Se desperezó justo cuando alguien golpeaba la puerta con fuerza. Frunció el ceño y se puso solo la camisa, que a duras penas le cubría hasta los muslos, mientras abría.

—Tonrill, espero que… —Se detuvo. Aquel individuo no era Tonrill y tuvo que alzar la cabeza. El tipo apartó la mirada al verla semidesnuda, más avergonzado que ella misma.

—¿Lawen Storm? —preguntó con la mirada a un punto del suelo, como si mirarla fuera a hacer que le explotaran los ojos—. Tengo que hablar con usted. —Fue entonces cuando se dio cuenta de que a su espalda llegaba a zancadas el oficial Queton. Bufaba y parecía de mal humor. Miró al fondo del pasillo a la espera de ver a Tonrill, pero su compañero debía estar aún durmiendo plácidamente entre los pechos de la cocinera.

—¿Qué ocurre, Queton? —preguntó confundida. La indumentaria militar que desconocía y su actitud recatada le decían que el hombre de la puerta no era de Greenstone.

—Menos mal que aún no os habéis ido. Vístete y hablemos.

Su curiosidad no podía esperar por algo tan estúpido como la ropa.

—No. Hablad.

Queton elevó los ojos al techo, irritado, pero se rindió. El extraño hombre permaneció rígido.

—Este caballero es un enviado de Longlake. —Eso explicaba un poco su actitud. Queton continuó—: Precisan de tus servicios, Storm.

Lawen soltó una risita.

—¿Mis servicios? ¿En Longlake? —Era demasiado temprano como para aceptar ese chiste sin un café en la mano.

El caballero alzó la vista para mirarla.

—Tendrá que acompañarme, señorita Storm.

Se veía incapaz de tomarse aquello en serio.

—¿Y qué santurrón de Longlake precisa de mis servicios? —preguntó con una mueca.

Los dos hombres intercambiaron una mirada y el militar susurró en voz baja a pesar de que no había nadie que pudiera oírlos:

—El rey.

Lawen arqueó una ceja y se puso una mano en la barbilla, visiblemente interesada. Queton aprovechó su silencio para cruzarse de brazos y explicar:

—El canciller quiere seguir teniendo buenas relaciones con el reino de Longlake, y el mismísimo rey Thurgo nos ha solicitado ayuda para resolver un asunto complicado que…

—¿Un asunto complicado? —repitió ella—. Aquí no suavizamos los *asuntos*. Todos los delitos tienen un nombre: hurto, coacción, violación, asesinato…

El militar carraspeó.

—Hace más de dos semanas que un conde fue asesinado en su misma noche de bodas. Su esposa fue declarada culpable.

Lawen se puso las manos en la cintura y dio pataditas con un pie sobre la madera. Estaban agotando su paciencia a una hora muy temprana y sin nada en el estómago.

—¿Y bien? Si tenéis culpable, ¿para qué me necesita tu rey? —Meneó la cabeza y continuó sin esperar respuesta—. No pienso moverme de aquí por un caprichito de vuestro señor. Márchese y…

—¡Storm! —gruñó Queton, poniéndose la mano en el puente de la nariz—. Hace dos noches hubo otro asesinato. La víctima, un marqués, también fue asesinado en su noche de bodas en las mismas extrañas circunstancias.

Ella giró la cabeza hacia un lado, como siempre que la chispita de la curiosidad prendía en algún lugar de su mente.

—¿Qué extrañas circunstancias?

Esta vez fue el militar quien continuó:

—Tiene que verlo. Es… difícil de explicar.

Ella guardó silencio y se pasó la lengua por los labios. ¿Difícil de explicar? Una puñalada, una decapitación o un ahogamiento eran algo sencillo. ¿Qué tipo de asesinato era *difícil de explicar*? Tenía curiosidad. Demasiada como para dejarlo escapar. Antes de darse cuenta, su cerebro ya estaba trabajando a toda velocidad para elaborar teorías.

Pero… ¿ir hasta Longlake? No había un lugar que detestara más. ¿Qué haría ella en un reino arcaico y tan religioso? Solo poner un pie en aquel suelo haría que sus dioses se espantaran. Evitó sonreír, aunque la idea le divirtiera.

—Por supuesto, será recompensada por encontrar al responsable, usted y su ayudante —dijo el militar al notar su mutismo y rebuscó en sus bolsillos hasta dar con una bolsita de tela verde que depositó en su mano. Lawen notó que pesaba y eso le gustó. Él continuó—: Esto por adelantado y el resto al finalizar el trabajo, pero tendríamos que partir de inmediato.

Al fondo, la segunda puerta junto a la escalera se abrió y apareció la inconfundible silueta de Tonrill con el pelo alborotado y una expresión de desconcierto. Sin embargo, ella ya había tomado una decisión.

—Voy a necesitar unas gafas nuevas, Queton.

V

Elegor

Notaba el estómago cerrado. Contemplaba el filete cuyo jugo se desparramaba sobre el plato y su mente se volvió a trasladar al tema que se llevaba repitiendo en las últimas jornadas. Oyó a su padre hablar en voz baja con la duquesa de Cavalenti al otro lado de la mesa y los dos soltaron una risita.

Tenía ganas de gritar.

Al menos su hermana parecía más solemne y, con la mirada perdida, comía de forma casi autómata. Sabía que fingía y que estaba prestando atención a cada una de las palabras que se pronunciaban en la mesa aquella noche. Era inevitable ver cómo la duquesa, embutida en su vestido brocado con flores color maíz, se dejaba engatusar por los comentarios del rey.

Anne de Cavalenti era viuda desde que Elegor podía recordar. El duque que le dio su apellido y su posición murió joven tras un problema respiratorio. Tras abandonar el luto de los primeros cinco años, emergió en la corte como una mujer renovada para convertirse en una de las damas favoritas de Thurgo. Era atractiva a pesar de su edad, y el cabello, que ya era más blanquecino que rubio, le daba un aire regio que le había hecho ganar diversos pretendientes. Ella, acostumbrada a los lujos con los que la mimaba el rey, se mantenía soltera, según decía, «Por respeto a los dioses». A Elegor le preocupaba que influyera demasiado en las decisiones de su padre, a juzgar por la frecuencia con que la invitaba a su propia mesa a cenar —y a su alcoba—, algo que, al parecer, en su ausencia, se había acentuado.

—No sé cómo tenéis apetito —explotó el príncipe después de un nuevo cruce de risas entre ellos—. Y más después de lo ocurrido.

Anne terminó de dar un sorbo a su copa y pestañeó hasta ponerse seria. Dos grandes arrugas se acentuaron a los lados de su boca pintada

de carmín cereza.

—Ha sido una desgracia —comentó—. Pero estoy segura de que el rey ya ha tomado las medidas adecuadas para solventar el problema.

Elegor soltó los cubiertos sobre el plato de forma brusca.

—¿Problema? Han asesinado a… —Tragó saliva para no derrumbarse —. Su familia sufre y aún no sabemos quién es el responsable.

—Todo apunta a la chica —dijo el rey, cortando un trozo de carne—. Por más que mis guardias han intentado hallar una explicación, es la única que pudo haber cometido tal acto.

—Eso mismo pensasteis de lo sucedido con el conde de Rigram. La similitud en sus muertes indica que los ha matado la misma persona. ¿Es que nadie lo ve?

Mavaris también había dejado de fingir que comía. No tenía buen aspecto a pesar de que su doncella le había puesto un poco de rubor en las mejillas y sobre la nariz.

—Puede que haya sido más de una —sugirió su hermana—. En cualquier caso, no podemos estar comiendo tranquilamente mientras se dedican a asesinar a miembros de la corte. —Lo miró y se mordió el labio—. Y más ahora.

Elegor le sostuvo la mirada, y el rey dejó de comer para hablar.

—Y por eso he mandado traer a alguien.

—¿A quién?

—Un especialista investigador. Tenemos que atajar este asunto antes del enlace de tu hermano.

Mavaris abrió los ojos, sorprendida.

—¿No se va a cancelar?

Thurgo la miró con el ceño fruncido y empuñó el cuchillo con una negación.

—¿Por qué iba a cancelarse? Efemerin habló para unir a Elegor con Regina McDought, y la boda será en tres semanas, tal como se ha estipulado. —Volvió la vista a su plato para llevarse otro trozo de carne a la boca—. No tenemos que enfurecer a los dioses por unas cuantas muertes.

Mavaris meneó la cabeza mientras miraba a su padre y a la duquesa.

—Piensas en los dioses según tu conveniencia, padre. —Su comentario no tuvo efecto alguno, pues la duquesa ya había pasado a un tema más frívolo y acorde a ella.

Mavaris parecía igual de afectada que él. Todo había ocurrido tan rápido… ¿Cómo un evento tan alegre como una boda podía acabar así? El sonido del violinista que dejaba flotar su melodía desde la otra punta de la sala lo agobió hasta tal punto que sintió que necesitaba salir o acabaría vomitando. Se disculpó para retirarse, aunque nadie más que su hermana pareció verdaderamente preocupado.

Las botas resonaron sobre el mármol del suelo y la puerta del comedor se cerró tras su espalda. Iba a subir a su alcoba, pero cambió de idea y salió al jardín. La brisa le trajo el aroma suave de las rosas. Caminó distraído por el sendero principal, flanqueado por los setos cortados de forma circular. Sin darse cuenta, avanzó hasta estar justo frente a la gran estatua de la diosa Efemerin.

Su mente recordó la conversación que había tenido con Frederick la misma mañana de su ritual. La ilusión y el chispeo de sus ojos, la sonrisa y la vitalidad por su inminente enlace. Todo se había desvanecido en una cama llena de sangre.

La boda había transcurrido a la perfección en el templo, bajo los ojos de la diosa y supervisada por la sacerdotisa mayor. Frederick estaba exultante y la novia, Rossane Trevelian, encantadora. Al caer la tarde, todos los invitados se habían reunido para el banquete en la residencia de los duques. El heredero de los Inutria gozaba de un aprecio general en todas las familias pudientes de Longlake. Hasta el propio rey Thurgo había acudido, aunque se había excusado al poco de llegar aquejado de un dolor de cabeza. A nadie le sorprendió que la duquesa de Cavalenti también decidiera marcharse media hora después que él.

Antes de irritarse por la actitud indecorosa de su padre, Elegor había decidido disfrutar de la velada y compartir la felicidad de su amigo. Habían degustado un menú delicioso de pescado, carne asada y pasta de azúcar con manzana antes de pasar a la sala de baile, que había sido decorada con guirnaldas de flores que pendían de las lámparas de cristal.

Mavaris conocía a la novia y charlaba con ella en una esquina, enfundada en un vestido púrpura que hacía resaltar su peinado salpicado de pequeños brillantes. Poco después, el conde de Sandalier, su prometido, la invitó a bailar con una sonrisa en los labios y las mejillas encendidas. Los novios iniciaron el baile y a ellos se sumaron varias parejas. Incluso Muller, para quien el baile era la única cualidad

sin dominar, se atrevió a sacar a una bella señorita. Elegor buscó a su futura esposa entre los presentes. Regina McDought lo miraba con una expresión anhelante y no tardó en unirse a ella en la pista de baile. Fue su primer encuentro oficial desde que ambos habían salido del templo.

Mientras giraban al compás del cuarteto de cuerda, no le desagradó la conversación que mantuvieron, aunque esta se hubiera limitado a asuntos banales como el tiempo, los caballos o sus platos preferidos. Nada podía empañar una noche tan perfecta como aquella.

Justo cuando los más ebrios chillaban groserías a Frederick al llegar la hora del encamamiento, Elegor decidió marcharse, aunque había habitaciones preparadas para los más trasnochadores. Miró a su alrededor. Mavaris hablaba en voz baja con el conde de Sandalier, y, cerca de ellos, Muller susurraba al oído de una dama, distinta a las otras cinco con las que había bailado durante la noche. No quería molestar a ninguno, así que le dio la enhorabuena a la pareja y llamó al carruaje.

Ojalá se hubiera quedado, pero ¿habría cambiado eso lo sucedido?

Volvió al presente. La estatua de Efemerin lo miraba con sus ojos vacíos. La túnica caía de forma recatada sobre sus formas femeninas mientras sostenía un puñado de arena en la mano derecha. Oyó el susurro de los grillos junto a unos pasos que se acercaban.

—¿Se puede condenar a un dios por asesinato? —susurró Muller, parándose junto a él.

Elegor lo miró. Su amigo tenía el mismo aspecto derrotado a pesar de que aún conservara ese tono cínico en el que se escudaba. Le puso una mano en el hombro.

—No es culpa de Efemerin.

—Ah, ¿no? —Una sonrisa cínica se dibujó en su rostro mientras miraba la estatua—. Si nuestra religión no nos hiciera pasar por el rito, Frederick no se habría casado con esa chica y ahora estaría vivo.

—Sabes que no estás siendo justo, Muller. Yo también estoy roto, pero esto no tiene nada que ver con los dioses.

Él meneó la cabeza y lo miró de una forma extraña antes de desviar la vista.

—Todo está relacionado de alguna manera. —Suspiró—. ¿De verdad piensas que ha sido obra de Rossane? ¡Si tiene ojitos de cachorrilla!

Elegor se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Vi cómo se despedían para marcharse a su alcoba. —Muller se pasó una mano por el pelo—. No soy un experto en el amor, pero la chica parecía prendada de Frederick. Tú también lo viste, no se puede fingir eso. Después, me marché acompañado a una de las habitaciones del tercer piso. Reconozco que estaba achispado, pero lo único que recuerdo son los gritos de horror de Rossane al amanecer y… cómo estaba el cuerpo.

Elegor se quedó en silencio y le palmeó la espalda. No había mucho consuelo posible en iniciar un debate sobre si la chica era o no la culpable.

—Me alegro de que estés aquí —se limitó a decir.

Muller se encogió de hombros e intentó relajar el ambiente.

—Qué remedio, te veré la cara durante una temporada. Tuvimos que aceptar la oferta de tu padre para alojarnos aquí mientras acaban los trabajos de reconstrucción de la residencia familiar. El techo se cae a trozos. —Se cruzó de brazos—. Aunque, viendo la situación, me apetece más morir con el cráneo aplastado que… así.

Elegor frunció los labios. Después de tantos años, aún le sorprendía su capacidad de ironizar hasta lo más horrible.

—Pronto sabremos quién ha sido —dijo—. Por eso se ha pospuesto el funeral. El cuerpo está en los sótanos de palacio para que lo examinen mañana. Mi padre ha mandado llamar a alguien de Greenstone para investigar.

Muller arqueó las cejas.

—¿La capital de la corrupción y el vicio? Interesante, estoy deseando verlo. Será el típico tipo con barba hasta la cintura y gafas. Puede que hasta lleve un pendiente.

Elegor se encogió de hombros, nada interesado en el aspecto del futuro visitante.

—¿Te apetece una salida a cabalgar al alba para despejarnos? —sugirió—. Dudo que podamos dormir mucho.

Su amigo recuperó ese centelleo en los ojos.

—¿Por qué no? Hace tiempo que no gano en una carrera a su excelentísimo príncipe.

VI

Lawen

El ronquido fue como el de un oso de tres metros a pesar de que su dueño medía mucho menos de la mitad. Lawen se estirazó en el carruaje, que, a pesar de ser infinitamente más confortable que otros que había probado, seguía siendo una caja asfixiante con cuatro ruedas.

Un nuevo ronquido de Tonrill puso fin a su intento de seguir durmiendo. Ni los baches del camino ni el ruido de cascos de los caballos parecían ser un impedimento para el descanso de su compañero. Con las piernas abiertas y una mano en la cabeza, su tamaño casaba casi a la perfección con el mullido asiento mientras un hilillo de baba le caía por la comisura.

«La señora Perk no debe de haberlo dejado dormir demasiado».

Asumido su desvelo, Lawen descorrió la cortina, cuyo encaje blanco debía costar más que los cordones de sus botas, y admiró el exterior. El paisaje tras el cristal le mostró que ya no estaban en Greenstone. Los edificios grises y las calles embarradas, llenas de desgraciados deseosos de sacar partido de los más inocentes, dieron paso a un camino solitario conforme se alejaban de aquel centro de corrupción. Ahora, con los primeros rayos del alba, y casi un día de viaje, el ambiente había vuelto a cambiar para indicarle que habían entrado en el reino vecino.

Longlake conservaba ese aire puro y joven que hacía mucho que Greenstone había perdido. Los campos de trigo dorado se acunaban con la brisa de la mañana mientras la visión de las primeras casas de techo bajo pasaba ante sus ojos. No podía olerlo aún, pero supo que el aire debía ser muy diferente al aroma rancio al que estaba acostumbrada.

Todo lo que conocía de aquel territorio era por boca de otros, pero tenía una idea bien formada como para saber que, a pesar de su belleza, cada rincón de aquella tierra era una monarquía. Lawen nunca había osado meterse en política, pero odiaba lo que suponía estar bajo el

yugo de un rey. El carácter y los ideales de Thurgo Mansen traspasaban sus fronteras para dibujarlo como un monarca hermético y volcado en sus dioses.

Meneó la cabeza para sí misma. En plena etapa moderna, ¿cómo podía existir gente que dejaba en manos de una deidad la razón de todos sus actos? *Hipócritas*. Para ella solo era una forma de escudar la maldad innata de cada uno tras la oración a un trozo esculpido de mármol.

Eran muchas las leyendas sobre la magia blanca de sus dioses, pero Lawen creía en lo que veía. La vida le había enseñado a dejarse llevar por su instinto sin apelar a la gracia de ningún ser superior. Su pensamiento fue interrumpido por un golpeteo en la parte delantera.

—Señorita Storm, estamos llegando.

La voz del militar que la había sacado de la cama la mañana anterior la sorprendió. El asunto debía ser bastante urgente, ya que ni él ni el cochero habían parado a descansar a mitad de camino más que para dar agua a los caballos.

Lawen se inclinó para zarandear a Tonrill.

—Bello durmiente, llegamos a tu castillo.

El enano bostezó y se incorporó para sentarse mientras se peinaba el flequillo negro con una mano. Luego estiró los brazos sobre la cabeza y se crujió uno a uno los dedos.

—Estaba en un sueño tan maravilloso… —murmuró.

—Déjame adivinar. ¿Con la señora Perk?

Él meneó la cabeza.

—No. Con un plato de rebanadas de pan con compota de fresas y beicon frito.

Lawen puso los ojos en blanco.

—Ni se te ocurra pedir para desayunar nada más lleguemos. Tienen que tomarnos en serio. —Abrió la cortinilla de la ventana para seguir mirando—. Esto no es Greenstone. Aquí somos dos desconocidos y hemos venido a hacer nuestro trabajo.

—Un trabajo que aceptaste sin pedirme opinión, patilarga. —Tonrill se mordisqueó el muñón del dedo meñique, una costumbre que sabía que la desquiciaba. Lo había perdido tras pillárselo con una puerta en el orfanato—. ¿No eras tú la que decías que somos un equipo y hay que tomar las decisiones juntos?

Ella se encogió de hombros con una falsa expresión culpable.

—Lo siento. Me pudo la bolsita llena de monedas.

Tonrill levantó una ceja.

—Mentirosa. El dinero no. Te pudo la curiosidad —adivinó él y se rascó la entrepierna distraído—. No te culpo, hasta a mí me atrae la idea de ver cómo se ha roto la perfección del santurrón reino de Longlake.

—Veremos qué nos encontramos.

El paisaje se tornó más urbano conforme cruzaban por lo que parecía el interior del pueblo llano. Las diferencias también eran notables con respecto al lugar del que venían. Los pueblerinos más madrugadores realizaban sus quehaceres diarios con tranquilidad y una aparente alegría. Oyó el suave «Buenos días» de una señora que sacudía la ropa en la puerta de su casa a un anciano harapiento que vendía utensilios de cocina. En Greenstone, lo típico era un batiburrillo de voces acompañado de alguna palabra malsonante, pero, allí, todos parecían guardar las formas. ¿Era una máscara de amabilidad o algo inherente a su educación religiosa? Lawen decidió que era un tema que le gustaría investigar aprovechando su estancia allí.

Todo era tan extrañamente perfecto que no se sorprendió al enfilar la majestuosa entrada y ver los jardines del palacio real. Los setos estaban cortados con una precisión milimétrica, de tal manera que no había una flor que se atreviera a salir por encima de sus compañeras. El carruaje se deslizó por los adoquines del sendero mientras un par de personas del servicio podaban las hojas de aquel despliegue verde. En un lateral había una estructura amplia que dedujo que eran las caballerizas, pues justo vio a un par de hombres sacando a dos corceles de las riendas.

Tonrill le señaló al fondo. El castillo de los Mansen era una estructura práctica. Sus tres plantas estaban coronadas por un techo azul plomizo con dos torreones bajos a las esquinas. Varias hileras de ventanales se abrían al jardín para disfrutar de las vistas y los aromas huidizos de las flores. La fachada blanca destacaba entre tanto verde, y tuvo que reconocer que le gustó la primera sensación del lugar. Una sensación que desapareció de un plumazo cuando le abrieron la puerta del carruaje y lo primero que se encontró al salir fue la estatua de un tipo fornido montado sobre un caballo.

La entrada estaba llena de figuras por el estilo. Calculó la cantidad de monedas que supondrían cada una de aquellas piezas de mármol, y su actitud de rechazo hacia los santurrones de Longlake volvió con fuerza. El militar le indicó que llevarían su equipaje a sus aposentos, que iba a avisar de su llegada y que esperaran allí. No la miró a los ojos a pesar de que había visto algunas partes de ella mucho menos a la vista. Lawen torció la boca, avecinaba diversión en la actitud recatada de aquellos individuos.

A su alrededor, varios miembros del servicio andaban de aquí para allá sin prestarles demasiada atención. Un hombre rubio se acercaba al carruaje. Dedujo que era otro de los criados al ver sus mangas arremangadas y las botas llenas de barro junto al ceño fruncido de su rostro. «Otro pobre infeliz que no ha desayunado todavía», pensó.

Lawen siguió a Tonrill, que se había alejado para observar la curvilínea figura de una de las estatuas. Lo vio contemplarla interesado, sobre todo, en la parte de los pechos esculpidos bajo una fina tela fruncida.

—Para ser tan pudorosos con sus relaciones, tienen a una de sus divinas señoras casi desnuda.

Lawen soltó una risita y dijo:

—El pudor no sirve para nada. ¿Cómo pueden adorar a estos pedazos de piedra?

Un carraspeo sonó a su espalda.

—Esos pedazos de piedra son parte de nuestra fe. Rogaría que no los insultarais.

Se giró. El hombre rubio que se había acercado al carruaje la miraba con expresión molesta. Al fijarse más en él, advirtió que sus ojos grises y el rostro afeitado no encajaban con su indumentaria. A su espalda, otro hombre de cabello oscuro y recogido en una coleta acortaba distancia hasta ellos con las riendas de dos corceles en una mano. Aunque tenía las mismas ropas que su compañero, supo que era alguien importante cuando un criado rechoncho se acercó para llevarse a los animales.

«Nobles». Decidida a no amedrentarse, alzó una ceja ante su interlocutor.

—No consideraría la verdad como un insulto. —Alzó la mano hacia la estatua—. ¿Acaso el mármol no es una piedra? Es una roca caliza

pulimentada, cara, eso sí; pero una piedra, al fin y al cabo, ¿no?

El hombre frunció los labios, pero ella advirtió la nota curiosa que despertó en su mirada y que danzó en sus iris durante una fracción de segundo antes de contestar:

—Gracias por la clase de geología, pero sabe que no me refería a eso.

—Supongo que no, pero era la mejor salida que se me ocurría. —Alzó la barbilla, divertida, justo cuando el otro hombre se colocaba junto a él. Los ojos verdes del recién llegado los recorrieron a ambos en un análisis silencioso; no le gustó ni una pizca que se demorara en exceso en su compañero.

—Y bien, ¿me ve bien así o quiere que cambie de posición? —espetó Tonrill—. Le advierto que mido lo mismo desde todos los ángulos.

El tipo parecía divertido mientras se cruzaba de brazos. Su pecho grande y torneado contra la tela demostró que, a pesar de ser noble, sabía cuidarse. La mirada de sus ojos verdes acompañó a una mueca que le marcó un hoyuelo en el lado derecho mientras observaba sus cortas piernas.

—Corto de estatura, pero con una lengua larga.

—No quieras que te enseñe lo que tengo largo.

El hombre moreno soltó una carcajada e intercambió una mirada con el rubio.

—Me encantan estos desconocidos, Elegor. —Los señaló con un dedo —. ¿Son parte de algún divertimento para la cena de esta noche? Nos vendrá bien a todos echarnos unas risas después de todo lo que ha pasado.

Lawen dio un par de zancadas para situarse frente a él. Aunque el tipo le sacaba casi dos cuartas, ella lo miró con los brazos en jarras, sin relajar un ápice la expresión de desprecio de su cara. Él aprovechó para darle un buen repaso al escote sin ningún decoro.

—No estamos aquí para entretener a nadie, sino para trabajar.

El moreno alzó una ceja con una mueca cargada de intención, como si el concepto de trabajar en su mente solo tuviera un resultado posible.

—¿Trabajar? —repitió el rubio a su lado.

Lawen resopló. ¿Quién diablos se creían que eran esos dos tipos? Era demasiado temprano para que la estuvieran irritando.

—Sí, a trabajar —respondió. Si existía alguna diosa dedicada a la calma, quizá era el momento de apelar a su atención—. Algo que quizá

deberían hacer ustedes. ¿No tienen nada productivo en lo que *entretenerse*? —Se cruzó de brazos justo cuando un hombre con uniforme de servicio bajaba las escaleras de la entrada hacia ellos. Al llegar, hizo una pequeña reverencia hacia los hombres y se dirigió a ella ante la atónita mirada de los dos.

—Señorita, el rey la espera.

Lawen asintió.

—¿El rey? —preguntó con evidente sorpresa el tipo moreno—. ¿Quiénes sois y qué clase de trabajo…?

Ella alzó la barbilla, le hizo un gesto a Tonrill y dijo:

—Lawen Storm. Y vengo a resolver un asesinato.

VII
Elegor

El príncipe heredero se dejó arrastrar por Muller hacia la sala de audiencias privada, casi pisándoles los talones a aquella extraña pelirroja y a su compañero. Cuando su padre le anunció que vendría un especialista para investigar, jamás pensó que sería una mujer. Debía reconocer que estaba tanto o más intrigado que su amigo por esa súbita aparición.

El primer secretario anunció la llegada de la desconocida y de su compañero, un tal Tonrill. Elegor y Muller entraron en la sala donde Thurgo estaba tras su mesa rodeado de actas, plumas y sellos. Su padre levantó la cabeza, y ya debía estar informado, porque no se sorprendió en absoluto por los recién llegados. Hizo una inclinación de cabeza.

—Bienvenidos. El canciller August me ha dado muy buenas referencias de ustedes. —Cogió una carta con un matasellos que Elegor reconoció de Greenstone y la hojeó para sí mismo—. Su fama dentro de su región parece ser legendaria para los oficiales de Justicia. Todos los casos resueltos con éxito, espero que el que nos preocupa no sea una excepción.

La mujer se irguió, no parecía nada nerviosa aun en presencia de un rey.

—No lo será, descuide.

—Majestad… —le susurró el enano, dándole un codazo a la altura de la pierna.

—Majestad —se corrigió ella y se manoseó la melena desordenada—. Disculpe, no estoy familiarizada con las fórmulas de cortesía propias de la corte.

Thurgo no pareció molesto.

—Lo supongo. Con que haga su trabajo con la mayor prontitud posible me basta. —Su padre soltó la carta y colocó las manos sobre la

mesa—. Necesitamos encontrar al culpable. No quiero correr riesgos ante la inminente boda del príncipe, aquí presente. —Alzó una mano hacia él y la pelirroja se giró con lentitud para seguir su gesto.

Su rostro se contrajo de una forma cómica; no parecía entender qué hacían los dos allí en el despacho del rey. Cuando sus vivaces ojos centraron la mirada en él, Elegor se tuvo que morder la lengua para no soltar una carcajada. Muller no tuvo tanto éxito y se rio abiertamente.

—Ajá, el príncipe —oyó que susurraba el enano con una mueca—. Maldición. La has liado nada más llegar, patilarga.

—¿Y yo qué sabía? ¡Ese tipo no tiene aspecto de príncipe! —se quejó como si Elegor no estuviera presente.

—¿Y qué aspecto debería tener? —contraatacó Tonrill—. ¿Quieres que lleve un cartel en el jubón? ¡Se supone que eres la más lista de los dos!

Los dos se lanzaron a discutir ignorando a los presentes. Elegor no podía salir de su asombro. La actitud descarada de ambos le resultó tremendamente inapropiada, pero también hizo que sus comisuras se curvaran. Había poca diversión en esos muros últimamente, y aquel par encendió una chispa que creía consumida en algún lugar de su cerebro en duelo. De repente, como si recordara de pronto dónde estaba, la mujer le asestó una colleja a su compañero para que se callara. Cuando él obedeció, mutó su rostro a una máscara de concentración y preguntó:

—Y bien, ¿dónde está el cuerpo?

Parecía tan deseosa de ponerse manos a la obra que era casi desconcertante. Thurgo los miraba mientras se masajeaba una de las sienes, quizá tan impactado por su actitud como el resto de los presentes. Acabó por centrar su mirada en Elegor con un suspiro.

—¿Te importaría acompañarlos? Tengo asuntos que atender por aquí. —Volvió la vista a la mesa para tomar un documento y sumergirse en su lectura—. Además, tú y el archiduque Micanstone conocíais mucho mejor al fallecido hijo del marqués. Quizá podáis arrojar algo de luz a la señorita Storm y a su ayudante.

Muller y él intercambiaron una mirada. Elegor asintió.

—Si me acompañan.

—Vamos —aceptó la pelirroja. A su espalda, el enano se aclaró la voz para osar dirigirse al rey directamente.

—Majestad —dijo—. ¿Sería muy presuntuoso pedirle algún tentempié? Después del largo viaje… —Se tocó la barriga, pero su compañera se acercó para atizarle un manotazo en la cabeza—. ¡Auch! Está bien, está bien, más tarde.

—Nos pondremos a trabajar de inmediato, majestad —aseguró ella mientras empujaba a Tonrill hacia afuera.

Thurgo asintió. Por su expresión, Elegor sabía que su cabeza ya estaba perdida entre los diferentes documentos esparcidos por la mesa. Un sirviente les abrió la puerta y Elegor salió junto a Muller tras los recién llegados. En cuanto estuvieron fuera de la sala de audiencias privada, su amigo no se reprimió.

—Esto debe ser una broma —susurró y vio la agitación en sus ojos, que habían perdido todo rastro de diversión—. Esa tipeja va a indagar sobre la muerte de nuestro amigo, es casi como mancillar su memoria. ¿No tenemos gente que investigue en Longlake?

—Al parecer no lo bastante inteligente, si no, no me habrían llamado.

La pelirroja se había detenido y los miraba con una seguridad en sí misma bastante irritante.

—¿Es común que escuche conversaciones ajenas? —espetó Muller.

Ella se puso a su lado y se encogió de hombros.

—Es parte de mi trabajo. Escuchar, analizar y deducir. Encajar las piezas. —Su mirada bajó a sus pies y lo estudió en un movimiento ascendente muy lento. Era tan punzante como si sus ojos rascaran las capas de ropa y de piel para indagar en su interior—. Y bien, señor Micanstone, puede seguir juzgándome por no tener lo que usted esperaba que tuviera entre las piernas, o puede ayudarme con esto y hacerlo todo mucho más fácil.

Elegor levantó una ceja. Con esa lengua pérfida y espontánea, podía ganarse muchos enemigos, pero no parecía importarle en absoluto. Entre aquellos muros, ese rasgo podría ser tanto una perdición como una virtud, y, por ahora, se inclinaba más por lo primero. Aun sabiendo que eran príncipe y archiduque respectivamente, no se había molestado en contenerse ni un ápice. Como si no tuviera nada que perder y la idea de fingir una simple cortesía le resultara una tarea más complicada que investigar un asesinato.

¿Qué clase de vida te convertía en un ser tan *peculiar*?

Era joven. Mucho más de lo que esa coraza de altanería quería demostrar. Tenía un aire defensivo en la mirada que era como un atisbo del índice de capítulos de toda la historia que guardaba. Advirtió cómo los miembros del servicio la miraban con disimulo mientras caminaban por el pasillo. Aquel vestido sencillo de paño verde oscuro dejaba su escote mucho más a la vista que las etiquetas que exigía la corte. Labios pintados en un exuberante color cereza, ojos grandes y delineados en un negro empolvado. Maquillaje sencillo, pero que marcaba sus rasgos de una forma tan elegante como salvaje. La melena pelirroja le caía desordenada sobre el lado izquierdo y tenía parte del lado derecho rapado y con unas minúsculas trenzas entretejidas entre los mechones. Acostumbrado a los peinados altos y encorsetados de las damas de palacio, Lawen Storm era un exótico pájaro fuera de su hábitat.

—Ayudaré en todo lo que esté en mi mano sin valorar sus generosos atributos —dijo Muller con una dramática reverencia y una sonrisa sarcástica en los labios. Hizo un gesto desdeñoso hacia su escote—. Por aquí no estamos acostumbrados a ver todo tan… expuesto.

Ella no se ruborizó ni se molestó, se limitó a soltar una risita desdeñosa.

—No voy a seguir sus cánones. Si le perturba ver un poco más de carne femenina, el problema es suyo. Tómese su vasito de leche con galletas antes de dormir y ruégueles a los dioses para que le den un poco más de madurez mañana.

Muller abrió la boca y volvió a cerrarla. Luego resopló, frustrado. Elegor podía contar con los dedos de una mano las veces que alguien había dejado a su amigo sin saber qué decir. El enano soltó una risita ante el comentario y el príncipe aprovechó para dirigirse a él.

—Y usted, Tonrill, ¿verdad? ¿Cuál es su cometido?

El enano se encogió de hombros.

—Digamos que doy otros puntos de vista, hay cosas que alguien de mi estatura ve y que se os pueden escapar a los patilargos. —Sus ojos sonrieron con picardía al pasar junto a una sirvienta arrodillada en el suelo que pulía el mármol. Le guiñó un ojo y ella correspondió a su sonrisa—. Todo tiene sus ventajas.

Lawen alzó una mano, como si hubiera hallado la punta de una bobina de hilo para tirar.

—Exacto. Justo por ahí debemos comenzar. —De pronto, perdida en sus pensamientos, susurró por lo bajo—: ¿Quién podría sacar ventaja de la muerte del fallecido? —Alzó la vista—. ¿Qué tipo de relación de amistad tenían entre ustedes? ¿Siempre tienen las cortinas descorridas en todas las habitaciones? ¿Eso de su brazo es una marca de nacimiento, señor Micanstone?

«¿Qué diantres…?». Elegor y su amigo se miraron atónitos. En menos de treinta segundos planteó unas quince preguntas. La cabeza de la señorita Storm debía funcionar a un ritmo diferente a la de cualquiera. Pasaba de un tema a otro, saltando como una liebre en un prado de ideas caóticas. Mientras respondían a algunas de sus cuestiones, atravesaron la residencia real de una punta a la otra y tomaron la escalera de piedra que conducía a las entrañas del palacio.

Thurgo era un verdadero aficionado al vino, y, como tal, sus bodegas eran dignas de admiración. El ambiente frío y seco los recibió junto con el eco de sus propios pasos y el característico aroma dulce de la maduración de las uvas. Unos cuantos miembros del servicio trabajaban en la primera línea de barriles. Les dedicaron una inclinación de cabeza al pasar, sin duda, preguntándose a qué se debía aquella visita de tan extraña comitiva.

Elegor frunció los labios. Pensar que los restos de uno de sus mejores amigos yacían allí le revolvió el estómago. La sensación se acrecentó cuando cruzaron la enorme extensión subterránea, casi tan ancha como el palacio, y llegaron a la parte más alejada, donde había un par de habitaciones dedicadas a almacenar los viejos útiles y herramientas. La forastera dedicó una larga mirada a ambas puertas mientras el señor Rubens, el doctor de la familia real desde que Elegor tenía memoria, los esperaba al fondo, embutido en una casaca floreada amarilla y naranja. El noble miraba el polvo de sus zapatos de hebilla plateada con fastidio y, sin un mechón despeinado de su cabello recogido en un lazo, se secaba el sudor con un pañuelo blanco.

—Me han avisado para que los acompañe a examinar el cadáver —dijo al verlos llegar.

Cuando abrió la puerta derecha, Elegor se preparó para uno de los tragos más duros de su vida. Rogó a Vondal que le diera fuerzas y siguió a los demás al interior de la estancia. El aire, de por sí enrarecido, era más fuerte y olía a descomposición. Sobre una mesa y cubierto por una

tela gris, se adivinaba la forma del cuerpo. Lawen siguió a Rubens tras estrecharle la mano, y él se detuvo junto a la mesa. Antes de retirar la tela, el doctor lo miró.

—Príncipe Elegor, si desean salir…

Negó con la cabeza.

—No se preocupe.

Una parte de él necesitaba verlo para saber que era real. Que Frederick se había ido para siempre. Muller y él se quedaron a un lado, junto a Tonrill. El doctor retiró la tela y el olor se intensificó. No era lo que Elegor había esperado. Era mucho peor.

Frederick estaba hinchado, y su rostro era casi irreconocible entre los estragos de la descomposición. La cabeza y el cuello tenían un tono verde azulado que parecía ir extendiéndose también por los miembros. Había grandes ampollas bajo la piel, pero lo más impactante era el pecho, que hasta el ombligo era un amasijo de carne putrefacta.

—El clima frío de aquí abajo ha permitido que se retrase la descomposición —explicó el doctor—. El cuerpo está en buen estado, pero las laceraciones en el pecho han permitido que las primeras larvas hagan su aparición.

Elegor sintió la mano de Muller en su hombro. Siempre habían sido un trío inseparable. Desde pequeño, supo que su amistad sería duradera. Los carruajes de los Micanstone y los Inutria siempre iban y venían a palacio, y ellos crecían entre carreras por los jardines, paseos a caballo y alguna que otra pelea de espadas —ninguno fue nunca demasiado virtuoso en ese terreno—, pero siempre compartían sus días con su particular humor. Y ahora todo se había desvanecido.

La pelirroja carraspeó sacándolo de sus pensamientos. Vio cómo ella rebuscaba en el saquito atado a su cinturón de cuero marrón para sacar un pequeño cuaderno con un lápiz y unas gafas que procedió a ponerse. Sus ojos se agrandaron un poco con el efecto de las lentes, después se humedeció un dedo y pasó varias páginas del cuaderno.

—Bien, a trabajar.

VIII

Lawen

Se toqueteó las nuevas gafas en un intento de que no se notara su creciente excitación al acercarse al cadáver. La gente no solía tomarse muy bien su extraño disfrute por los escenarios más macabros. Observó el torso con evidente interés. Los tallos de rosa abrían las entrañas de dentro hacia afuera y parecían iniciarse en el estómago hasta el pecho. No había dudas en la trayectoria de los cortes. La sangre coagulada y medio ennegrecida sobre la carne irregular ofrecía un espectáculo dantesco. Lo habían destrozado por dentro: órganos, músculos y piel. El dolor tuvo que ser demencial, pero debía de haber sido rápido. Tenía que indagar sobre si se habían oído gritos y durante cuánto tiempo. Lo anotó en la libreta que había encabezado con el nombre del fallecido.

El rostro de Frederick de Inutria estaba violáceo. Eran facciones sencillas, un hombre acaudalado corriente, con un atractivo menor que sus dos amigos allí presentes. Si estaban los tres juntos, debía ser el que siempre pasaba desapercibido. Lawen torció la cabeza al advertir unas pequeñas manchas en el cuello. Tomó nota mental para volver a eso más tarde y caminó por el lateral del cuerpo hacia la parte inferior.

Le gustaba hacer una inspección a los pies, una de las partes humanas más olvidadas, y que, sin embargo, podía ofrecer mucha información. Agarró la tela gris para descubrirlos y se acercó. Pies cuidados pero amoratados por el *rigor mortis*; sin heridas visibles, apenas un par de cicatrices antiguas, probablemente de la infancia. Uñas cuidadas y cortadas.

«Pies de noble sin marcas notables», apuntó en su libreta.

Ascendió la mirada por los muslos y agarró la tela gris para descubrir su desnudez de un tirón. Todos los presentes menos Tonrill parecieron más incómodos que ella misma frente al sexo expuesto del marqués de Inutria.

—¡Eh! ¿Qué estás…? —se quejó el desagradable señor Micanstone—. Es evidente que la causa de la muerte está más arriba. No es necesario…

Ella lo silenció con un gesto de la mano. Odiaba a los hombres como él, esos que estaban siempre con el cuchillo afilado para sesgar los intentos de los demás de mostrar que llevaban la razón.

—Micanstone. —No se molestó en ocultar la irritación en el tono—. Si me lo permite, yo decidiré qué es lo necesario. —Retomó la exploración mientras tomaba notas en el cuaderno. Cambió el tono para dirigirse al príncipe, que permanecía en silencio. ¿Estaba tan afectado por la escena de su amigo fallecido como aparentaba? Su cabeza funcionaba demasiado deprisa como para andarse con formalidades o títulos—. Señor Elegor, según tengo entendido, y corríjame si me equivoco, ¿en su religión se mantienen en celibato consentido hasta ese circo de la arena frente a una estatua?

El doctor chasqueó la lengua, incómodo por su tono despectivo, y el príncipe frunció los labios.

—El ritual de la arena es sagrado para nosotros.

—No es esa la pregunta.

Sus ojos grises se encendieron como dos faroles nublados por la indignación, luego, suspiró en un intento de controlarse para que nada descortés surgiera de su *real* lengua.

—Sí, nos mantenemos en celibato hasta el enlace estipulado por Efemerin, señorita Storm. ¿Qué problema hay en eso?

Lawen se rascó la cabeza.

—Para mí ninguno. Por suerte no soy de aquí. —Se encogió de hombros—. Pero, en su perfecta corte, pocos siguen esa absurda norma, ¿me equivoco?

Tonrill soltó una risita ante el silencio culpable de los demás.

—No os culpo, amigos —murmuró su compañero—. Los placeres de la carne son difíciles de ignorar. Bien que lo sé.

—¿Podría describirme un poco al señor Frederick? —Lawen se dirigió a Muller.

Él superó su turbación inicial para contestar. Había tristeza y añoranza en su voz.

—Frederick era… un hombre muy generoso. Siempre estaba ahí para ofrecer su apoyo a quien lo necesitara. Era juicioso, correcto y amable. Tenía un gran corazón y…

—Sí, eso ya lo veo —murmuró Lawen mientras apartaba con delicadeza una de sus piernas.

—¿Cómo dice?

Lawen se giró para mirarlo.

—Debió de tener un corazón grande, porque tiene un moratón en la ingle. Propio de un acto de… —intentó suavizar su expresión por temor a que alguno se desmayara por decir «felación»—… amor apasionado con la boca. En términos científicos, una equimosis producida por una fuerte succión. No soy una experta, pero conozco a alguna gente en Greenstone que son auténticos artistas de este campo. ¡Si hasta son capaces de recrear dibujos!

—¿Y a dónde quiere llegar con eso? —preguntó Elegor—. Fue su noche de bodas…

Lawen negó con la cabeza y señaló la marca visible en la ingle con un dedo.

—Este hematoma no es de esa noche —afirmó—. La coloración indica que es más antiguo. —Se pasó la lengua por el labio inferior pensativa—. Apostaría que de hace casi una semana.

Elegor y Muller intercambiaron una mirada. El doctor permanecía retirado a un lado y en silencio. Tonrill retomó el hilo de sus pensamientos, algo que siempre solían hacer, aunque no hubieran hablado entre ellos.

—¿Habían tenido contacto carnal previo a las nupcias la señorita Rossane Trevelian y el marqués? —preguntó, cruzando los brazos por delante del pecho, lo que siempre le daba un aire de niño enfadado.

Elegor miró a su amigo Muller y luego al cuerpo de Frederick, después negó con la cabeza.

—Lo dudo.

Lawen asintió para sí.

—Lo que creía. Tendré que hablar con la señorita Trevelian, pero sospecho que su amigo Frederick metía a alguien en su cama antes de su flamante esposa de las arenas. Supongo que se despediría de su amante por todo lo alto antes de pasar por el altar.

Muller se mordía el labio, pero al final accedió a hablar.

—Tiene razón, Storm —convino, y ella soltó un gemido triunfal sin importarle que fuera poco correcto dadas las circunstancias—. Frederick se veía con una dama del servicio de su madre.

—Entiendo.

Vio cómo Elegor tensaba la mandíbula. «Vaya, parece que el príncipe no tenía constancia de esa información. Interesante».

—¿Es sospechosa entonces? —preguntó Elegor—. ¿Ha podido la doncella hacerle… *eso*?

Lawen se encogió de hombros a la vez que apuntaba en el cuaderno: «Amante de clase inferior».

—Cuando comienzo a investigar, para mí todos son sospechosos, señor Mansen —explicó—. Sin restricciones. Desde usted hasta el señor Micanstone, el doctor aquí presente y hasta el último miembro de las caballerizas. —Se pasó el lápiz por la punta de la lengua—. Está en ustedes convencerme de que los borre de la lista. —Acto seguido, sonrió y se acercó al cuerpo, llamando a Tonrill—. ¿Qué ves, amigo?

Comenzaron a susurrar entre sí en voz baja mientras el resto se miraban atónitos. El olor intenso de la descomposición flotaba en el aire, y el doctor, más acostumbrado a los partos y a los achaques convencionales de la corte, tenía la cara pálida. Tras hablar con Tonrill, este le confirmó lo que ella ya había visto. Se giró hacia los presentes.

—Bien. El señor Frederick fue drogado con algún tipo de sustancia para dormirlo, a deducir por las pequeñas manchas rojas del cuello. —Señaló la zona con una mano—. Mi compañero Tonrill hará gala de su especial gusto por las sustancias prohibidas para investigar qué era y de dónde proviene.

—¿Y la causa de la muerte? —preguntó Muller.

Lawen cerró su cuaderno y levantó una ceja. Miró al doctor y luego a los dos nobles amigos del fallecido.

—Querido doctor, veo que no ha sido capaz de arrojar luz sobre esa cuestión, ¿no?

El hombre se encogió de hombros.

—Estoy más acostumbrado a los constipados. Jamás había visto nada como esto, *milady*.

Lawen dio dos pasos hacia ellos.

—Jamás había visto nada como esto porque está fuera del plano terrenal. —Se quitó las gafas y las limpió con el borde de la manga izquierda.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el príncipe.

Lawen se guardó las gafas y lo miró.

—Soy una mujer realista. No creo en sus queridos dioses, pero sí en la maldad del ser humano. Y este puede alcanzar una dimensión *mayor*. —Señaló el cuerpo—. No hay arma que mate así. Lo que más claro tenía desde que puse un pie en esta habitación es que su amigo había fallecido por algún tipo de poder oscuro, llámelo como quiera: magia negra, ocultismo o juegos con el diablo, si es que en sus creencias lo incluyen. —El príncipe había empalidecido y ella continuó—: Y, ahora, ¿me dice dónde están las letrinas? Ha sido un viaje largo.

IX
Elegor

El espejo le devolvió una imagen de sí mismo con la cara húmeda frente a la jofaina. Se hundió las manos en el cabello para peinarse el flequillo hacia atrás. Por mucha agua que se echara en el rostro, nunca sería suficiente para borrar todos los nuevos pensamientos que lo inquietaban.

Se secó la cara y caminó por su habitación. Tras las cortinas de terciopelo, la noche ya había caído en los jardines de palacio. Desde la ventana de su segundo piso, observó a lo lejos a un grupo de damas que paseaba entre los setos nocturnos, deleitándose con el perfume de las rosas del jardín. Sus ojos se deslizaron sin querer hasta posarse en el seto más cercano. Las flores rojas que había distribuidas entre la perfección vegetal hicieron que la bilis le subiera a la garganta.

Rosas rojas.

Rosas de sangre.

Rosas de muerte.

Con unos tallos similares a los que habían desgarrado la carne de su mejor amigo con sus espinas. Una flor tan delicada y elegante usada para un fin tan terrible. Apenas había sido capaz de contemplar el cadáver, pero la seguridad con que la forastera había sugerido la presencia de magia negra había sido suficiente para tener su mente ocupada durante todo el día.

Lawen Storm parecía la típica persona no creyente de manual. Si ella consideraba esa posibilidad, él, que conocía de cerca los designios y bendiciones de los dioses, supo que su comentario no era para tomárselo a la ligera. Desde los inicios de la creación de la diosa Tabita, siempre habían existido personas escogidas que recibían un don místico. Así nacían las sacerdotisas de Efemerin y los sacerdotes de Vondal. Los afortunados tenían una particular conexión para hablar y

dar a conocer las voluntades de los dioses. Su magia blanca era pura, y los salmos de bendición despertaban fuerzas de otros planos superiores. Pero Elegor no era estúpido. Sabía que, como en una moneda, existía la otra cara oculta. Tan oculta como el rostro de la diosa Tegra. Pensaba que la rama de la magia oscura estaba extinta desde hacía muchos años, pero quizá estaba equivocado.

«No puedo dejar todo en manos de esa desconocida. Tengo que indagar».

Tras ver el cuerpo de Frederick, Elegor acompañó a esa extraña mujer y a su más extraño acompañante a las cocinas para que les dieran algo de comer. Ella le informó de que comenzaría sus pesquisas. Después lo despachó con un gesto de la mano mientras le colocaban un plato de pan caliente con miel por delante. Por un momento, dudó de quién era el noble de los dos. No había podido más que pestañear e, incómodo, se había marchado dejándola en un cuchicheo ruidoso con el enano.

¿Es que esa dichosa mujer no tenía decoro de ningún tipo? Estaba irritadísimo y tan desconcertado por su forma de actuar que había sido incapaz de señalarle cuál era su lugar. Esa… *dama* era un espécimen demasiado singular en Longlake.

Ahora, en su alcoba, Elegor cogió el pañuelo de seda a juego con la casaca para ceñírselo al cuello. El contacto le pareció asfixiante. Después de tantos meses con la sencilla túnica del templo de Vondal, volver a la pesada exquisitez de los ropajes de etiqueta era un fastidio, pero no podía faltar a la cena. Todas las damas de cámara y los caballeros de compañía de la familia que tenían su alojamiento permanente en la corte empezarían a hablar. Era justo en esos individuos donde nacían todas las habladurías que después se extendían en cuchicheos por los pasillos. El príncipe había crecido en esos ambientes chismosos, y, aunque debería estar acostumbrado, después de su apacible estancia con la mente centrada en leyes, historia y tipos de sociedad, volver a todo aquello le resultaba insustancial.

La cena se serviría pronto. La risita de las mujeres que se acercaban al palacio para dirigirse al comedor flotó desde el exterior y él se asomó. Entre el fru, fru de las faldas de tul, seda y lino, advirtió la cabellera rubia de su hermana. La vio pararse un instante cerca de uno de los rosales para aspirar el aroma. Sin querer, sus dedos rozaron uno de los tallos y se llevó una de las yemas heridas a la boca. Mavaris

pareció sentir su mirada sobre ella porque alzó la vista y le dedicó una cálida sonrisa. Cuánto la había extrañado en esos meses. La saludó con la mano antes de retirarse de la ventana y evaluar su imagen en el espejo. Estaba listo.

La cena transcurrió con suma lentitud. Su mirada pasaba de unos a otros mientras los nobles allí congregados degustaban los platos de pato asado con especias y los rollitos de pescado y puerro que componían el menú de aquella noche. Sin ser ningún acontecimiento especial, las damas iban bien engalanadas con sus atuendos estudiados al milímetro para que las telas fluyeran con sus movimientos. Los hombres las observaban, comedidos y elegantes mientras charlaban sobre asuntos aparentemente interesantes. Oyó con vaguedad lo que comentaba Nicolas, un viejo amigo de su padre, para saber que de interesante tenía poco.

Las velas de las lámparas daban a la estancia un aire alegre y distendido. Había risas, susurros y caricias por debajo de los manteles mucho más allá de lo que estipulaba el decoro. Por ello, ninguno parecía prestar atención —o fingían no hacerlo— a la mesa real, donde Anne de Cavalenti estaba muy cerca del rey. Una de las manos de su padre había desaparecido bajo la mesa. Elegor frunció los labios al imaginar dónde estaba.

Muller se había alejado de sus padres, que charlaban animadamente en un lateral de la sala, y arrimaba más su silla a la de una de las damas de cámara de su hermana. Las copas de vino durante la cena parecían haberlo ayudado a olvidar el cuerpo destrozado de su mejor amigo. No lo culpó. Lo conocía bien como para saber que era uno de los menos frívolos de los presentes, pero Muller nunca era muy expresivo en sus sentimientos. Aquellas actitudes superficiales eran solo una máscara para no derrumbarse en los peores momentos de su vida.

Pero su amigo no era el único que se escudaba en esa frivolidad. El resto continuaba con su velada, entre risas controladas y comentarios alabadores de una cena que luego criticarían con sus personas de mayor confianza antes de dormir. Mucho lujo y grandes tejidos, pero allí el atuendo que dominaba era esa máscara de falsedad. Por un instante, llegó a entender el rechazo de la recién llegada Lawen Storm. ¿Qué imagen daban como sociedad? Criaturas muy devotas de sus dioses, pero que aprovechaban cualquier resquicio de su rutina para saltarse

las reglas de su fe, incluso ante ojos de todos. Y cuando el cadáver de uno de los suyos aún se amortajaba en las bodegas.

La repulsión le hizo levantarse cuando los sirvientes traían el postre. El olor de la tarta de cerezas, recién sacada del horno, era delicioso, pero era incapaz de permanecer un instante más en la sala. Se disculpó ante los demás comensales y se aproximó a la salida.

Junto a las puertas de entrada a las cocinas, entre las sombras de las cortinas de terciopelo, advirtió un familiar reflejo pelirrojo. La señorita Storm estaba apoyada en la pared, con los brazos cruzados. Su mirada punzante se movía de un lado a otro, como si no quisiera que se le escapara ni el color de las enaguas de las damas al cambiar de postura. «A saber lo que le pasa por la cabeza», pensó. Tras aquel pequeño atisbo de su agobiante curiosidad esa misma mañana, debía reconocer que le resultaba interesante ver cómo funcionaba su cerebro. A su lado, Tonrill degustaba un plato de pastel de cerezas a cucharadas mientras los dos charlaban en voz baja. Y, aunque él mismo había condenado la actitud distendida general en el ambiente, se molestó al leer en sus ojos el reproche a todo aquel espectáculo.

—¿Se divierte? —Fue incapaz de ser amable, y su tono fue entre sarcástico y exasperado.

Ella alzó una ceja al mirarlo y cambió el peso de un pie al otro con la cadera alzada. La cascada de rizos desordenados era casi insultante ante todos los cabellos domados y recogidos con un millar de horquillas de la sala. Su atuendo era sencillo, tirando a masculino a pesar de lo generoso de su escote, y, sin embargo, de todas las mujeres allí presentes, era, de lejos, la que más llamaba la atención.

—Debo reconocer que sí. Me divierte mi trabajo.

Su abierta respuesta hizo que él tensara más la mandíbula. ¿Ahora todas sus comidas serían observadas por esos ojos forasteros? ¿A qué clase de chiflada le divertía investigar crímenes?

—Al menos no ha traído su libreta. Qué indulgente —repuso con ironía—. ¿Qué hacen aquí?

—Observar.

—Comer.

Tonrill y ella respondieron a la vez. La mujer puso los ojos en blanco mientras el enano refregaba la cucharilla por el plato con un molesto

chirrido para atacar los últimos restos de pastel. Elegor intentó calmar su incomodidad para dirigirse a su compañero.

—Ya han interrogado al servicio. ¿Han sacado algo en claro?

Tonrill se encogió de hombros y ella frunció los labios.

—No mucho, la verdad —dijo ella. Admitirlo parecía ser una bofetada a su orgullo porque desvió la vista un instante antes de volverla hacia él —. Pero hay mucha información reunida en esta sala. —Una sonrisa enigmática curvó sus labios—. Es como tener primera fila en un espectáculo. Todos los presentes actúan, de una forma u otra. Solo hay que descubrir qué papel representa cada uno. —Hizo una leve pausa—. ¿Actúan para escapar de una situación incómoda? ¿Para gozar de apoyos en la corte? ¿Para encamarse con el objeto de sus deseos? ¿O para esquivar una sospecha de asesinato?

Tenía la mirada clavada en su rostro, a la espera de la mínima reacción. Elegor se sintió como un conejillo atrapado en un callejón por un gato salvaje. Notó el estómago revuelto y tragó saliva. ¿Ese era el efecto que ella ejercía sobre los demás? Jamás se había sentido tan evaluado en su vida, ni ante los juiciosos ojos de su padre. En ese instante, alguien le tocó la espalda y, al girarse, se vio estrechado entre los musculosos brazos de Duncan Praston.

—¡Dichosos sean los ojos! Oí que habías vuelto y que había sido tu ceremonia. —El recién llegado le palmeó el hombro—. Así que Regina McDought, ¿eh? Demasiado recatada para mi gusto, pero me alegro por ti. La diosa ha hablado.

Elegor se obligó a esbozar una sonrisa a su interlocutor. Duncan Praston era un noble con uno de esos títulos postizos. No tenía un linaje demasiado destacado, pero sí unas riquezas nada despreciables. Sus actividades comerciales de carácter ganadero y, posteriormente, en el sector de la seda le habían llevado a encumbrarse como uno de los hombres más ricos de Longlake. Había escalado posiciones hasta codearse con los altos cargos de palacio, en cuyas arcas participaba de forma activa para llenarla con parte de los beneficios de sus actividades.

Por ello, Thurgo le había otorgado un título nobiliario y tierras, pero, lejos de haber nacido entre algodones como el resto, Duncan seguía siendo un hombre dicharachero y sencillo. No era un mal tipo, a Elegor le resultaba simpático. Quizá demasiado presuntuoso, pero un soplo de

aire fresco en comparación con el resto de la nobleza de la corte. Era unos cinco años mayor que Elegor y, ataviado con un pantalón azul oscuro y una levita a juego, su pelo castaño claro se oscurecía en las raíces. No hacía falta oír los suspiros de las damas para saber que era atractivo y que parecía disputarse el puesto de soltero de oro de las arenas con el mismísimo Muller.

—¿Cómo estás? —preguntó Elegor—. ¿Acabas de llegar?

—Este mediodía. Embarcamos para traer una partida de seda. Quería supervisarlo todo por mí mismo teniendo en cuenta lo complicada que está la frontera con… —Se detuvo. Su vista se había posado en Lawen, que le devolvía la mirada con la cabeza inclinada y un gesto de interés —. ¿Y tú quién eres, mujer? Por Vondal, destacas como una pepita de oro en medio de los escombros.

El comentario arrancó una carcajada de ella, y Duncan no fingió mientras le daba un buen vistazo de la cabeza a los pies.

—Pobres damiselas —dijo ella—, si oyesen su comentario, más de una se desvanecería.

—*Milady*, usted no parece ser de las que se desvanecen, sino de las que hacen desvanecer a los demás. —La irresistible sonrisa de Duncan pareció concentrar todas sus armas de conquista en ese sencillo gesto.

—No se crea —comentó Tonrill para hacer que Duncan reparara en su presencia—, tendría que haberla visto en aquella apuesta de quién se bebía más jarras de… —Ella lo silenció de un manotazo y la risotada de Duncan hizo que varias miradas curiosas se posaran en aquella improvisada reunión en las sombras.

—¡Qué alegría encontrar carne fresca en la corte! —murmuró.

—No te entusiasmes —espetó Elegor—. Han venido a investigar el asesinato de Frederick. —Su tono rompió la expresión alegre de Duncan, que bajó la cabeza.

—Oh, sí, me enteré al llegar. Es… terrible. Un hecho desolador. —A Elegor no se le escapó que Lawen torcía la cabeza al escucharlo. Era el mismo gesto de análisis que tenía cuando contemplaba la sala. Duncan hizo una reverencia exagerada—. Lo lamento mucho. Si me permiten, alguien tiene que animar a esta panda de estirados en tan aciaga noche.

Elegor se contuvo de señalarle que nadie tenía que inflar los ánimos cuando aún seguían de luto y lo observó alejarse para mezclarse con los

presentes. En apenas un instante, ya le habían hecho un hueco en una mesa y llevaba la voz cantante de la conversación.

—Duncan es… —comenzó a decir.

—*Curioso* —concluyó ella—. Quizá la persona más auténtica de esta sala. —Se giró hacia él—. Nos veremos mañana en el funeral del marqués de Inutria.

—¿Piensan asistir?

Tonrill detuvo a una de las sirvientas que iba a meterse en la cocina con un plato de pastel a medio comer y, con una sonrisa, consiguió que se lo cediera.

—Por supuesto, majestad —dijo el enano—. La pérdida y el dolor son todo un festín para estudiar la conducta humana. Es un evento demasiado jugoso como para dejarlo pasar. —Lo miró sin dejar de masticar y bajó la voz—: El asesino estará allí con toda seguridad.

X

Lawen

Las miradas de las tres deidades principales encabezaban el altar del templo. Lawen arrugó la frente al contemplarlas, era incapaz de recordar sus nombres a pesar de que alguien se los había repetido una media docena de veces. La del centro era una escultura de un hombre de edad avanzada. El mármol delineaba sus rizos a la perfección, al igual que las túnicas de las otras dos esculturas; un hombre joven montando a caballo y una mujer con un reloj de arena en la mano.

A su alrededor, las mastodónticas columnas blancas del templo funerario dejaban colarse los rayos de sol para iluminar los pasillos de las tres entradas diferentes al centro de culto. Aunque la luz era suficiente para admirar el ambiente, había un centenar de antorchas asentadas sobre la parte alta de las columnas.

Los asistentes se arracimaban entre los espacios vacíos como quien contempla una procesión. Pisar suelo sagrado, aunque fuera por un sepelio, no parecía perturbar sus ganas de charlar en voz baja. Le resultó curioso que todos fueran de blanco, pero Tonrill le susurró que allí ese color era símbolo de luto. Sospechaba que su amigo había tenido contacto estrecho con alguna de las sirvientas de cocina la noche pasada. La información nunca venía mal, daba igual el medio para conseguirla.

En el centro, junto al altar, dos largos bancos de madera acogían a los familiares más cercanos al fallecido, cuyo féretro acababa de ser transportado por los miembros de la guardia real hasta aquel lugar. Frederick de Inutria había sido el hijo de un alto cargo de la corte de Longlake y, como tal, la ceremonia transcurriría con todos los honores. Lawen dudaba que se tomaran tantas molestias ante el fallecimiento de cualquiera de las caras casi invisibles que había visto tras las vallas de seguridad a las afueras del templo. Caras de gente humilde, con las

mejillas quemadas por el sol de trabajar en los campos y con los ropajes llenos de lamparones y restos de barro. Aquellas personas tendrían una muerte sin tanto espectáculo, pero quizá más sentida por sus seres queridos.

Dejó vagar la mirada por los allí congregados. La madre y los dos hermanos pequeños del fallecido habían tomado asiento en los bancos principales, a cuyo lateral se colocó el rey Thurgo Mansen y les dedicó una inclinación de cabeza. Observó a la madre de Frederick; estaba en ese punto de madurez donde todavía había belleza sin mucho esmero. Pelo castaño en un recogido casto, vestido blanco con el cuello alto y mangas de tul. A su lado, había dos gemelos de unos doce o trece años, ambos con camisas y pantalones blancos y los cabellos cortos y lacios de su madre. Según lo que había oído en su incursión por las cocinas de palacio, los Inutria habían sido un matrimonio ejemplar bendecido por Efemerin. Primero habían tenido a Frederick, pero una larga enfermedad de la madre la había tenido varios años encamada hasta que se recuperó milagrosamente y tuvo a los gemelos. El padre de Frederick había muerto hacía ya cinco años. Tras la madre había tres mujeres que supuso que serían sus doncellas de servicio. Una de ellas lloraba sin ocultarse con un llanto silencioso. «*Voilà*. Ya sabemos quién era la amante».

Lawen alzó la mirada hacia la derecha cuando el sacerdote hizo su aparición. Aunque quería hacer gala de humildad enfundado en una sencilla túnica de tela de saco, pudo ver el extremo de una cadena de oro gruesa que sobresalía por un pico del cuello. Hizo esfuerzos por no resoplar.

Los asistentes callaron al fin y la ceremonia comenzó. Le hizo un gesto a Tonrill para que tuviera los ojos bien abiertos. Aunque todos miraban hacia el centro para escuchar la perorata del que se había presentado como primer sacerdote de Vondal, ella encaminó su atención con disimulo hacia todos los asistentes que tenía enfrente. Ambos se habían colocado en uno de los laterales, al amparo de una de las grandes columnas para observar.

El incienso dulzón elevaba volutas olorosas entre los presentes. Sabía que sacar su libreta y ponerse a tomar notas no sería adecuado, pero se preparó para tomarlas mentalmente. Algunos de los presentes les dedicaban miradas curiosas a ella y a Tonrill. Eso estaba dentro de la

normalidad; al fin y al cabo, eran dos desconocidos dentro de los límites de sus barrocas tradiciones. Le bastaba una de sus miradas afiladas para que desviaran las suyas.

Identificó a Duncan Praston en un lateral. Él, sintiéndose observado, la vio entre las sombras y le dedicó una sonrisa. Ella se la devolvió para ver su reacción. Parecía muy tranquilo, pero se masajeaba el dedo índice con insistencia.

«Nota: Acercarse a Duncan Praston. ¿Conocía bien al fallecido? ¿Tenía alguna conexión con el anterior muerto? ¿Cuánto llevaba de supuesto viaje?».

El sacerdote salió de su atril para tocar el féretro y murmurar unas palabras en voz baja. Este estaba cubierto de flores. Por suerte, se habían asegurado de que ninguna fueran rosas, o la imagen habría sido un tanto macabra al ser las mismas de los tallos que habían acabado con su vida.

Más tarde, se dio paso a la ronda de pésames. Tal y como debía exigir el protocolo, el rey fue el primero en acercarse. Su gesto era tan vacío que podía ser el mismo para dar su beneplácito a un plato de cordero en la cena. Desde que lo había visto la primera vez, Lawen lo había reconocido como uno de esos hombres que nadaban en el mar del narcisismo. Todo asunto debía girar en torno a su figura, y lo que no lo despachaba con una sensación de hastío disfrazada de tristeza. A pesar de ello, la madre se echó a llorar ante su regia figura.

Sus lágrimas eran las más sinceras de la sala, aunque no fueran las únicas. Tras él, para dar sus condolencias, se acercó el príncipe Elegor. Su tono de piel parecía más bronceado con aquel atuendo blanco. Tenía la mandíbula tan tensa que una vena de su cuello sobresalía bajo la piel; parecía afectado de verdad. Sin embargo, Lawen sabía por experiencia que las personas podían ser excelentes mentirosas cuando se lo proponían. Torció la cabeza y lo estudió con atención. Debía reconocer que era apuesto, aunque con ese atractivo repelente de la aristocracia. Era alto, lo bastante como para ser imponente, pero no demasiado como para sobresalir entre el resto. No había descuidado su físico en aquella vorágine de derrochadoras y calóricas comidas de la corte, y la tela se ceñía a las formas de su cuerpo en los lugares adecuados. La barba rubia estaba recortada con una perfección milimétrica y sus ojos grises estaban mucho más brillantes por la emoción. No se podía fingir

la tristeza de esa mirada. Quizá con el flequillo menos repeinado y algún callo en los dedos hasta podría parecerse a algunos de los que le habían calentado la cama en alguna ocasión. Como si supiera que pensaba en él, Elegor levantó la cabeza mientras se alejaba de la fila de los que ofrecían sus condolencias. Lawen le mantuvo la mirada y vio cómo esa tristeza se convertía en una chispa de curiosidad al observarla.

No, no debía fiarse de las apariencias. Nadie estaba libre de sospecha. Había que reconocer el talento maravilloso de Tonrill para poner los oídos en las esquinas más chismosas, y su compañero había oído algún rumor del supuesto retiro espiritual del heredero al trono que tendría que contrastar. ¿Qué diablos entendía esta gente por retiro espiritual? En Greenstone, un «retiro espiritual» respondía más a pasar una noche con tres amantes, cinco botellas de ron y un par de saquitos de alguna planta alucinógena cara.

Siguió al príncipe heredero hasta ver cómo se colocaba cerca de una mujer rubia y muy guapa. Ya la había visto en la cena de la noche anterior, y el parecido entre ellos era más que evidente. La princesa Mavaris era menuda y tenía unos ojos enormes y vivarachos que siguieron la mirada de su hermano para encontrarse con la suya. La miró de arriba abajo, y no pareció juzgarla por sus pantalones, sus botas y su camisa suelta y bien abierta en el escote. Le sonrió. Una sonrisa de verdad entre todas las emociones fingidas de aquel templo. Apuntó en el cuaderno mental que tendría que hablar con ella también.

De pronto, el resto de los allí congregados comenzó a moverse para ofrecer el pésame a los familiares. El ambiente solemne se suavizó para volverse más cercano mientras se hacían corrillos entre los asistentes. Guardó en su cabeza los rostros de un par de personas a las que le gustaría interrogar más tarde y, de pronto, alguien acaparó su atención.

Vio la inconfundible coleta de Muller Micanstone, algo más alto que el resto. El hombre miraba hacia una columna, en dirección opuesta al gentío. Su expresión era seria, preocupada tal vez. Hizo un gesto sutil con la mano. Lawen siguió su mirada y advirtió la silueta de una muchacha que se escondía entre las sombras. Un engranaje en su cerebro hizo clic.

No lo pensó y se dirigió hacia allí, sin evitar empujar a la pareja más cercana, que la miró con evidente fastidio. La muchacha abrió los ojos al

darse cuenta de que alguien la había descubierto en su escondrijo y echó a correr hacia un lateral del templo. Lawen se llevó por delante el abanico de una dama al seguirla y el complemento acabó pisoteado por sus botas. La silueta de la chica zigzagueó entre las columnas hasta la parte más oscura de la estructura del templo y abrió una puerta. Lawen notó que alguien la seguía a su espalda, pero no se molestó en girarse. Un pasillo sumido en la más absoluta oscuridad la recibió. El aroma fuerte y seco del incienso se le metió en la garganta para hacerla toser. Había una figura inmóvil al fondo. Dio unas cuantas zancadas hacia allí, pero descubrió decepcionada que era otra de esas dichosas estatuas. Había un arco pequeño a la derecha que salía al exterior y el sol se colaba por él. La figura de mármol llevaba un velo tapándole el rostro y resultaba inquietante.

—Señorita Storm, no debería alejarse de la parte central —dijo Muller. Su tono era gélido—. Aquí se esconde la capilla de la diosa Tegra, y muchos la asocian a un terreno, digamos, escabroso, por lo que…

—No me toque las narices. ¿Dónde está? —le cortó ella. Tras él apareció la figura de Elegor y, poco después, la de Tonrill, que caminaba a la mayor velocidad que le permitían sus piernas.

—¿Qué ocurre? —preguntó el príncipe, pero ella lo ignoró.

—¿Quién era esa chica, Micanstone? ¿Dónde está?

Muller se encogió de hombros, pero su mirada era oscura.

—No sé de qué me habla, Storm.

Lawen apretó los puños. Odiaba que la tomaran por estúpida. Elegor miró a uno y a otro sin entender. Como era lógico, se decantó por su amigo.

—Puede que haya visto a algún sacerdote menor, señorita Storm. Aunque Tegra no es la diosa más querida por los ciudadanos de Longlake, también se la bendice aquí en la oscuridad. —Se giró e hizo un gesto con la mano—. Volvamos.

Muller y él se adelantaron. Tonrill y ella esperaron un instante antes de seguirlos. Lawen se mordía la lengua con fuerza.

—Sé lo que he visto.

Tonrill se encogió de hombros.

—Es evidente que aquí hay mucho más que rascar por detrás de todas las capas de seda, joyas y perfumes —dijo en un susurro—. Yo

también he visto algo. Hay alguien que no te ha quitado la vista de encima.

—¿Quién?

—Una mujer. Delgada y joven. Cara bonita pero corriente. Poco pecho y poco trasero. A mí me gustan con más curvas.

Ella puso los ojos en blanco mientras echaban a andar.

—Y, aparte de analizar sus atributos, ¿algún dato de provecho?

Tonrill le dio un manotazo en la pierna.

—Por supuesto. Descubrí su nombre antes de que echaras a correr como una demente en pleno funeral. —Meneó la cabeza y suspiró—. Se llama Regina McDought. Es la prometida del príncipe.

XI

Elegor

El heredero al trono de Longlake subió otro peldaño de la escalera, la que crujió, quejándose por su peso. Torció la cabeza y deslizó los dedos sobre los lomos de los libros, caídos unos sobre otros y algunos arrinconados hacia el interior de la estantería. Elegor resopló. Solo habían pasado seis meses desde que pisara la biblioteca de palacio, pero, al parecer, era la única persona que se preocupaba por el orden de la estancia.

En su ausencia, y ante las pocas visitas, los criados solo se habían dedicado a realizar una limpieza básica, pero la parte alta había acumulado dos dedos de polvo, lo que le provocó una picazón de nariz cuando sacó un tomo de entre los demás. Bajó de la escalera y puso el libro sobre la mesa. Era un viejo escrito sobre antiguos misterios de Longlake.

Se pasó la mano por los ojos cuando comenzó a leer. El cansancio le pesaba. Echó mano a la tercera taza de café, pero descubrió que ya se la había tomado y alzó la mirada hacia la ventana. La luna estaba semiescondida entre las nubes; se aproximaba una tormenta. El candil sobre la mesa iluminaba la pila de libros desperdigados sobre ella, que habían resultado una tremenda decepción.

La magia negra debía ser uno de esos temas tabú dentro de las disciplinas impartidas en su sociedad. En la mayoría de libros, o ni siquiera se aludía a ella, o bien se limitaba a hacer referencia a cuestiones de ese tipo en las leyendas o cuentos infantiles. Curiosamente, hizo caso a su instinto y siguió la línea de las leyendas. Como decía su madre, en toda leyenda había un ápice de verdad, por pequeño que fuera. Aunque era un niño cuando ella falleció, sí recordaba algunos momentos juntos, sobre todo esos en los que se reunían en esa misma biblioteca y ella le leía historias a la luz de una

vela. Más de una vez, el amanecer los había pillado enredados en historias fantásticas de dragones y sirenas de tres colas. Suspiró al recordarla. Quizá fuera en esos ratos donde nació su interés por la lectura, era como revivir una parte de ella en cada libro que abría.

El nuevo tomo no le aportó nada nuevo. Todo se repetía. La magia negra o las artes oscuras, según se nombrara, se remontaba a la antigüedad, donde las historias la mezclaban con seres venidos de tierras lejanas y que destrozaban los cultivos, arrasaban las cabezas de ganado y enfermaban a la población. Al pasar la página, observó lo que parecían extractos de casos reales donde una mujer afirmaba que un ser masculino con el rostro tapado y patas de animal había hecho pudrirse todas las plantas de su jardín.

«Bobadas».

También había investigado algunos tratados de botánica general y específica, pero, excepto un par de anotaciones sobre las especies de rosas que ya era imposible comprobar, tampoco parecía ser un camino que le fuera a aportar una pista.

Meneó la cabeza y se hundió las manos en el pelo. La información que necesitaba no estaba en aquellos libros, pero quizá conocía un lugar donde sí podría averiguar algo de provecho. Concertaría una cita con Yorgen, su antiguo maestro y sacerdote retirado de Vondal. Aunque primero debía dar con él. Yorgen siempre había sido un tipo rebelde dentro de su sociedad y, una vez jubilado, hacía años que se había alejado de la flor y nata de la corte.

Se desperezó y recogió los libros. Había uno que aún no había ojeado, y decidió llevárselo a su habitación. Se lo puso bajo el brazo, tomó el candil antes de salir de la biblioteca y se aventuró por los pasillos de palacio. Era entrada la madrugada y no había movimiento alguno. Hasta los criados descansaban en sus aposentos. Las lámparas de araña dibujaban sombras en las paredes y alguna cortina ondeaba por la brisa huidiza que se colaba por el resquicio de una ventana. Cruzó por delante del despacho de su padre, por la sala del trono, por la sastrería y por la sala del té.

Los cafés comenzaban a hacer efecto y necesitaría visitar la letrina con urgencia. No iba a esperar a subir a sus aposentos, por lo que cruzó hacia el pasillo de la derecha para visitar las del servicio. Aquel acto

habría escandalizado a Thurgo; pero, por suerte, el rey estaría durmiendo plácidamente entre sus cojines.

Debía felicitar al servicio; estaban bastante más limpias de lo esperado. Por desgracia, no existía ningún tipo de intimidad entre un urinario y el siguiente, y solo había un pequeño cubículo al fondo con una puerta para hacer aguas mayores. Sin mucha ceremonia, se bajó los calzones y orinó. Cerró los ojos para disfrutar de ese instante de paz. El cansancio al fin hacía mella en él, y estaba tan relajado que ni siquiera oyó cómo se abría la puerta del cubículo del fondo.

—Hasta la realeza tiene sus reales necesidades, ¿eh?

El susto hizo que se manchara los zapatos. Giró la cabeza aun sabiendo a la perfección quién era. «¿Qué diablos…?». En un intento de conservar la dignidad, se cubrió con rapidez y dio gracias porque la escasa luz del candil no revelara el rubor de sus mejillas. Lawen Storm le devolvió una mirada divertida. Fue incapaz de evitar que sus ojos echaran un vistazo a aquel escueto camisón, que, a la luz tintineante del candil, se transparentaba de forma impúdica. Al menos ese cabello pelirrojo y desordenado tenía el detalle de tapar su escote, aunque su imaginación bien pudiera hacer el resto.

«Elegor, basta».

Frunció los labios. Aquello era tremendamente inadecuado. La boca se le secó y resopló para ocultar sus pensamientos. ¿Es que esa mujer no tenía ningún tipo de decencia? Se recompuso la camisa por dentro de los calzones y se irguió.

—¿Cómo se le ocurre ir así por el castillo? —inquirió con irritación.

Los ojos de ella se abrieron de sorpresa.

—¿Así cómo? —Se miró a sí misma y soltó una risotada—. Oh, no me diga que su majestad nunca ha visto a una mujer semidesnuda. —Se dio una palmada en la frente—. Por supuesto, su dichoso celibato. —Abrió la boca de estupefacción antes de seguir—: ¿Es de los pocos que de verdad lo cumplen? Increíble. Pero, dígame, ¿no le atraen las mujeres? ¿O quizá prefiere a los hombres? También puede que tenga apetitos más… exóticos. No me opongo, verá, soy mujer de mente abierta y…

—¡Cállese de una maldita vez! —Su verborrea le estaba dando dolor de cabeza y se apoyó los dedos en el puente de la nariz para tomar aire —. ¿Qué hace aquí, Lawen?

Ella se encogió de hombros.

—Lo mismo que usted.

La naturalidad con la que hablaba aumentaba cada vez más su irritación.

—Mire, me da igual lo que haga en su vida diaria, pero aquí hay normas. No puede pasearse por el castillo así.

—No voy a vestirme de gala para ir al baño.

Elegor resopló.

—Supongo que para usted *esto* es lo normal, pero aquí no. Podrían confundirla con…

Ella alzó una ceja y se cruzó de brazos. La sonrisa se había borrado de sus labios.

—Discúlpeme, príncipe Elegor. Ustedes han solicitado mi presencia y vengo a trabajar. Es a mí a la que le dan igual sus estúpidas normas. —Chasqueó la lengua, sus ojos centelleaban—. Su sociedad es tan arcaica como para juzgar de indecente a una mujer solo por lo que lleva puesto, pero, luego, no escatiman en todo tipo de perversidades en los más oscuros rincones. ¿Acaso sus queridos dioses deciden cuándo mirar y cuándo no?

—Está siendo grosera.

—Usted también.

Elegor apretó los puños mientras se fijaba en las pecas suaves sobre su nariz. ¿Cuándo se había acercado tanto? Daba igual, estaba demasiado enfadado como para pensar en lo inadecuado de la situación.

—Desde que puso un pie en Longlake —dijo—, he tenido que soportar sus miraditas de suficiencia y sus comentarios cínicos, Storm. Nadie le ha pedido su opinión. Respeten nuestra fe, limítense a hacer su dichoso trabajo y lárguense cuanto antes.

Ella le sostuvo la mirada.

—Como desee. —Suspiró—. Espero que algún día se quite la venda de los ojos. Están tan centrados en sus dichosos dioses que todo les estallará en la cara. —Se dio la vuelta para dirigirse a la salida—. Y esto es solo el principio.

Elegor frunció el ceño y la aferró del brazo para detenerla.

—¿A qué se refiere?

Ella frunció los labios.

—Habrá más asesinatos.

Él sacudió la cabeza, contrariado.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé. —Su respuesta era tan desquiciante como ella. La mirada de la investigadora se perdió a sus pies, donde había caído el tomo que Elegor llevaba de la biblioteca. Lawen se agachó tras echar un vistazo al título, torció la cabeza al devolvérselo y murmuró—: Qué curioso. ¿Ahora le atraen las historias de magia negra, majestad?

Su deliberado tono acusador le hizo apretar los dientes.

—Solo desde que usted abrió esa posibilidad. No es la única que está investigando la muerte de Frederick.

Ella asintió sin variar su expresión.

—Por supuesto —murmuró—. Pero quizá deba empezar por hablar con su amiguito Micanstone. Oculta algo. Y lo averiguaré, no tenga duda.

Acto seguido, se apartó el pelo de un hombro y salió de la letrina. Sus pasos rápidos se oían en el silencio de la noche. Elegor se obligó a calmarse. Aferraba el libro con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Nunca había conocido a nadie que lo sacara de quicio tan rápido como ella.

XII

Lawen

Lawen removía las migas del plato con un dedo. A su lado, Tonrill contaba una de sus fantásticas historias con todo lujo de detalles. Habían habilitado un trozo de encimera en la cocina para que los dos forasteros hicieran sus comidas diarias. René, la segunda pinche de cocina, soltó una risita. Tendría apenas unos diecisiete años y su fresca inocencia era una presa fácil para el ego de su compañero. La joven cortaba patatas sobre una tabla de madera mientras ellos acababan los restos del desayuno.

Mientras Tonrill hablaba, Lawen estaba pensativa, con la mirada puesta en las páginas de su cuaderno. Había hablado con la doncella de la madre de Frederick. Tamita era apenas una joven sencilla de veinte años y su tristeza era real. No había negado sus encuentros con el marqués mientras la nariz le moqueaba al hablar. No dudó en reconocer que habían pasado buenos momentos juntos, pero el temblor de su voz hizo que Lawen se compadeciera. «Pobrecilla. No solo dice la verdad, sino que se había enamorado de él». Sospechaba que el sentimiento por Frederick no había sido correspondido. Corroboró que el marqués había pasado una noche con ella pocos días antes de la boda con la señorita Trevelian. Suficiente para tachar a esa mujer de su lista.

Sin embargo, eso no significaba que Frederick de Inutria no pudiera tener otra amante.

Estudió todas las anotaciones en referencia a la misteriosa chica del templo en su cuaderno. Había sido incapaz de encontrarla. Por más que había indagado, todos los nombres que había anotado ya estaban tachados. Muller Micanstone, uno de los que más le interesaba, estaba especialmente desaparecido desde el funeral. Solo lo había visto durante la cena de la noche anterior y él había rehuido hablar con ella. Si hubiera estado en Greenstone, quizá hubiera optado por algún

método más físico, y de buena gana le habría atizado, pero pegar a un noble frente a toda la corte le habría valido la expulsión del caso con toda seguridad. Y ella jamás había dejado un caso a la mitad.

Pero eso solo era una piedra que sortear en esa búsqueda. Sospechaba que esa chica era una pieza importante y que tenía algo que ver con el fallecido marqués de Inutria. ¿Era esa la amante secreta del señor Frederick? ¿Tenía que ver con su asesinato?

Frunció los labios, hizo una línea en el papel y pasó a escribir un par de anotaciones en una página nueva con la punta de la lengua hacia un lado. De pronto, un sirviente entró en las cocinas y se dirigió hacia ellos.

—El carruaje espera.

Asintió, cerró el cuaderno y, mientras se lo guardaba junto a las gafas en el zurrón de la cintura, dio una palmada a Tonrill en el brazo.

—Oh, mi querida René, el deber me requiere —dijo su amigo—. Con todo el dolor de mi corazón, tendremos que dejar la segunda parte de la historia para después. —Hizo una exagerada reverencia y ella le sonrió.

—Más le vale, señor Tonrill. Necesito saber cómo salió de las garras de aquel salvaje de las montañas y de su león. —Lawen sacudió la cabeza. Ese enano no tenía remedio. Creía haber oído esa fantasiosa historia unas sesenta veces a lo largo de su vida.

Se despidieron de los presentes para salir al vestíbulo. Era aún temprano, pero toda la servidumbre llevaba ya casi dos horas enfrascada en sus labores diarias. Junto a la puerta de entrada, encaramados a sendas escaleras, dos hombres sacudían el polvo de la parte alta de las cortinas. Los responsables de la puerta abrieron justo cuando se acercaban. Una dama cruzó el umbral mientras se quitaba el sombrero y los guantes. Lawen la reconoció incluso con la sencilla indumentaria de montar, y la recién llegada se acercó con una sonrisa.

—Creo que aún no nos han presentado. —Le ofreció la mano—. Soy Mavaris.

—Encantada, princesa. —Lawen aceptó su mano y se dieron un apretón.

—A sus pies, majestad. —Tonrill le besó el dorso de la mano con tanta delicadeza que parecía imposible que no se hubiera criado entre esos muros—. Si me lo permite, es usted mucho más atractiva que su hermano, e incluso que su padre. ¿De dónde sale tanta belleza? —Lawen le dio un toque en el hombro con los ojos en blanco, pero la

dama, lejos de molestarse, soltó una risita. Sus ondas rubias, despeinadas por el paseo matinal, se sacudieron junto a su risa.

—Supongo que de mi madre —confesó ella y bajó la voz tras echar un vistazo a su alrededor de una forma cautivadora—. También soy más simpática, no os voy a engañar.

Que rompiera todas las reglas de decoro entre esos muros para mostrarse más cercana al tutearlos despertó una sonrisa sincera en Lawen. Aquella muchacha era como un soplo de aire fresco en medio de tanto jarrón, estatua y alfombra perfectamente colocados. La había visto engalanada en sus recargados vestidos y con esos elaborados recogidos en el cabello durante las cenas; pero, ahora, al verla de cerca, parecía mucho más joven. Analizó su indumentaria: llevaba un vestido de montar lleno de manchas de tierra, pero no parecía muy preocupada por ello.

—Fui a pasear de buena mañana y luego me entretuve un rato por los jardines —explicó la princesa al notar su mirada—. A veces, necesito… Bueno, escapar de aquí un rato. —El gesto que hizo con la mano para abarcar el castillo sobreentendía otras palabras escondidas que no quiso pronunciar, pero que Lawen imaginó. Quizá no era tan fácil para todos seguir esa marcada línea de rectitud e impolutas apariencias del lugar donde le había tocado vivir.

—Es comprensible.

Mavaris se recogió un rizo tras la oreja.

—Y, díganme, ¿están cómodos? ¿Han desayunado?

—Todo está perfecto, mi señora —dijo Tonrill con una sonrisa despampanante—. Nos disponemos a continuar con nuestro trabajo en la jornada de hoy.

—Por favor, tuteadme. No soy el estirado de mi padre. —Sonrió y miró a Lawen—. ¿Habéis conseguido esclarecer algún detalle? —Se llevó una mano a la frente, azorada—. Oh, perdonad, supongo que vuestras pesquisas serán confidenciales.

Lawen pestañeó en un intento de leer las intenciones bajo aquella pregunta. Decidió ser sincera para ver su reacción.

—Nuestros avances han sido un tanto decepcionantes por ahora. Nos dirigimos a interrogar a la señorita Rossane Trevelian a su hogar.

La princesa asintió. La tristeza en sus ojos era genuina.

—Pobre muchacha.

—¿La conoces? —Lawen torció la cabeza. Rascar algo de información en una conversación banal siempre daba buenos resultados.

Mavaris suspiró y asintió. Le gustó que no hiciera el intento de negarlo como sí habían hecho otras de las damas de la corte con las que habían hablado, deseosas de que todo aquel asunto escabroso no las salpicara de alguna forma. Si la pobre Rossane había tenido amigas en algún momento, todas se habían evaporado con la presunción de culpabilidad.

—Es una buena mujer —continuó Mavaris—. La verdad, si queréis saber mi impresión, no creo que ella jamás pudiera hacer algo así. La han juzgado duramente. —Suspiró y retorció los guantes entre las manos—. Pero, en fin, así es nuestra sociedad, desde que salimos del vientre de nuestra madre todo son juicios; la sociedad, los dioses. Todos planifican nuestra vida menos nosotros mismos.

Agradeció que fuera franca. Era evidente que no todos eran felices en aquella jaula de oro, y exponerlo tampoco debía ser fácil entre tantos ojos atentos en los pasillos. Sospechaba que la princesa no era la única asfixiada por el tipo de sociedad de Longlake.

Por un momento, se imaginó cómo debía haber sido crecer allí. Aunque ella había pasado malos momentos en los que la comida había escaseado o noches de frío con esquirlas de nieve entre el pelo, siempre había sido libre. La libertad era un tesoro mucho mayor que cualquier comodidad que le pudieran ofrecer entre aquellas paredes. La mirada de la princesa era la de alguien resignado a no conseguir la libertad. Tuvo el impulso de darle una palmadita conciliadora en el hombro, pero se recordó que debía mantener una actitud neutral.

—Mavaris, ¿podrías dedicarnos un rato mañana? —Aprovechó para proponer—. Tenemos que hacerte unas preguntas de forma más… profesional.

—Por supuesto —convino ella con una sonrisa, como si la expectativa fuera una reunión de amigos y no un interrogatorio por asesinato—. ¿Aprovechamos la hora del té? —Miró a Tonrill y le puso una mano en el hombro—. Me aseguraré de que haya una buena selección de pastelillos.

—Majestad, usted sí que sabe enamorar a un hombre como es debido.

Ella soltó una carcajada y se despidió con una inclinación de cabeza. Ellos salieron a la gran escalinata exterior. En la entrada, apostado en

un lateral, un carruaje con dos espectaculares corceles castaños esperaba para conducirlos a su destino. Una vez acomodados dentro, y cuando el cochero agitó las riendas y los caballos se pusieron en movimiento, Lawen contempló cómo se alejaban de los preciosos jardines del castillo de los Mansen.

—¿Qué piensas de ella, Tonrill?

Su compañero ahuecó las manos tras la cabeza y se echó atrás en el asiento.

—Encantadora y exquisita. Oculta algo.

—Justo lo que yo pensaba.

—Tampoco es indicio de nada —comentó él con un suspiro—. Todos tenemos derecho a tener algún secreto, incluso ese príncipe tuyo. —Sus ojos se convirtieron en dos rendijas al mirarla—. Aún no me has contado por qué te vi salir en paños menores de la letrina poco antes que él. ¿Un encuentro tórrido y prohibido en plena madrugada?

Lawen puso los ojos en blanco.

—Te encanta adornar las historias. En tus labios cualquier cosa se torna tórrida y prohibida.

—Como debe ser —reconoció—. Y, si no quieres que sea así, cuéntame algo que me crea.

—Coincidimos allí. No se me tiró encima si es lo que quieres oír, enano lascivo.

—Querida, me creería más que tú te tiraras encima de él. —Ella le dio una patada—. ¡Eh!

—No estoy tan desesperada. Es demasiado santurrón. No lo soporto.

Él se acomodó más en el asiento.

—Di lo que quieras, pero espero que resolvamos esto pronto porque, si pasamos más tiempo aquí, sospecho cuál va a ser el resultado. —Se tocó la sien con un dedo—. Mi extremada inteligencia me permite ser muy intuitivo.

Lawen resopló.

—Y muy imbécil también. —Meneó la cabeza—. Centra tus intuiciones en cuestiones de más importancia. Necesito una orientación clara en este caso. Y espero que Rossane Trevelian nos la dé.

XIII

Lawen

El viaje hasta la finca de los Trevelian les llevó casi una hora. En ese lapso de tiempo, Lawen aprovechó para repasar sus notas junto a Tonrill, a la vez que contemplaba cómo despertaba el mundo tras el cristal del cubículo del carruaje. Atravesaron el centro neurálgico de Longlake y las actividades diarias y sencillas de sus habitantes para comenzar un nuevo día le habían resultado mucho más cómodas que los protocolarios despertares de la residencia real de los Mansen. Los comerciantes abrían sus puestos y exponían las verduras de sus huertos, así como la carne y los peces importados de las zonas costeras.

Las ruedas del carruaje rebotaron sobre el adoquinado suelo mientras avanzaban por la zona del pueblo llano. Los niños de clase baja correteaban por las calles entretenidos en sus juegos mientras los más adinerados los contemplaban con envidia desde sus carruajes en dirección a sus clases con institutrices de moños estirados.

Lo que le quedó claro a Lawen era la pobreza que reinaba en sus habitantes. La desigualdad era algo habitual en cualquier lugar; por mucho que se intentara solventar, siempre existía gente menos pudiente. Sin embargo, allí, las personas pobres lo eran a extremos alarmantes. No hacía falta que sacara la cara del carruaje para saber que el aroma de fuera debía ser nauseabundo. Había miles de cuerpos mustios esparcidos en las esquinas, llenos de mugre, con las vestiduras lacias y deshechas en harapos, y los ojos cansados y escondidos en caras con una delgadez insana. Un par de mujeres ofrecían sus atributos apoyadas en la pared de un callejón a cambio de un trozo de pan. En el muro, tras ellas, había una pintada de color rojo con una forma que fue incapaz de discernir mientras las dos se peleaban. Al menos, en Greenstone, la comida no solía ser un problema para las prostitutas.

Apretó los puños. ¿Acaso el rey no atendía sus necesidades básicas?

Longlake era un lugar de contrastes y, aunque en aquel momento parecía una ciudad normal, como Greenstone, las estatuas de los dioses salpicaban algunas de sus calles para recordarles su fe. Ver el mármol de las divinidades a las que rendían culto junto a las ratas muertas y las caras llenas de roña era una visión tan chocante que le costaría olvidarla.

En cuanto llegaron a la zona alta de la ciudad, el cambio fue drástico. Grandes mansiones, casas ornamentadas y flores en los jardines. Las tiendas de tela y artículos exclusivos llenaban las calles, limpias e impolutas, como si hubieran entrado en un lugar diferente al que acababan de atravesar. Las damas de clase alta paseaban en grupo, con la barbilla alta y el orgullo impreso en cada gesto. Los caballeros las saludaban con elegancia al cruzarse con ellas. Parecía como si hubiera comprado un asiento para asistir a un delicado espectáculo.

Tuvo ganas de vomitar.

Cuando bajó del carruaje frente a la finca de los Trevelian, un hombre enjuto y de barba blanca los observó con sus ojos azules. Iba perfectamente vestido y se apoyaba en un bastón. A su espalda, cuatro guardias con el uniforme real flanqueaban la puerta de la casa; una construcción de líneas rectas y sencillas, pero adornada con motivos florales de bronce.

El anciano se adelantó.

—Su majestad el rey Thurgo ya me avisó de que vendrían —dijo y les tendió la mano—. Soy Jonathan Trevelian. El abuelo de Rose.

—El abuelo… —repitió Tonrill, estrechándosela. El anciano no pareció sorprendido por su altura—. La señorita Rose no tiene…

El hombre asintió con gravedad.

—Tanto mi hijo como mi nuera fallecieron en un brote de fiebre hace siete años.

—Lo lamento —dijo Lawen. El anciano la miró y asintió en silencio. No notó esa arrogancia habitual de la aristocracia.

—La voluntad de los dioses es caprichosa —murmuró Jonathan—. Al menos me ha permitido disfrutar y ver crecer a mi nieta. —Miró sobre su hombro a los guardias y suspiró—. Supongo que vienen a interrogarla. Vamos adentro, está en su habitación. Mi pequeña… No la han dejado ni salir al jardín a tomar el aire desde lo ocurrido. Espero

que eso cambie pronto. —La miró. A Lawen no se le escapó el disgusto en su tono y, de inmediato, se sintió incómoda. El hombre quería hacerles saber que no era estúpido y que quizá eran los únicos que podían esclarecer si su nieta era o no una asesina. No le gustaba que la gente tuviera demasiada esperanza; había altas probabilidades de decepcionarla si los asuntos no se resolvían según les convenía.

—Nos gustaría hablar a solas con ella —atajó.

El hogar de los Trevelian no era tan ostentoso como el palacio de los Mansen, pero sí tenía cierto gusto por el arte. Las paredes blancas estaban salpicadas de lienzos y, a excepción de estos, todo lo demás parecía obsoleto. Había polvo sobre los jarrones, los cuales, en otros tiempos más felices, habrían alojado flores frescas. El aire era limpio, pero con un toque antiguo, como todo lo de su alrededor. Era evidente que estaban en un hogar descuidado y melancólico.

Había pocas cabezas en la servidumbre de los Trevelian. Apenas un par de criadas bien entradas en años que les dieron los buenos días con los semblantes serios y el primer oficial de cámara que los acompañó con una bandeja de té humeante hasta el salón.

Tonrill se dejó caer sobre uno de los sillones, que escupió una nube de polvo. Lawen tomó asiento a su lado mientras el señor Jonathan avisaba a su nieta. La investigadora dio un sorbo al té mientras analizaba toda la estancia y sacaba su libreta y las gafas.

—¿Alguna primera impresión interesante? —preguntó a su amigo.

Tonrill se toqueteaba la uña del pulgar distraído.

—Que esta familia vivió tiempos mejores. —Señaló un retrato sobre la chimenea donde una pareja joven posaba con una sonrisa. Él tenía la mano sobre el hombro de ella que, sentada sobre un sillón, sonreía al espectador—. No sé si el estado de la casa es por una cuestión económica o por simple dejadez. Si fuera por lo primero, la señorita Trevelian habría solucionado el problema contrayendo matrimonio con el fallecido marqués.

—Y, una vez casados, ¿lo asesina? Me parece muy improbable. —Lawen negó con la cabeza—. Y más si toda la sospecha recae sobre ella. Deduzco que habrán congelado su renta como viuda y que perderá todos sus derechos a los bienes del marido. Ese móvil no se sostiene.

—¿Venganza, tal vez?

—Sea lo que sea, lo averiguaremos. —Lawen le chistó para que se callara al oír unos pasos delicados que se acercaban antes de que se abriera la puerta.

Rossane Trevelian no tenía esa belleza delicada de otras damas de la corte que había visto. Un rostro común de rasgos finos, ojos almendrados y una cabellera castaña rizada algo alborotada. Sin embargo, tenía cierto atractivo, aun con aquel vestido puesto de forma apresurada con el volante de la falda doblado en un lado y los ojos irritados y enrojecidos. Si quería mostrar la imagen de mujer desolada, desde luego lo había conseguido. Lawen torció la cabeza mientras le estrechaba la mano y ella tomaba asiento. ¿Era una imagen sumamente estudiada o en realidad la muchacha estaba destrozada?

—Ustedes dirán. —Le sorprendió que fuera tan directa a pesar de que su mirada era gacha.

—Señorita Rossane —empezó Lawen—. Su esposo, el marqués Frederick de Inutria, fue asesinado en la misma noche de bodas.

Rossane levantó la mirada.

—Sí, soy la principal acusada. Pero yo no asesiné a Frederick. —Tragó saliva. Sus ojos eran dos pozos tristes que comenzaron a humedecerse —. Yo… lo quería. Aunque da igual lo que diga, ¿verdad? Nadie va a creerme.

Lawen levantó una ceja.

—No es cuestión de creer. Más bien, me sorprende. ¿Cómo puede querer a alguien que ha conocido en tan breve periodo de tiempo?

Rossane suspiró

—Efemerin es sabia. —Su mirada se alzó hasta una pequeña estatua sobre el aparador de la entrada, donde Lawen ya había visto una representación de una de sus diosas—. Siempre fui una niña tímida y la muerte de mis padres solo aumentó ese rasgo. La mayoría de la aristocracia se ha criado en sus fiestas y sus reuniones. A mí me hubiese costado abrirme a ese mundo de no ser por mi abuelo. —Suspiró con una medio sonrisa—. Solo hace tres años que decidí salir de casa. Era mi primera fiesta como miembro dentro de las urnas de nuestra diosa y estaba muy avergonzada. El destino hizo que Frederick se cruzara en mi camino. Me sacó a bailar. Hablamos. Fue una gran noche. Desde entonces, por muchos caballeros que conocí, siempre rezaba porque las arenas unieran nuestros nombres.

Tonrill tomó la palabra.

—¿Y seguía rezando a pesar de ser consciente de los escarceos del marqués? —Su compañero era especialista en lanzar preguntas incómodas con una sonrisa afable en la cara.

La chica apretó la falda de su vestido, pero se mantuvo en silencio.

—¿Sabía algo de eso, Rossane? —inquirió Lawen.

—La corte es muy hábil para sacar a la luz cualquier rumor. Por supuesto que los había oído.

—Supongo que no es fácil respetar el celibato que les impone su religión. ¿Usted no ha…?

Ella negó con la cabeza y Lawen arqueó una ceja intencionadamente.

—Sé que, para un forastero no familiarizado con nuestras tradiciones, puede parecer extraño. Pero no, no he roto mi celibato. —La miró con la seguridad de quien no tiene nada que esconder—. Y tampoco me importaba que Frederick lo hubiera roto antes de nuestro matrimonio. En cuanto las arenas unieron nuestros nombres, él me aseguró que cualquier encuentro con una tercera persona acababa allí.

—¿Y usted lo creyó? —El tono de Tonrill era sarcástico y ella giró la cabeza hacia él con enfado.

—Ya les he dicho que lo quería.

Lawen hizo como que anotaba en su libreta.

—Hablemos de esa noche —comenzó—. He revisado personalmente su alcoba marital. No hay indicios de lucha, ni de forcejeo en la puerta de entrada ni en la ventana. Los sirvientes… —retrocedió varias páginas en su libreta—… aseguran que el encamamiento se adelantó. ¿Por qué?

Rossane se ruborizó.

—Sí, bueno, eso fue cosa mía… Yo… tenía ganas de estar con él.

—Lógico, querida —dijo Tonrill para quitarle peso a ese color que ahora habían tomado sus mejillas—. ¿Se acuerda de los invitados que quedaban antes de subir a su alcoba? ¿Podría hacer una lista?

—No los recuerdo con exactitud. Como aún era temprano, quedaban muchos, pero puedo intentarlo.

—De acuerdo. Eso estaría bien, señorita Trevelian —dijo Lawen—. Ahora, descríbame aquella noche con Frederick. —La chica miró a su alrededor con timidez—. Estamos solos, no se preocupe.

Rossane tomó aire antes de comenzar a hablar.

—Me cambié y acudí a su encuentro en nuestra alcoba. Yo estaba nerviosa por ser… ya sabe, la primera vez. —Toqueteaba su vestido con las manos—. Frederick fue encantador. Una criada había traído las dos copas de licor típicas de la noche de bodas. Una roja para la novia y una azul para el novio, como manda la tradición. Nos sentamos en la cama a charlar mientras nos las tomábamos. Recuerdo que yo temblaba, pero Frederick fue muy dulce. Me relajé y… nos desnudamos. Perdí la noción del tiempo hasta que acabamos.

—¿Qué hora diría que era? —inquirió Tonrill, y Lawen advirtió que su vista descendía por el escote de la muchacha sin mucho disimulo. Lo imitó y frunció el ceño.

—No lo sé con exactitud —dijo ella—. Ya sería de madrugada. Lo recuerdo porque me asomé a la ventana. Estaba muy cansada y se me cerraban los ojos.

—Interesante —murmuró Tonrill e intercambió una mirada con Lawen.

—¿Qué pasó después?

—Los recuerdos están algo difusos. Supongo que fue el vino, ya me decía mi abuelo que no estoy acostumbrada a beber. —Les dedicó una sonrisa amarga y sus ojos se humedecieron—. Sé que me dormí junto a él. Estaba tan cansado como yo. —Tragó saliva y su vista se perdió en algún punto de la pared—. Aún no había amanecido del todo y la habitación estaba en penumbra cuando desperté. Me dolía la cabeza. Me giré hacia él. Estaba frío y húmedo. Y entonces… —Su voz se quebró, se levantó y los miró con rabia—. ¡Jamás le hubiera hecho daño, por todos los dioses! ¡Aquello me destrozó! ¡No solo murió él, también una parte de mí! —Respiraba con agitación y los señaló con el dedo—. ¡Ustedes… ustedes tienen que encontrar al responsable! ¡Tienen que hacer que deje de soñar todas las malditas noches! ¡Tienen que hacer que deje de ver su sangre en las sábanas!

El abuelo de Rossane entró en la estancia alertado por los gritos. Acudió junto a ella, que se dejó caer en el suelo entre sollozos. Jonathan la acunó entre sus brazos y los miró.

—Por favor… —imploró con la mirada derrotada—. Fui yo el que le pedí a Thurgo que investigaran este asunto. Tienen que encontrar al responsable o el rey dictará sentencia y mandará a mi pequeña a la prisión del Monte Este en dos semanas.

—¿Cuál será la sentencia? —preguntó Tonrill y bajó la voz hacia él para susurrar—: ¿Pena de muerte?

Jonathan negó con la cabeza.

—La muerte sería un regalo para lo que hacen allí.

El tono del anciano hizo que a Lawen se le erizara la piel.

—Bien. Creo que tenemos suficiente. Vámonos, Tonrill. —Cerró su libreta y se levantó.

Rossane continuaba llorando y ella necesitaba darle intimidad para ordenar sus ideas. De vuelta al carruaje, estaba muy silenciosa. También su amigo parecía poco hablador. No fue hasta mitad de camino cuando Tonrill susurró:

—Esa chica es inocente.

—Sí.

—Tiene las mismas marcas en el cuello que Frederick. También fue drogada.

—Eso parece.

—Patilarga…, no va a ser fácil dar con el verdadero asesino. Hay demasiada gente en esta corte. Y, si no lo descubrimos en dos semanas, esa muchacha tendrá un destino horrendo.

Ella suspiró.

—Por si no fuera suficiente presión, parece que somos los únicos que pueden impedirlo.

Una lluvia perezosa comenzó a azotar el cristal de la ventanilla mientras el cielo ennegrecido se vaciaba. Tenía que descubrir la identidad de la amante de Frederick lo antes posible.

XIV
Elegor

La carabina resoplaba mientras ellos caminaban bajo un paraguas para guarecerse de la lluvia. Aunque no caía con tanta intensidad como al mediodía, tras el almuerzo, el día se había oscurecido aún más, y la llovizna espesa empapaba al cabo de un rato.

—Estoy tan emocionada, Elegor.

Regina McDought iba cogida de su brazo. Tenía las mejillas arreboladas y sonreía. Enfundada en un vestido gris perla, la estola de pelo de armiño le ceñía los hombros, resaltando el color de su cabello. Su prometida era una mujer hermosa que hacía que las miradas se detuviesen en ella más de lo necesario. Pero, aunque Elegor reconocía la belleza en ella, le estaba resultando muy complicado entablar una conversación interesante.

—Me alegro —repuso él. Se pasó una mano por el cuello—. Y…, bueno, dime… —Tenía la mente en blanco, pero debía poner un poco de su parte—. ¿Te gusta leer?

Ella lo miró sin variar su sonrisa. La carabina, una doncella mayor que les habían asignado y que controlaba que mantuvieran el decoro en sus encuentros hasta la boda, lo miró con una expresión de fastidio, como si la lectura no fuera nada acorde a una dama decente más allá del bordado. Regina se encogió de hombros y soltó una risita.

—¿Leer? La verdad es que no me apasiona. He leído pocos libros. La mayoría de ellos sobre funciones maritales de Vondal. —Miró a la carabina de reojo y se acercó a su oído para susurrar—: Y *El decálogo secreto de la buena esposa* de Efemerin es sumamente ilustrativo para entender ciertas artes… —Dejó la frase en suspenso con un tono provocativo.

El decálogo secreto de la buena esposa era un manuscrito que pasaba de generación en generación entre las féminas en el seno de las

familias. Allí se narraban las normas principales en sus labores como futuras esposas del reino de Longlake. Elegor nunca lo había leído, ya que era algo secreto entre las damas de la corte, pero sospechaba cuál era su contenido.

—Estupendo. —Fue lo único que atinó a decir.

Ella se pegó más a él, ganándose un reproche de la carabina. A Elegor no le apetecía nada estar allí después de todo lo ocurrido con Frederick, pero Thurgo había insistido en que debía mantener algún encuentro «a solas» con su futura esposa antes del enlace. Habían decidido dar un paseo por la zona alta del reino, algo que calmaría a su padre y que daría el gusto al pueblo llano.

Un par de mujeres se pararon a mirarlos bajo sus paraguas para cuchichear entre sí. La pareja del momento cruzó la calle para asomarse al escaparate de una tienda de telas sin que ellas le quitaran la vista de encima. «La carabina es por completo innecesaria», se lamentó. Regina le hablaba con ilusión de cómo estaba diseñando su vestido de novia. Elegor sentía que no había un tema que le apeteciera menos tratar que el de si el tul era más elegante que la muselina.

Por un momento, se imaginó cómo levantaría la ceja con sarcasmo Lawen Storm si estuviera en aquella conversación. Dudaba mucho que alguna vez hablara con ella de algún tema parecido. Sin embargo, sí podía imaginarse debatiendo sobre política, leyes o los principales hitos de la historia social. Si bien la investigadora le resultaba especialmente irritante, debía reconocer que era una mujer inteligente y realista, muy diferente del círculo de la corte.

—¿Me estás oyendo, Elegor?

Se dio cuenta de que había estado demasiado perdido en sus pensamientos. Regina lo miraba con preocupación, y la carabina, con el ceño fruncido, aunque dudaba que esa mujer tuviera un gesto diferente en su abanico de expresiones humanas.

—Sí, perdóname —se excusó—. Estoy un tanto distraído por todo el asunto de Frederick.

Regina hizo un gesto apenado. Le resultó poco sincero.

—Oh, sí. Es normal. Estabais muy unidos, ¿verdad? Rossane tuvo que estar muy trastornada para cometer semejante acto. Esa chica nunca me pareció muy cuerda y sus modales siempre fueron muy… salvajes. —Miró a la carabina y se alejó unos pasos cogiéndolo de la mano para

que la siguiera—. No todas las mujeres somos tan remilgadas con las relaciones contra-Efemerin… Supongo que no pudo soportarlo cuando se enteró. —Bajó la voz y le acarició la mano con los dedos—. No tendrás ningún problema en ese aspecto conmigo, Elegor. Soy una mujer de mente abierta siempre que mantenga mi posición en la corte.

Ahí estaba. La auténtica Regina.

Elegor tuvo que obligarse a respirar; el nudo del pañuelo parecía retorcerle los músculos del gaznate. Era evidente que en los enlaces de Efemerin nunca solía haber amor de por medio, pero hablar con tanta frialdad del futuro, como si todo fuera una mera transacción, le revolvió el estómago. ¿Era Regina la mujer adecuada para él? ¿Con la que compartiría el resto de su vida y su descendencia en el trono de Longlake? Se obligó a recordarse que la diosa los había unido por un motivo que iba más allá de su comprensión mundana. En su religión no se permitía cuestionar a los dioses, y él se negaba a ir en contra de sus creencias. «Las creencias son la base de toda sociedad fructífera», tal como decía Thurgo.

Quizá solo debía conocerla un poco mejor. Unas cuantas conversaciones no bastaban para despertar ese vínculo de afecto entre dos personas, ¿verdad?

—Bueno, aún no se ha demostrado que fuera Rossane —respondió para volver a la charla con normalidad.

—Será cuestión de tiempo —afirmó Regina—. No sé por qué se ha convocado a esa meretriz investigadora cuando el asunto está bien claro. Pero, en fin, ¿quién soy yo para cuestionar la voluntad de su majestad? —Soltó una risita—. Es decir, mi futuro suegro.

A Elegor le molestó que se refiriera a la forastera en esos términos.

—Esa mujer es lista.

—¿Y? Es mujer. —Hizo un gesto con la mano y se volvió a asir a su brazo mientras caminaban. Un caballero los saludó al pasar y ella le dedicó una sonrisa candorosa antes de seguir hablando—. El papel de las mujeres está claro en nuestra sociedad. Primero, somos esposas, luego, madres. Salir de esas tareas debería estar castigado por los dioses. Una mujer cocinera o costurera sigue siendo aceptable en las clases bajas, claro. Pero ¿una mujer que investiga asesinatos? Por favor…, alguien que se dedica a eso no puede ser más que una meretriz.

Aunque eran los ideales típicos de Longlake, oírlo de sus labios era un tanto chocante. Después de su retiro en el templo de Vondal, había estudiado mucho sobre la conducta humana. Grandes filósofos habían razonado sobre la identidad, la búsqueda y la realización personal como especie. ¿Acaso excluían todos esos miles de páginas a la mujer? Siempre se hacía alusión al ser humano, no al hombre en concreto. Pensó en su madre. ¿Había tenido ella alguna aspiración superior a cuidar de él? ¿Le habría gustado viajar? ¿Recorrer las bibliotecas de todo el mundo? Y la verdadera cuestión: ¿habría podido hacerlo, aunque quisiera?

Su mente voló hasta Mavaris. Su hermana, con ese carácter fuerte y divertido, estaba próxima a casarse. ¿Quería ella que su vida quedara reducida a las fiestas de palacio y a niños corriendo entre sus piernas? Sintió la necesidad de cambiar el enfoque de la conversación.

—Antes que mujeres sois personas —comenzó a decir—, y las personas tienen algún tipo de talento, deseos, aspiraciones, ¿no? Si el de la forastera es la investigación, no me parece algo malo. Diferente, sí, pero no malo. —Giró la cara hacia ella—. Y tú, Regina, ¿qué deseas hacer en el futuro?

Ella se mordió el labio un instante, en una actitud inocente bastante impostada.

—Criar a nuestros hijos.

Sintió como si alguien tirara de sus tripas con dos hilos. Su futura esposa lo dijo sin vacilar, con la naturalidad de una ley escrita en su cerebro desde que nació. Elegor negó con la cabeza.

—No he hablado de nosotros, sino de ti. —Su voz tomó un tono de ansiedad. Necesitaba oír algo más que aquella respuesta—. ¿Quieres aprender a hacer algo? ¿Ir a algún lugar? ¿Tienes algún talento que desees mostrar al mundo?

Regina se le quedó mirando en silencio, como si estuviera hablándole en otro idioma. No parecía entender por qué le hacía esas preguntas, luego su rostro mutó para dedicarle una sonrisa traviesa.

—Al mundo no. Tengo otros talentos que deseo mostrarte a ti. —Elegor frunció los labios y ella quiso rectificar al darse cuenta de que estaba siendo demasiado cínica—. ¿Ir a algún lugar? No veo por qué. Longlake es maravilloso y aquí tengo todo lo que necesito. ¿Tú no?

«No».

Se sorprendió al descubrir la facilidad en que su subconsciente tenía la respuesta. Al levantar la mirada, vio a dos hombres que discutían en una esquina. Uno de ellos le entregó algo a otro tras meter la mano en el bolsillo del abrigo. Al verlo con atención, creyó reconocer sus facciones. Abrió la boca por la sorpresa. ¿Cómo podía…? Menudo golpe de suerte.

—Me temo que debes disculparme —dijo, deshaciéndose del agarre de Regina—. Hay alguien con quien tengo que hablar un momento.

—¿A dónde vas? —inquirió su prometida. La lluvia comenzó a apretar —. Vas a empaparte.

—No te preocupes. Volved al carruaje, os alcanzaré.

No le dio tiempo a decir nada más porque echó a andar por la calle a paso rápido. Giró por la misma esquina donde lo había visto irse. La gente corría para huir de la lluvia, y chocó contra un par de mujeres. Al fondo, vio la silueta inconfundible con el abrigo negro. Esperaba no equivocarse. Se aligeró para darle alcance y le puso una mano en el hombro.

—¡Eh! ¿Qué crees que…? —protestó el hombre, girándose, pero sus rasgos se suavizaron al verlo. No había formalidades con él—. ¿Elegor? ¡Oh, por todos los dioses! ¡Qué alegría verte, muchacho!

Se fundieron en un abrazo. Una parte de su mente le señaló que aquella bienvenida había sido mucho más calurosa que la de su propio padre. Pero, claro, después de tantos años siendo su instructor principal, Yorgen siempre sería como un padre para él.

—Justo te había estado buscando —dijo Elegor—. Por más que he preguntado no había forma de dar contigo.

Yorgen se encogió de hombros.

—Mi buen muchacho, pensé que seguías en el retiro de Vondal. Tuve que cambiar de residencia y…, bueno, todo se ha complicado en estos meses. —Fue entonces cuando advirtió lo ajado de su vestimenta bajo la lluvia—. Ya no vivo en esta zona de la ciudad, aunque sigo haciendo trabajitos por aquí.

Elegor no le preguntó por los «trabajitos». Desde que acabó su instrucción, Yorgen se había dedicado a actividades poco lícitas. Prestamista, curandero y buscavidas. Sus labores como sacerdote ahora se mezclaban con otras mucho menos devotas, pero Elegor le tenía tanto cariño que nunca se le pasaría por la cabeza juzgarle.

—¿Y por qué me buscabas, muchacho? —Con sus cerca de sesenta años, sus vivarachos ojos azules lo miraban con curiosidad. Nunca le había gustado que la gente se fuera por las ramas, así que decidió ser directo.

—Quiero información sobre la magia negra en Longlake.

Yorgen levantó una ceja. Por su cara se deslizaron unas cuantas gotas de agua. Frunció los labios y luego miró a su alrededor.

—¿Por qué…? —Se interrumpió—. No. No me lo digas, aquí no. Ven a verme pasado mañana. —Se metió una mano en el bolsillo interior del abrigo, garabateó algo en un cuadernito y le tendió un trozo de papel doblado por la mitad—. Guárdalo o se mojará. Ven solo y sé discreto.

Antes de que Elegor se diera cuenta, le palmeó el hombro y desapareció calle arriba.

XV

Lawen

—Y cuando le quité el corsé y la falda… ¡era un hombre! ¿Pueden creerlo?

Tonrill soltó una risotada escandalosa agarrándose la barriga ante su interlocutor y Lawen estuvo a punto de escupir el sorbo de vino. La historia de aquel hombre podía superar a cualquiera de las fantasiosas y morbosas batallitas de su compañero. Quizá, por eso, este se mostraba tan interesado.

—¿No se había dado cuenta? ¿No había indicios? —preguntó Tonrill.

—Oh, mi buen amigo, había indicios, ya lo creo. *Dos* grandes indicios.

—Pero ¿cómo…? —preguntó Lawen.

Duncan Praston se inclinó hacia ella sobre la mesa. Ya había acabado la cena en el comedor, pero algunos invitados de la corte aún charlaban con copas en las manos, diseminados por las mesas. El rey Thurgo ya se había retirado con sus dos hijos, y Lawen y Tonrill no habían podido negarse a compartir una bebida ante la insistencia del comerciante.

—Querida, mi trabajo implica conocer muchos lugares —dijo Duncan —. No se pueden hacer una idea de las cosas tan exóticas y extrañas que se pueden encontrar por algunas de las regiones del norte. —Se acercó un poco más a ella y bajó la voz—. Me encantaría enseñárselo algún día.

Lawen asintió con una sonrisa. Aquel encuentro era una ocasión perfecta para intentar husmear un poco en la vida de aquel tipo que ahora estaba en la posición número tres en su lista de sospechosos, encabezada por Muller Micanstone y seguido por la misteriosa chica del funeral. Debía mostrarse ingeniosa e interesada en él para soltarle la lengua.

—Y, dígame, Duncan, suele viajar mucho, ¿verdad? —Tomó un sorbo de su copa y se pasó la lengua por los labios con naturalidad—. ¿Cuánto ha durado este último viaje?

Duncan la miró un instante antes de responder.

—Casi un mes. Debido a los conflictos con Altamur, tuvimos que desembarcar más al norte y luego continuamos el camino hasta aquí en carruaje.

Ella asintió.

—Debe ser maravilloso viajar tanto, aunque tendrá su parte mala. No le deja echar raíces. Ya he oído por aquí que le dan el título del gran soltero de Efemerin.

Duncan soltó una risa y meneó la cabeza.

—Bueno, si le soy sincero, prefiero no tener raíces.

—¿No quieres tener descendencia? —le dijo Tonrill con una palmada en el brazo—. Un par de chiquillos gritones babeándote la chaqueta siempre es digno de ver.

Duncan sonrió y se encogió de hombros.

—Sí, quizá, pero ¿con quién? —Bajó la voz y señaló a un grupo de damas que cuchicheaban en la sala—. ¿Con alguna de ellas? ¿Solo porque salga un papel que así lo estipule?

Lawen alzó una ceja.

—Veo que no está muy de acuerdo con las normas de su religión.

Duncan se encogió de hombros.

—No soy el único. —Bajó la voz—. Verá, señorita Storm, digamos que ahora mismo en Longlake existen dos bandos con diferentes opiniones. —Hizo girar la copa entre las manos como si meditara mucho sus siguientes palabras—: Están los que defienden las creencias y las tradiciones de nuestros dioses. Llamémoslos *puros.* Los que quieren que todo siga tal y como está: la desigualdad, el aumento de la riqueza de los que ya son ricos, el linaje auténtico.

—¿Auténtico? ¿A qué se refiere? —dijo Lawen.

—¿No es evidente? Según nuestros dioses, Efemerin es capaz de decidir las uniones más ventajosas para sus creyentes. ¿Por qué entonces no entran en la urna de las arenas los nombres de la clase llana? ¿De las criadas, de las cocineras? ¿Acaso no merecen ser tomadas en cuenta? —Duncan chasqueó los dedos—. ¡*Voilà*! Porque casar a un noble con una mujer de clase inferior rompería este sistema político tan bien planificado. Y la burbuja de su gloria nunca se rompe.

—Habla con mucha franqueza. —Lawen torció la cabeza con interés —. ¿Y el otro bando?, al que deduzco que pertenece.

Duncan sonrió. No dudó en negarlo ni por un segundo.

—Deduce bien. —Asintió—. En el otro bando, llamémoslo de los *disidentes,* creemos que debe haber un cambio a corto plazo. No nos escondemos. Hemos intentado hablar con Thurgo para proponerle nuestras peticiones, empezando por derogar la dichosa ley de matrimonio de las arenas, pero no quiere oír hablar de ello.

—Pensé que usted era uno de los favoritos del rey —dijo Tonrill.

—Y lo soy. Proveo de fondos a la corona, pero no estoy de acuerdo con todo lo que implica.

«Los disidentes y los puros». Lawen tomó nota mental de ahondar más en esos supuestos bandos. Una chispa en su cabeza le dijo que podría ser una línea interesante en la investigación.

—Qué curioso —dijo—. Y, si no se esconden, ¿quién más pertenece a los disidentes?

Duncan se mordió el labio y dejó la copa sobre la mesa. La miró un instante y se acercó a su oído. El aliento dulzón por el vino llegó hasta su nariz.

—Creo que ya le he dicho mucho por hoy, mi carruaje me espera —susurró—. Si quiere seguir con el interrogatorio en otro momento, no dude en avisarme. Estaré encantado de tener otro encuentro con usted, mi diosa de cabellos de fuego. —Le cogió uno de los rizos y jugueteó con él entre los dedos antes de soltarlo. El gesto fue mucho más sensual e íntimo que si la hubiera besado.

Lawen intentó no fruncir el ceño. Duncan Praston no era estúpido, en todo momento había sabido a lo que ella estaba jugando. Le dedicó una inclinación de cabeza al verlo marcharse y se levantó también. Tonrill se estirazó.

—Me cae bien. A este no vas a poder jugársela, patilarga.

—Ya veremos. —Moriría antes de admitir que uno de sus planes había sido desvelado con esa ridícula velocidad. Quizá tenía un tanto oxidadas sus dotes como actriz.

La sala se había vaciado poco a poco y ya apenas quedaba un grupito trasnochador en un rincón. Salieron al pasillo mientras las criadas recogían las mesas. La investigadora miró al jardín a través de uno de los ventanales. La lluvia ya había amainado, pero el cielo seguía encapotado y la luna era una mancha borrosa entre las nubes. Tonrill

iba a tomar el pasillo para sus dependencias, situadas en el ala de los criados.

—¿Vienes?

Ella negó con la cabeza. Su mente estaba demasiado activa como para intentar dormir.

—Creo que no. Voy a dar un paseo por el jardín. Aclarar ideas, ya sabes. ¿Me acompañas?

—Me temo que no. —Tonrill se tocó la cabeza—. Demasiado alcohol y poca comida. Ese Praston bebe muy rápido. Me ha costado estar a su altura.

—Has mantenido bien tu orgullo, compañero. Ve a dormir.

Una vez se despidieron, ella cruzó el pasillo hasta una de las puertas laterales que conducía al exterior. El jardín estaba húmedo tras la lluvia y sus botas crujieron sobre la hierba cuando tomó uno de los senderos vegetales. Las gotas de agua se desprendían del mármol de las figuras de los dioses como si lloraran de forma silenciosa.

Había rosas. Rosas rojas, pero también rosadas y blancas. No era un dato importante. Por lo que había podido comprobar en su excursión a la casa de los Trevelian, era una flor muy común en los jardines de Longlake.

Meneó la cabeza. Lo único claro que tenía hasta el momento es que Rossane Trevelian no era la asesina. Metió la mano en el bolsillo del zurrón y sacó su cuaderno de notas para repasarlo. Al volver a la primera página, alzó una ceja al leer: «Primer asesinato: Lucianus de Rigram. Su esposa Juliane fue condenada».

Se había centrado tanto en Frederick que no se había informado mucho del primer asesinato. Era un error de novata que no podía cometer. Al día siguiente, haría preguntas en esa dirección, tenía que ver si alguno de sus sospechosos podía tener un móvil en común.

De repente, oyó un ruido a su espalda. En lo alto de una de las escalinatas se había abierto una puerta en la zona del servicio. Era una mujer y se cubría la cabeza con un pañuelo. Iba a saludarla desde lejos hasta que enfocó la vista. Con rapidez, se metió entre los arbustos. «No puede ser». Se quedó allí agazapada, dando gracias porque los arbustos fueran lo suficientemente altos como para esconderla. La mujer tomó el sendero entre las estatuas y, cuando la vio más de cerca, comprobó que sus ojos no la habían engañado.

Era la misma mujer. La que huyó del funeral.

«Un golpe de suerte, Lawen».

La siguió al otro lado de los arbustos cuidándose de no hacer ruido. La chica miraba a su espalda de vez en cuando. Había que admitir que era sigilosa. Los arbustos acababan un poco más adelante y Lawen maldijo para sus adentros. La chica se detuvo para mirar hacia atrás. Al levantar la vista, Lawen vio la silueta de una construcción cuadrada. La puerta estaba entreabierta, no se lo pensó y echó a correr entre las sombras con cuidado de que no la viera.

Al entrar dentro, el olor a paja y a boñigas era inconfundible: estaba en las caballerizas. Un par de lámparas de aceite colgadas de los travesaños iluminaban la estancia. Los caballos, desde sus cubículos más próximos, la miraban con curiosidad con sus enormes ojos negros. Todo estaba en silencio; era tarde como para que hubiera alguien. Se agachó tras la puerta y la abrió un poco para observar el exterior. La chica se había detenido delante del edificio y parecía esperar a alguien.

Estaba tan concentrada en lo que ocurría fuera que apenas oyó los pasos que se aproximaron a su espalda y el carraspeo posterior.

—¿Me puede explicar qué hace?

El sobresalto hizo que diera con el trasero en el suelo. El príncipe Elegor no se esforzó en ocultar la diversión que bailaba en sus ojos. Llevaba las mangas de la camisa arremangadas y el cabello revuelto, y sujetaba una correa de cuero en una mano, por lo que dedujo que estaba ensillando a algún caballo. Lawen lo miró con evidente fastidio y se llevó un dedo a los labios antes de volver a mirar por la rendija de la puerta. Por suerte, su sospechosa no parecía haber reparado en nada.

—Storm, le he hecho una pregunta.

Ella puso los ojos en blanco.

—Y yo le pido que se calle —susurró—. ¿Tanto le cuesta obedecer por una vez?

—Pero… —El silencio no parecía ser uno de los fuertes del príncipe —. ¿Qué está mirando por…?

Lawen oyó las pisadas de alguien más que se acercaba por el sendero de tierra. Elegor se agachó junto a ella en el suelo, desconcertado.

—¿Quién es? —murmuró él en voz baja. Lawen se obligó a controlarse para no darle un *real* bofetón. La primera pista que tenía y se la iba a chafar. Necesitaba saber con quién se iba a encontrar aquella

misteriosa chica. Lo cogió del cuello de la camisa para apartarlo haciendo aspavientos con las manos y comenzaron a discutir en voz baja:

—Va a estropearlo todo. —Su irritación hacía que sintiera latir la vena de la sien.

Él también perdió las ganas de tratarla con cortesía y arrugó el entrecejo.

—Explíqueme antes qué está haciendo aquí. Esta zona es solo para miembros de palacio.

—Hago mi trabajo, maldición.

—¿A estas horas? ¿Espiando a otra dama?

—¡No tengo que darle explicaciones!

El intercambio de odio entre sus miradas se apagó cuando oyeron una voz en el exterior:

—Será mejor que entremos en las caballerizas.

Lawen frunció los labios. Sin pensarlo, se levantó, agarró al príncipe del brazo y lo arrastró corriendo a los cubículos de los corceles. Iba a entrar en uno de ellos vacío, pero él se detuvo y susurró:

—Por aquí mejor.

Elegor la agarró para conducirla hasta el lado contrario, a uno de los cubículos más oscuros y con varios fardos de paja amontonados, tras los que se detuvo y la obligó a agacharse. En el escaso espacio, los dos respiraron agitados. Sentía los ojos grises del príncipe clavados en los de ella justo cuando se oyó el crujido hueco de la puerta al abrirse y dos pares de pasos entrando en la estancia.

—Me ha costado salir del castillo —dijo la voz de la mujer—. Las otras ayudantes de cámara de la princesa han tardado en irse a dormir. Esto es un riesgo para ambos y más con todo lo de Frederick. —Lawen y el príncipe se miraron. La chica continuó—: No puedo más con esta situación. Dijiste que todo sería más fácil si venía a palacio, pero nada lo ha sido y…

Desde su escondite era imposible ver a los recién llegados. Su interlocutor se mantenía en silencio mientras ella seguía hablando, pero, cuando la interrumpió, Lawen miró a Elegor al reconocer la voz.

—Necesito que te tranquilices, Elisa.

Era Muller Micanstone.

XVI
Elegor

El príncipe heredero intentaba entender qué hacía allí su mejor amigo con aquella desconocida. Una parte de su mente rogaba por que fuera uno de sus escarceos contra-Efemerin, pero, después de lo que había oído, sospechaba que Lawen tenía razón. Muller ocultaba algo en relación con Frederick.

Notaba cómo la investigadora permanecía en tensión a su lado, con el oído puesto en cada una de las palabras de aquella conversación privada. Su cadera rozaba la de él, pegados entre la paja crujiente, y olía el perfume almizclado de su cabello pelirrojo. En otra situación, escuchar a hurtadillas le hubiera parecido despreciable, pero las preguntas se arremolinaban en su cabeza, mezclándose unas con otras. Fue inevitable sentirse cómplice de aquel acto deleznable, pero tampoco hizo nada por revelar su posición. ¿Y ella? Parecía bastante más cómoda que él al meterse en la vida de los demás. ¿Cómo sabía Lawen que iba a producirse aquel encuentro? ¿Espiaba a Muller? ¿Lo espiaba también a él?

De pronto, una parte de la conversación atrajo su atención.

—… Y fue sumamente absurdo que acudieras al funeral —decía Muller. Notaba la irritación en la voz de su amigo—. Te dije que lo mejor era que permanecieras apartada. Cuanto menos sepan de ti, mejor. —Las briznas de paja crujieron bajo sus pasos mientras caminaba de un lado a otro. Lawen y él se pegaron más en su escondite.

—Pero, Frederick… Yo lo quería. —Por el tono de voz de la chica parecía afectada.

—¡Y yo también lo quería! ¡Maldición! ¡Era mi amigo, Elisa! —Estaba tan roto como él mismo. No había forma de fingir eso, y Elegor estuvo tentado de salir para esclarecer la situación, pero Lawen lo detuvo poniéndole una mano en el pecho y negó con la cabeza. Muller continuó

—: Pero, por muy amigo que fuera, hizo cosas que… Le prometí que cuidaría de ti, pero todo se ha complicado tanto…

—Lo siento. Yo…

—Esa dichosa mujer está tras tu pista —la cortó él—. No sé cuánto tiempo podré darle largas. No parece ser de las que se rinden.

—¿Y qué podemos hacer?

Hubo un silencio, solo roto por el relincho apacible de uno de los caballos.

—Tienes que irte hasta que todo esto se esclarezca —atajó Muller—. En breve condenarán a Rossane Trevelian y esa mujer se marchará. Dame un día para organizarlo todo. Mañana al anochecer nos veremos aquí, saldremos de la finca a pie hasta la parte trasera. Un carruaje te estará esperando, yo te acompañaré.

—De acuerdo, pero, por favor, no quiero volver a lo de antes, Muller.

—No te preocupes —dijo él—. Vamos, antes de que alguien nos vea.

Oyeron el crujido de la puerta y las pisadas al alejarse. Durante un instante, permanecieron los dos allí, en silencio, para mascar en sus mentes aquella conversación. Elegor sentía la necesidad de defender a su amigo.

—No ha sido Muller.

Ella lo miró con una ceja alzada.

—¿Cómo lo sabe con tanta seguridad? —Se quitó una brizna de paja del pelo y se levantó, sacudiéndose la falda. Él se levantó también.

—Esa conversación no lo incrimina.

—Tampoco lo excluye de mi lista.

Elegor levantó las manos con exasperación.

—¡Usted y su dichosa lista! Viene aquí con el derecho de incriminarnos en la muerte de nuestro mejor amigo. ¡No sabe nada!

Ella no se dejó afectar por su tono.

—Lo único que sé es que su querido amigo le mintió. ¿O acaso no dijo que no había visto a nadie en el funeral? —Elegor se mordió la lengua —. Ya veo. Su majestad el príncipe también tiene dudas, ¿eh? El señor Micanstone puede que no fuera el asesino, pero ¿y si es el cómplice de esa señorita?

—Es usted tan retorcida que…

—No es usted idiota, Elegor —lo interrumpió—. He visto los mapas de las tierras de Longlake. Sabe igual que yo que, por la posición de sus

propiedades, los Micanstone son los que más ganarían con el fallecimiento del heredero de Inutria. —Se cruzó de brazos—. He estudiado sus leyes lo suficiente como para saber que los hermanos de Frederick son demasiado jóvenes para heredar las tierras. La madre, viuda y sin su primogénito, solo puede esperar que le hagan una oferta medio aceptable por las tierras para subsistir, ¿me equivoco?

La miró sorprendido. ¿Cómo había logrado hacerse una idea tan clara de la política de Longlake? A él le había llevado años de estudio controlar los límites fronterizos entre las distintas familias y sus apellidos. Ella aprovechó su turbación para contraatacar:

—Solo le pido que considere la posibilidad de que esa dama se haya aliado con Muller para tenderle una trampa a Frederick.

Elegor caminó pasándose las manos por la nuca. Un dolor de cabeza intenso le impedía pensar.

—Es imposible —dijo—. Mencionó algo de la magia negra. Muller no cree en eso.

—¿Y usted? —susurró inquisitiva.

—Qué más da lo que yo crea.

—Comentan por ahí que en su supuesto retiro de estos meses atrás ha aprendido muchas disciplinas. —Torció la cabeza y continuó con su retahíla de preguntas mientras se manoseaba un mechón de pelo rojo —: ¿La magia negra está entre ellas? Es curioso que la muerte de Frederick ocurriera al poco de que volviera usted. Y, otra cuestión, ¿qué hacía aquí a estas horas?

Elegor no podía creer lo que estaba insinuando. ¿Es que sus pesquisas no tenían fin? ¿Acaso su método era el de intimidar con sus preguntas hasta llevar al límite a la otra persona? Se levantó y dio un par de pasos rabiosos haciendo crujir la paja. Un caballo retrocedió al verlo andar tan deprisa.

—Necesitaba estar solo y… ¡no tengo que darle explicaciones! ¡Soy el príncipe! —Meneó la cabeza al mirarla—. Deje de torcer la cabeza, maldita sea. —Con furia, tiró a un lado la correa de cuero que aún llevaba en la mano. Estaba enfadado; era como una copa de cristal con una grieta más. Por Muller, por la actitud de su padre, por lo vacía que le parecía su futura esposa y por el irritante calor que sentía cuando estaba cerca de esa forastera.

Ella lo miró con las manos en la cintura.

—¿Qué ha dicho?

—¡Que deje de analizarme! ¡Siempre tuerce la cabeza cuando lo hace!

—Ah, ¿sí? —Parecía genuinamente sorprendida.

—Sí. —Se acercó a ella a zancadas. Cualquier formalidad se había esfumado y pasó a tutearla—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que yo maté a mi mejor amigo? ¿Que disfruté viendo su carne abierta de esa forma terrible? ¿Que Muller disfrutó también? —Respiraba con agitación y le señaló a la frente con un dedo—. Centra tu dichosa cabeza en encontrar al verdadero culpable y no pierdas el tiempo con nosotros. Aunque Muller oculte algo, pondría la mano en el fuego por él. Somos amigos, ¿sabes? Aunque quizá tú no puedas entender eso, aparte de ese enano que trabaja contigo, dudo que conozcas el significado de la palabra *amistad*.

Para su sorpresa, Lawen se quedó callada. Era incapaz de saber qué se le pasaba por la mente, pero se mordía el lateral del labio inferior con insistencia. Levantó las palmas de las manos hacia él.

—Bandera blanca.

—¿Qué?

—Que hagamos un trato. —Pasó a tutearlo también—. Voy a hacer una excepción y permitir que trabajemos juntos.

Elegor puso los ojos en blanco.

—Una excepción, claro —repitió con ironía. El orgullo de esa mujer no parecía tener límites—. ¿Ya no soy sospechoso?

—Yo no he dicho eso —corrigió ella, levantando un dedo—. Pero creo que podríamos avanzar más en este asunto si no discutimos en cada paso que dé. Y en el fondo creo que tú también lo sabes.

La estudió un instante antes de volver junto al caballo que estaba preparando antes de que ella llegara. Aunque había mozos para las tareas de mantenimiento de los corceles, le gustaba ir allí cuando necesitaba relajarse.

¿Trabajar juntos? Ni siquiera eran capaces de estar diez minutos en la misma habitación sin discutir. Por otro lado, no podía negar que le gustaría estar al tanto de la investigación de Frederick.

—Mañana por la noche sorprenderé a tu amigo Muller y a esa señorita. Creo que lo que vayan a decir también te interesará —dijo ella y se dirigió a la salida—. Piénsalo. Buenas noches.

No se molestó en despedirse y la contempló hasta verla desaparecer tras la puerta. Acarició el lomo del caballo con una mano. Era más fácil lidiar con cualquier animal que con esa dichosa mujer.

XVII
Lawen

De donde venían no se celebraba la «hora del té».

Lawen no se imaginaba al oficial Queton dejando todos sus asuntos aparcados para tomar una taza de líquido humeante rodeado de los palurdos con los que trabajaba. Tampoco imaginaba a las prostitutas de Greenstone ni a los vendedores callejeros de sustancias poco legales sentándose en una esquina a degustar algo que no fuera una jarra de cerveza negra con dos dedos de espuma amarillenta.

Sin embargo, en cuanto Tonrill y ella cruzaron el vestíbulo hasta la salita del té del palacio, descubrieron que, allí, ese momento del día debía ser un acontecimiento importante. Lawen esperaba una habitación modesta con unas cuantas sillitas y un par de mesas, porque jamás llamaría a aquel salón mastodóntico salita.

Un coro de miradas les echó un vistazo al entrar. Era evidente que se trataba de un encuentro fundamentalmente femenino. Varios grupos de damas charlaban en uno y otro lado, envueltas en sus vestidos pomposos. Al ver el mimo de sus atuendos, Lawen entendió que el estatus social en la corte de los Mansen se fraguaba justo allí, entre el olor a vainilla de las pastas y las hierbas del té. Todas aquellas mujeres controlaban los hilos del poder no solo del castillo, sino de todo Longlake.

—¿Piensan quedarse ahí parados? —Les recriminó una voz a sus espaldas.

Lawen se giró. Una dama con el cabello blanquecino recogido a un lado y salpicado de pequeñas perlas rojas la miraba con fastidio. Aunque era mayor, no dudaba en hacer que sus senos se desbordaran por el escote de terciopelo rojo a juego con sus labios. La seguían dos damas, tan tiesas como el mango de una sartén, que miraron a Tonrill con el ceño fruncido.

—Solo las damas asisten a la hora del té —inquirió una de ellas.

Tonrill no se achantó, por el contrario, le dedicó una de sus sonrisas irresistibles con una exagerada reverencia.

—No se preocupe por mí, querida —dijo—. No me molesta trabajar en tan deliciosa compañía. —Le guiñó un ojo y ella dio un paso atrás con una expresión asqueada en el rostro.

La dama más mayor, que parecía ser la que llevaba la voz cantante, tomó la palabra.

—Disculpen mis modales, había olvidado que Thurgo los mandó traer. —A Lawen no se le escapó cómo se refería al rey por su nombre de pila con mucha naturalidad y con el tono lo bastante alto para que a nadie se le pasara por alto—. Seguro que ya han oído hablar de mí, soy Anne de Cavalenti.

Por supuesto. Lawen la tenía anotada en su lista de miembros de la corte, pero el tono orgulloso y prepotente de la mujer le molestó tanto que se encogió de hombros y simuló indiferencia.

—La verdad es que no. Anne de… ¿qué ha dicho?

La mujer frunció tanto los labios que pensó que se los tragaría.

—Cavalenti. Soy la a… —se detuvo un instante—. Amiga. Una gran amiga del rey.

Lawen alzó una ceja y miró a Tonrill.

—Oh, entiendo. —Pronunció la palabra con lentitud, para hacerle entender que meterse por las noches a jugar en los calzones reales no le parecía un elemento para presumir.

La sala completa intentaba estar pendiente de su conversación a juzgar por las miradas de soslayo. Más de una de las presentes habría cambiado su lugar por un instante con la criada que pasó junto a ellas portando una bandeja con dos teteras de bronce y una docena de tazas.

—Señorita Storm, ¿verdad? —dijo Anne y ella asintió—, vienen de Greenstone, Longlake debe ser un cambio de aires muy radical con respecto al carácter… vivaz de allí. —La palabra *vivaz* tenía una connotación muy peyorativa en sus labios—. ¿Se dedica a investigar allí a tiempo completo o realiza otras actividades más *sociales*? —Las arrugas en sus ojos se acentuaron al bajar la mirada por su indumentaria.

Anne de Cavalenti estaba decidida a mostrarle su dominio en el castillo despreciándola abiertamente. Pues no le iba a dar el gusto.

—Si se refiere a si soy prostituta, no, no lo soy, señora de Cavalenti —dijo y una de las damas de detrás se llevó una mano a la boca horrorizada—. Y, aunque así fuera, creo que mis actividades, sean cuales sean, no son de su incumbencia. ¿Acaso me meto con sus dichosos dioses por mucho que me apetezca?

Anne toqueteó su abanico con las dos manos.

—Oh, discúlpeme, no quería dar a entender nada parecido, querida. —Sus ojos brillaban con malicia—. Solo le daré un consejo: si quiere que la tomen en serio en su labor, debería vestir de forma más adecuada a los cánones de aquí. Es una invitada, pero debería seguir nuestras tradiciones.

—Vaya, gracias por un consejo que no le he pedido. —«Alguien acaba de ganarse el título a la más imbécil de la sala. Al menos, por ahora». Le hizo un gesto con la mano—. Y, ahora, si es tan amable, mueva su trasero con volantes a una de esas sillas y permítame trabajar.

Los ojos de Anne despidieron fuego y su rictus se acentuó más al contraer los labios. Se inclinó hacia ella y bajó el tono a uno más amenazante:

—Cuidado, forastera. Una palabra mía al rey y mañana están en un carruaje de vuelta a su miserable lugar. ¿Quiere decir adiós a ese pago sustancioso de monedas de oro?

Lawen apretó los puños. Le costaría tan poco darle un puñetazo en la empolvada nariz… Tonrill le dio un toque en la pierna para que se controlara, pero era tarde, porque no le apetecía controlarse en absoluto. Tomó aire, abrió la boca y… Por suerte, alguien la tomó del brazo.

—Señorita Lawen, ha llegado usted muy pronto. —La princesa Mavaris estudió las miradas de las dos mujeres un instante. La tensión era más que palpable entre ellas, pero, con la llegada de la princesa, una nueva tensión sembró la estancia. La recién llegada se encaró con Anne, que susurró un «Majestad» con una inclinación de cabeza. A pesar de su aparente cortesía, las dos mujeres se fulminaron con la mirada—. Si me disculpan, tenemos una reunión. —Con agarre firme, Mavaris la condujo hasta la mesa más alejada del resto con tres sillas acolchadas de color crema a juego con las cortinas del ventanal.

Tonrill se pasó una mano por la frente.

—Uf, majestad, ha llegado justo a tiempo. Un poco más y mi compañera le arranca el pelo a esa dama en medio del salón.

Mavaris tomó asiento y llamó a una de las criadas con la mano para que le sirvieran tres tazas y una bandeja de pastas.

—Aunque esa escena me resultaría tremendamente divertida, me temo que a mi padre no le gustaría demasiado. —Soltó una risita. Lawen se fijó en ella. Llevaba el cabello rubio semirrecogido con un pasador de flores blancas y un vestido claro de gasa estampado con una lazada negra a la cintura. Sin tanto adorno ni maquillaje como el resto de las presentes, estaba más guapa y lozana. Era mucho más auténtica.

Lawen soltó el aire que había estado conteniendo para controlarse y mordió con rabia una de las pastas con forma de rombo. El azúcar siempre tenía el poder de calmarla. No podía permitirse que la sacaran de sus casillas con tanta facilidad.

—Deduzco por su comentario que esa mujer tampoco le produce simpatía —dijo Tonrill.

Mavaris arrugó la nariz.

—No es ningún secreto —confesó—. Es la amante de mi padre y lo manipula a su antojo. Se cree con el derecho de ejercer tareas que no le corresponden. Incluso las de madre. —Tomó un sorbo de té y miró de reojo la mesa donde Anne cuchicheaba en voz baja con todo su séquito —. Es especialista en hacer sentir inferior a los demás.

—Ya lo veo —concluyó Lawen—. Y usted no la soporta.

—La detesto —confesó. Las dos se miraron cómplices y sonrieron—. En realidad, pocos la soportan aquí, pero saben que tiene mano con mi padre, y, claro, es mejor besar por donde pisa que ser su enemiga. —Su mirada se perdió en el líquido humeante de su taza y sus mejillas se sonrojaron por el calor—. Podría destrozar la vida de cualquiera de la corte si quisiera.

—¿Y por qué hemos quedado aquí? —preguntó Lawen—. ¿No habría sido mejor otro lugar más privado?

Mavaris le dedicó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Señorita Storm, me temo que ahí se equivoca. Aunque suene extraño, en la corte, es mejor exponerse que esconderse para lograr privacidad. —Alzó una mano para abarcar la sala—. Si nuestro encuentro hubiera sido en solitario, las aquí presentes no habrían tardado en inventar todo tipo de rumores. Pero ahora, mire, han

tardado poco en perder el interés al ver que mantenemos una conversación demasiado aburrida para ellas. —Lawen no sabía a qué clase de mente enferma le podría resultar *aburrida* una conversación sobre un crimen, pero obedeció y miró. Los pares de ojos que antes las observaban habían vuelto a centrarse en sus tazas y sus charlas con risitas chillonas.

—Bien. Pues empecemos. —Se puso sus gafas y abrió el cuaderno. No tenía por qué camuflar el interrogatorio. Veía que Mavaris era una mujer directa e inteligente—. ¿Quién cree que pudo asesinar a Frederick de Inutria?

La pregunta a bocajarro no la sorprendió. La princesa removió su taza mientras Lawen la observaba. Tenía un par de lunares rojos en el antebrazo que, tapados con la tela transparente, podían resultar muy atractivos. Después de un instante, contestó:

—Ojalá pudiera darle un nombre, Lawen, pero la realidad es que no lo sé.

—Estuvo en la boda y, según nuestras fuentes, continuaba allí cuando los esposos se retiraron a su alcoba, ¿no es así?

Mavaris asintió, un mechón de pelo se había escapado de su peinado y le acarició la barbilla.

—Le seré sincera. En cuanto mi padre abandonó la fiesta —y su mirada se posó un instante en Anne de Cavalenti—, aproveché para tomar un par de copas más. Estaba un poco achispada. —Bajó la cabeza azorada mientras se manoseaba el volante del vestido—. Bailaba con el conde de Sandalier y perdí la noción del tiempo. Como al resto de invitados, ya de madrugada, la madre de Frederick nos invitó a quedarnos en alguna de las habitaciones.

—¿Y se quedó? —preguntó Tonrill.

Ella negó con la cabeza.

—No, me cuesta descansar en una cama que no es la mía. Fui a la letrina antes de marcharme y dejé allí a mi prometido junto a todos los demás.

Lawen torció la cabeza al oír su tono de voz.

—¿Vio algo extraño en los pasillos?

Mavaris se encogió de hombros.

—Nada destacable.

—¿Y durante la fiesta? ¿Oyó algún comentario o notó alguna conducta fuera de lo normal?

—No recuerdo… —Pareció hacer memoria con la mirada perdida en la pared—. Bueno, la propia Anne estaba muy irritable ese día. No dejaba de mirar a Rossane y a Frederick. —Lawen miró tras su espalda para observar a la mujer que justo levantó la mirada para enfrentarse a sus ojos. Mavaris prosiguió—: Oí algo de que los Inutria merecían un mejor linaje que el de los Trevelian, pero poco más.

Lawen asintió. No era muy acusatorio, pero anotó «Anne de Cavalenti» en su lista de sospechosos. Decidió llevar el interrogatorio a la propia Mavaris.

—Su próximo enlace también se decidió en una de esas ceremonia con la diosa. ¿Está contenta con su prometido? ¿Lo ama?

Esa pregunta sí pareció sorprender a la princesa, que se esforzó en sonreír, pero sus ojos se habían apagado de súbito.

—Es difícil hablar de amor aquí —dijo—. Digamos que es un detalle secundario. Nos educan para someternos a la voluntad de Efemerin desde que nacemos. Pocos cuestionan eso. El amor puede o no surgir en esos enlaces, pero… —su mirada se alzó hacia la ventana con un suspiro— es difícil cambiar el destino.

—Sin embargo, Rossane Trevelian habla de verdadero amor al referirse al fallecido marqués. ¿De verdad cree que ella es la responsable de su muerte?

Mavaris volvió la cabeza hacia ella.

—Rossane es una buena mujer —se limitó a decir—, pero todos cometemos locuras. Si quiere una respuesta concreta, yo diría que no fue ella. —Se inclinó y bajó la voz—. Creo que el asesinato del marqués de Inutria responde a un motivo más complejo que el sentimental. Igual que el de Lucianus de Rigram. Hay otros intereses. Y, si usted es tan lista como aparenta ser, diría que ya tiene alguna pista sobre ello.

La mente de Lawen no tardó en subrayar en su cabeza la palabra *disidentes* al recordar la conversación con Duncan Praston. ¿Acaso tendrían algo que ver? ¿Habían buscado otro medio para que Thurgo Mansen los escuchara? ¿Servían esos asesinatos como un acto de protesta ante el sistema?

Tenía que saber quiénes estaban dentro de los llamados disidentes, y sospechaba que eso la acercaría al asesino. ¿Sería Muller Micanstone

uno de ellos? ¿Podría haber sacrificado a su amigo a favor de unos ideales revolucionarios? ¿La misteriosa chica era su cómplice?

Se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo en silencio. Tonrill la cubrió con unas cuantas preguntas de su propia cosecha sin mayor importancia. Después de tantos años juntos, ya sabía cómo funcionaba su particular cabeza.

—Bien. Creo que es todo —atajó Lawen cuando advirtió que no podría rascar mucha más información de ella—. Le agradecemos su colaboración.

—Pueden tutearme si quieren. Ya se lo dije —respondió la aludida con una sonrisa y se inclinó hacia ella—. Y, por favor, si vas a volver a poner en su lugar a Anne en algún momento, procura que esté presente. No me lo perdería por nada del mundo.

Las dos intercambiaron una risita cómplice y varias miradas se clavaron en ellas como flechas desde distintos puntos de la estancia. Lawen y Tonrill se despidieron y atravesaron la salita del té. Antes de salir, Anne de Cavalenti se aseguró de que notara su mirada de desprecio.

«Estupendo, Lawen, ya tienes una enemiga».

XVIII
Elegor

Miró sobre sus pasos con la idea de haber desgastado la alfombra de tanto deambular de un lado a otro. Por suerte, el tejido había resistido el azote de su incansable caminata. El reloj de bronce sobre el aparador de caoba marcaba las once y media de la noche.

Había tenido un día ocupado. Su padre había decidido cederle unas cuantas tareas administrativas para intentar gestionar el conflicto en la frontera de Altamur. El rey era consciente de las dotes de su hijo para la contabilidad, algo que, aunque controlara, Elegor detestaba. Se vio encerrado en el despacho real, rodeado de informes y de cuentas de las arcas reales. Thurgo quería reservar una parte del dinero de la corona para un posible conflicto militar. Un conflicto que Elegor consideraba que era posible evitar si no fuera por la cabezonería de su padre.

Una población de Altamur había ocupado cincuenta hectáreas de Longlake al estar más cerca del río para cultivar. Cuando Thurgo les hizo llegar a los reyes del reino vecino la misiva, estos se limitaron a decir que solo eran cincuenta hectáreas. Sin embargo, la ocupación de un terreno más prolífico y con una fuente de agua parecía ser una auténtica amenaza para su padre, que veía en un futuro una disminución de su exportación de trigo al tener un competidor tan cercano.

Desde ese instante, las comunicaciones entre ambos reinos se habían caldeado hasta el punto de que cincuenta hectáreas los condenaban a una guerra inminente. Thurgo no quería oír nada del tema más allá de «defender lo que es suyo» a pesar de que Elegor había tratado de plantearle un tratado de paz.

Pasó toda la mañana y parte de la tarde entre las hileras de números garabateados con tinta negra en las hojas de papel. Una guerra era cara y Longlake no atravesaba su mejor momento hasta que se recogieran

las cosechas y comenzara la época de comercio exterior. Armamento militar, víveres para una contienda y recursos sanitarios, además de todos los caballos y hombres a los que pagar un salario para defender una causa, cuando menos, estúpida.

No era la primera vez que se sumergía en las tareas administrativas de palacio, pero ese día había acabado con su paciencia. No sabía cómo su padre lograba llevarlo todo tan en orden entre aquellas cuatro paredes sin que afectara a su cordura. Antes de darse cuenta, su mente se había puesto a divagar para volar lejos de las pilas de documentos.

A pesar de lo estricto de la experiencia, había sido feliz en su retiro en el templo de Vondal. Ya no solo por todo el conocimiento adquirido, sino por haber salido del centro neurálgico de Longlake para conocer otro lugar. Recordó el aire que le agitaba el pelo cuando bajó del carruaje frente a aquellas inmensas montañas. Aunque el frío le caló hasta los huesos, admiró el paisaje blanquecino de la nieve lamiendo las rocas y la imponente construcción que se alzaba cerca de uno de los picos, como si el propio dios de la sabiduría pudiera tocar el tejado con los dedos para bendecirlos.

Había disfrutado del viaje físico, incluso más que del espiritual.

¿Qué más podía existir tras aquellas montañas? ¿Y el mar? Nunca había llegado a ver el mar, y debía reconocer que sentía envidia de los relatos de Duncan Praston.

Aquella tarde, poco antes de la cena y ante la luz titilante de las velas, tomó conciencia por primera vez de que su futuro estaría en ese mismo despacho, haciendo las mismas tareas rutinarias cuando su padre falleciera. Había estudiado geografía, sociología, historia, matemáticas y literatura. Conocía los nombres de todos sus antepasados y sus grandes hazañas históricas. Sabía hacer la conversión de la moneda local a la de otros países. Pero no conocería el precio de una barra de pan al otro lado del mar, ni daría un paseo entre exóticas plantas de nombre impronunciable. Nunca oiría las canciones populares de otros lugares, ni se le nublaría la vista con el sabor de un licor desconocido.

La desolación le hizo abrir la ventana para tomar el aire y su expresión se tornó seria. Una seriedad que había mantenido durante la cena y que le había hecho dar vueltas a la carne sobre el plato distraído hasta que, al retirarse, una figura pequeña le había interceptado.

«Quince minutos antes de la medianoche —susurró Tonrill mientras masticaba una manzana—. Le esperaré en el jardín trasero junto a la estatua generosa de pechos».

El enano había desaparecido tan rápido que ni le dio tiempo a darle una réplica. Dedujo a qué estatua se refería a pesar de lo grosero de su descripción y meneó la cabeza. Ni siquiera había decidido aún si quería acudir a aquella encerrona a su mejor amigo y a la desconocida. No había rastro de Lawen en la cena, por lo que supuso que estaría por ahí escondida tras alguna esquina mientras tomaba notas en su dichosa libreta con las gafas haciendo equilibrio sobre la nariz.

Su amigo Muller sí había hecho acto de presencia, aunque apenas habían hablado. Sin querer, lo estudió mientras tomaba la cena en una de las mesas acompañado de los demás Micanstone. La familia seguía viviendo allí por cortesía de Thurgo hasta que acabaran las obras de su finca. El padre de Muller, un hombre de ojos pequeños y negros, permanecía en silencio excepto para intercambiar alguna palabra con su mujer. Su tarde de papeleo administrativo le había servido para repasar algunos libros de cuentas antiguos. El patriarca de los Micanstone había hecho varias ofertas a los Inutria en los últimos años para ampliar sus tierras, pero Frederick se había negado. Jamás había oído que Muller intercediera por él.

Miró a aquel hombre silencioso.

¿Habría hecho ya una oferta a la madre de Frederick? ¿Lo sabría Muller?

Su amigo permanecía en calma, aunque le vio echar un par de vistazos al gran reloj que presidía una de las paredes del gran salón comedor. ¿Acaso Lawen tenía razón y estaba implicado en un complejo ardid con aquella mujer para quitar de en medio a su mejor amigo? La razón le decía que no. Una de esas veces, Muller lo pilló mirándolo y le dedicó un encogimiento de hombros mudo como para decirle: «¿Ocurre algo?», pero Elegor le hizo un gesto con la mano, apuró su cena y se marchó.

Ahora contemplaba las manecillas del reloj de su habitación sin haber tomado una decisión. Sabía que acudir sería una falta a la confianza de su mejor amigo, el único que le quedaba ya. Por otro lado, necesitaba respuestas. El cuerpo abierto de Frederick era una imagen difícil de arrancar de su mente por mucho que lo intentara.

El reloj marcaba veinte minutos para la medianoche.

Suspiró y salió de la habitación.

Se cruzó con unas cuantos sirvientes y dedicó una inclinación de cabeza a un par de damas de la corte de su hermana antes de que se perdieran escaleras arriba. Intentó atisbar si una de ellas era la chica de las caballerizas, pero apenas la había visto aquella noche como para reconocerla. Salió al jardín de forma discreta y se colocó junto a la estatua de Run, la diosa de la vida vegetal, a la que siempre se representaba con unos atributos generosos.

El jardín estaba vacío y contempló las luces de las ventanas del palacio, algunas de las cuales se iban extinguiendo al irse sus dueños a dormir. Le sobresaltó una mano en la pierna. Era curioso lo silencioso que podía ser Tonrill en comparación con lo suelta que tenía la lengua.

—¿Vamos? —dijo el enano. Se peinó el flequillo con los dedos y torció la boca.

Elegor alzó la cabeza y buscó a su alrededor en la oscuridad.

—¿Y su compañera?

—Pronto lo sabrá. —Fue toda su respuesta, y echó a andar.

Elegor comprobó que, a pesar de tener las piernas más cortas, era capaz de llevar un ritmo bastante rápido y tuvo que dar unas cuantas zancadas para alcanzarlo.

—Pero ¿vamos a…?

—¡Shh! Callad, majestad.

—¿Se te ha pegado la impertinencia de Storm o a ella de ti? —espetó. Si estaba allí, por mucho que le pesara, es que había accedido a formar parte de aquello y odiaba ese aire misterioso con que esos dos forasteros se comportaban.

Tonrill paró entre los setos y echó un vistazo a su espalda, después chasqueó la lengua.

—Me cae bien, príncipe Elegor —dijo—. Y supongo que esto no es fácil para usted. Podría decir que ignoro las razones por las que Lawen quiere que se una a la investigación, pero la conozco demasiado bien y… —Meneó la cabeza, mirándolo de arriba abajo—. En fin, que, en mi opinión, usted no debería estar aquí esta noche, pero, si ella lo ha querido así, no voy a discutir. No sabe lo cafre que puede llegar a ser. Y me importa mi cuerpo, ¿sabe? Por pequeño que sea.

Elegor solo atinó a asentir y lo siguió por el jardín hasta pasar de largo las caballerizas. Más adelante, se detuvieron cerca de una de las puertas traseras del palacio. Las luces laterales de los faroles de un carruaje aguardaban en la entrada. Esperaron hasta que oyeron pasos, y Tonrill le instó a agacharse un poco.

—Ahí vienen.

Por un instante, Elegor había deseado que nadie apareciera por allí esa noche, pero se equivocaba. La figura alta de Muller, con su inconfundible coleta, atravesaba los árboles frutales del jardín. Con un brazo sobre los hombros, conducía a una figura más bajita con una capucha sobre la cabeza. Hablaban en voz baja, pero, en el silencio de la noche, la conversación les llegaba con absoluta claridad.

—Te estará esperando una mujer cuando llegues. No des tu nombre real bajo ningún concepto y, menos aún, el apellido. ¿Entendido?

Ella asintió con la cabeza. Llegaron hasta situarse cerca del carruaje. Muller echó un vistazo a su alrededor y metió la mano bajo la camisa para sacar una bolsita de cuero con un ruido metálico.

—Tendrás suficiente para empezar, Elisa. Yo…

Se miraron. La chica separó la distancia entre ellos y se echó en sus brazos. Después, se besaron. Elegor abrió los ojos por la sorpresa. No entendía absolutamente nada. Había deducido que esa mujer podía ser la amante de Frederick, pero… ¿ahora estaba con Muller? Miró a Tonrill, que se limitó a susurrar: «Qué curioso».

—Te buscaré en cuanto todo esto termine, ¿de acuerdo? —dijo Muller cuando se separaron.

La mujer guardó el saquito de oro entre los bolsillos de su capa y se acercó al carruaje. El cochero era un hombre mayor que tenía la vista puesta en el camino con expresión aburrida. Elisa le dedicó una última mirada a Muller y abrió la puerta del carruaje.

Pero no estaba vacío.

Elegor no pudo ver la expresión de sus caras al estar de espaldas, pero se imaginó su estupefacción. Lawen Storm estaba sentaba en el interior con los brazos cruzados y las piernas sobre el asiento. Los miró con una expresión triunfante en el rostro.

—Buenas noches. ¿Se dirige a alguna parte, señorita?

XIX

Lawen

Debía reconocer que sentía cierto placer por el teatro. Podría haber sorprendido a sus sospechosos interceptándolos en su paseo por el jardín. Pero no. Ella era Lawen Storm, y su trabajo le permitía tomarse libertades como aquella. La expresión en los rostros que la observaban desde fuera no tenía peso en monedas de oro. Sonrió.

La voz de Muller era una mezcla de enfado, irritación y…, sí, una pizca de miedo:

—¿Qué hace aquí, Storm?

—Mi trabajo. —Bajó del carruaje de un salto y miró entre los árboles a su derecha—. Ya podéis salir, Tonrill. —Se giró y caminó hacia el cochero—. Puede marcharse. No va a haber ningún viaje esta noche. —Metió la mano en la bolsa que llevaba atada al cinturón y le dio un puñado de monedas al hombre antes de mirar hacia los árboles—. Espero que su real padre corra con los gastos, príncipe Elegor.

La cara de Muller se contrajo al ver salir a las dos siluetas a la luz de los faroles y reconocer a su amigo. La chica retrocedió asustada al verse sorprendida.

—¿Elegor? ¿Cómo…? —Muller meneó la cabeza y su voz sonó dolida —. No puedo creer que estés involucrado en esto.

El príncipe abrió la boca para decir algo, pero Lawen lo cortó con un gesto de la mano.

—Si me permiten, yo decidiré quién está involucrado en qué exactamente. —Se echó la melena rojiza hacia atrás—. ¿Vamos a un lugar más privado para hablar? Quizá las caballerizas sean la mejor opción después de su último encuentro, ¿no creen?

Muller pareció comprender y la fulminó con la mirada.

—Bien, Storm. Si eso es lo que quiere, hablemos. —Soltó un gruñido ronco—. Parece que es experta en remover la mierda de los demás.

—Removiendo la tierra también se saca a los gusanos.

Decir que el paseo hasta allí fue tenso era quedarse corto. Nadie pronunció palabra mientras atravesaban los árboles, aunque las miradas afiladas en la semioscuridad del jardín danzaban entre unos y otros. Lawen abrió la puerta de las caballerizas, los dejó pasar y cerró tras de sí. Dentro, amparados por las luces de la estancia, estudió los rostros de los presentes uno por uno.

Muller tenía la barbilla tiesa y sus ojos dejaban claro que estaba a la defensiva. Elisa lo miraba de reojo, sus hombros temblaban. Al verla de cerca, comprobó que era una joven atractiva, aunque su rostro estuviera salpicado de manchas marrones y algunas cicatrices. No era de la aristocracia, pero tampoco parecía alguien que llevara mucho como sirvienta de palacio. Había visto a los trabajadores de los Mansen y podía asegurar que todos tenían buen aspecto. De hecho, el aspecto de esa chica y su mirada abatida le recordaban más a uno de los perfiles típicos de la maloliente Greenstone. ¿Era el tipo de mujer que trasteaba con magia negra? No se la imaginaba murmurando palabras desconocidas en una noche oscura mientras sacrificaba una rata.

Elegor estaba serio y miraba a su amigo. Muller meneó la cabeza al cruzar los ojos con los de él. ¿Qué sentiría? ¿Decepción? ¿Rabia?

Tonrill era el más tranquilo. Arrastró un fardo de paja hasta el centro de la sala y no dudó en sentarse sobre él. Sus pies quedaron colgando y él se los masajeó distraído. Lawen tomó aire. No debía olvidar las buenas costumbres. Sacó sus gafas y el cuaderno. Pasó las páginas con extraordinaria lentitud.

—Puedes dejar ya el numerito de intelectual y hacer tus malditas preguntas, Storm. —La voz de Muller estaba cargada de veneno.

Ella no se dejó perturbar, aunque levantó la vista hacia él y se ajustó las gafas sobre la nariz.

—No es ningún numerito poner mis ideas en orden. —Se volvió hacia la chica de repente y preguntó a bocajarro—: Señorita Elisa, ¿era usted la amante de Frederick?

La expresión de auténtico desconcierto en el rostro de la muchacha no se la esperaba. Torció la cabeza al verla negar con la cabeza.

—¿Qué? —exclamó Elisa. Miró a Muller un instante y su actitud asustadiza cambió a pura indignación—. ¡Claro que no! ¡Por los dioses!

—Se acercó más a Muller y buscó su mano. Sus dedos se juntaron en un gesto bastante íntimo. Lawen los miró y levantó una ceja.

Decía la verdad. O era una actriz maravillosa. Normalmente, cuando un acusado se sentía tan acorralado solía confesar, aunque los más astutos se resistían un poco más. Se dio toquecitos en el puente de las gafas, confusa. Tonrill llamó su atención con un gesto de la mano. Se agachó para acercarse a él. Lo que le susurró la terminó de descolocar. ¿Elisa era la amante del señor Micanstone?

—Oh, ya entiendo. —Se aventuró a decir—. Ustedes dos están juntos. Y de alguna forma el marqués de Inutria se interponía en su relación. ¿Estaba usted con ambos, Elisa? Tuvo que elegir y lo mejor era quitarse de en medio a Frederick para, de paso, asegurarse el aumento de las tierras de su flamante amante, el señor Micanstone.

—¡No sabe lo que dice! —gritó la muchacha. Sus ojos se habían humedecido—. Yo jamás planearía el asesinato de Frederick. ¡No está usted en sus cabales!

Lawen caminó de un lado a otro.

—Me lo dicen a menudo, pero, en fin. ¿Está segura? —Comenzó su retahíla de preguntas sin poder contenerse—. ¿Cuánto hace que lo conoce? No tiene pinta de haber sido sirvienta toda su vida, y mucho menos dama de cámara de la princesa, ¿dónde estuvo antes de aquí? ¿Conocía a Lucianus de Rigram? ¿Le gustan las rosas? ¿Y la magia negra?

Sus preguntas fueron acogidas por un silencio aplastante y, después, la muchacha comenzó a llorar. Un llanto silencioso que se frotó con las manos sobre el rostro. La cara de Muller parecía de desconcierto genuino y tenía la mandíbula en tensión.

—¿Este es su método? —dijo—. ¿Acusaciones y teorías infundadas? No es usted más que una farsante, Storm.

Lawen dirigió su atención a él.

—No estamos aquí para hablar de mí, Micanstone. —Señaló a la chica con el dedo—. Ya que ella no contesta a ninguna de mis preguntas, dígame usted. ¿Acaso su familia no saldría beneficiada sin un heredero en el marquesado vecino? ¿No fue uno de los que se quedó tras las nupcias en la residencia de los Inutria? Qué casualidad, ¿verdad? ¿Alguien podría darle una coartada? —Se colocó frente a él, cara a cara

—. Está bien, solo responda a esto. Puede que no haya sido el asesino, pero ¿ha sido cómplice?

—¡Basta ya! —graznó Muller. Sus ojos eran dos pozos de veneno hacia ella. Se giró hacia Elegor, que permanecía en silencio—. ¿Es que no piensas decir nada?

El príncipe tenía los labios fruncidos, miró al suelo, a Lawen y luego a él.

—Responde, Muller.

Aquellas dos palabras hicieron que la expresión de su amigo se congelara. Lawen supo leer cómo sus ojos detestaban aquella traición por parte del príncipe.

—Ya veo que has escogido bando.

Elegor negó con la cabeza.

—No hay bandos. Solo estoy harto de tener la sensación de que nadie me dice la verdad. Y quiero saber qué ha pasado con Frederick, que pareces olvidar que también fue tu amigo. —Caminó un par de pasos para acercarse a él—. Mentiste en el funeral. Dijiste que no había ninguna chica. Y hoy ayudas a la misma a fugarse. Me juego el cuello a que no has sido tú, pero reconoce que hay motivos de sospecha.

Muller le enfrentó la mirada un instante, luego cerró los ojos un momento como para calmarse.

—Supongo que intentaba hacer lo correcto —murmuró para sí—. Era lo que Frederick hubiera querido.

Lawen soltó una risotada irónica.

—¿Frederick hubiera querido que te metieras en la cama con su amante?

Elisa dio un paso adelante y estalló:

—¡No era la amante de Frederick! ¡Soy su hermana!

Lawen enmudeció, algo que pocas veces ocurría. Pestañeó al entrever cómo todo el castillo de sus teorías se derrumbaba en su cabeza como si fueran naipes en una taberna. Tonrill tomó la palabra.

—¿Su hermana? —repitió—. Qué curioso. Hablamos con la familia de Frederick. Solo tiene dos hermanos pequeños. Nadie dijo nada de una hermana.

Elisa suspiró.

—Mi existencia es un secreto. Ni siquiera llevo el apellido Inutria.

«Un *secreto*». Era una de esas palabras que tanto emocionaban a Lawen y que activó su cerebro de nuevo.

—Es una hija ilegítima. Una…

—Bastarda. Así es. —concluyó Elisa, que parecía haberse calmado—. Fui una hija contra-Efemerin del marqués de Inutria. Mi madre era dueña de una tienda de telas en el pueblo. El marqués se encaprichó de ella y, cuando calmó su calor, la ignoró. Meses después nací yo. —Se pasó una mano por el pelo—. Mi madre me crio sola hasta los cinco años, y enfermó. Poco antes de fallecer, me llevó a la residencia de los Inutria y me dejó allí. Mi llegada supuso una erupción en la mansión.

»El marqués permitió que me quedara a pesar de la negativa de su joven esposa. Por aquel entonces, Frederick tenía siete años. Permanecí dos años con ellos, y mi hermanastro se convirtió en mi mejor amigo. Sin embargo, cuando el marqués falleció, su esposa no tardó en echarme a la calle. Yo… No fue fácil sobrevivir tan pequeña…

Lawen la observaba durante el relato. No olió ni un ápice de mentira en su tono, y eso era un verdadero fastidio, porque su primera línea de investigación se desmoronaba. Elisa decía la verdad.

—¿Y cómo se reencontró con Frederick? —preguntó Elegor—. Jamás mencionó nada al respecto sobre usted a nadie. —Miró a Muller—. O al parecer solo a mí.

Elisa lo miró. Sus ojos brillaban por los rastros de las lágrimas entre sus pestañas.

—Logró dar conmigo. Para entonces yo ya tenía diecisiete años y vendía mi cuerpo por unas cuantas monedas en la parte oscura de Longlake. —«Así que el perfecto reino de Longlake también tiene su lado oscuro», pensó Lawen. Elisa continuó con la barbilla alta—: No me avergüenzo, tenía que comer y nadie quería dar trabajo a una joven harapienta y sucia. Y, entonces, un día, Frederick apareció en mi vida. Lo reconocí después de tanto tiempo. Para nosotros siempre habíamos sido hermanos, sentíamos esa conexión. Me dijo que me sacaría de esa vida, y así fue.

—La colocó a usted como sirvienta —concluyó Tonrill.

—Sí. Quería darme un futuro mejor y cerca de la corte para poder vernos de vez en cuando sin levantar sospechas. Por supuesto, todos supusieron que yo era su amante, pero era mejor extender ese rumor que la verdadera realidad. —Se colocó frente a Lawen y la miró a los

ojos con franqueza—. Señorita Storm, quería a mi hermano y yo jamás…

—La creo.

Lawen levantó la palma de la mano para que dejara de dar explicaciones.

—Sin embargo —miró a Muller con una ceja alzada—, ¿por qué lo han ocultado con tanto empeño? Si hubiera sido sincero desde el primer momento, nos habríamos ahorrado todo esto.

Muller curvó una de las comisuras en un gesto cínico.

—Qué sencillo lo ve usted todo. —Hizo un ademán con la mano—. Si se hubiera puesto a investigar a Elisa, su verdadera identidad habría salido a la luz. No hubiera durado mucho en palacio. —Muller suspiró —. Frederick me pidió ayuda. Fui yo quien moví los hilos para que Elisa se convirtiera en dama de cámara de la princesa Mavaris y, bueno, surgió… —abarcó a los dos con la mano— … esto.

El engreído Muller Micanstone era incapaz de reconocer que estaba enamorado de esa muchacha. Lawen pudo ver una leve brecha en esa máscara de prepotencia.

—¿Y no había ninguna otra dama que alegrara las noches del marqués? —preguntó.

Giró la cabeza hacia Muller. Este se encogió de hombros.

—Ya se lo dije, seguro que la ha interrogado. La doncella de su madre, Tamita.

—¿Nadie más?

—No. Fue el único escarceo de Frederick. Fue mucho mejor hombre que yo —dijo, y su mirada cayó al suelo para evitar que vieran cómo le brillaban los ojos—. Solo está esa insignificante mancha en su historial en contra de la voluntad de los dioses. Era un hombre admirable, por fuera y por dentro.

Elegor se acercó a él y le dio un toque en el brazo. El aparente malestar entre ambos se había diluido ante el dolor común de la pérdida. Lawen los miró mientras oía a Elegor disculparse. Desde luego, su conducta como príncipe era bastante juiciosa para reconocer sus errores. Ella no podía decir lo mismo. Aunque Micanstone no fuera el asesino, jamás le daría el placer de reconocer que se había equivocado. Miró a Tonrill, que se encogió de hombros al tomar conciencia de lo mismo que ella. Acababan de descartar a sus dos sospechosos

principales y el tiempo corría para que Rossane Trevelian fuera condenada.

Abrió el cuaderno y tachó de la lista a «Desconocida del funeral» con un trazo enérgico, al que le siguió uno más débil encima del nombre de «Muller Micanstone». Por mucho que le apeteciera incriminar a aquel tipo desagradable, su actitud y los hechos lo eximían. Debía empezar de nuevo para centrar su visión analítica en otros nombres. Miró a las siguientes personas de su lista en posición tercera y cuarta respectivamente, que ahora se catapultaban a primera y segunda: Duncan Praston y Anne de Cavalenti.

Aunque aún había un par de nombres más que no podía pasar por alto, como el de la prometida del príncipe allí presente: Regina McDought.

XX

Elegor

Elegor se descubrió contemplando todas las emociones que pasaban por la cara de la pelirroja. La mujer debía ser buena para mantener la confidencialidad en su trabajo, pero era un libro abierto en cuanto a disimular sus reacciones. De ser reina se la comerían en la corte en un par de días. O, teniendo en cuenta su temperamento, acabaría ella misma con toda la corte a base de puñetazos. Crecer en las calles de Greenstone debía dar una buena serie de recursos para sobrevivir.

Se alegraba de haber asistido a aquel encuentro. Odiaba haber dudado de Muller, pero ahora su certeza de que no había tenido nada que ver estaba confirmada. Y había descubierto algo más de Frederick que desconocía. La visión de su carne enredada en las espinas sangrantes le asoló la mente durante un momento. La parte mala de todo aquello era que uno de los hilos de donde tirar para esclarecer la verdad había sido cortado.

—¿Y ahora qué? —se atrevió a decir en voz alta a nadie en particular.

Lawen escribía en su cuaderno. Conforme las letras llenaban sus páginas, parecía más repuesta del chasco de haberse equivocado.

—Ahora —dijo, terminando de escribir y cerrando el cuaderno con un golpe seco—, la señorita Elisa va a volver a su puesto como si nada hubiera pasado, ¿de acuerdo? —Miró a la muchacha a la que ahora Elegor encontraba cierto parecido con su fallecido amigo—. No diré absolutamente nada de ti, a cambio, tú serás mis ojos entre los pasillos de palacio.

—¿Quieres que sea una espía? —inquirió la muchacha.

—¿Quieres tú atrapar al asesino de tu hermano?

Elisa le sostuvo la mirada y luego asintió.

—Las damas de la corte ya han demostrado ser especialistas en enterarse de todos los chismorreos que se cuecen por el reino —

continuó Lawen—. Es difícil que yo me entere de todo al ser una forastera, pero tú estás dentro. Nadie sospechará. Tonrill te esperará cada noche después de la cena en la parte trasera del jardín. Le contarás cualquier conducta extraña o rumor que te llegue y que tenga algo que ver con tres temas fundamentales: Frederick, rosas y los disidentes.

Tres pares de ojos se clavaron en ella. Tanto Elisa como Muller y él mismo estaban sorprendidos de que conociera la última información. Ella se encogió de hombros.

—Creedme, llevo muchos años en esto como para saber que, tarde o temprano, todo se sabe. —Tendió la mano a Elisa—. ¿Estás de acuerdo?

La muchacha miró a Muller y luego se la estrechó. Después, la pareja se dirigió a la salida.

—Bien. Pues, si eso es todo —dijo Tonrill, dando un salto del fardo de paja al suelo y sacudiéndose unas cuantas briznas de la ropa—, creo que me merezco un poco de pan con queso antes de irme a la cama. —Miró a Elegor—. Si su majestad lo permite, claro. Me ayuda a dormir.

Elegor le hizo un gesto con la mano.

—Mi padre debería descontarle todo lo que está zampando. —Meneó la cabeza—. Vaya a las cocinas y diga que va de mi parte. Que le pongan un poco de esa miel de azahar tan deliciosa. La que guardan en la despensa bajo llave.

Tonrill le dedicó una sonrisa llena de dientes.

—Qué bien me cae usted, su majestad. —Bajó la voz al pasar junto a él—. Lástima que mi compañera no sienta lo mismo, ¿o quizá su percepción haya cambiado después de verlo con los pantalones bajados la otra noche en la letrina? —Con tono jocoso miró a Lawen. Esta no tardó en darle una colleja.

—Eres un enano muy desagradable.

Tonrill salió de las caballerizas y el suelo crujió bajo sus pies. En plena noche, apenas se oía la respiración de los caballos y el crepitar de las llamas que alumbraban desde las antorchas de las paredes. Lawen guardaba sus gafas y el cuaderno en el zurrón de la cintura. Antes de que saliera, Elegor no pudo evitar soltar la pregunta que danzaba en su mente:

—¿Cómo te has enterado de lo de los disidentes?

La mujer se giró. Vio en su mirada la tentación de soltarle una mentira, pero al final pareció decidir ser franca:

—Duncan Praston.

Elegor elevó una ceja. El tema de los disidentes a las tradiciones originales de Longlake era un asunto complejo. Al principio, habían presentado sus ideas de cambio a su padre sin esconderse. Hasta que Thurgo se cansó y condenó a los cabecillas principales por conspiración. Desde entonces, se declaró que cualquier idea que contradijera los principios de la religión de Longlake sería considerada como alta traición. A vista de todos, aquella rama de discrepancia con la corona de los Mansen se había relajado.

—¿Praston te habló de los disidentes?

—No solo me habló, afirmó ser uno de ellos.

Elegor frunció los labios.

—Qué extraño exponerse de esa forma con una desconocida. —Recordó la actitud que había tenido con ella y chasqueó la lengua—. Aunque, claro, sus intenciones son evidentes.

Ella alzó una ceja, inquisitiva.

—¿Evidentes?

—Praston es un embaucador, ya sabes. Dirá lo que sea por meterse debajo de tu falda. Aléjese de él, Storm. —Su tono autoritario y que dejara de tutearla debió molestarla porque su expresión se contrajo y alzó la barbilla.

—No parecía que esa fuera su única intención. Y, si así fuera, usted no tiene por qué inmiscuirse en quién decido que se meta bajo mi falda, ¿me equivoco?

—En absoluto.

Le clavó la mirada. ¿Por qué de pronto volvía a estar crispado? Recogió y extendió los dedos de una mano para relajarse.

—Solo digo que tenga cuidado. Praston no es de fiar. Espero que esté en su famosa lista de sospechosos, porque oculta algo.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé. Siempre me ha parecido que juega a dos bandas. Y eso no trae nada bueno.

La investigadora suspiró.

—Si me permite, me voy a dormir. Mañana tengo una nueva línea de pesquisas que encauzar. —Por un momento, vio con claridad que se

sentía perdida. Haber fallado aquella noche debía ser una puñalada a su orgullo.

Elegor recordó su cita con Yorgen. Quizá sería interesante que Lawen estuviera presente.

—Storm. —Antes de darse cuenta, su voz la detuvo poco antes de que llegara a la puerta—. Mañana, tras el almuerzo, me acompañará a un lugar. Usted sola. —Ya se arriesgaba a enfadar a Yorgen llevándola a ella como para cargar también con el enano deslenguado—. Nada de preguntas hasta entonces.

Pudo leer la curiosidad en sus ojos.

—¿Es importante para el caso? ¿Dónde…?

—He dicho que nada de preguntas hasta entonces —la cortó.

A regañadientes, ella asintió.

—Cierto, su majestad. —Se giró y se encaminó hacia el exterior, pero volvió a girarse hacia él sin poder resistirse, de tal manera que pasó de nuevo a tutearle—: ¿Sospechas de alguien y…?

—Lawen…

—De acuerdo, de acuerdo. —Levantó las palmas de las manos hacia arriba—. Lo capto. —Luego se giró con un gruñido para internarse en el jardín; la oyó marcharse mientras murmuraba para sí con voz ronca—: «Nada de preguntas, Lawen Storm. ¿Cómo no voy a hacer preguntas? Hacer preguntas es mi maldito trabajo. Dichoso reino de Longlake. ¿Por qué acepté este encargo? Ni siquiera tienen una cerveza decente».

Elegor cerró la puerta de las caballerizas tras de sí y no pudo evitar esbozar una sonrisa antes de seguirla hasta el palacio. No podía negar que había sido una noche extrañamente esclarecedora.

XXI

Lawen

Tonrill la miraba enfurruñado con el sueño aún pegado sobre los ojos. Los caballos trotaban en el exterior y los baches del camino hacían que el trasero se les entumeciera aun sentados en el cojín del estrecho carruaje. Lawen agarró uno de los extremos de la cortinilla blanca y miró al exterior. El halo naranja dorado del sol comenzaba a hacer aparición en el horizonte. Habían dejado atrás el centro de Longlake y ahora disfrutaba de las impresionantes vistas de los campos al despertar.

Los labriegos aún debían estar tomando el desayuno en sus hogares antes de ponerse en marcha, y aquel instante de paz fue un soplo de aire fresco para su cabeza pensante. Tonrill no parecía opinar lo mismo.

—No hay derecho, patilarga —comenzó a quejarse de nuevo—. Me sacas de la cama de malas maneras con ese malhumor tuyo de tigresa, me metes en un carruaje vestido con lo primero que he visto y no me dices dónde vamos. Y encima sin desayunar. —Se frotó la barriga e hizo un mohín.

Ella suspiró y echó mano de una bolsa de tela marrón junto a sus pies.

—¿Crees que soy tan estúpida como para aguantarte sin nada en el estómago? —Sacó el contenido sobre el asiento: dos manzanas, varios emparedados salados y un par de pasteles de uva y crema que una de las chicas de cocina le había cedido amablemente.

La cara de Tonrill perdió todo rastro de tensión y atrapó con una manaza uno de los emparedados para darle un bocado furioso.

—Menos mal. Podría haber muerto de inanición.

Lawen puso los ojos en blanco.

—No tendré esa suerte.

Tonrill demostró que su velocidad para masticar era digna de concurso. En pocos minutos, dio buena cuenta de dos emparedados y

de uno de los pasteles.

—¿Te vas a comer el tuyo? —preguntó, señalando el pastel que quedaba. La crema del primero aún le manchaba las comisuras.

—Para ti —cedió ella—. Yo me conformo con esto. —Cogió una manzana y le pegó un mordisco. La carne crujió entre sus dientes mientras miraba de nuevo por la ventana. Era de las ácidas, las que más le gustaban.

—Qué generosa —dijo el enano y luego la miró. Su actitud había mejorado con la barriga más llena—. Sigues dándole vueltas al caso y te has despertado con una «nueva teoría inequívoca de Lawen Storm».

—En realidad, he dormido poco —dijo ella sin retirar la vista del exterior—. Creo que me he centrado demasiado en lo mal que me cae ese Muller Micanstone. Una parte de mí necesitaba que fuera el asesino para destrozar esa expresión de idiota engreído. —Se giró hacia él—. Por eso he decidido tomar una nueva perspectiva. Había que empezar por el principio.

Tonrill levantó una ceja y se chupó el pulgar manchado de azúcar.

—Oh, ya entiendo. ¿Vamos a la prisión del Monte Este? —La capacidad de deducción de su compañero a veces era casi tan buena como la suya. No esperó a que ella respondiera—: Ya te dije que había que haber empezado por ahí. ¿Me escuchaste? No. Como siempre.

Lawen se encogió de hombros.

—Lo siento. Pensaba que ya lo teníamos.

La noche en vela le había servido para reorganizar su visión del asesinato de Frederick. Ahora comprendía que debía haber tomado la perspectiva de los asesinatos de Longlake en general. La visión del cuerpo reciente del marqués de Inutria le había hecho centrarse demasiado en su persona. Pero ya le habían informado de la muerte en similares circunstancias de Lucianus de Rigram. Se había despreocupado del primer caso, del que apenas había indagado, al estar su supuesta responsable en prisión. Pero la verdad le había caído encima al comprender que, si Rossane Trevelian era una víctima a la que se quería hacer pasar por acusada, probablemente la primera también.

En la semioscuridad de su sencillo cuarto, había mirado su cuaderno y dado toquecitos con el lápiz sobre el nombre que encabezaba la nueva hoja: «Juliane Kenton». La necesidad de hablar con la mujer se había

vuelto tan apremiante que se había vestido y había ido a buscar a Tonrill. A pesar de los gruñidos de este, no había tardado en disponer el viaje. El rey había dado órdenes de que un carruaje siempre estuviera disponible para ellos, y eso lo hacía todo más fácil. Quizá esa dama les diera ese giro que necesitaban en su búsqueda.

—¿Qué sabes de Lucianus de Rigram? —dijo, echándose hacia atrás en el asiento y cruzándose de brazos para mirarlo—. Sé que has indagado por ahí.

Tonrill ya estaba desmembrando la manzana sin compasión. Apenas tragó el último bocado, se encogió de hombros.

—Egocéntrico, mimado y cruel. Un imbécil de manual.

—Ajá. ¿Qué más?

—Apenas se esforzaba en ocultar sus escarceos por la corte. Trataba muy mal a sus amantes. —Se rascó una ceja—. Era el típico rico que se aprovechaba de su situación. No me extrañaría que tuviera bastardos esparcidos por los rincones como para tripular un barco.

—¿Y de Juliane Kenton? ¿Qué sabemos?

Lawen había rebuscado hasta sacar su cuaderno y la pluma. Pasó unas cuantas páginas hasta dar con la que encabezaba con el nombre de la mujer.

—No mucho. Una dama correcta. Su familia, los Kenton, estaban atravesando un momento de apuro económico, eran comerciantes, no sé de qué con exactitud. Según murmuraban las chicas de cocina, el enlace era muy conveniente para Juliane, aunque no parecía muy emocionada.

Lawen se encogió de hombros.

—Normal. Ese tipo parece un regalo envenenado de la supuesta diosa. —De pronto, una chispa se encendió en su cabeza—. ¿Y de la sustancia para dormir? ¿Has descubierto algo?

—Sí y no. —Tonrill se pasó la mano por el puente de la nariz—. Es una droga sofisticada que solo se utiliza en algunas islas exóticas del norte. Por desgracia, cualquiera con el dinero suficiente podría pedirla si conoce a las personas adecuadas.

Lawen lo miró con una ceja alzada.

—Pero eso es estupendo, Tonrill. ¿O acaso no te viene nadie a la mente? —Ante el silencio de él, ella meneó la cabeza—. ¡Duncan Praston! Tiene dinero, barcos y debe conocer a las personas adecuadas.

Tonrill negó con los ojos entrecerrados.

—Duncan no me pareció un tipo estúpido, ya te lo dije. Dudo que se expusiera de esa forma.

—Tendré que hablar con él. Aunque esta vez sí que no debe averiguar mis intenciones. —Suspiró y habló para sí misma—. Lawen, habrá que sacar la artillería pesada para engatusarlo.

—Suerte, bonita. La vas a necesitar.

Una voz más adelante les anunció que estaban llegando a su destino. Lawen miró hacia afuera. Durante su tiempo de charla, el paisaje se había hecho más abrupto y desolador. Los árboles eran esqueletos que se alzaban sobre el monte para formar un bosque de ramas entrecruzadas entre sí. La tierra del camino parecía casi grisácea a la luz del primer sol de la mañana. El carruaje serpenteó por el sendero y, tras una curva pronunciada a la derecha, Lawen atisbó parte de la estructura del edificio. El cochero se detuvo frente a una gran verja de hierro negro. Una de las portezuelas estaba abierta hacia adentro.

—Aquí les espero.

—¿No continúa hasta la entrada? —dijo Tonrill y echó un vistazo al camino en pendiente que había hasta el edificio.

—Está prohibido el acceso con carruajes o a caballo —explicó el cochero—. Por motivos de seguridad y por la privacidad de los que cumplen condena.

Lawen se encogió de hombros mientras Tonrill protestaba por sus cortas piernas y bajaron del carruaje. Una vez fuera, atravesaron la verja de hierro y admiraron la prisión del Monte Este. Era una construcción singular enclavada en la misma roca de la montaña. La fachada de piedra era recta y completamente lisa en sus junturas, supuso que para hacer imposible su escalada ni hacia abajo ni hacia arriba. No sabía si a los pequeños agujeros de la pared podía llamárseles ventanas, pero estos tenían gruesos barrotes horizontales y verticales donde apenas cabía una mano encogida.

—Vamos —dijo a Tonrill.

Las botas se le llenaron de tierra mientras atravesaban la gran explanada. Los árboles por allí no ofrecían mejor aspecto. Toda la vegetación parecía igual de olvidada que los allí recluidos. En la entrada, junto a una gran puerta de madera, dos figuras impasibles los observaron sin apenas pestañear. Lawen vio que iban armados hasta las

cejas: espadas, cuchillos, porras y otros instrumentos que se escondían entre los pliegues de sus casacas militares. No vestían del color de la guardia de los Mansen, sino que iban de estricto negro con cinturones de cuero y detalles de latón.

Subieron las escaleras de piedra hasta llegar a ellos. Aunque su mirada seguía fija en el horizonte, el de la derecha dictaminó:

—Las visitas programadas no empiezan hasta las diez. Márchense. Quedan aún dos horas.

Lawen intercambió una mirada con su compañero.

—Queremos interrogar a uno de sus prisioneros, amables caballeros —explicó Tonrill con ese tono de voz cercano y meloso que solía embaucar a la mayoría para despertar su simpatía—. Creemos que guarda relación con el último crimen en Longlake.

No hubo respuesta alguna por parte de los hombres, aunque sabía que lo habían oído a la perfección. ¿Qué tipo de entrenamiento militar les daban a aquellos tipos?

—Mire —siguió Tonrill—. Venimos de parte del propio rey Thurgo Mansen.

Esta vez, uno de ellos se dignó a girar los ojos en su dirección de forma sutil.

—No nos han informado. ¿Envió el rey alguna notificación para informar de su visita?

«Mierda». Lawen supo que su impulsividad había sido un error. Debía haber avisado al rey de sus intenciones antes de plantarse allí en medio de la nada a las puertas de una prisión celosamente custodiada. Frunció los labios. La noche sin dormir hacía que su mente estuviera mucho más ralentizada que de costumbre. Comenzó a balbucear mientras sentía las miradas de las dos moles oscuras de la puerta.

—¿Cómo que no han recibido la notificación? —se indignó Tonrill, elevando la voz. La transformación fue tan rápida que costaba imaginarlo como la afable criatura de hacía unos instantes. Los dos hombres bajaron la mirada hacia él—. El rey la envió hace ya dos días. —Miró a Lawen y luego puso cara de consternación con las manos en la cintura—. ¿Acaso la han perdido? —No les dio tiempo a responder y meneó la cabeza para constatar—: ¡La han perdido! ¡Qué desfachatez! ¿Los patilargos aquí no prestáis atención a las misivas reales?

—No tenemos noticia de ninguna misiva, señor.

—¿Acaso lo ha consultado? —Los dos hombres intercambiaron una mirada fugaz. Ahí estaba, el atisbo de duda. Tonrill no dejó pasar la oportunidad—. Oh, por supuesto que no. Dígame, ¿acaso usted cree que yo habría dejado mi cómodo jergón para presentarme en este nido de ratas si no fuera por orden del rey?

—Tiene que bajar el tono —advirtió uno de ellos sin perder su semblante de estatua.

—¿Que baje el tono? ¡Que baje el tono! —Tonrill respondió alzando aún más la voz. Lawen tuvo que esforzarse en no reírse para no destrozar su convincente representación—. Bajaré el tono cuando ustedes me permitan cumplir las órdenes del rey, maldita sea. —Llevó su actuación un paso más allá y subió los dos escalones que faltaban para enfrentarse al de la derecha. Lo apuntó con un dedo—. Exijo ver a su responsable, ¡de inmediato! O aténgase a las consecuencias. —Acabó su discurso con una patada en el suelo con el pie izquierdo.

Hubo un instante de silencio. Lawen observaba la situación. En la mirada del hombre vio las ganas que tenía de soltarle un mamporro a su amigo, pero la duda ya había sembrado su espíritu y apretó la mandíbula para controlarse.

—Lo consultaré con el maestre —dijo, y la frase fue como un escupitajo. Acto seguido, miró a su compañero y se giró para entrar en el interior.

El hombre desapareció en un pasillo oscuro iluminado por antorchas. La espera le permitió a Lawen analizar el edificio. ¿Tanta preocupación por la seguridad y solo dos guardias en la entrada? Aquello le resultaba extraño. Sin embargo, al elevar la vista, vio varios recodos en la parte alta donde otras figuras negras le devolvían la mirada en silencio. No había nada agradable en aquel lugar, y sintió la necesidad de que aquella visita concluyera con la mayor brevedad posible. Se abstuvo de hablar con Tonrill; todo pendía de un hilo demasiado fino.

El tiempo pareció transcurrir con lentitud hasta que oyeron los pasos de las botas que volvían a la entrada. El guardia venía acompañado de otro individuo que desentonaba al completo con todo lo que habían visto hasta el momento.

—Buenos días. Soy el maestre Rupertus y dirijo la prisión. —Su nombre era tan recargado como su indumentaria y hablaba con una voz aguda y amanerada—. Mis hombres ya me han contado el problema.

Lamento si la misiva de su majestad se ha extraviado, tenemos un nuevo muchacho para la correspondencia y es un tarugo. No duden de que lo mandaré castigar de inmediato. —La sonrisa que les dedicó, como si compartieran una broma privada, hizo que Lawen reprimiera una mueca de desprecio. Ese tipo, con sus pantalones y la casaca verde oliva, en contraste con el pañuelo amarillo, emanaba un aura demasiado inhumana. No le inspiraba ninguna confianza.

—No es preciso que se le castigue —se adelantó a decir Lawen sin poder soportar la idea de que un chico sufriera por una de sus argucias.

Rupertus hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No se preocupe, señorita. En este lugar, la única manera de que la gente entienda es con el lenguaje del castigo. —Había una frialdad feroz en su tono acompañada de una sonrisa—. Es el camino más corto hasta la redención de los dioses. ¿A qué prisionero deseaban interrogar?

—Juliane Kenton.

El maestre alzó las cejas. «Curiosidad». Lawen vio con claridad cristalina la curiosidad que aquel nombre encendía en los ojos del tipo, pero nada más.

—Oh, entiendo. Acompáñenme si son tan amables, señorita…

—Storm.

Él la dejó pasar primero con un recargado gesto de cortesía. Tonrill no evitó dedicarles una mirada altiva a los guardias antes de cruzar las puertas. Como a los grandes intérpretes, siempre le encantaba dar el toque de gracia a sus escenas.

XXII

Lawen

—Ni en Greenstone hay lugares como este —susurró Tonrill, dándole un toque en la pierna.

La prisión del Monte Este era fea por fuera, pero por dentro era espantosa. El paseo por el corredor principal les dejó ver los pasillos oscuros que se perdían a uno y otro lado iluminados a duras penas por las ventanas de barrotes que habían visto desde el exterior. Un coro de gemidos lastimeros hacía eco entre las paredes de roca. Varias figuras negras más custodiaban cada pasillo y un par se cruzaron con ellos en completo silencio. Un olor nauseabundo a orines, heces, vómito y descomposición impregnaba el ambiente a cada paso. Tonrill dio una sonora arcada y el maestre se detuvo.

—Disculpen, quizá esto los ayude. —Rupertus sacó un frasco de cristal y los roció primero a uno y después al otro antes de echarse sobre sí mismo—. Aquí, amigos, se respira el olor de la culpabilidad y de las almas purgadas. Cuando convives con él a diario, ya casi ni se nota.

El maestre torció hacia la derecha y señaló una escalera de piedra iluminada por el fuego de una antorcha.

—La señorita Kenton está en el nivel inferior. Fue trasladada aquí con el resto de prisioneros que no han tenido una purgación exitosa de sus delitos.

«Purgación exitosa de sus delitos». No había nada en esa frase que sonara tan místico y devoto como el maestre quería dar a entender.

La mente analítica de Lawen no dejaba de examinar cada recoveco de aquel lugar, y lo que veía, junto a las declaraciones de aquel tipo, le ponía la piel de gallina. Al bajar por la escalera, un grito ensordecedor la sobresaltó, proveniente de una estancia a su derecha. No había

puerta, solo un arco de piedra que se abría a una habitación cuadrada. El maestre se paró un instante en la entrada.

—Aquí, una de nuestras salas de confesión —explicó con desenvoltura, como si les enseñara la biblioteca de su casa.

«Menudo eufemismo para una sala de tortura», pensó en ella con amargura.

Un hombre estaba atado de pies y manos boca abajo sobre una tabla de madera. Un guardia, vestido también de negro, le desollaba la piel de la espalda a la altura del omóplato. O lo que quedaba de ella. Las pocas tiras de carne que quedaban se desprendían al ritmo de sus gemidos. Los chorreones de sangre se deslizaban por sus costados y goteaban por el suelo.

—¿Y qué tipo de condena exige semejante medida? —murmuró Tonrill, que estaba tan horrorizado como ella.

Rupertus esbozó una sonrisa.

—Oh, no se preocupe. Es un mero proceso para su salvación. El alma de este pobre diablo se corrompió cuando empezaron sus hurtos. La guardia llevaba meses buscándolo y lo atrapamos ayer por la noche. —Se rascó la barbilla y llamó la atención del guardia del interior—. ¿Tenemos confesión?

El hombre negó con la cabeza. Un colgajo de piel se balanceaba sobre el afilado cuchillo curvado con forma de hoz.

—Continúa con las piernas.

El hombre torturado giró la cabeza hacia la puerta.

—¡Por favor, maestre…! —imploró con la voz ronca—. Se equivocan. Yo solo robé un cesto de fruta. Fue para alimentar a mi sobrina. ¡Yo no…!

Rupertus puso los ojos en blanco como si le aburrieran sus palabras.

—Eso ya lo hemos oído. Pero aún le falta por confesar todos los robos anteriores.

—¡No, por favor! ¡Le juro que…!

El maestre hizo un signo despectivo con la mano y ordenó al guardia que continuara. Después, les instó a seguir hacia delante mientras se reanudaban los gritos del pobre hombre. Lawen tembló por aquel horror.

—Oh, querida, lo lamento mucho —se disculpó Rupertus al reparar en su expresión—. Sé que este espectáculo es repugnante para una

dama como usted, pero es necesario. Entre estas paredes, además de ladrones, hay almas mucho más corrompidas: asesinos, violadores… —Le puso una mano en la espalda para ayudarla a avanzar—. ¿Quiere sentarse?

Lawen tuvo que esforzarse por no arrancarle el brazo. Era repugnante. Él y aquel lugar.

El maestre continuó:

—Oh, no tenga miedo —dijo al creer que estaba aterrorizada por cómo le temblaban las manos—. Nadie escapa de aquí, se lo aseguro.

La certeza de sus palabras hizo que el vello de Lawen se erizase.

—¿Ni siquiera los inocentes? —Había rabia en su voz, pero no se molestó en ocultarla.

Rupertus la miró. Sus ojillos casi se enterraban en la generosa carne de sus mofletes.

—Le aseguro que el que cruza las puertas de mi prisión, señorita Storm, siempre es culpable.

Iba a contradecirlo, pero Tonrill la interrumpió lanzándole una mirada.

—¿Por la derecha o por la izquierda, maestre Rupertus?

El hombre hizo un gesto con la mano para indicarle el pasillo de la izquierda. Lawen tragó saliva. Daba gracias a Tonrill por ayudarla a controlarse o habría acabado dándole un puñetazo a esos mofletes esponjosos. La conversación la sacaba tanto de sus casillas que podría haber fastidiado su reciente encuentro. El principio de Lawen en su trabajo era hacer justicia, pero siempre bajo unas reglas básicas de dignidad, y, en aquel lugar, la humanidad de los encarcelados parecía disiparse como si fueran un atajo de perros. Lo mejor era obligarse a mantener la boca cerrada en la medida de lo posible.

El pasillo de la izquierda no era menos desolador que el resto, aunque reinaba el silencio. Advirtió la hilera de cubículos con barrotes de hierro como si no fueran más que trampas para ratones en vez de para personas. Calculaba que había más de ochenta. Quizá cien. La semioscuridad convertía las siluetas de sus inquilinos en meras sombras escondidas. Rupertus cogió una antorcha y se la ofreció.

—Esta zona es la más baja y llega menos la luz.

El sonido de los pasos de las ratas y de otras alimañas menos identificables los acompañaba en aquella siniestra excursión. En

comparación con lo de arriba, aquella zona de la prisión parecía reservada a los presos más olvidados. Había un fuerte olor a orina en el ambiente que lo hacía difícilmente respirable. Y, sin embargo, oía con vaguedad el sonido de las respiraciones de los presos, acostumbrados a vivir en aquellas condiciones día tras día. Cáscaras vivientes condenadas al abandono.

—¿De cuánto tiempo es la condena media aquí?

Rupertus volvió la vista hacia ella.

—No la entiendo.

—Sí lo ha hecho. —Le clavó la mirada. Estaba harta de aguantar ese tono condescendiente.

—Señorita, nuestra religión es bastante generosa en todos sus edictos. Por ello, las condenas son irrevocables. La estancia aquí es de por vida.

—¿No hay ninguna forma? —preguntó Tonrill—. ¿Ninguna ley que estipule la salida?

Rupertus se encogió de hombros.

—Quien entra aquí lo hace tras un juicio donde se decide su destino en presencia de todos los dioses. La única persona capaz de derogar la condena solo podría ser el mismísimo rey. Nadie más. —Rupertus se detuvo un instante. Su tono de voz perdió parte de su agudez y ahora se mostraba cruel, igual que sus ojos—. Si su presencia aquí implica sacar a la joven Juliane, me temo que pierden el tiempo. El rey no firmará nada.

—¿Ni siquiera si se demuestra que ella no fue la culpable? ¿Ni con las debidas pruebas? —Lawen decidió que era hora de no andarse con rodeos. La idea de que aquella chica estuviera en aquel infierno por error le daba dolor de estómago. Un dolor físico, como si alguien le retorciera las entrañas. Siempre había sido así con las injusticias.

Rupertus esbozó una sonrisa cínica.

—Qué loable —murmuró—. Por desgracia, me temo que poco les podrá ayudar ella.

—¿Por qué? —preguntó Tonrill.

Rupertus soltó una risita.

—Ahora lo comprobarán. —Se descolgó el manojo de llaves que llevaba en el cinturón y buscó a la luz de la antorcha hasta dar con la correcta. Dio unos cuantos pasos hasta detenerse en una de las celdas.

A Lawen le sorprendió que no tomara precauciones mientras la abría, pero sospechaba que los presos de aquella ala de la prisión tenían suficiente con intentar respirar como para huir.

La puerta se abrió hacia fuera con un quejido de los goznes.

—Aquí la tienen, la señorita Kenton.

El maestre se hizo a un lado y los dos se adelantaron. La celda era un cuadrado miserable con apenas una tabla de madera y un colchón de paja para descansar. Una figura se hallaba hecha un ovillo sobre él. El cabello sucio le caía sobre la cara, la que ocultó tras unos brazos llenos de cortes recientes al alumbrarla con la luz de la antorcha. Apenas llevaba un sucio camisón de tela de arpillera marrón y este estaba salpicado de sangre. Lawen sintió que la rabia volvía, esta vez con más intensidad.

—¿Cómo pueden…?

Rupertus la interrumpió.

—No se equivoque. Ya tuvo su oportunidad de redención. Fallida, por supuesto. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Los cortes no son obra nuestra, sino de ella. La atamos, pero siempre consigue desatarse para arañarse y pintar las paredes. Ha perdido la cabeza. A muchos les ocurre.

Lawen dejó de oírle. Tonrill había entrado en la celda y le estaba señalando la pared. Ella lo siguió e iluminó con la antorcha la pequeña estancia. Su boca se abrió de sorpresa.

El mismo dibujo se repetía sin parar sobre las rocas grises de los muros. Diferentes tamaños, algunos más nítidos y otros más difuminados. Pero siempre el mismo. Inconfundible.

La silueta de una rosa.

Una rosa de sangre.

XXIII

Lawen

—¿Puede dejarnos a solas? —En cuanto fue capaz de reponerse de la sorpresa inicial, Lawen miró a Rupertus.

El hombre se encogió de hombros.

—Tienen quince minutos —dijo y se palmeó las mangas de la casaca —. Disfruten —añadió con sorna.

Lawen nunca había tenido tantas ganas de romperle los dientes a alguien como a ese tipo, y eso que se había cruzado con imbéciles de bastante mala calaña.

Tonrill acarició las rosas de las paredes. Aquello era demasiado extraño como para ser una coincidencia. Los dos intercambiaron una mirada. Lawen decidió no sacar su cuaderno para no poner nerviosa a la mujer y aparentar cercanía. Se acercó un par de pasos, pero ella retrocedió para arrimarse contra la pared. Entre los mechones de pelo, entrevió unos ojos claros que miraban todo aterrorizados.

Puede que su cordura estuviera tan tocada por la miseria del lugar que aquello fuera una pérdida de tiempo, pero llegar hasta allí y ver los dibujos en las paredes era una suerte del destino que no pensaba desaprovechar.

Colocó la antorcha en un soporte a la derecha y se dejó caer en el suelo con naturalidad.

—Hola, Juliane. Mi nombre es Lawen y él es Tonrill.

El silencio fue su única respuesta.

—Queremos ayudarte —añadió su compañero.

No hubo gesto alguno. Lawen intentó imaginarse a la mujer de antes. Una muchacha guapa, engalanada con vestidos de seda y colores vivos, tan diferentes a aquel lugar donde el gris y el marrón de la desgracia parecían teñir hasta el aire. ¿Qué habría vivido en esa prisión para perderse a sí misma de esa forma? No quería ni imaginarlo. Además de

los cortes recientes, lo poco que llegaba a ver de sus brazos y sus piernas estaba salpicado de líneas rosáceas de cicatrices. Debía ser franca por la mujer atrapada en algún lugar perdido de su mente.

—Juliane, tú no fuiste la asesina del conde de Rigram, ¿verdad?

Al principio, pensó que la frase tendría el mismo éxito que las anteriores, sin embargo, al poco, la mujer se movió y bajó los brazos de la cara. Sus ojos estaban húmedos y brillantes, y su tez era cadavérica debido a tanto tiempo en la oscuridad de aquel zulo. Sospechaba que, a la luz del sol, las líneas de sus venas debían ser visibles bajo el fular traslúcido de la piel.

—El conde de Rigram… —Su voz fue un susurro ahogado, ronco y vacío.

Era un paso. Quizá podían sacar algo en claro si sabían cómo hacer las preguntas adecuadas.

—Te casaste con él, ¿recuerdas? —dijo Tonrill con suavidad—, pero murió esa noche.

La mirada de la chica viajó para posarse en él. A la luz de la antorcha, Lawen vio la comprensión abriéndose paso entre todas las heridas invisibles.

—No… era… era bu…buen hombre —tartamudeó levemente.

Lawen asintió. Iba por buen camino si conseguía que cogiera confianza.

—Lo sabemos.

—Yo no… no… —No fue capaz de continuar, pero Lawen sabía lo que quería decir. A saber las terribles torturas a las que había sido sometida para cambiar esa respuesta.

—Tú no lo hiciste, Juliane —la ayudó y le dedicó una sonrisa.

La mujer se manoseó el cabello con nerviosismo. Los dedos le temblaban.

—¿Viste algo aquella noche? ¿A alguien que pudiera…? —preguntó Tonrill.

Los dos se armaron de paciencia mientras ella dejaba vagar la mirada por las briznas de paja del jergón. Cuando habló, su voz era un susurro:

—No quería pasar la noche allí. —Ni siquiera tartamudeó esta vez y su voz se había suavizado. Fue capaz de atisbar a la verdadera Juliane durante un instante. Dejó que hablara sin interrumpirla, absorbiendo palabra por palabra—. Me marché al vestidor para dormir lejos de él…

Antes de que amaneciera, volví a la habitación. No quería que se enfadase. Hacía mucho frío cuando volví. Y entonces… —Su cordura se desvaneció y calló de golpe. Sus dedos buscaron las recientes cicatrices de su brazo izquierdo y rascaron la costra compulsivamente hasta sangrar.

—Efemerin me castiga por mis pecados. —Su tono adquirió un carácter autómata para recitar la misma letanía que, sin duda, le habrían repetido entre esas paredes hasta la saciedad—. Soy un alma impía que engañó a su fe por un instinto maligno y, como tal, debería purgarme para…

Tonrill y Lawen se miraron mientras ella repetía las palabras una y otra vez. La habían perdido. El breve instante de consciencia se había ahogado en su mente.

—¿No viste a nadie, Juliane? —intentó lanzar la pregunta a la desesperada. Ella continuó sin escucharla.

Esperaron.

—Es absurdo. Déjalo —dijo Tonrill con un suspiro al cabo de un momento—. Llamaré a ese pajarraco de Rupertus.

Lawen apretó los labios.

—¡No! —Lo sujetó por el hombro—. Unos minutos más. Tomé la decisión de venir aquí y…

De repente, Juliane calló y los miró.

—Decisiones… —murmuró. Su tono era amargo pero cabal—. Dijo que las decisiones las tomamos nosotros, no los dioses. No sabía que la suya fuera esa, no sabía hasta dónde podía llegar hasta esa terrible noche…

Lawen abrió los ojos y se acercó a ella con rapidez.

—¿Quién? —Lawen le tomó una mano—. ¿Quién te dijo eso?

Juliane la miró.

—Solo hay que saber qué espinas cortar para que todo cambie —dijo, mirándola a los ojos.

La enigmática frase le encendió una chispa de comprensión. Aunque podría sonar a confesión, la intuición de Lawen solo le confirmó que Juliane sabía quién había asesinado a Lucianus.

Oyeron ruidos de pasos por el corredor. El tiempo se agotaba.

—Juliane, dame un nombre. Sé que lo sabes.

Tonrill se balanceaba inquieto, pero Lawen estaba concentrada en el rostro de la mujer. En sus ojos notaba que era plenamente consciente de sus palabras, pero se mantenía en silencio.

—¡Por favor, Juliane! —rogó y le tomó las manos con las suyas, arrodillada frente a ella. Su tono de voz se elevó y notó la agitación en las celdas colindantes—. ¡Otra mujer está a punto de ser acusada de asesinato! ¡Siento muchísimo todo lo que has sufrido, pero aún puedes evitar que ella viva el mismo infierno que has vivido tú aquí!

Juliane apretó los labios, pero negó con la cabeza.

—¿Por qué lo encubres? —reprendió Lawen. Era incapaz de entender su mutismo—. Solo dime un nombre y haré todo lo posible por sacarte de aquí. Por favor…

Rupertus llegó a la puerta.

—El tiempo ha terminado, señorita Storm. Aléjese de ella.

Lawen lo ignoró.

—¡No tienes por qué seguir aquí! —gritó. Tonrill hablaba a su espalda con Rupertus, quien parecía enfadado porque alterara también al resto de reclusos. Lawen le apretó una de las manos. Por un momento, sintió como si no estuviera allí, entre aquellas sucias paredes, y hablara con una amiga en una mesa destartalada con dos tazas de café aromático—. Juliane, no puedo comprender por qué…

—Yo sí he llegado a comprenderlo —le susurró ella—. Si es necesario cortar una rosa entre las espinas para sanar nuestro futuro, que así sea. —Sus ojos buscaron el esbozo de rosa más cercano en la pared y habló para sí misma—: Me sacrifico.

Lawen torció la cabeza, agitada.

—Pero, Juliane…

Las manos de un guardia la obligaron a levantarse.

—Ya es suficiente —dijo Rupertus. Su tono meloso había desaparecido—. Ha alterado a casi toda el ala con sus gritos. Se marchan ya.

Lawen echó un último vistazo a la celda. Los ojos de Juliane la miraban antes de perderse en la oscuridad cuando retiraron la antorcha de su sitio. Una mujer condenada al olvido entre los ecos de las piedras. ¿Y por qué? Sabía quién había sido el responsable; sin embargo, prefería permanecer en silencio para no condenarlo. ¿Por amor?

Su cabeza estaba aún en pleno procesamiento del encuentro, por lo que fue apenas consciente de que ya no había gritos en la sala de confesión por la que habían pasado poco antes, ni de cómo el olor a óxido de la sangre se acentuaba en el ambiente. Con Rupertus delante y dos guardias flanqueándolos, llegaron hasta el vestíbulo de entrada.

—Antes de marcharse, tienen que firmar el registro de visitas. Es una norma.

Lawen pestañeó al advertir a un hombre delgaducho y de piel amarillenta que los miraba tras una mesa. Ni siquiera le había prestado atención al entrar, aunque en la semioscuridad el tipo parecía parte del mobiliario de ese pútrido lugar. Tonrill cogió la pluma para estampar su nombre y firma.

—No duden de que me comunicaré con su majestad para comprobar que su visita haya sido realmente reglamentaria —dijo Rupertus con tono despectivo. Las formalidades se habían acabado y ahora solo había desconfianza—. Si no es así, habrán cometido un delito al usar la figura real como…

—Hágalo —lo cortó Lawen. Orientó el libro de firmas hacia ella mientras tomaba la pluma con la otra mano—. Pero cállese de una maldita vez. Da dolor de cabeza. ¿Está seguro de que los pobres condenados pierden la cabeza por sus torturas y no por su irritante voz? —Hojeó la extensa página del libro con una letra apretada y un coro de nombres antes de cerrarlo con un golpe seco. La cara del maestre estaba roja.

—Procure no entrar aquí como acusada porque me aseguraré de que su estancia sea un infierno. —Se inclinó hacia ella—. Deseará estar muerta.

Lawen bufó. «Genial. Acabas de ganarte otro enemigo en este lugar. Has batido tu récord». Tonrill le apretó la pierna. Debía callarse, pero no le apetecía. Se acercó al oído de Rupertus. Sabía que todo el aire déspota y controlador venía solo de su posición, pero lo tenía calado. Fuera de su centro de mando, aquel tipo era un cobarde.

—Aquí dirige usted el cotarro. —Le acarició el pañuelo del cuello como si se lo colocara bien en un gesto lleno de naturalidad—. Pero qué diferente sería fuera. —Le dedicó una sonrisa inocente, como si hubiera compartido con él un comentario agradable—. Voy a sacar a la señorita Kenton de aquí, así que procure tratarla con respeto. Y, si no lo hace, me

enteraré; se lo aseguro. En menos de un suspiro, le arrancaría las pelotas. Y, entonces, sí tendría un motivo para tener la voz aguda, ¿verdad?

Rupertus seguía rojo. No había dicho palabra, pero la miraba a los ojos y el labio le tembló. No había estado equivocada. Que una mujer lo amenazara era algo nuevo para él.

—Que tengan un buen día, señores —dijo Tonrill y la agarró de la mano para tirar de ella hacia la salida—. Gracias por todo. El rey estará agradecido con su colaboración.

Lawen lo siguió, sumisa. Permanecieron en silencio un buen rato hasta dejar atrás la prisión del Monte Este y llegar hasta el carruaje. Una vez dentro, Tonrill se tiró en el asiento y meneó la cabeza.

—La has fastidiado, patilarga. Será imposible que ese tipo nos deje entrar de nuevo aquí.

—Ese tipo es un torturador. Ya has visto cómo dirige ese lugar. —Lawen se cruzó de piernas y oyó cómo los caballos aceleraban el paso para alejarse de aquel nido de desgracia—. En cualquier caso, tenemos algo. Hay que investigar con quién se veía Juliane Kenton, y tendremos a nuestro asesino.

XXIV
Elegor

El almuerzo había comenzado hacía rato. Elegor levantó las manos de la mesa para que uno de los sirvientes le retirara el plato de sopa de verdura casi intacto y pusiera frente a él el segundo: un filete con una salsa amarronada y salpicada de especias. La salsa especial de la corte, una receta secreta de la cocinera que siempre solía conquistar a los invitados y uno de los elementos que más añoró de su hogar durante su retiro con Vondal. A su lado, dos patatas horneadas con mantequilla despedían volutas de vapor.

«¿Dónde está esa mujer? Debería probar esto». Su mente le recalcó que ese pensamiento estaba fuera de lugar. ¿Por qué le interesaba que Lawen Storm probara el almuerzo? Una parte de él le dijo que era solo porque le molestaba su ausencia en el salón. Tras el suceso de la noche anterior, había convencido a su padre para que sus recientes invitados compartieran sus comidas con ellos en el salón de la corte, aunque en una mesa apartada del resto. Así podrían vigilar a los presentes para la investigación. Era de muy mala educación rechazar semejante privilegio. La otra parte de su mente, más mezquina, le dijo que simplemente tenía ganas de verla.

«Menuda estupidez».

Tomó los cubiertos y cortó un trozo de patata con saña.

—¿Qué ha hecho la pobre guarnición para que la tomes con ella? —Mavaris lo miraba con una sonrisa burlona. Esa jornada estaba especialmente guapa—. ¿Un mal día?

Elegor se echó hacia atrás en la silla, masticando.

—Digamos que no ha sido el mejor. —Sin querer, sus ojos se cruzaron con los de Muller, dos mesas a la derecha de la mesa real. Su amigo le sostuvo la mirada un instante con la mandíbula en tensión; después, la apartó.

Habían tenido una breve charla por la mañana donde Muller le había contado más sobre toda la historia de Elisa y Frederick. Elegor se sentía un tanto traicionado porque ninguno de sus dos mejores amigos le hubiera hecho partícipe. Sin embargo, el que parecía llevar peor la traición era el propio archiduque de Micanstone. Su desconfianza y que se hubiera aliado con Lawen para tenderle aquella pequeña trampa habían hecho que su ahora único mejor amigo estuviera frío y poco comunicativo. Tras rechazar una excursión para ir a cazar, Elegor había tenido que buscar un plan alternativo y se había pasado la mañana en la biblioteca. Aunque debería haber repasado algunos de los conocimientos adquiridos en su reciente adiestramiento, su mente seguía a la búsqueda de detalles sobre la magia negra y había acabado tomando apuntes con un libro abierto sobre brebajes especiales. Más tarde, de camino a ver a Yorgen, se lo enseñaría a Lawen. Si es que la forastera se dignaba a aparecer.

—¿Y qué tal con el conde de Sandalier? —preguntó a su hermana para pensar en otro tema.

Mavaris se encogió de hombros. Su mirada se detuvo en el susodicho, que comía en una de las mesas junto a otros nobles.

—Esta tarde iremos al teatro con carabina. Hay una función sobre el origen de los dioses.

Elegor la miró y levantó una ceja.

—No te he preguntado eso.

Ella le dedicó una mueca. Siempre había habido una conexión fraternal entre ambos. Supuso que muy parecida a la de Frederick con Elisa. Sin embargo, desde que había regresado del templo de Vondal, notaba a su hermana más callada que de costumbre. Y creía saber el motivo.

—Es amable y bastante correcto —comenzó a decir ella mientras giraba la copa de vino entre las manos—. Intenta hacerme reír y parece muy versado en literatura. Sin embargo…

—No lo quieres. Ya. —Mavaris suspiró como único gesto para darle la razón y tomó un sorbo de vino antes de dejar la copa en la mesa. Su mirada se perdió en algún punto indefinido y él le tomó la mano—. Ya sabes cómo funciona esto, hermanita. Quizá ahora no le ames, pero con el tiempo…

La mirada de sus ojos claros se clavó en él.

—El amor de verdad no se fuerza, Elegor.

La intensidad de su tono hizo que se encogiera de hombros.

—Es nuestro deber, Mavaris.

Ella suavizó su mirada y meneó la cabeza.

—Lo siento, pero, a veces, pienso en todo esto y… Por ejemplo, tú, ¿de verdad piensas que podrás enamorarte de Regina McDought? Es obvio que no la soportas.

Elegor alzó las cejas, sorprendido. Creía haber sido lo bastante cortés en sus encuentros con Regina; sin embargo, o bien su hermana era demasiado perspicaz, o él no sabía disimular sus reacciones. Abrió la boca para responder, pero se detuvo al ver a los recién llegados al salón.

La mirada de Lawen, tan vivaz como siempre, recorrió la estancia con rapidez antes de posarse sobre la suya. Le dedicó una inclinación de cabeza leve al rey y volvió a mirar a Elegor. Aun sin palabras supo leer la pregunta muda en su gesto, como preguntándole si su encuentro tras el almuerzo seguía en pie. Él asintió con la cabeza de forma imperceptible y observó cómo ella y Tonrill se sentaban en una mesita apartada para dar buena cuenta de la comida.

—También es obvio que no miras a Regina como la miras a ella.

Elegor se sobresaltó ante el tono burlón en la voz de Mavaris.

—¿Qué insinúas?

Mavaris miró a Lawen de reojo y luego a él. Había una sonrisa pícara en sus labios.

—Lo evidente.

Elegor se pasó una mano por el pelo, ofuscado.

—No digas disparates. —Se metió un trozo de carne y masticó—. Pasas demasiado tiempo con esas damas de compañía. Ves chismes donde no los hay.

—No soy estúpida, Elegor. —Su voz perdió fuerza y sus siguientes palabras fueron casi un susurro mientras bajaba la mirada al mantel—. Por mucho que papá a veces se afane en recordármelo.

El comentario hizo que se sintiera culpable.

—No lo eres en absoluto.

Seis meses con el carácter irascible de Thurgo no era una situación fácil de sobrellevar sola. Desde la muerte de su madre, su padre siempre había responsabilizado a su hermana de alguna forma. Mientras Elegor crecía y su padre presumía orgulloso de él, todos los

reproches y desaprobaciones habían recaído en la pequeña Mavaris. Ahora, viendo el aire triste que asolaba a su hermana desde que había regresado, sentía que la había abandonado. Una parte de la antigua Mavaris parecía haberse consumido en ese tiempo, rota por los desplantes de Thurgo.

Suspiró y posó una mano sobre la suya.

—Eres una de las mujeres más increíbles que conozco.

Mavaris alzó la mirada, iba a decir algo, pero calló al ver cómo Anne de Cavalenti soltaba una estruendosa carcajada desde el lateral de la mesa, junto a su padre. Era imposible no escuchar su conversación a semejante volumen.

—… Como lo oyes —decía sin molestarse en ocultar que tuteaba al propio rey—. Pretendía que el nombre de su hija entrara en las arenas. Una vulgar niña con olor a estiércol mezclada con nuestros nobles. ¡Efemerin lo consideraría un insulto!

Thurgo bebió un trago de su copa y meneó la cabeza.

—El pueblo se está tomando demasiadas libertades últimamente. —No parecía divertido por su charla, más bien preocupado—. Las clases sociales están por un motivo. Los dioses deciden en qué hogar nacerá un niño, puede ser en el de la carne —señaló su plato— o en el del mendrugo de pan. En cualquier caso, hay que respetar su decisión. Es justo lo que le dije a ese tipo cuando vino a hablar conmigo. Colleman.

—¿Arthur Colleman? —preguntó Anne. Se abanicó con suavidad con el aventador de encaje.

Thurgo asintió y se inclinó un poco para hablarle. Sus dos hijos no pudieron evitar seguir la conversación mientras comían con disimulo e intercambiaban miradas de reojo.

—Fue uno de los que empezó a sembrar esas absurdas ideas en la población —dijo su padre.

Anne asintió y se encogió de hombros.

—Bueno, fue una lástima que muriera en ese desafortunado incidente el año pasado. —Los dos cruzaron una significativa mirada—. Sin embargo, con él se acabaron todas esas estúpidas ideas.

Thurgo negó con la cabeza.

—Los disidentes se están reorganizando. Tienen un nuevo líder, aunque aún no he descubierto su identidad.

Anne le sonrió.

—Será una cuestión de tiempo, querido. —Le puso una mano en el brazo—. Me ocuparé personalmente de preguntar a las personas adecuadas. Y, cuando sepamos quién es, solo necesitaremos otro *desafortunado* incidente para que todo vuelva a la normalidad.

Thurgo negó con la cabeza.

—No será tan fácil. Estos asesinatos… —miró a Lawen, sentada en la mesa más alejada de su posición— parecen una forma de desafiar a mi mandato. Temo por la nobleza. Quizá debería contarle a esa forastera todo lo que ha pasado en estos meses: las revueltas, los actos de violencia en los templos…

Anne hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Bobadas. Nada que no ocurra en cualquier parte. —Siguió su mirada hasta Lawen y apretó la mano de la copa tanto que los nudillos se le pusieron blancos—. No creo que esa mujer descubra nada. Es una pérdida de tiempo y una distracción para nuestra vida diaria. Y para tu hijo. —Elegor simuló estar concentrado en su comida mientras ella seguía hablando tras dedicarle una mirada de soslayo—. Y ese enano… En mi vida había visto un ser tan desagradable. —Suspiró y acarició con suavidad el brazo de Thurgo—. Si me permites darte mi opinión, solo vienen a aprovecharse del dinero de tus arcas. Quizá solo son un par de embaucadores. Y, si así fuera, merecerían un castigo, ¿no crees?

Thurgo hizo un gesto para quitarle importancia.

—Vienen con buenas referencias, Anne. En cualquier caso, habrá que darles un voto de confianza antes de tomar medidas como las que sugieres.

Ella soltó una risita.

—Oh, majestad, es usted tan generoso…

Elegor se frotó las manos con nerviosismo. Notaba las palmas húmedas por la indignación y había perdido el apetito de un plumazo. Mavaris llevaba un rato masticando un pedazo de carne en la boca. La oyó tragarlo con dificultad y volverse hacia él.

—Tienes que avisar a la señorita Storm —dijo en un susurro, y uno de sus bucles cayó sobre el plato, aunque no se molestó en apartarlo—. Cuéntale lo que hemos oído. Llevas fuera un tiempo, pero en la corte ahora no solo gobierna padre… —Miró de reojo a la mujer, sentada cerca de ellos, y frunció los labios—. Si Anne decide destruirla, lo conseguirá.

Elegor asintió. No entendía esa animadversión de Anne de Cavalenti hacia Lawen. El retiro con Vondal había hecho que se perdiera asuntos importantes entre aquellos muros. Se inclinó hacia Mavaris, confuso. ¿Es que todos le habían ocultado información en su ausencia?

—¿Y qué es eso de las revueltas? No me has contado nada en tus cartas.

—No veía razón para preocuparte. —Su hermana pasó el dedo índice sobre el borde de la copa—. De todas formas, tampoco sé mucho más. —Se encogió de hombros y torció la boca—. Recuerda que mi vida transcurre en su mayoría entre estas paredes. Al menos, ahora tengo una nueva sala de pintura junto a la bodega donde pasar las horas.

—¿Papá no te cuenta nada?

Mavaris soltó una risita.

—¿A mí? Por favor, Elegor. Es papá, ya lo conoces. Jamás admitirá que está perdiendo un poco el control del reino.

Tenía razón. La cabezonería de Thurgo era primitiva. Observó cómo los sirvientes entraban en el salón para traer el postre. Un olor a naranja y a masa recién hecha voló por la sala, pero él ya había perdido el apetito. Se levantó y se excusó del resto de comensales y de su padre debido a un terrible dolor de cabeza.

Miles de ojos lo observaban a pesar de simular estar concentrados en sus propios platos y conversaciones, por lo que no podía hablar a Lawen sin que sus palabras fueran oídas. Cruzó el salón con naturalidad y dio gracias por que la mesa de los dos forasteros estuviera junto a la puerta de salida.

La afilada mirada de la mujer lo siguió al recorrer la distancia hasta ellos sin que su boca dejara de masticar.

—Espero que estén disfrutando del almuerzo.

Tonrill se chupó los dedos y sonrió.

—Sin duda, príncipe Elegor. No sabe lo que necesitaba una comida así. Esta mañana no pude disfrutar de esa miel deliciosa de las cocinas. —Señaló a Lawen con una mueca—. Esta arpía sin corazón me sacó de la cama a una hora intempestiva para meterme en un carruaje rumbo a… ¡Auch!

La pelirroja le acababa de un codazo en las costillas y carraspeó para interrumpir:

—¿Ya se marcha? —Sus ojos lo miraron mientras torcía la cabeza.

Elegor asintió. A su alrededor notaba los oídos atentos de las damas de la mesa más cercana.

—Me duele la cabeza. —La miró con la esperanza de que entendiera —. Creo que daré un paseo por el jardín lateral hasta la imagen de Vondal.

Ella asintió con lentitud.

—Disfrute.

Se marchó después de que ambos intercambiaran una mirada. Una vez fuera del salón, decidió ir a cambiarse antes de ir al jardín. Si iba a ir a ver a Yorgen, debería pasar desapercibido.

XXV

Lawen

—Me ha sorprendido que supieras cuál es la imagen de Vondal. —El príncipe heredero le tendió la mano para que subiera al carruaje, pero ella lo ignoró y, apoyándose en el recodo de la puerta, se alzó hasta el asiento. Parece que tutearse iba implícito a emprender esa extraña escapada juntos.

—No lo sabía —reconoció y se cruzó de piernas frente a él con una mueca—. Todas vuestras dichosas estatuas son parecidas, pero has dejado el rastro de un potro salvaje en el camino de tierra. Podría seguirlo hasta un infante.

Elegor suspiró.

—No sabía que un príncipe tuviera que tener las dotes de un espía. —Se molestó—. ¿Le has dicho algo a tu compañero?

—Lo suficiente. Tampoco tenía mucho interés en salir de palacio otra vez. Se ha quedado en buena compañía con las chicas de cocina y más tarde hablará con Elisa por si tiene alguna nueva información. Y, dime, ¿qué sabes de la amante de tu padre, Anne de Cavalenti? —Lanzó la pregunta sin molestarse en hacer una pausa para saltar de un tema a otro.

—Por todos los dioses, Storm, ¿puedes dejar que iniciemos el camino antes de que me atosigues con tus preguntas? Aún puedo arrepentirme y dejarte aquí sin saciar tu curiosidad.

Ella se mordió la lengua.

«Maldito príncipe del demonio». Cortó su tentación de contestarle con un comentario mezquino; él había sabido darle donde más le dolía. Lo cierto era que su curiosidad pareció pegarle los labios para no perder la oportunidad de acompañarlo a donde quiera que fuese.

Se esforzó en sonreírle con una inocencia que ambos sabían que no poseía mientras él daba instrucciones al cochero y aprovechó para

analizarlo, igual que cuando lo había visto en el jardín hacía un rato. Los actos confidenciales y las intrigas estaban claramente fuera de su zona de confort. Entre los arbustos del jardín, vio que estaba agitado y caminaba de un lado a otro sin dejar de observar a su alrededor. Se había vestido con un pantalón negro y una camisa azul. Una indumentaria muy sencilla para ser un miembro de la corte.

«No quiere que lo reconozcan. Interesante. ¿Dónde me llevas, principito?».

Por más que había intentado buscar algún móvil por el que el príncipe hubiera cometido esos asesinatos, no lo había encontrado. Toda la información que había recabado sobre el heredero coincidía en componer una imagen bastante perfecta de él. Devoto de los dioses, estudiado, juicioso y ningún escarceo en la corte al que pudiera dar credibilidad. Un repelente. Su supuesto retiro espiritual debía haber sido tan aburrido como parecía.

Una vez se pusieron en marcha y los cascos del caballo comenzaron a trotar sobre el terreno, Lawen se frotó las manos, nerviosa, esperando a que él hiciera un mínimo gesto para comenzar su ronda de preguntas. Elegor se lo tomó con tranquilidad, se acomodó en el asiento y se cruzó de brazos sin dejar de mirarla. Había una intensidad certera en esa mirada. Ella abrió la boca para hablar, pero él la interrumpió:

—¿Cómo está Juliane Kenton?

El desconcierto en su cara fue más que evidente y él debió disfrutar de su expresión porque sonrió con un aire granuja. No lo había visto sonreír demasiado y tenía que reconocer que aumentaba su atractivo a extremos alarmantes. Lawen apretó los labios, pero no apartó la mirada.

«Tonrill y sus malditas teorías. Me está metiendo ideas absurdas en la cabeza», se reprochó.

—Salisteis esta mañana temprano —dijo él—. Pregunté al cochero. Tus capacidades no parecen tan impresionantes cuando no eres la única que puede hacer buenas deducciones, ¿sabes?

—Bah. Pura suerte y un enano con la lengua muy larga. —Hizo un gesto despectivo con la mano. ¿Acababa de decir que tenía *capacidades impresionantes*?—. No has respondido a mi pregunta.

—Tú tampoco a la mía.

Se miraron un instante. Fue como si el aire se hiciera más denso en el interior de la estructura. Ninguno confiaba al completo en el otro, y había una especie de abismo invisible que no parecía que quisieran acortar. Lawen se pasó la lengua por el labio inferior y la mirada del heredero se detuvo un instante en ese sencillo gesto antes de apartarla.

—Creo recordar que fuiste tú quien sugirió que trabajáramos juntos —dijo—. Eso será imposible si no confiamos en el otro.

Lawen torció la cabeza. Elegor bufó.

—Lo estás haciendo de nuevo.

—¿El qué?

—Torcer la cabeza. Es difícil hablar de confianza si me sigues analizando.

—Oh, lo siento. —Se esforzó en ponerse recta, incapaz de entender cómo un desconocido podía percibir ese detalle de su personalidad—. De acuerdo. Confianza. Ajá.

—¿Vas a contármelo todo, Storm?

Lo sopesó un instante. Si lo había metido en todo aquel asunto, quizá lo mejor era no andarse con secretos. A veces tener un aliado en pleno meollo podía ser útil. Y, aunque casi lo había descartado como sospechoso, esperaba no arrepentirse más tarde.

—Solo si tú lo haces también —dijo—. Dime lo que sepas de esa estirada de Anne.

Elegor asintió y se hundió los dedos en el pelo. Alguno de los dos debía dar el paso. Ella se apresuró a sacar el lápiz y el cuaderno de la cinturilla. Lamentó haberse olvidado las gafas en la mesa de su habitación y se dispuso a absorber su relato. Él le contó todo lo que sabía de la amante de su padre, junto con la interesante conversación que había oído ese mismo día durante el almuerzo.

—O sea, que, o descubrimos al culpable, o esa serpiente con volantes va a conseguir que nos acusen de estafadores. —Meneó la cabeza y habló para sí misma—: Estupendo. Como si ya no tuvieras suficiente motivación, Lawen. —Dio golpecitos con el lápiz sobre el cuaderno abierto—. Se está tomando muchas molestias para quitarme de en medio.

Elegor levantó una ceja.

—¿La crees capaz de cometer los asesinatos?

Lawen frunció los labios y soltó un gruñidito muy poco femenino.

—Por mucho que me gustara la idea…, no lo creo. Al menos no directamente; si ella está detrás de todo esto, no se arriesgaría a mancharse las manos. —Anotó en su cuaderno un par de líneas y comenzó a divagar—. Tendrá una mano ejecutora. Debería investigar a los hombres a su servicio. Quizá alguno de ellos sea el amante de Juliane. Eso es. Le diré a Tonrill que indague en esa línea. Elisa también deberá estar atenta a…

—No te sigo. —El príncipe levantó las palmas de las manos para que fuera más despacio.

—Juliane Kenton estaba enamorada antes de casarse con Lucianus de Rigram. La forma en la que murió el conde indica un móvil pasional, y sé que la propia Juliane está encubriendo a alguien. Fácil. Solo tenemos que encontrar a ese hombre y tendremos a nuestro asesino. Es…

—Lawen, para un momento. —La forma en la que pronunció su nombre hizo que se detuvieran de súbito los engranajes de su cerebro —. Si, como dices, es un crimen pasional…, ¿qué gana Anne?

Ella torció la cabeza y dejó vagar la mirada por el techo del carruaje.

—Aún no lo sé. —Admitir que su teoría tenía flecos sin cortar hizo que se llevara el lápiz a la boca para mordisquearlo—. Quizá sea una forma de aprovecharse de la desgracia ajena para ganar más control en la corte. En tu padre.

—¿Crees que está con los disidentes?

Se encogió de hombros.

—Lo descubriré.

—¿Y Frederick? ¿También es un móvil pasional? —preguntó Elegor, visiblemente desconcertado.

—No, claro que no. —Negó con la cabeza y lo miró como quien enseña a un niño—. Es la repetición de un método.

Él se cruzó de brazos y la sencilla camisa acentuó las formas de su pecho. «Para ser un noble repelente, se mantiene en forma».

—Explícate —ordenó el príncipe.

—El primer asesinato fue fruto de un arrebato. El segundo fue premeditado. —Pasó un par de páginas para constatar la teoría que llevaba rumiando desde que habían salido de la prisión del Monte Este —. Con Frederick, el asesino se molestó en drogarlos a ambos. Rossane Trevelian presentaba las mismas marcas rojas que tenía tu amigo.

Elegor asintió y guardó silencio.

—Solo necesitamos saber más sobre cómo murieron —continuó ella —. La magia que se utilizó y… —Eso hizo que recordara que iba en un carruaje rumbo a un destino desconocido. Se había perdido, emocionada en sus teorías—. ¿A dónde vamos?

Elegor sonrió. La barba rubia incipiente ocultaba un hoyuelo en la comisura.

—Ya me extrañaba que no preguntaras. Vamos a ver a Yorgen, un viejo amigo que puede darnos más datos sobre el tema de la magia. —Suspiró y la observó mientras ella se asomaba por la ventana. Ya habían dejado atrás la entrada al pueblo y en el ambiente se oía el jaleo de los viandantes—. Debo advertirte que es muy celoso de sus asuntos y que no le va a hacer ni pizca de gracia que vengas conmigo.

—Como si eso me importara. —De repente, el carruaje frenó con brusquedad y ella salió disparada sobre él. Elegor la atrapó entre los brazos y notó su aliento sobre la mejilla. Las zonas donde sus cuerpos se rozaban se sentían inesperadamente cálidas, y la tensión que los envolvió de repente fue tan fuerte que Lawen obligó a su cabeza a deshacerla con un comentario—. Oh, venga, cuidado con esas manos. No vaya a ser que ofendas a tu querida diosa por tocar un poco de carne.

Él la soltó como impulsado por un resorte y, de un tirón, abrió la ventanilla interior que comunicaba con la parte delantera del carruaje.

—¿Qué ocurre?

—Una multitud impide el paso al final de la calle, majestad.

Elegor abrió la puerta para asomarse, y ella se colocó a su espalda para imitarlo.

Una aglomeración de hombres, mujeres y niños golpeaban con furia una estatua de una diosa a la entrada de un templo. Lawen recordó haber visto una similar en el jardín del palacio, pero era incapaz de recordar el nombre de la imagen. Armados con martillos y picas, la multitud gritaba y destrozaba la piedra. Una mujer lloraba mientras sostenía a un niño inmóvil en los brazos.

—¡La subida en la asignación a la corona ha matado a mi pobre hijo! —chillaba—. No tuve ni una moneda para pagar las medicinas para tratar su enfermedad…

—¡Los dioses solo bendicen a los más ricos! —gritó un hombre, golpeando la base de la estatua.

—¡Los dioses olvidan a su pueblo! —siguió una mujer—. ¡Igual que el rey!

La estatua se tambaleó. Los pasos sincronizados de la guardia doblaron una esquina justo cuando la imagen caía al suelo y se partía en pedazos. Sintió que Elegor se agitaba. No supo si más por ver destrozado uno de los símbolos de su amada fe o por la situación en sí. Lawen sabía lo que eran las disputas con una turba enfurecida, pero dudaba que el príncipe lo supiera. Siempre había bajas de inocentes. Con la llegada de la guardia, la situación se volvería fea.

Miró a Elegor. Parecía confuso y había empalidecido. No estaba actuando, su conmoción era genuina. Por un momento, vio al hombre que había tras la cáscara de príncipe. Un hombre real y abatido por la desgracia ajena.

—¿Hay otro camino hasta nuestro destino? —preguntó Lawen al cochero, quien asintió—. Pues tómelo y sáquenos de aquí antes de que usen el martillo con la cabeza del heredero. No parecen muy contentos con la casa real en este justo momento.

Empujó a Elegor hacia dentro y lo obligó a sentarse antes de cerrar la puerta del carruaje de un portazo. El vehículo se puso de nuevo en marcha para girar hacia la izquierda. Por un instante, entre la multitud, Lawen se fijó en una niña que pintaba sobre una de las columnas blancas del templo. Fue incapaz de apartar la mirada del dibujo, porque había visto uno similar esa misma mañana repetido miles de veces en la celda de Juliane Kenton.

XXVI
Elegor

Elegor notaba que le palpitaban las sienes como las burbujas dilatadas de un cazo. Ser espectador de aquel acto vandálico contra su religión y contra la monarquía había sido meter la cabeza en un tornado. ¿Tan mal estaba la situación? ¿Su pueblo era tan desgraciado? ¿Por qué Thurgo no le había puesto sobre aviso?

Recordó su conversación con Mavaris y tuvo que reconocer que tenía razón. Su padre jamás admitiría que estaba perdiendo el control de su pueblo. Elegor había oído sus gritos, el sentimiento desgarrador que embargaba a aquella multitud y la rabia ciega de quien ya no tiene nada que perder.

¿Cuántos actos como aquel habían ocurrido durante su retiro?

Durante su instrucción, la única información que recibió del exterior fueron las cartas de su hermana y alguna esporádica de Muller y de su padre. Ninguno había mencionado las revueltas. Ahora, por primera vez era consciente de que la autoridad de los Mansen se tambaleaba como esa estatua antes de caer y hacerse añicos.

¿La asignación a la corona había subido tanto entre los ciudadanos?

Perdida en sus propios pensamientos, Lawen permanecía en silencio frente a él y no dejaba de pegar la nariz tras el cristal de la ventana para observar el exterior con avidez. Por un momento, le pareció oírle murmurar algo así como: «Están por todas partes», pero él estaba demasiado desconcertado aún como para acertar a preguntar a qué se refería. Ese instante de tranquilidad no iba a durar mucho tratándose de ella. La oyó chasquear la lengua y echarse hacia atrás en el asiento.

—Longlake ya no es el reino perfecto que creías. —Se notaba que hacía un esfuerzo supremo por suavizar sus palabras.

Elegor contrajo la mandíbula. Una necesidad acuciante de justificar a su padre, y a sí mismo, le ardía en las entrañas.

—Yo… he visto las cuentas de las arcas reales. Sé que hace cuatro meses mi padre ordenó una subida de la dotación a la corona, pero no pensaba…

—Mira por la ventana, Elegor. —Su tono fue dulce pero autoritario al mismo tiempo.

Él obedeció. La revuelta se había producido en la zona de la clase media de Longlake, y, ahora que entraban en la zona más pobre, sintió que un nudo se apretaba en su pecho. Docenas de personas se aproximaron al carruaje con los brazos en alto. La mayoría eran un puñado de almas con mejillas hundidas y pegadas a los huesos. Los que no tenían fuerzas para caminar se asomaron a la puerta de los barracones, apenas cubiertos de madera podrida y paja. Había un cadáver medio descompuesto en una esquina, del que las moscas y las ratas se alimentaban. En todos los lugares había diferencia de clases, pero la extrema pobreza que se divisaba en los rostros tras el cristal y el ambiente de desdicha hizo que Elegor se llevara la mano al cuello para desabrocharse un botón de la camisa.

—Mi padre… Mi padre no debe saber esto…

Lawen arqueó una de sus perfectas cejas pelirrojas.

—Es plenamente consciente de ello.

—Me niego a creer eso.

—Que no quieras creerlo no significa que no sea real.

Elegor le sostuvo la mirada un instante antes de dejar caer la cabeza sobre las manos con los codos apoyados en las rodillas. Frente a él, la investigadora suspiró.

—Thurgo se sienta en lo alto de una torre, príncipe. Cree que lo ve todo. —Había abandonado su tono mordaz y esa seriedad fue una bofetada más dolorosa que si le hubiera atizado en el rostro—. Sin embargo, el poder y la avaricia a veces conllevan una ceguera selectiva. Lo he visto. Pasó en Greenstone con el último monarca antes de instaurarse el nuevo régimen político. La población estaba cansada de unas decisiones que no traían más que pobreza, hambre y miseria. —Le colocó una mano en el hombro y él sintió la empatía en el roce de sus dedos—. Esa torre puede caer en cualquier momento y arrastraros a todos.

Elegor se quitó las manos de la cara. Los ojos de la mujer brillaban cuando enfrentó su mirada. Había unas motas doradas que bailaban en

sus iris, tan peculiares como ella misma.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó.

—Mi trabajo me obliga a prestar atención a los detalles, a los comentarios, a las reacciones… —Ella suspiró y miró por la ventana antes de volver la vista de nuevo hacia él—. Tu reino ahora mismo es un hilo en tensión. Tu padre ha sido estúpido si piensa que podrá controlarlo. Una revolución se aproxima y habrá más muertes entre la nobleza. Esto es solo un comienzo aunque nadie quiera verlo más allá de sus risitas de imbéciles y las copas de vino caro. Y creo que he dado con un detalle clave que…

—¡Cállate!

Elegor se manoseó el pelo con fuerza. La certeza en su voz y la facilidad con la que menospreciaba a su padre y a la corte donde había crecido lo encendió. Había acumulado demasiadas emociones en los últimos días y notó la rabia fuerte y casi palpable al apretar los puños. Se negaba a aceptar que había estado tan ciego a pesar de seguir viendo por el cristal las caras desoladas que poblaban las calles. Y allí estaba ella. Una maldita forastera prepotente que no sabía lo que era el respeto. ¿Cómo se atrevía a juzgarlos con semejante ligereza? ¿Cómo había llegado para poner su propia vida patas arriba? ¿Por qué cuando la veía solo pensaba en ese maldito pelo rojo y en hundir los dedos en él? El carruaje se le antojó minúsculo y asfixiante al tener que compartir el aire con ella.

—¿Quién te crees que eres, Storm? —Su tono se había elevado más de lo que pretendía y no se esforzó en controlarlo—. Has venido a investigar, no a emitir juicios contra la corona. No te olvides de con quién estás hablando, soy el príncipe y podría hacer que te arrestaran por ultraje en cinco segundos. —Levantó un dedo para señalarla—. Recuerda tu maldito lugar. Te han contratado para que averigües quién mató a Frederick. No olvides cuál es tu trabajo, ¿está claro?

Por la fuerza con que apretaba la mandíbula, supo que ella estaba luchando por no soltarle un par de barbaridades. Sus ojos no se habían apartado de los suyos, en una mirada tan encendida que casi pensó que echaría a arder. No parecía dispuesta a que nadie la tratara de poco profesional, por lo que se limitó a retorcerse las manos en el regazo. Quizá pensaba en cómo sería usarlas alrededor de su cuello. Elegor sabía que estaba siendo injusto, pero estaba tan alterado que solo era

capaz de increparla a ella cuando, en realidad, tendría que discutir todo ese asunto con su padre.

—He dicho que si está claro.

—Cristalino, *majestad*. —Ella se esforzó en que su apelativo sonara como un escupitajo pretencioso y se arrimó hacia la ventana para poner la máxima distancia entre los dos.

El breve momento de complicidad del que habían gozado al hablar de la investigación se había desvanecido. La rivalidad había vuelto a hacer acto de presencia. Ofuscado y furioso, Elegor se cruzó de brazos al tiempo que el cochero los avisaba de que estaban llegando a su destino.

La pelirroja permaneció en completo silencio mientras subían calle arriba. Cuando el carruaje paró, Elegor abrió la puerta y descendió.

—Vamos.

—¿Seguro que su majestad el príncipe no quiere que me quede aquí? —Su voz estaba cargada con una ironía rabiosa—. Lo siento, creo que debe recordarme cuál es mi lugar. No sé si esta misión secreta forma parte de mi trabajo o no.

—Baja.

—No. —Se repantingó en el asiento y se cruzó de brazos.

Elegor alzó la vista al cielo para clamar a todos los dioses. Metió el brazo dentro del carruaje y la agarró para sacarla de un tirón.

—¡Por Vondal! —se quejó—. Eres la mujer más orgullosa que conozco.

—¡Como si eso fuera algo malo!

—En tu caso lo es.

La vio fruncir los labios mientras comenzaba a caminar por la calle y la arrastraba junto a él. Aquel barrio estaba en la frontera entre la zona más pobre y la de la clase media, a pocas manzanas de la de la aristocracia. Un escondite sencillo y perfecto para que las actividades de Yorgen pasaran desapercibidas. La calle estaba casi desierta a pesar de que la tarde aún no había caído. Un par de hombres charlaban en una esquina mientras cargaban sacos de arpillera en un carro que parecía a punto de desmembrarse. Las casas por allí eran pequeñas y estaban muy juntas unas de otras, pero al menos podían llamarse casas, no como las chabolas que había visto hacía un rato. Estuvo a punto de volver a perderse en la imagen de la desgracia.

«Concéntrate, Elegor».

Los números coronaban las puertas de las casas, pintados de forma rudimentaria, algunos eran apenas perceptibles. Encontró el que buscaba en una puerta de madera polvorienta. La fachada no tenía ventanas y las telarañas salpicaban los recovecos entre los tablones. Parecía abandonada. Dudoso, se rascó la cabeza antes de sacarse del bolsillo el papel con la dirección que le había dado su antiguo maestro. Era el número indicado.

—¿Seguro que no te has equivocado? —dijo Lawen a su espalda—. Dudo que las arañas nos den algún dato interesante.

Por segunda vez aquel día la mandó callar y se acercó para llamar a la puerta con los nudillos. Por un momento, solo hubo silencio, hasta que oyeron un chirrido de pasos desde las entrañas de la estructura. Se abrió una ventanita por la parte superior que dejaba solo a la vista los ojos de su dueño. Respiró aliviado al reconocer a Yorgen.

—¡Muchacho! Pensaba que no vendrías, no es seguro —comenzó a decir el hombre y sus ojillos se posaron a su espalda, entrecerrándose con sospecha al ver que no venía solo—. ¿Quién es ella? Te dije que… —Su mirada se detuvo en los dos hombres que cargaban sacos y que ahora miraban hacia allí con curiosidad—. ¡Oh, por todos los dioses! Entrad. No os pueden ver por aquí tal y como están las cosas en las calles.

La puerta se abrió al quitar el cerrojo tras un quejido metálico y los dos entraron. Cruzaron una cortina de tela y una estancia cálida los recibió. Elegor alzó las cejas por la sorpresa. La fachada desgastada y polvorienta encerraba en su interior un hogar digno de un noble.

XXVII

Lawen

Lawen silbó al contemplar los sillones de brocado y terciopelo junto a una mesa de nogal plagada de frascos. Un fuego crepitaba en la chimenea a pesar de que dudaba que la infraestructura gozara de la instalación necesaria para la salida del aire. Sin embargo, el ambiente no era denso por el humo; por el contrario, era limpio y cálido, con un suave olor mentolado.

Había varias estanterías dispuestas contra la pared. Unas, repletas de libros cuidadosamente colocados por tamaños, y otras, con hileras de recipientes cada uno clasificado con una etiqueta minúscula de papel. Absorbió los detalles del espacio con su mirada analítica. Aquel era un lugar de un hombre soltero, inteligente y amante del orden; hasta maniático, se atrevería a decir. Sobre el brazo del sillón más cercano había un pequeño vaso con un licor ambarino y un libro abierto. No resistió la tentación de echar un vistazo. Una caligrafía de trazos rectos y sencillos enumeraba una lista de nombres y una cantidad. Un libro de cuentas.

Yorgen se acercó al sillón y tomó el libro para cerrarlo, dirigiéndole una mirada irritada.

—Qué entrometida —murmuró con un gruñido y se giró para preguntar a Elegor como si ella no estuviera allí—. ¿Quién es?

—Es la investigadora que se está ocupando del asesinato de Frederick.

El hombre la analizó un instante antes de hacer un gesto despectivo con la mano.

—¿Una mujer? ¡Por los dioses! ¡Lo que me faltaba por ver!

Lawen alzó una ceja.

—Creo que eso no es relevante para el asunto que nos atañe, caballero.

Yorgen la miró. Su barba salpicada de canas se movió al resoplar con desprecio. La nariz aguileña y torcida le daba un aspecto carismático y vulgar al mismo tiempo. Bajo la bata de buena calidad llevaba unos pantalones sencillos que se frotó inquieto con la mano. Pareció recordar que había un príncipe en su hogar y su tono se volvió más educado.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber, muchacho? Justo estaba tomando un licor delicioso de uno de mis clientes. Aunque es uno de los más fuertes que he probado, hay que tomarlo a pequeños sorbitos para que no te achicharre la garganta ni te pases el día en la letrina. —Ni siquiera la miró al decir: «Puede que tenga algo de té para ella».

—¿Es este el licor? —Lawen se había acercado al sillón para coger el vasito sobre el reposabrazos. Se lo llevó a los labios para bebérselo de un trago, luego se relamió. El alcohol le caldeó la garganta, pero poco más. Demasiadas noches de taberna con Tonrill le habían forjado un estómago de hierro—. No es para tanto, los he probado peores. De esos que te hacen temblar las piernas como un recién nacido y parece que van a triturarte el vientre. ¿Se puede repetir?

Yorgen había abierto la boca tanto que vio el hueco de una pieza dental ausente en el colmillo derecho. Pestañeó y, sin mediar palabra, se acercó a una de las estanterías para sacar una botella con el mismo líquido ambarino y dos vasitos. Elegor rechazó su ofrecimiento. Al darle el nuevo vaso a Lawen, parecía mirarla de otra forma. Hasta su tono de voz había cambiado.

—Usted no es de aquí, eso está claro —dijo—. Disculpe, pero no me ha dicho su nombre.

Ella le dedicó la sonrisa más encantadora que pudo.

—Lawen Storm.

Yorgen asintió y los invitó a tomar asiento. Lawen sabía que acababa de ganar una pequeña batalla con aquel tipo. Sus ideales eran los de un hombre anclado a la corte durante mucho tiempo, aunque sospechaba que llevaba un tiempo sin pisarla. Torció la cabeza. ¿A qué se dedicaba? Un vistazo a su hogar, al libro de cuentas y a él mismo le decía que no era nada legal. Y Elegor debía saberlo. «¿El principito cómplice de actividades ilegales? Vaya, vaya».

—Dijiste que querías información sobre la magia negra —comenzó a decir Yorgen y los miró a ambos con el rostro pétreo. No se andaba por

las ramas—. ¿Por qué?

—¿Has oído cómo murió el marqués de Inutria? —preguntó Elegor.

—Unos dicen que degollado por su esposa. Otros que envenenado. —Alzó una ceja—. Aunque sospecho que esa es la versión de la corte y que no venís aquí por capricho.

—Creemos, bueno, la señorita Storm cree que fue asesinado con algún tipo de magia negra.

—No lo creo, lo sé —matizó ella tras dar un sorbo a su vaso—. Tanto Frederick de Inutria como Lucianus de Rigram fueron descubiertos con el pecho abierto por tallos de espinas. Las púas destrozaron los órganos internos haciéndolos papilla hasta llegar al exterior. No hay nada humano que consiga ese efecto.

—Por Vondal… —susurró su anfitrión. Yorgen se colocó una mano en el puente de la nariz. Parecía sorprendido, aunque no demasiado. Su mirada sabia le decía que era un tipo que había visto muchas extrañezas a lo largo de su vida.

—¿Puedes arrojar algo de luz sobre esto? —le preguntó Elegor.

—¿Brotaron de su interior? —preguntó, y ella asintió—. Si es tal como lo describes, muchacha…, estamos ante un terreno complicado en el que no me gustaría meterme. —Hizo un gesto con la mano en el aire como para que lo olvidaran.

—Yorgen —insistió Elegor—, siempre te admiré por lo franco que fuiste. No me vendías ninguna mentira. Nunca te callabas nada, aunque fuera el príncipe y tuvieras que soltarme un reproche en medio de un salón. —Yorgen esbozó una sonrisa, y ella pudo atisbar un ápice del hombre al que parecía admirar Elegor—. Si te pido ayuda, es porque la necesito. Solo márcanos el camino que debemos seguir para esclarecer esto.

El hombre dudó unos segundos. Luego se llevó el vaso al gaznate y lo apuró de un buche. Carraspeó por el efecto de la bebida y confesó:

—Son disciplinas del ocultismo de Tegra.

Ambos se quedaron en silencio. Ella porque desconocía a qué diosa se refería, y Elegor porque, por el contrario, sabía a la perfección a dónde apuntaba.

—¿Practica usted este tipo de *disciplina*? —inquirió ella.

Yorgen la miró y meneó la cabeza.

—Oh, no, muchacha, para nada. Digamos que soy un hombre que sabe aplicar las enseñanzas que me dieron los dioses para conseguir fines concretos: mayor fertilidad, mejora de la autoestima, una memoria más viva…

—Un curandero.

—Puedes llamarlo así, si quieres.

—No siempre fuiste eso, Yorgen —repuso Elegor—. En otros tiempos fuiste primer sacerdote de Vondal y un gran maestro. Por el aprecio que te tengo, ¿sabes cómo se puede asesinar a alguien de esa forma? ¿Y qué tiene que ver con Tegra?

Yorgen dejó su vaso vacío sobre la mesita antes de levantarse y repasar una de las estanterías pasando los dedos sobre los lomos de los libros. Lo escucharon hablar para sí mismo en un murmullo antes de sacar un volumen negro con las páginas amarillentas. No tenía título, pero lo abrió y comenzó a pasar las hojas con dedos ágiles. Se detuvo y giró el libro para que lo vieran. Una página encabezada por el título: «El ocultismo de Tegra».

—Jamás había visto un libro como este —reconoció el príncipe.

—Hay pocos y me arriesgo a tenerlo aquí más de lo que debería. Créeme si te digo que es más peligroso que cualquiera de mis otras actividades poco lícitas. —Suspiró y tocó un dibujo de la diosa en el papel con un dedo—.Ya sabes que Tegra es la diosa de los enigmas. Siempre se la representa velada.

—Así es —coincidió Elegor—. Es el símbolo de la doble cara que puede tener el ser humano.

—No exactamente —dijo Yorgen y se sentó en el sillón frente a ellos —. Hay una vertiente de Tegra más desconocida. La cara secreta relacionada con el ocultismo. Durante años, fueron muchos los sacerdotes que cultivaron sus enseñanzas a escondidas, parecidas a las que relata esta obra.

Lawen centró su vista en el libro y solo le bastó leer unas cuantas líneas para entender el fuerte fanatismo religioso que emanaba de sus letras: «Para ver nacer un credo, no sientas la culpa por mutilar uno anterior». Y otro más directo que hizo que se le erizara el vello: «Cuando el buitre carroñero de la desgracia asola un corazón, la carne y la sangre son la única opción».

—En la historia desconocida de nuestra religión —continuó Yorgen —, Tegra nunca fue admitida por el resto de dioses. Se dice que fue una diosa cruel y despiadada que no estaba de acuerdo con las disciplinas impartidas por el resto. —Se giró hacia Elegor—. ¿Por qué crees que en los escasos templos en los que su imagen está presente siempre está alejada de las demás?

—Nunca lo había oído —repuso el príncipe—. ¿Y qué tiene que ver con el ocultismo?

—Hace cientos de años, había una facción de sacerdotes dedicados al culto de Tegra, por supuesto, en el más estricto secreto. —Yorgen pasó las páginas del libro para señalar una página en concreto plagada de pautas y extraños dibujos explicativos—. Se decía que habían vendido su alma mortal para cedérsela a Tegra y así alcanzar conocimientos avanzados para defender la verdadera religión como justicieros. En otras palabras, se convertían en los más sofisticados asesinos.

Lawen cogió el libro de entre sus manos para observar mejor los dibujos. Qué curioso. Todos describían extrañas ceremonias para matar sin tocar a su víctima.

—Esto solo parece una antigua historia de terror, Yorgen —repuso Elegor—. ¿De verdad crees que ese tipo de enseñanzas…?

—Son reales —lo cortó Yorgen—, aunque supongo que sus motivos se han degradado con el paso del tiempo y se mantienen en las sombras. Si miráis ahí —señaló con el dedo el final de una página—, se describe un proceso como «la sangre por vida». Es ocultismo de sangre. La persona ofrece un poco de su sangre para insuflar vida, podría ser esto parecido a lo que estáis buscando, ¿no?

«La sangre por vida, la sangre por vida».

No necesitaba apuntarlas en su cuaderno. Lawen repitió las palabras en su cabeza mientras Elegor preguntaba:

—¿Y cómo?

—Quizá no sea tan difícil. Las plantas son un ente vivo. Los tallos no brotaron del aire. Tuvo que haber algo…

—… Una semilla —dijo Lawen. Notaba que el corazón comenzaba a agitarse en su pecho, como siempre que estaba cerca de hacer un descubrimiento importante.

—Por ejemplo —convino Yorgen sin dejar de mirar el libro—. Aunque para hacerla crecer en su interior el responsable tendría que haber

impregnado las semillas con su propia sangre y recitar el ritual para prepararlas, y luego…

—Solo tenía que hacer que la víctima se las tragara. —Lawen martilleó con los dedos sobre sus muslos—. ¡Es brillante!

Elegor la miró sin entender su entusiasmo y meneó la cabeza.

—No sé, no me termina de encajar —dijo—. Esas semillas… ¿crecen de forma instantánea? Si así fuera, imaginaos si Frederick las hubiera ingerido en plena celebración en la comida. Habría muerto a la vista de todos. ¿Y si alguien hubiera tomado su comida? El margen de error es demasiado grande.

Yorgen se pasó los dedos por la barba y frunció los labios.

—No lo creo. La persona responsable no parece ser un mero aficionado. Es astuto, no es cualquier seguidor de Tegra. —Se manoseaba tanto la barba que estaba empezando a ponerla nerviosa—. Muy pocos alcanzan tal grado de meticulosidad en sus enseñanzas. Es un líder, no cometería semejante error. Preparará las semillas con el tiempo adecuado para que comiencen a brotar, asegurándose de alguna manera de que las ingiere la persona correcta que…

Elegor abrió los ojos de repente.

—¡Las copas nupciales!

Yorgen abrió la boca y asintió.

—¡Oh, por supuesto! No había pensado en ello, muchacho.

Lawen hizo un gesto de incomprensión.

—¿Qué copas?

Elegor se giró hacia ella.

—Aquí es tradición que en la noche de bodas los novios compartan una copa de licor de milenrama. Promueve la fertilidad y es símbolo para asegurar la prosperidad de la unión.

Un retazo de la conversación con Rossane aleteó por su conciencia. Recordaba que le había dicho algo de unas copas. Se mordió el labio. Las dos copas de aquella noche fatídica estaban aderezadas con droga y, además, en la de Frederick había otro ingrediente más… mortal.

—Bien —murmuró—. Me hago una idea de cómo actúa el asesino y confirmamos que está dentro de la corte. —Su mirada se centró en Elegor en un mudo: «Te lo dije»—. Pero debió tener algún cómplice en las cocinas o en el servicio.

—Puede tener aliados en todas partes, señorita Storm —murmuró Yorgen.

—¿Cómo dice?

—Los seguidores de Tegra han mantenido su secreto hasta la actualidad. Apuesto a que es una organización mucho más poderosa de lo que sospechamos. Son como los insectos que se escabullen por los recovecos, actúan en la sombra y solo alcanzas a oír sus patitas sin llegar a atraparlos. —Suspiró—. Estad atentos a vuestro alrededor y en alerta porque pueden estar en el lugar más inesperado.

Elegor asintió con gesto serio. La idea de que la corte estuviera contaminada con esos nuevos devotos no debía agradar demasiado al futuro heredero. Una corte que ya tenía sus propios problemas con las dos facciones enfrentadas. Lawen notó la chispa de una idea que encajaba con otra en su mente.

—¿Y si esos mismos fanáticos son en realidad parte de una misma organización que ya conocen? —Hizo una pausa para mirar a Elegor—. ¿Y si son los disidentes?

Los dos hombres guardaron silencio al sopesar sus palabras. Ella continuó:

—Juliane Kenton se mantiene en silencio. Si ella no nos lo quiere decir, habrá que encontrar a su amante por nuestros propios medios. —Se echó el cabello hacia atrás—. Y sospecho que mataremos dos pájaros de un tiro: encontraremos al asesino y al líder de los disidentes.

En ese instante, unos golpes hicieron temblar la puerta.

XXVIII
Elegor

—¡Eh, Rochen! Dicen los chicos que han visto un carruaje de la aristocracia cerca.

La voz ronca tronó por encima de otras tras la puerta. Parecía un pequeño grupo de hombres. Elegor miró a Yorgen con una ceja levantada y preguntó en un susurro:

—¿Rochen?

—No creerías que por aquí podría utilizar mi verdadero nombre. —Los ojos del hombre se habían abierto de par en par y miraban a un lado y a otro.

—¡Eh, viejo brujo! —clamó la voz de fuera—. También dicen que han visto a una pareja bien vestida frente a tu puerta. ¡Abre! ¡Solo les vamos a decir un par de cositas! —Hubo una risotada histriónica fuera y volvieron a retomar los toques en la puerta.

Yorgen se acercó a ellos y les hizo un gesto para que lo siguieran hasta la habitación, la única estancia separada del resto de la casa.

—Hay malestar en las calles, muchacho. El pueblo está demasiado nervioso.

—Lo sé. Lo he visto. —La imagen se repitió en su cabeza de nuevo. La mujer con el niño en brazos, el atentado contra la estatua de Run, los gritos desesperados…

—Entonces, sabrás que no es buena idea que os encuentren por aquí. Y menos siendo quien eres. —Se puso en un lateral del sencillo jergón y lo empujó hacia la pared.

—Están matando a miembros de la corte —dijo Elegor. Sentía que todo escapaba de su control a cada segundo. Un pequeño huracán de sucesos que solo parecía haber comenzado.

—No, no te confundas, muchacho. —Paró un momento para mirarlo —. ¿Sabes cuántos han muerto de hambre en las calles en el último

mes? Muchos más que los asesinados en la corte. —Elegor tragó saliva —. El pueblo no es el responsable, pero esas muertes han hecho que vean que no sois intocables. El líder de la sociedad de Tegra, o de los disidentes, si la mujer está en lo cierto, ha calculado las reacciones al milímetro. No hay nada al azar. —Se agachó en el suelo y metió los dedos en el quicio de una tabla vieja. Quitó un, dos y tres tablones hasta que se hizo visible una pequeña escalera de cinco peldaños en la oscuridad. Un olor a mofeta mojada y desperdicios emanó del agujero recién abierto.

—¿Aquí guardas el licor bueno? —murmuró Lawen.

Yorgen la ignoró y la empujó hacia la escalera.

—Es mi pequeña despensa subterránea en las cloacas. Seguid el camino de la derecha, es el único que tiene salida. Saldréis tres calles más atrás, volved al carruaje con cuidado. —Una nueva tanda de golpes, esta vez más furiosos, hizo temblar la puerta. Yorgen levantó la vista hacia allí un instante mientras Elegor imitaba a Lawen y ponía el pie en el primer peldaño—. Intentaré distraerlos, muchacho.

Elegor lo cogió del brazo.

—¿Me avisarás si descubres algo más?

—Sí. Pero no vuelvas aquí, maldita sea. —Le palmeó el hombro antes de empujarlo hacia abajo—. No me perdonaría que te rajaran el cuello por venir a verme. Que los dioses vayan con vosotros.

Yorgen era tan astuto como rápido. Tardó apenas unos segundos en colocar los tablones y en devolver el jergón a su sitio con un leve chirrido metálico. En la oscuridad más absoluta, Elegor oyó sus pasos alejándose y el ruido de la puerta al abrirse seguido de su voz:

—¡Joder, Willys! ¿Es que un hombre no puede dormir la cogorza tranquilo sin que le vengan a molestar una panda de imbéciles?

No oyó la réplica del tal Willys porque Lawen, o lo que supuso que era ella, lo tiró del tobillo hacia abajo. Descendió los escalones con cuidado hasta tocar suelo firme. Sus pies hicieron un ruido de chapoteo y algo maloliente le salpicó las botas. Pestañeó en un intento de ver a un palmo de su cara, pero todo cuanto distinguía era oscuridad. Alzó las manos hasta dar con algo tierno.

—¡Eh! A ver dónde tocas.

—Lo siento. No veo nada.

—Eso ya lo sé, idiota. —Ni siquiera tomó en cuenta el insulto dada la situación. En la corte aquello habría supuesto un castigo ejemplar. Pero no estaban en la corte, ni mucho menos. La oyó trastear en la oscuridad, un murmullo y después una chispa. Durante un momento, vio sus rasgos fantasmales iluminados por una pequeña llama.

—¿Cómo has…?

—Shh —lo cortó ella—. Busca. No creo que este tipo no tenga ninguna antorcha por aquí.

De fondo y sobre sus cabezas oyeron un ruido de pasos que se acercaban junto con el murmullo de voces. Los visitantes debían haber entrado ya en la vivienda. Elegor tanteó a su alrededor forzando la vista. Palpó lo que parecía una estantería con más frascos —mejor que no supiera qué contenían y por qué su antiguo maestro los guardaba allí— y una bolsa de tela con varios palos de madera dentro.

—Esto servirá. —Sacó uno y Lawen se acercó. En un momento, la mujer había toqueteado un extremo de la madera, que prendió iluminando lo que los rodeaba. Yorgen había montado varias estanterías en las paredes de la cloaca. Un sinfín de tarros se arracimaban los unos sobre los otros junto a una pila de documentos escrupulosamente clasificados. Los ingredientes prohibidos de Yorgen. No se detuvo a estudiar el grado de ilegalidad que los rodeaba y se giró hacia Lawen, que se limpiaba los dedos sobre la manga de la blusa antes de guardarse un pequeño saquito en la cintura.

Elegor levantó una ceja al percibir el aroma.

—¿Llevas azufre encima? ¿Por qué?

—Nunca se sabe lo que se puede necesitar.

—¿Y qué más llevas?

—Si se lo dijera, su majestad me tendría que arrestar. —Le dedicó una mueca—. Será mejor que nos demos prisa. Ese amigo tuyo es listo, pero, cuanto antes salgamos de aquí, mejor. Va a anochecer. —Lo cogió de la mano y dejaron atrás el secreto almacén para internarse en las cloacas de Longlake.

El goteo incansable del agua en las grietas de las paredes hacía eco en aquel agujero. Intentó no mirar demasiado el charco negruzco y fétido que los cubría hasta la mitad de los tobillos y sobre el que flotaban desechos que era mejor ignorar. Al pasar por uno de los recovecos que debía comunicar con otras zonas de la ciudad, vieron que estaba

taponado con tableros de madera. Yorgen debía haber dragado aquella parte de las cloacas para conducir el agua por otra zona y mantener su escondite a salvo. Un buscavidas como él debía tener otra entrada para acceder a su hogar debido a la gente con la que se relacionaba. Una entrada o, en este caso, una salida.

Aunque Lawen no parecía ser una mujer que se perturbara con facilidad, sus dedos húmedos agarrándole la manga de la camisa la delataban. Por un instante, Elegor se encontró planteándose cómo sería la vida de la investigadora en Greenstone. ¿Caminaría por ese nido de prostitución y ateísmo con una sonrisita irónica en el rostro? ¿Usaba esa misma sonrisa en el lecho de sus conquistas? El pensamiento le hizo acelerar el paso y, por delante de ellos, la llama iluminó dos conductos diferentes. Recordando las indicaciones de su antiguo maestro, tomaron el de la derecha. La profundidad del agua aumentó y, en unos cuantos pasos, estaban hundidos hasta los muslos. Avanzar se hacía complicado con el peso de la ropa mojada, pero siguieron en silencio un buen rato hasta que vieron una escalerilla de metal que ascendía hasta la tapa de un sumidero.

—Debe ser esta —murmuró ella—. Te iluminaré mientras la abres. Cuidado con la cabeza.

Elegor subió. La tapa de metal no tardó en moverse. Era evidente que se había usado con frecuencia en un periodo de tiempo cercano. Espió la calle por la rendija abierta. Parecía tranquila. Con cuidado de vigilar el entorno, deslizó la tapa a un lado y emergió del agujero pestilente. Estaba en un callejón sin salida de la que sería una calle más grande. No había rastro de vida, excepto un par de cestos de verdura podrida que eran pasto de las ratas, aunque oía unos leves gemidos en la distancia.

Tendió la mano a Lawen, que sí aceptó su ayuda esta vez, y la alzó a través del agujero con rapidez antes de volver a colocar la tapa de la cloaca en su sitio.

—Pues me temo que ya ha anochecido —dijo ella tras alzar la mirada. El cielo presentaba el color anaranjado de los últimos rayos de sol mientras la oscuridad se instalaba en las calles. Se manoseó el pelo humedecido—. Cuando me propusiste esta excursión, jamás pensé que incluiría una visita a las cloacas de tu reino. —La ironía en su voz le hizo esbozar una media sonrisa—. Espero que no repitas semejantes

encuentros con tu futura esposa. A la señorita McDought le daría un infarto.

—No, esto es un privilegio para las forasteras impertinentes. —Lawen soltó una risita mientras él la cogía del brazo—. Vamos.

Pero ella sacudió la cabeza antes de asomarse al callejón. Después, se giró y tiró la antorcha en el suelo para pisotearla y extinguir las llamas. Se puso un dedo en los labios al mirar a Elegor y este se asomó también. La calle se extendía apenas alumbrada por una docena de viejos faroles en las paredes de las casas. Varias figuras femeninas salpicaban las aceras. Cuando una de ellas se acercó a uno de los haces de luz, descubrió su insinuante indumentaria. Con un corsé bien escotado, sus pechos parecían rebosar sobre la tela. Llevaba la falda semilevantada por un lateral a través de una cinta atada a la muñeca. Una prostituta. Y había varias. Los gemidos roncos y el movimiento de dos figuras muy juntas contra la pared de la derecha indicaban que alguna estaba en plena faena.

—Bienvenido a una calle de la carne —susurró Lawen—. En Greenstone las hay a montones, pero, por tu expresión, diría que es la primera que ves. Aquí ofrecen…

—Sé lo que ofrecen. —Le irritó sobremanera que lo tratara como a un niño—. No soy tan estúpido. Aprovechemos la oscuridad para pasar desapercibidos y vayámonos de aquí.

Ella se encogió de hombros y lo siguió. Intentaron mantenerse en la oscuridad, aunque no llamar la atención era complicado. Era aún temprano para que los clientes anduvieran por allí buscando calmar su calor entre las piernas de una desconocida, y ellos eran de las pocas figuras que cruzaban la calle ante la mirada escrutadora de las mujeres. Se cruzaron con un par que charlaba de forma escandalosa. Una de ellas los señaló con el dedo, le dijo algo a la otra y las dos se echaron a reír haciendo eco en la calle. Sin embargo, a Elegor no le gustó cómo los miraban, y menos cuando una de ellas desapareció a zancadas calle abajo.

—Dime que sabes hacia dónde hay que ir —susurró Lawen.

—Más o menos.

—¿Qué diantres significa eso? —La oyó protestar, luego bajó la voz y lo miró—. Deberías saber que he trabajado con prostitutas. Son las que

se enteran de todo en las calles. Y aquí no iba a ser diferente. Esto no va a tardar en animarse.

—Dame un segundo, ¿quieres?

Resopló. No estaba acostumbrado a aquella zona de Longlake, pero hizo un recorrido mental para establecer el camino que creía más rápido hasta la calle de Yorgen. Una rata cruzó corriendo junto a sus pies sin alertar a la prostituta más cercana, la que apenas dedicó un vistazo al animal. La chica le pareció cruelmente joven para estar allí. «Céntrate, Elegor». Sí. Creía estar seguro de que la segunda calle a la derecha los llevaría de nuevo hasta la zona de su antiguo maestro.

Una mujer arrastró a un hombre a las sombras de un rincón entre risotadas. Hubo un ruido de monedas que tintineaban en un saco y luego el extraño silencio que precede al acto sexual. Continuaron caminando sin parar hasta pasar el siguiente desvío. Debían tomar la calle próxima. Elegor miró a su espalda. No parecía haber movimiento más que el de un par de parejas en la oscuridad en la zona más lejana. Sentía la tensión hasta la punta de los dedos. ¿Realmente si aquella gente descubría quién era se atreverían a…? La realidad era que no lo sabía.

Justo iban a llegar casi al final para tomar la calle hacia la derecha, cuando oyeron un murmullo de voces. Una destacó sobre las otras:

—Vamos, hay que registrar esta zona. ¡Alguien dice que puede ser el mismo príncipe! Si lo atrapamos, el rey tendrá que…

El sudor le bañó la nuca y las manos en un instante. ¿Cómo se prepara alguien para enfrentarse a una multitud enfurecida? Cualquier intento de razonar con aquella gente iba a ser en vano. Y su intelecto junto con sus habilidades hípicas eran bastante inútiles en esa situación. Mencionar a los dioses tras lo que había visto tampoco iba a funcionar y, por desgracia, nunca había sido muy bueno en las escasas prácticas físicas que había recibido en su formación. Intercambió una mirada rápida con Lawen, cuyo gesto serio le dijo que tenía la mente a pleno funcionamiento.

Los hombres se acercaban, cada vez oían más cerca sus pasos.

—Sé que va a ser difícil, pero mantente callado —dijo de pronto ella.

—¿Que yo me mantenga callad…? —Su irritación se desvaneció de súbito cuando ella se llevó las manos a la camisa y se la abrió de un tirón. Elegor no pudo evitar bajar la vista un instante a su escote y a la

carne tersa que sobresalía de él. Sus mejillas debieron enrojecerse, pero todo fue tan rápido que apenas se dio cuenta.

Antes de que el grupo de hombres doblara la esquina, Lawen lo arrastró hasta la zona más oscura junto a la pared y lo empujó contra ella. Sus miradas se encontraron con una extraña chispa de necesidad. Ella le cogió una mano y se rodeó la cintura con ella para pegarse a su cuerpo. Elegor notó un calambre en el vientre. Y más abajo de este. A pesar del peligro, tenerla tan cerca despertaba zonas prohibidas de él.

El grupo de hombres se hizo visible. Los observaron de reojo. Eran seis e iban armados con palos. Caminaban demasiado cerca. Demasiado. Uno de ellos clavó la vista en ellos y Lawen le ordenó en un susurro:

—Bésame, rápido.

—No creo que eso sea…

—¡Que me beses!

Dudó un instante, pero la determinación en su voz y lo cerca que estaban aquellos tipos hizo que no se planteara más su orden. Alzó la otra mano para ponerla en su nuca y la atrajo hacia él.

XXIX

Lawen

Sus labios encontraron los de Elegor de manera torpe al principio. La tensión y la adrenalina hacían que ambos estuvieran rígidos como estatuas. Solo debían parecer dos desconocidos besándose en un callejón de mala muerte de Longlake, y, si tenían suerte, esa tapadera sería suficiente. Sin embargo, cuando el aroma de Elegor la envolvió y su aliento calentó el suyo, sus bocas encajaron como si fueran viejas conocidas.

Resultaba que el casto príncipe sí sabía besar. Lawen tuvo que reconocer que era difícil mantener la cabeza fría cuando sus manos se apretaron más en torno a su cintura. Notaba sus dedos duros y cálidos presionando su piel a través de la tela de la blusa. Su última barrera cayó cuando la lengua de él exploró su boca con timidez. «Un detalle innecesario para fingir un beso», le señaló su quisquillosa mente. Sin embargo, fue el último pensamiento coherente que tuvo en ese instante, cuando sus propias manos tomaron el control para ascender hasta la cabeza de él y hundir los dedos en su pelo. Lo atrajo más cerca de un tirón mientras él llevaba una de sus manos a la base de su columna. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho en una sintonía extraña con el suyo.

Todo era humedad, tensión y hambre. Un hambre desquiciante que le hizo pensar que todavía existía demasiada distancia entre los dos.

«¿Qué está pasando?».

El beso se alargó incluso hasta que los hombres pasaron de largo, pero ninguno parecía querer apartarse. Su intuición le dio un toque de atención para hacerle saber que tenían que ponerse en marcha. «Muévete, boba». Se apartó a toda velocidad, como si su contacto la quemara. Los dos tomaron el aliento con cierta agitación, y los ojos

grises de Elegor tenían las pupilas dilatadas cuando fijó la mirada en sus ojos.

—¿Lo bastante convincente, Storm? —preguntó y se pasó la lengua por el labio inferior como si aún la saboreara. ¿Por qué diablos percibía que estaba avergonzado a la par que crispado?

—Lo suficiente para que no te den una paliza —repuso ella—. Salgamos de aquí. —Miró a los hombres, que ya habían alcanzado la mitad de la calle, y después lo empujó para que avanzara mientras el corazón volvía a latirle a un ritmo de persona normal.

—¿Y si hay alguien vigilando tras…? —comenzó a decir Elegor. Se acercaban a la esquina a paso tan rápido que tropezaron el uno con el otro.

No acabó la frase. Al doblar la calle, un muchacho joven con el rostro lleno de hollín los miró con cara de pocos amigos. Daba golpes con un palo de madera en la palma de una mano y los estudió con la mirada. De paso, se ocupó de darle un buen vistazo a su expuesto escote. «Piensa rápido, Lawen». Intentó que su mente disipara la neblina caliente y confusa que se había instalado en su cerebro. Soltó a Elegor con rapidez y se acercó con un vaivén de caderas y una mano en la cintura hacia el muchacho.

—Te dejo examinar el género si quieres —le susurró, deslizándole una mano por el pecho—. Me encantan jovencitos, ¿sabes? —El muchacho tragó saliva. La miró a ella y luego a la calle. Vio en sus ojos un atisbo de duda que necesitaba aplacar antes de que diera la voz de alarma—. Haremos una cosa. Me dejas que termine con mi cliente y vuelvo para darte un rato de mi compañía por cuenta de la casa.

El muchacho desvió un instante la mirada hacia Elegor y ella rezó por que no reconociera el rostro del príncipe entre la mugre de las cloacas. Atrajo su atención con una caricia en la entrepierna. La protuberancia era más que evidente. Era fácil jugar con el ardor adolescente, pero necesitaba un detalle extra para dar el punto de gracia que…

—¡Eh, mujer! ¿Vamos de una vez? No voy a esperar a que flirtees toda la noche. —La voz de Elegor, más ronca y suelta que de costumbre, la sorprendió. Estaba descubriendo demasiados aspectos del príncipe que la desconcertaban aquel día. Se acercó a ella y la cogió del brazo en un gesto fingidamente posesivo para empujarla hacia su pecho.

—¡Eh, eso te va a costar diez monedas más! —se quejó ella para seguir la función. Echó una mirada contrita a Elegor para, acto seguido, centrar su atención en el joven y susurrar—: Ahora vuelvo. No creo que este rufián aguante mucho.

Cuando daban unos pasos para alejarse, el muchacho los detuvo.

—¡Eh! ¿Y por qué no lo hacéis aquí? Como todos. —Su acento arrastraba las *a* haciéndolo un tanto irritante.

Lawen y Elegor se miraron un segundo. Ella soltó una maldición mental.

—Me temo que este tipo tiene unos gustos… peculiares. Escandalizaría a la mayor parte de mis compañeras. Lo hago por ellas. —Se despidió con la mano a toda prisa.

Intentaron caminar con naturalidad hasta la primera intersección, esperando a que en cualquier momento los detuviera un tipo agazapado en una esquina. Una vez fuera de la vista del muchacho, Elegor la soltó, señaló una calle y, al verla vacía, echaron a correr. Luego volvieron a girar siguiendo las indicaciones del príncipe entre las callejuelas. Tuvieron que disimular en más de una ocasión cuando se cruzaban con alguien, pero la semioscuridad les daba una ventaja para deslizarse por las sombras sin llamar demasiado la atención de los viandantes.

Un par de hombres pasaron por su lado, pero iban demasiado enfrascados en su conversación como para dedicarles más que una mirada. Lawen reconoció la calle de Yorgen cuando ya habían recorrido casi la mitad. Sin embargo, tras pasar la casa del exmaestro del príncipe, Elegor se llevó las manos a la cabeza.

—No está. El carruaje no está.

—Mierda.

—No nos dejaría aquí. Seguro que el cochero se habrá movido para no levantar sospechas.

—Sí, claro —repuso sarcástica—. Va a quedarse aquí viendo el panorama con una turba enfurecida rondando. Yo habría huido en cuanto te dieras la vuelta. —Pateó los restos de una verdura podrida del suelo y se giró—. ¡Confías demasiado! ¿Acaso no ves el egoísmo de la gente? —No sabía por qué, de pronto, estaba tan enfadada—. ¿Nunca te han hecho daño? ¿Nunca te han traicionado?

Elegor le mantuvo la mirada un instante.

—No. Pero parece que a ti sí.

Lawen suspiró. Una oleada de imágenes del pasado la recorrió y apretó la mandíbula para alejarlas del momento presente.

—Sígueme —dijo él—. No debe andar lejos. Habrá conducido hasta una zona más segura a unas manzanas de aquí.

Lo siguió sin abrir la boca. No sabía por qué se sentía tan contrariada. Por suerte, las calles estaban poco concurridas y parecían haber dejado atrás a aquel grupo de hombres que les seguía el rastro. La oscuridad les ofrecía más intimidad; no fue difícil dejar atrás la zona conflictiva. Caminaban en silencio, entre los ruidos de las casas y de los comercios, en alerta a cualquier movimiento sospechoso.

Pronto las casas desgastadas fueron ganando en calidad ante sus ojos. Era increíble cómo la pobreza podía convivir tan junta con la riqueza. No solo cambió la visión de los edificios, sino que el olor a descomposición se difuminó junto al del pan recién hecho de una panadería con la puerta entornada. Y eso que solo era la clase media, sin apenas rozar la abundancia que había visto en la zona aristócrata cuando visitó a los Trevelian. Si aún no tuviera esa sensación apremiante de estar a salvo en el carruaje, Lawen podría haber disfrutado de aquel paseo. Pero no podían relajarse. Y, como para constatarlo, se cruzaron con una estatua profanada como la que habían visto unas horas antes. Aunque no había sido derribada, le faltaba un brazo y tenía el rostro hecho añicos, como si hubiera sido golpeada con una pica. Sabía que no debía, pero le era imposible no decir lo que pensaba.

—Es cuestión de tiempo que todo estalle —dijo sin mirar a Elegor y alzó la mano para abarcar a su alrededor—. Todo forma parte de Longlake, no solo esto. Has visto el contraste. Ellos también lo ven. —Miró a un grupo de niños que correteaban—. Aunque no lo creas, no quiero inmiscuirme, pero creo que deberías hablar con tu padre.

Esperó una reacción encolerizada de él, pero esta no llegó. Por el contrario, el príncipe suspiró.

—Lo sé. Tienes razón.

Lawen abrió los ojos.

—¿Su majestad dándome la razón? El olor a caca de rata de la cloaca le ha nublado el juicio.

Elegor meneó la cabeza, pero no replicó. Su mirada recorría las calles en búsqueda del carruaje, pero solo vio un par de carros de trabajo. Sin embargo, tras cruzar hacia la derecha, a las puertas de un templo, la silueta inconfundible de su transporte se hizo visible.

—¡Por Vondal! Menos mal.

El cochero estaba fuera del vehículo y su cara era una máscara de ansiedad. Cuando los reconoció, se acercó a la carrera.

—¡Majestad! Lo siento —se lamentó. Tenía la frente perlada de sudor y el faldón de la chaquetilla arrugada de retorcérsela—. Tuve que irme. Esos hombres no me inspiraban confianza. Dos de ellos se acercaban al carruaje y decidí alejarme de ahí para esperarlos en una zona más segura. Supuse que pensaría que estaría por aquí.

—Has hecho lo correcto. —Elegor le palmeó el hombro y lo siguieron hasta el carruaje.

En cuanto estuvieron dentro y los caballos se pusieron en marcha, respiraron aliviados. Demasiadas tensiones en apenas un par de horas. Lawen dejó que su mente divagara en todo el asunto de los disidentes y el amante de Juliane Kenton. Elegor la sacó de sus pensamientos al preguntar:

—¿Quién era? —Ella hizo gesto de no entender y él matizó—: Quien te traicionó. —Sus ojos grises la observaban—. Nadie habla así de la gente si no ha recibido un buen golpe en la vida.

Lawen se mordió el labio. Los recuerdos que había intentado apartar volvieron con una fuerza avasalladora. Una época bonita y desgarradora que siempre quiso olvidar. El deseo adolescente. Los besos entre la paja de un viejo corral y las noches con la piel desnuda bañada por las estrellas. Y, más tarde, la traición. La incertidumbre y la desaparición con solo una nota de dos líneas. La tinta impregnada en aquel papel le destrozó la ilusión de lo que creía que era el amor. Un amor que aquel infeliz desechó como una hortaliza vieja. Al menos aquello le sirvió para crecer, hacerse fuerte y desconfiar. Suerte que estuvo Tonrill para sacarla del agujero de autodesgracia donde se refugió. Desde entonces, su única compañía de cama era la que ella elegía. Algo rápido, sencillo y sin pretensiones. Fácil. Le gustaba su vida actual casi tanto como su trabajo. No iba a dejarse perturbar por los fantasmas del pasado.

—Nadie —dijo al cabo de un momento.

Elegor le sostuvo la mirada y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo. —Se pasó una mano por el pelo y volvió a mirarla. Le oyó tragar saliva ruidosamente. Su voz sonó incómoda cuando dejó de tutearla—. Storm…, lo que ha ocurrido antes… no… no debería…

La irritación le caldeó las venas.

—Tranquilo. Nadie sabrá que besas con la gracia de un crío de cinco años. —Se cruzó de brazos y apoyó uno de los pies sobre el espacio libre en el asiento de él—. Ya lo descubrirá tu pobre esposa en la noche de bodas.

Él abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró. Tenía las mejillas encendidas de frustración y descubrió que eso la satisfacía de una forma cruelmente deliciosa. Lo observó de reojo. No iba a ser un viaje de vuelta muy entretenido. Necesitaba centrarse en el trabajo, así que se afanó en revisar sus notas. Tenía que encontrar pronto al asesino para poder largarse de allí.

Así podría olvidar ese beso y cómo le había dado un vuelco el estómago por mucho que le molestase admitirlo.

XXX

Elegor

La idea de un sueño reparador esquivaba sus últimas noches como un conejo a un zorro.

Elegor caminó frotándose los ojos por el pasillo. Los sirvientes estaban enfrascados en sus labores diarias del comienzo de la mañana, que se acentuaban por la proximidad de una audiencia real. Sacudir el polvo de las pesadas cortinas, pulir la plata, perfumar el ambiente. Todo era insuficiente para que los visitantes al palacio de los Mansen se maravillaran con la perfección de cada una de sus esquinas. Como si solo la visión de los ribetes de oro de los jarrones no fuera casi un insulto a los portavoces del pueblo que iban a pisar la casa real.

Elegor no había dudado en acudir a Thurgo en cuanto Lawen y él regresaron de su excursión. Su padre le había oído en su despacho mientras degustaba una copa de licor. No pareció preocupado en lo más mínimo. Ni siquiera vio en sus gestos un asomo de inquietud tras relatarle todo lo que había visto con sus propios ojos. Lo dejó acabar, se echó hacia atrás en el asiento con un crujido de la madera, y lo estudió con mirada inquisitiva.

—¿Y se puede saber qué hacías con la señorita Storm por la ciudad?

En cuanto le oyó pronunciar la pregunta y el tono molesto, se dio cuenta de su error. No debía haberla mencionado. Y mucho menos después de lo que había oído decir a Anne de Cavalenti. Debía haber dejado a Lawen fuera de aquel relato, pero ya era demasiado tarde.

—Estoy ayudándola en la investigación.

La risita despectiva de su padre hizo que apretara los labios.

—Claro. —Meneó la cabeza y entrelazó los dedos de las manos sobre la mesa—. Mira, hijo, jamás me he inmiscuido en tus asuntos. Los dioses son complejos, pero los humanos somos más sencillos. Sé que puedes tener tus… —pareció buscar la palabra adecuada—… apetitos,

al igual que yo. Mientras se lleve con discreción, como la mayoría de la corte, no hay problema.

Elegor se masajeó las sienes con una mano.

—No es lo que insinúas. Yo solo…

—Me da igual lo que sea —cortó Thurgo—. Pero estás a punto de unirte en matrimonio ante Efemerin. No quiero ningún escándalo, así que, si es necesario, guarda las distancias con esa mujer. —Suspiró y se echó atrás en el asiento de nuevo—. Fue mala idea traerla aquí. Esos dos no van a conseguir nada más que robar dinero a la corona.

Elegor apretó el puño para calmar su indignación.

—¿Cómo puedes ser tan voluble? Hasta hace nada creías que su presencia aquí era la mejor opción. Lawen y Tonrill están haciendo su trabajo lo mejor que pueden. Doy fe de ello. —Se inclinó y susurró intencionadamente—: ¿Quién te está metiendo ideas absurdas en la cabeza?

Su padre lo miró. Ambos sabían a quién estaba acusando.

—Limítate a centrarte en tu futura esposa y en la línea sucesoria de Longlake. —Escupió la frase con tanto desprecio que Elegor estalló.

—¡Céntrate tú en tu pueblo! ¡En cómo la gente muere de hambre! —Golpeó la mesa con los puños y el vaso de licor se volcó—. ¡En cómo ven consumirse a sus hijos enfermos por no tener dinero para medicinas! ¡Has perdido el control y parece que no te importa!

—¡Yo no he perdido nada! —Thurgo elevó también la voz—. ¡Es el pueblo quien se equivoca! —Se levantó para caminar agitado por el despacho—. Por caridad, durante años, he cedido en no cobrarles más impuestos. Pero tienen un lugar en mi reino, comen la comida de mi reino y crían a sus hijos en mi reino. Sin embargo, nunca es suficiente. ¡Siempre quieren más y más! ¡Son serpientes! —Se giró hacia su hijo—. Con toda seguridad se avecina una afrenta militar en la frontera y necesitamos fondos. ¿Quién nos los da? ¿Ese pueblo del que hablas? No, Elegor. Los nobles. —Le sostuvo la mirada, tan afilada como la pluma que reposaba sobre la mesa—. Y, para que los ricos sigan siendo ricos y contribuyendo a la corona con sus actividades económicas, el pobre tendrá que seguir siendo pobre. —El príncipe heredero meneaba la cabeza a la vez que lo escuchaba hablar. Era incapaz de entender el egoísmo de su padre. Aunque severo, siempre lo había admirado por

ser un líder razonable, pero, ahora, solo podía verlo como un ser mezquino.

—En mis estudios con los maestros de Vondal, jamás me enseñaron algo parecido —susurró.

Thurgo lo miró con una mueca que acentuó las líneas de sus facciones y le hizo envejecer más.

—Es hora de que aprendas que no todo se puede enseñar. Para gobernar, nunca podrás tener el poder con todos satisfechos. —Suspiró —. El día que estés en mi lugar, entenderás las decisiones que requiere este cargo.

Elegor lo contempló en silencio. Su padre no era de los que cambiaban de opinión a la ligera. De sopetón, su mente se llenó con la imagen de las caras furiosas de los ciudadanos e intentó romper otra lanza para hacerlo entrar en razón.

—Solo pienso en lo mejor para el reino. Quizá podrías convocar una audiencia extraordinaria mañana. —Intentó relajar la voz, aunque le temblaban las manos—. Explicarles el motivo de esa subida a los representantes de la unión ciudadana quizá relajaría el ambiente en las calles. —Lo miró de reojo y añadió para ver su reacción—: Y de los disidentes.

Thurgo no cambió su expresión; su único gesto fue masajearse la barba encanecida con la mano.

—¿O acaso ese es un tema que tampoco te preocupa? —inquirió Elegor—. ¿A quién quieres que encuentre Lawen Storm en realidad? ¿Al asesino o al líder de los disidentes? —Ante su silencio, asintió al comprender—. Tú ya lo sabías, ¿verdad?

—Lo sospechaba.

Elegor puso los ojos en blanco e hizo un ademán de manos hacia el techo.

—La muerte de Frederick y de Lucianus de Rigram no te importaba en absoluto. —Meneó la cabeza—. Les has hecho venir porque quieres encontrar al líder que va contra tu gobierno y que tú has sido incapaz de descubrir. —Supo que había dado en el clavo al ver cómo se le hinchaba la vena de la sien—. Y no confías del todo en la gente de la corte, por eso necesitabas que vinieran de fuera de Longlake. Alguien neutral.

Con un brillo en los ojos que no supo identificar, su padre lo miró un instante.

—No voy a tener una disputa contigo sobre las razones de mis decisiones, Elegor. Cuando seas rey, comprenderás. —Elegor sintió un nudo en el estómago ante la idea de ocupar el trono. Le había ocurrido en alguna ocasión; pero, en esta, la imagen le resultó abrumadora. Thurgo continuó—: Pero, para que veas que aprecio tus puntos de vista, admito que tu idea de la audiencia no me disgusta. Lo pondré en marcha de inmediato para mañana.

Y ahora estaba allí, casi a la hora de comenzar. Elegor se abrió paso entre los hombres y mujeres que esperaban en la sala anexa a la de audiencias. El contraste entre la indumentaria de los representantes de la ciudadanía y los nobles era demasiado evidente. Las puertas se abrieron y todos entraron en tropel. Había un aroma penetrante a rosas recién cortadas por todo el salón. Al situarse junto a su hermana en un lateral del trono, ella le dedicó una mirada interrogativa, totalmente ajena a aquella reunión improvisada. Elegor le hizo un gesto de que se lo explicaría más tarde. Cerca, en un corrillo, distinguió a Anne de Cavalenti y a sus damas. La mujer no dudó en dedicarle una media sonrisa enigmática. Elegor también reconoció a Muller en una esquina, al lado de Duncan Praston, y vio a su prometida que, junto a otras damas, y engalanada con un tocado de rosas —como si no hubiera otra flor que utilizar—, parloteaba en voz baja.

El primer oficial anunció la llegada del rey, quien entró en la sala por la puerta lateral para acomodarse en el trono. Los miró desde su posición privilegiada, enfundado en una casaca gris y un jubón a juego que contrastaba con la capa roja, y esperó a que se hiciera el silencio.

—Supongo que os preguntaréis el motivo de esta audiencia apresurada —comenzó—. Ante todo, gracias por acudir con tan poco tiempo de margen. —Apoyó las manos en los reposabrazos y miró a Elegor—. Soy consciente de que vivimos tiempos difíciles, y mi hijo me ha abierto los ojos al ser testigo de un terrible atentado ayer. Los impuestos han subido de forma necesaria, pero eso no justifica semejante actitud. —Miró a los presentes—. Cedo la palabra a la unión ciudadana. ¿Qué tenéis que decir ante estos crímenes a nuestra religión?

Dos hombres se acercaron al trono después de que los guardias les abrieran paso. Uno de ellos, anciano y con un ropaje viejo y desgastado que quizá era el mejor que tenía, se inclinó. El otro, más joven, con un cabello pelirrojo algo descontrolado, pero sin el color potente de Lawen, lo imitó con menos florituras. En ese instante, como si supiera que pensaba en ella, dos siluetas entraron al fondo para situarse entre la multitud. A pesar de la distancia, notó la mirada de la investigadora clavada en él. No pudo evitar que su mente aterrizara en ese tórrido beso. Había intentado no pensar demasiado después de que la noche anterior ella se hubiera despedido con un ademán de la mano y un gruñido bajo al llegar a palacio. La tensión entre ellos se había acentuado, y ese beso solo lo había complicado todo mucho más.

—Majestad, la reacción del pueblo puede que haya sido desmesurada… —oyó que comenzaba el anciano con voz dubitativa—, pero todos los círculos vecinales están sufriendo con la subida de impuestos y…

—La gente muere —interrumpió el muchacho pelirrojo, clavando la mirada en el rey—, y su excelencia solo nos ahoga en nuestra miseria cuando hay que quitarle el pan de la mesa a nuestros hijos para pagar todo esto. —Señaló a su alrededor. El lujo era difícil de ocultar entre tanto terciopelo, plata y mármol.

La cara de Thurgo era una máscara indescifrable, y muchos nobles habían contenido el aliento ante la gravedad de la acusación contra su más alto dignatario. El rey miró al pelirrojo y se levantó. Había una tirantez en el ambiente, como la tela de un tambor a punto de estallar, mientras su capa roja se deslizaba por los escalones para estar a la misma altura que sus visitantes.

«Bien hecho —pensó Elegor—. Un poco de cercanía quizá ayude a un buen desenlace en esta reunión».

—¿Acaso no he cuidado a mi pueblo durante todo mi mandato ante el beneplácito de los dioses? —dijo Thurgo—. ¿Igual que lo hizo mi padre, y mi abuelo antes que él?

—Así es, majestad —susurró el anciano y bajó la mirada al suelo—. Pero la sociedad de ahora ha crecido y la religión se ha degradado a la vez que la pobreza se ha extendido por los hogares.

—La corona seguirá velando por su pueblo, siempre que cuente con su apoyo.

Un bufido despectivo hizo que el pelirrojo llamara la atención de todos.

—El pueblo no dará apoyo a unos dioses ni a un rey que solo aprieta la soga que les oprime el gaznate —sentenció. Sus ojos tenían una determinación fiera y valiente. Algo digno de admiración, pero también peligroso. Aquel muchacho hablaba con suma seguridad, como el que no tiene nada que perder y ha aceptado su destino.

—Así que eso es lo que pensáis —susurró el rey sin dejar de mirarlo —. Os lo he dado todo durante años. Comida, hogares, trabajo… Y, sin embargo, en cuanto pido un poco más, vosotros destrozáis los templos de los dioses que velan por nosotros. Desagradecidos… —La última palabra quedó haciendo eco en la sala entre los murmullos de los presentes.

—Majestad, ruego disculpe al muchacho —siguió el anciano—. Sus ideales son… apasionados dada su juventud y…

—No me defiendas, Charles —dijo el pelirrojo, poniéndole una mano en el hombro y dirigiéndose al rey—. Intentamos advertirle, majestad, pero usted no quiso escuchar. Esto iba a pasar. —Se acercó para susurrarle algo que solo Elegor y su hermana oyeron dada su proximidad—. No pararemos hasta ver cómo su reinado opresor se destruye, majestad. Saludos de los disidentes.

Thurgo Mansen se puso blanco. Su habitual máscara para ocultar las emociones fue incapaz de camuflar la rabia. De la palidez pasó al rojo y alzó la mano para tomarlo por el cuello con furia. La multitud soltó un gemido.

—¿Qué sabes, maldito necio? ¡Habla! —Perlas de saliva real le salpicaron el rostro.

El anciano, un poco por detrás de ellos, había comenzado a temblar. Los ojos de Thurgo no se apartaban del rostro del muchacho. Elegor se sintió desfallecer al ver cómo perdía los papeles delante de todos los presentes, pero el pelirrojo se mantuvo en silencio mientras lo zarandeaba.

—¡Unos carroñeros! ¡Eso es lo que sois! —gritó Thurgo. Su mirada pasó a los demás allí reunidos y se detuvo un momento en Anne de Cavalenti antes de volver a los demás—. Os diré lo que ha pasado. ¡El pueblo ha perdido el respeto a mi autoridad! Y, con ello, han agraviado a los dioses y a la corona. —Mavaris buscó la mano de su hermano, tan

descolocada como él, en un intento de encontrar apoyo. Tenía los dedos húmedos por los nervios—. Me habéis obligado a daros una lección radical. —Thurgo llamó a los guardias con un gesto de la mano y señaló al pelirrojo—. Apresadlo. —El muchacho no se revolvió demasiado mientras los hombres lo tiraban al suelo para atarlo. Thurgo suspiró ante la mirada de todos—. A veces, la muerte es la única forma de aprender. Mañana será ejecutado frente al templo principal de Serón. Que sirva al resto de lección para saber que no hay que jugar con la ira de los dioses ni de su rey.

XXXI

Lawen

—¿Piensas lo mismo que yo?

Tonrill se rascó detrás de la oreja derecha.

—¿Que el rey la ha jodido? Pues sí.

Lawen manoseaba las patillas de sus gafas mientras se mordía el labio y observaba a todos los que abandonaban la sala de audiencias desde una esquina. Su mente estaba revolucionada. En realidad, ella misma estaba revolucionada desde la noche anterior. Su mirada recorrió los rostros de los presentes conforme salían. Los nobles, enfrascados en su burbuja de cuchicheos y el roce ahogado de las telas de seda, parecían haber olvidado que el rey acababa de condenar a un hombre injustamente. Tras ellos, el anciano de la unión ciudadana, que Tonrill le había informado de que se llamaba Charles, caminaba derrotado. Junto a él, un par de hombres lo acompañaban. Vio el brillo de sus ojos húmedos y se mordió el labio.

—Esto es un error—susurró para sí misma más que para su compañero.

Torció la cabeza para intentar hallar esa incógnita que la atormentaba. Estaba segura de que entre los rostros de los presentes estaba el amante de Juliane Kenton y el líder de los disidentes. Los examinó uno a uno intentando forzar su especial percepción para que le diera la clave. «La sangre por vida», las palabras de Yorgen brotaron en su mente. ¿Quién de ellos bajo una falsa apariencia jugaba con los poderes de la diosa Tegra? ¿Quién la engañaba de forma tan perspicaz?

De pronto, entre las caras, advirtió una conocida. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Elisa miró a su alrededor para no llamar la atención y acortó la distancia hasta ellos recogiéndose la falda verde con una mano. Como dama de la princesa, su imagen era intachable. Tenía el pelo recogido en un lateral y olía a jabón de cítricos. Simuló

esperar a la princesa mientras se situaba a su lado, sin querer levantar sospechas.

—Tus informes a Tonrill han sido un poco aburridos, ¿no crees? —dijo Lawen.

Elisa levantó una ceja, sin mirarla.

—No es fácil sacar información. —Chasqueó la lengua y susurró—: La princesa no acude mucho a las reuniones de palacio. Ahora suele acudir a casa de los archiduques de Copton algunas tardes para dar sus clases de pintura, es muy amiga de su hija. —Puso los ojos en blanco y giró la cabeza un instante para enfrentarla—. Como comprenderás, no puedo presentarme en la sala de las mujeres como dama de compañía de la princesa sin la propia princesa. Ya me he ganado alguna mirada asesina por escuchar a hurtadillas y…

—Ese rostro tan hermoso seguro que tiene sus recursos —susurró Tonrill, guiñándole el ojo—. Ayer por la noche me dijiste que tenías un detalle interesante, pero nos interrumpieron antes de que me lo contaras.

—Cierto —dijo Elisa—. Una de las íntimas de Anne de Cavalenti se veía con un caballero de la corte. Los oí discutir y él dijo que «estaba poniendo en peligro el plan». —Elisa fingió alisarse la falda—. Quizá no tenga importancia, pero, no sé, me pareció extraño.

—¿Quién era él? —preguntó Lawen.

Elisa miró al otro extremo de la habitación antes de bajar la voz.

—Duncan Praston.

Lawen siguió su mirada. Praston hablaba con otros nobles mientras se alejaba. No supo por qué esa información no le sorprendía. Dada su capacidad embaucadora, se imaginaba que el acaudalado comerciante debía hurgar entre las faldas de muchas de las presentes. Sin embargo, la alusión a un «plan» sí era algo destacable. Bajó la mirada para cruzarla con Tonrill, quien se masajeaba la barbilla.

—Interesante —murmuró su compañero—. ¿Y la dama? ¿Quién era?

—La morena que siempre acompaña a Anne. Briselda. Ah, y hay algo más. Regina McDought lleva varios días usando tocados de rosas rojas. Puede ser una estupidez, pero me resultó curioso que… —Elisa calló al ver cómo salía la princesa Mavaris, pálida como una pared. Elegor conducía a su hermana con una mano en la espalda mientras conversaba con Muller. Al parecer, la tensión entre ambos amigos se

había relajado. Los tres se acercaron hacia ellos y los ojos del señor Micanstone brillaron al ver a su amante.

—Mi hermana se encuentra un poco afectada —explicó Elegor a Elisa —. ¿Podría acompañarla a sus habitaciones? No encuentro a ninguna de sus otras damas de compañía.

—No se preocupe, majestad. —Elisa recuperó su tono formal—. Yo me ocupo.

Mavaris les dedicó una breve inclinación de cabeza antes de marcharse junto a ella, y los cuatro se quedaron solos. Los miembros de la corte que no se habían marchado a la sala recreativa ya habían salido rumbo a sus carruajes.

—Si de verdad quiere que nadie sepa lo suyo con Elisa, señor Micanstone, debería dejar de mirarla así en público —lo pinchó Lawen.

Muller elevó una ceja.

—Por supuesto, viene a darme lecciones la forastera deslenguada. Y, dígame, ¿ha avanzado en sus pesquisas o sigue abusando de la hospitalidad real mientras Elisa hace su trabajo?

—Si no me equivoco, usted también está abusando de la hospitalidad real junto con sus padres.

Tonrill soltó una carcajada y Muller suspiró.

—*Touché*, Storm.

Elegor se pasó una mano por el pelo y ella centró su atención en él. Mirarlo fue retroceder hasta el callejón y a sus manos en torno a su cuerpo.

—Esa ejecución solo va a empeorarlo todo. —Ni siquiera se molestó en tutearlo delante de los demás—. Tienes que detenerlo.

Él meneó la cabeza.

—No conoces a mi padre. Es imposible razonar con él.

—Inténtalo.

—Por una vez estoy de acuerdo con la señorita Storm —dijo Muller —. Las revueltas ahí afuera no van a calmarse por liquidar a un pobre muchacho. El rey debería saber que hay otros medios.

—Separar la cabeza de un cuerpo no va a desarraigar los ideales de una multitud —coincidió Tonrill—. Ya se intentó en Greenstone antes de la revolución. Las cabezas rodaban casi a la misma velocidad con que aumentaba la rabia de la gente. —Suspiró—. Mala época. La sangre de las botas era difícil de limpiar.

—Habla con tu padre —insistió Lawen, dedicándole una mirada tensa al príncipe.

—Será en vano. —Elegor frunció los labios. Parecía superado. Apretó los puños junto a las caderas y susurró con rabia controlada—: Soy el sucesor, pero no tengo ningún poder en este reino. Y lo peor es que creo que no quiero llegar a tenerlo nunca. —Acto seguido, se alejó a zancadas por el ancho pasillo haciendo que un par de mujeres se apartaran para dejarle paso.

Los tres se quedaron en silencio un instante.

—Será mejor que vaya con él —dijo Muller.

Lawen y Tonrill lo vieron alejarse antes de echar a andar también.

—Pues empieza bien la jornada en el palacio de los Mansen —murmuró Tonrill—. Un condenado a muerte, un rey déspota y un sucesor que no quiere el trono.

—Y creías que aquí te ibas a aburrir.

Tonrill se metió la mano en el bolsillo para sacar un trozo de papel arrugado.

—Y también está esto, patilarga —dijo, dándoselo—. Ha llegado una carta para nosotros del abuelo de Rossane Trevelian. Pregunta si hemos avanzado en la investigación. Asegura que su nieta está muy… trastornada por toda la situación. Dice que tantas horas recluida en casa le están nublando la razón y afectando a sus nervios.

Lawen suspiró. Otro punto de presión más. Como si no tuviera suficiente. Tenía que ponerse en marcha para evitar que aquella pobre muchacha acabara como Juliane. La imagen de la chica y las paredes llenas de rosas de sangre le tensó la espalda. Había visto esa estampa un par de veces más en alguna pared desde el carruaje cuando salían de las calles de la ciudad. Ya no era un simple dibujo, era el símbolo de la revolución que los disidentes estaban popularizando entre la población.

Lawen decidió que tenía que mover ficha en ese juego si quería obtener respuestas.

—Envíale una carta tranquilizadora —dijo, con un arrojo distinto en la voz—. Dile que hacemos todo lo posible.

—¿Qué tramas?

—Todos los caminos parecen conducir al señor Praston. —Comenzó a enumerar con los dedos—. La droga, sus escarceos por la corte, la posibilidad de entrar y salir de palacio por sus actividades económicas.

Sin contar con que fue el primero en hablarme de los disidentes. ¿Por qué? ¿Es el líder? Quizá era una forma inteligente de guardarse las espaldas. Tenemos que descubrirlo.

—¿Qué tengo que hacer?

Seguía perdida en sus pensamientos mientras marcaba con líneas invisibles en el mapa de su cabeza los próximos pasos.

—Hay que seducirlo —murmuró—. Puede ser la mejor forma de que se le suelte la lengua.

Tonrill levantó las cejas.

—En ese caso, creo que tendrás más éxito tú que yo.

XXXII

Elegor

El heredero entró a paso rápido en la letrina y cerró la puerta tras él. Se inclinó para devolver lo poco que tenía en el estómago. Había estado conteniéndose, pero los acontecimientos habían acabado con la templanza de sus tripas. Recordó la mirada del muchacho pelirrojo desde su posición en la escalinata del templo, esa mañana, antes de su ejecución. No había pronunciado palabra alguna, al contrario que toda la multitud presente que, enrabietada, había abucheado desde que la familia real puso un pie fuera del carruaje. Lawen tenía razón. Aquello era un error fatal.

Su padre no le había escuchado. El día anterior había intentado por todos los medios que reculara y cancelara la ejecución, aludiendo a que era una actuación del todo desmedida. Thurgo se limitó a despacharlo para centrarse en otros asuntos y ordenó a su guardia personal que nadie lo molestara en todo el día, un mandato que, al parecer, no se aplicaba a su amante Anne de Cavalenti, a la que vio escurrirse a sus dependencias a la menor oportunidad.

Sin embargo, aunque su padre le había quitado importancia al asunto, no dudó en reforzar a la guardia real que los había acompañado aquella mañana al templo de Serón. Y casi fue insuficiente, pues las fuerzas militares, a duras penas, pudieron controlar a la turba enfurecida cuando la cabeza del pelirrojo fue separada de su cuerpo. Al recordarlo, su estómago volvió a contraerse y escupió una ráfaga de bilis blanquecina. ¿Cuándo habían retrocedido en el tiempo? El Gobierno de Longlake llevaba años sin recurrir a las ejecuciones, y menos de ese tipo. Thurgo podría haber escogido un ahorcamiento o un método más *limpio*, pero era evidente que el rey no solo quería una muerte, quería un espectáculo.

Mavaris había intentado negarse a acudir, pero su padre había sido implacable. Si no asistían, lo lamentarían. Necesitaba que el pueblo viera que el resto de la familia Mansen apoyaba su mandato. Ambos hermanos habían contemplado desde una desgraciada posición privilegiada el ajusticiamiento junto a otros miembros de la corte. No había dejado de agarrar la mano de Mavaris todo el tiempo, sin saber quién de los dos estaba más horrorizado. «Es el fin —había susurrado ella con voz trémula—. Papá ha perdido el juicio, Elegor».

En cuanto la cabeza del muchacho se separó de su cuerpo inerte, la situación estalló. La multitud empezó a forcejear con la hilera de guardias que los separaba de la nobleza. Hubo gritos, llantos y maldiciones escupidas al aire de una mañana cargada de nubes. Los miembros de la corte habían tenido que buscar sus carruajes para abandonar la explanada del templo apresuradamente. Sus rostros pálidos parecían haber contemplado la fuerza peligrosa de un pueblo desesperado por primera vez. De vuelta a palacio, algunas damas tuvieron que ser conducidas a las dependencias del doctor Rubens para tratarlas por un ataque de nervios, y los hombres acudieron a su salón de recreo para discutir el asunto entre copas de licor. La decisión de Thurgo había marcado un punto de inflexión en su liderazgo, y Elegor temía las consecuencias, algo que no debía preocupar al rey, quien, al ver la afectación de sus leales súbditos, anunció que esa misma tarde celebrarían una recepción con música de cámara para tranquilizar sus almas. No le hacía falta ser muy listo como para saber que esa frívola idea venía de la dichosa Anne.

Se mojó la cara en la jofaina y se enjuagó la boca. El sabor amargo no se iría pronto. Justo en ese instante llamaron a la puerta de su habitación. Supuso que sería la sirvienta encargada de limpiar su letrina y la despachó con un grito. No le apetecía ver a nadie. Caminó mientras se deshacía el nudo del pañuelo y se lo arrancó del cuello antes de desabrocharse la camisa.

Todo era asfixiante. La ropa, el palacio, la habitación.

Volvieron a llamar a la puerta justo cuando se dejaba caer en el jergón. Nunca había tratado mal al servicio, pero tenía los nervios de punta como para andarse con formalidades amables.

—¡Lárgate! —gritó.

El pomo giró y él maldijo. Las dependencias de la corte nunca habían tenido cerraduras, se confiaba demasiado en la salvaguarda de la intimidad de los allí presentes. Una intimidad a medias, teniendo en cuenta que apenas se podía dar un paso entre aquellas paredes sin que hubiera ojos y oídos atentos a cualquier movimiento. Se incorporó justo cuando la puerta se abría, dispuesto a volcar toda su rabia acumulada en quien osara molestarlo.

—Mi señor —saludó con énfasis una voz dulcificada y aguda.

El rostro de Regina McDought lo miraba desde el umbral. El color de sus ojos le resaltaba con el violeta apagado del vestido y el sombrerito de raso a juego. Llevaba los guantes en la mano como si acabara de llegar. Tras ella, el rostro de Anne de Cavalenti lo miraba con una falsa sonrisa. Su enfado fue sustituido por el máximo desconcierto.

—¿Regina? —Se levantó de sopetón para cerrarse la camisa.

—Príncipe Elegor, perdone la molestia —dijo Anne con fingida inocencia y con una formalidad con la que pocas veces se había dirigido a él—. Su majestad el rey quería darle una sorpresa. Después de todo lo que está pasando con todo este asunto… —su fingida turbación le desquició—, creía que la presencia en la corte de su prometida le haría levantar el ánimo. Y además… —Se llevó una mano al pecho y dio un empujoncito a Regina—. Oh, querida, díselo tú.

Su prometida avanzó un par de pasos con las mejillas encendidas.

—El rey ha adelantado nuestro enlace.

—¿Qué? Aún falta una semana. —Un nudo le constriñó el pecho. Comenzó a hacer preguntas de forma apresurada—. ¿Por qué…? ¿Cuándo?

—En tres días.

Abrió y cerró los labios, turbado.

—Pero ¿y la agitación en las calles? ¿Cómo?

—No se preocupe, majestad —dijo Anne, y a cada palabra que pronunciaba le daban ganas de sacudirla—. Su alteza ha decidido que, para no correr riesgos, se celebrará aquí en el palacio, instalaremos un pequeño templo frente a la imagen de Efemerin en el jardín. —Alzó la barbilla—. Ha tenido la amabilidad de encargarme a mí toda la organización, lo que será un auténtico honor. De hecho, aprovecharemos la recepción de hoy para anunciárselo a todos. —

Había un brillo astuto en sus ojos que le hizo preguntarse qué estaba orquestando.

Elegor meneó la cabeza.

—Tengo que hablar con él.

Anne le detuvo con un gesto firme y elegante de la mano.

—No creo que sea posible. Está reunido con sus consejeros en el ala este. —Le sonrió y tomó del brazo a Regina—. No se preocupe, me ocuparé de conducir a su futura esposa para que se instale en unas dependencias a su altura.

Se retorció con una mano la tela del pantalón a la altura del muslo. Era un actor en aquel teatro. Lo iban a utilizar para distraer la atención hacia su enlace e intentar relajar a la nobleza con todos los chismorreos que eso atraería, y, de paso, dar un mensaje al pueblo de que la línea sucesoria de los Mansen se fortalecería por más que se revolvieran por las calles.

—¿Estás feliz, Elegor? —preguntó Regina.

—Claro. —Le hizo falta todo su autocontrol para no pagar su rabia con ella.

Las dos le dedicaron una inclinación de cabeza antes de marcharse. En cuanto estuvo solo, miró la mesita junto a la cama donde había un pequeño jarrón con rosas recientes. Agarró el jarrón y lo lanzó contra la pared. Los cristales salpicaron la alfombra y las rosas se esparcieron por sus pies, inertes como cadáveres. Tomó una entre las manos para destrozarla, y una de las espinas se le clavó en la piel. La imagen de la carne abierta de Frederick se abrió paso en su mente y se dejó caer en el suelo, junto a la cama. Sentía que le había fallado. El asunto de su asesinato se había desvanecido por todos los hechos recientes. Si no fuera por Lawen y Tonrill, Rossane Trevelian ya estaría condenada en un juicio rápido para salir del paso y seguir con las trivialidades de la corte.

—Elegor, ¿estás bien? —La voz de Muller le llegó desde la puerta y sintió que se acercaba para agacharse junto a él.

—No. —Jamás le había mentido a Muller. Suspiró con pesadez—. ¿Alguna vez has tenido ganas de cerrar los ojos y trasladarte lejos de aquí? No sé, a un barco sobre el mar a cientos de leguas.

El archiduque soltó una risotada y se sentó junto a él en el suelo.

—Muchas. La mayoría de veces que estuve en la alcoba de una dama y llegaba su esposo.

Elegor puso los ojos en blanco.

—¿Y qué opina Elisa de eso?

Su amigo se encogió de hombros.

—Nada. Elisa es la mujer más increíble que he conocido en toda mi vida. —Elegor levantó una ceja y él le dio un golpe suave en el brazo—. Oh, vamos, no me mires así. Detrás de este cuerpo perfecto también tengo corazón —bromeó—. Elisa nunca me juzgó, tampoco yo a ella. Todo brotó de forma natural, sin apenas darme cuenta. Frederick nos apoyaba. Lástima que todo sea tan complicado. Mis padres jamás permitirían que nos casáramos. Mi única opción es alargar el proceso de las arenas hasta que comprendan que me quedaré soltero mientras me veo con Elisa a escondidas. —Dejó la cabeza caer hacia atrás para apoyarla en el lateral del jergón—. Siempre me has preguntado que por qué eludía la ceremonia. Nunca quise enfrentarme a las arenas porque el amor no se encuentra en una urna. Y, en el fondo, tú también lo sabes.

Elegor lo miró un instante. Un pensamiento le palpitaba persistente durante los últimos días. No supo por qué, quizá por el breve momento de intimidad que estaban compartiendo después de sus tensos encuentros, pero las palabras salieron de su boca antes de poder controlarlas.

—Me gusta Storm. Más de lo que debería.

Muller levantó la cabeza de sopetón.

—¿Qué?

—El otro día nos besamos. Soy incapaz de quitármela de la cabeza.

—¿¡Que qué!? —Lo miraba con una mueca de sorpresa—. ¿Cómo…? Creo que vamos a tener una larga charla tú y yo. Venga, vamos. Nos vendrá bien una copa.

Justo cuando salían, uno de los sirvientes se acercó a ellos para dirigirse a Elegor.

—Majestad, es su hermana —dijo—. Ha sufrido un percance en las cuadras. Está malherida.

XXXIII

Elegor

—Oh, vamos, solo me he dislocado el brazo. No estoy inválida, por todos los dioses. —Mavaris le dio un golpecito en el hombro para que se apartara.

—Pero el dolor del costado no es para tomárselo a la ligera, mi señora —repuso el doctor Rubens mientras le palpaba la zona sobre el vestido tras haberle recolocado el brazo e inmovilizárselo en un cabestrillo—. Puede tener alguna costilla fisurada. Si me dejan un momento a solas con ella…

Su hermana negó con la cabeza.

—No será nada —aseguró, a pesar de que Elegor la vio fruncir un poco el ceño al acomodarse en los almohadones.

Thurgo permanecía alejado en una esquina de la habitación. Parecía tan interesado en el estado de su hija como en la brillantez del jarrón de plata más cercano. Apenas había pronunciado palabra y el ambiente estaba tenso. Llevaba todo el día evitando cruzarse con la mirada reprochadora de sus hijos y, por causas del destino, se había visto obligado a encerrarse con ellos en una habitación demasiado minúscula como para aguantar reproches.

—Mi señora, las caídas a caballo pueden complicarse —insistió Rubens.

—Solo ha sido un accidente. Nada más.

El rey se había acercado con lentitud a la cama. Su expresión era seria.

—No. No ha sido un accidente. Alguien ha aflojado la montura.

—¿Cómo? —inquirió Elegor. Un escalofrío le erizó el vello—. ¿Han intentado… matarla?

Su padre se metió la mano en el bolsillo y le tendió un papel doblado por la mitad. Al abrirlo, solo había tres palabras escritas en una

caligrafía burda: «Saludos de los disidentes».

—Oh, vamos, estoy bien —dijo su hermana para intentar quitarle hierro al asunto. Ella también veía la mirada encolerizada de su padre —. Seguro que todo forma parte de una broma desafortunada y…

—¡Cállate, Mavaris! ¡Están jugando conmigo y con el futuro de la corona! —repuso su padre y le arrebató la nota de la mano a Elegor para estrujarla entre los dedos—. ¡Esto es un aviso! ¡Una amenaza! Voy a encontrar a todo el que tenga algo que ver con los disidentes. Y empezaré dando un castigo al mozo de cuadras, tuvo que ver a alguien entrar en…

—¡Basta ya de castigos! —La princesa se incorporó tan de súbito que tuvo que agarrarse el costado. Elegor la sujetó—. ¡No, Elegor! ¡Tiene que oírlo! —La habitual apariencia calmada de su hermana se rompió —. ¿En qué te estás convirtiendo, padre? ¡En un tirano! El espectáculo que has dado hoy… —Meneó la cabeza—. ¡Me avergüenzo de ser tu hija!

La bofetada de Thurgo cruzó el aire con rapidez y tiñó la mejilla de Mavaris de un rojo encendido.

—¡Y yo de ser tu padre! ¡No me hagas hablar, maldita niña!

Elegor apretó los puños, pero se obligó a contenerse. No entendía aquella dureza extrema. Thurgo siempre había sido severo, pero jamás les había puesto una mano encima. Mavaris se posó la mano libre sobre la mejilla y le sostuvo la mirada a su padre sin un ápice de miedo. El gesto violento parecía haber acabado con el respeto que le profesara a su progenitor. Y había algo más; el intercambio de miradas entre ambos le confirmaba que, en su ausencia, había ocurrido algún suceso que ninguno le había contado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

No respondieron. La tensión en el ambiente era tan pesada que Rubens se había retirado con timidez hasta el fondo de la estancia para abrir la ventana y que corriera un poco de brisa. El aire pareció suavizar los ánimos. Thurgo se alisó la casaca y, de vuelta a su expresión pétrea, se dirigió a su hija para ordenar:

—Mantente en reposo hasta la recepción.

Elegor soltó un bufido indignado.

—¿No piensas cancelarla?

—La nobleza necesita una distracción. Y no voy a privarles de ella. —Lo miró—. Además, hay que anunciar que hemos adelantado tu

ceremonia nupcial.

Con el suceso de su hermana, casi había olvidado ese asunto, pero, al mencionarlo, el nudo volvió a contraerle el estómago con fuerza.

—En cuanto a eso…

—Ni una palabra. —No estaba dispuesto a dejarlo hablar. Anne debía de haberlo puesto al corriente de su reticencia—. Cuando yo esté bajo tierra y seas rey, tú darás las órdenes. Mientras tanto, obedece. Haz que al menos me sienta orgulloso de uno de mis hijos. —Mavaris tembló de indignación sobre el jergón, y ambos hijos observaron su marcha de la habitación en silencio.

Rubens comenzó a meter su instrumental en el baúl. Estaba demasiado incómodo como para permanecer allí por más tiempo. Le colocó a su hermana un frasco en la mesita por si tenía dolores y se marchó con una inclinación tan rápida que casi tropieza con sus propios pies. En cuanto estuvieron solos, Elegor se sentó en la cama junto a ella y le acarició la mejilla, todavía enrojecida.

—Padre se está metiendo en un agujero del que será difícil escapar —dijo ella—. No podemos hacer nada.

—¿A qué se refería antes con…?

Mavaris hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Tonterías. —Arqueó una ceja—. No pareces muy animado por que haya adelantado tu enlace.

—No es momento de celebraciones, tal y como está la situación.

—Ya. —La mirada de su hermana lo analizó, suave y afilada, cuando preguntó—: ¿Y la señorita Storm? ¿Cómo van sus pesquisas?

Elegor entrecerró los ojos al notar su tono.

—¿Qué quieres preguntar en realidad, Mavaris?

Ella abrió los ojos como un corderito degollado.

—¿Yo? Nada, nada. —Hizo un gesto en el aire con el brazo sano—. Solo pensé que quizá te gustaría ocupar un poco de tu tiempo con ella antes de tu inminente enlace.

Resopló sonoramente e intentó mantener una actitud impasible. Por desgracia, no estaba tan acostumbrado a controlar sus emociones como Thurgo.

—Ella ya está lo bastante ocupada buscando al líder de los disidentes.

Mavaris abrió la boca, sorprendida.

—Pensaba que solo eran rumores y que esa nota era una broma de mal gusto.

—Por desgracia, no. Creemos… —Carraspeó para corregirse al usar ese «nosotros» implícito que presuponía cierta intimidad—… Bueno, ella y su compañero creen que su líder es el asesino de la corte.

—¿Qué?

Elegor rescató un almohadón del suelo para colocárselo en el costado tras sacudirlo un par de veces. Después, la miró a los ojos.

—Por tu seguridad, hermana, preferiría que te quedaras aquí esta noche.

Ella hizo un mohín.

—No me niegues la única diversión de la jornada ni la oportunidad de contar cincuenta veces cómo han atentado horriblemente contra mi vida. —Le guiñó un ojo—. Hoy seré el alma de la recepción para desgracia de Anne.

Él sonrió y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—De acuerdo. Pero no estés hasta muy tarde. Le diré a Elisa que venga a ayudarte a ponerte cómoda y que te traigan un par de pastelitos de crema de arándanos, ¿te parece?

—Me parece que eres el mejor hermano del mundo.

—Soy el único que tienes, así que supongo que tendrás que conformarte.

XXXIV

Lawen

—¿De verdad esto es necesario? —repuso cuando las manos de René, la chica de cocina, le ciñeron más las cintas a la espalda. Su generoso busto se elevaba conforme las ballenas rígidas del corsé se le clavaban en las costillas. Soltó un gemido y dio una patada en el suelo—. ¡Joder! ¡No hace falta que me los subas a la garganta!

—Ni así te callarías —repuso Tonrill, que las observaba, divertido, mientras masticaba un pastel con fruición.

—Es la moda —dijo René y volvió a tirar de las cuerdas.

—¡A la mierda la moda! ¡Este instrumento del demonio debería estar prohibido!

Sintió a la chica forcejear con las cuerdas.

—Ya está.

—Me estoy mareando.

—Es normal.

—¿Cómo que es normal?

—Se acostumbrará.

—¿Cómo se acostumbra una a tener dos cuartas menos de espacio en el cuerpo? ¿Corro el riesgo de caerme en medio del salón?

René se volvió hacia Tonrill.

—¿Siempre hace tantas preguntas?

—Oh, querida, siempre —se lamentó él—. Comprenderás lo que tengo que soportar a diario.

Lawen soltó un gruñido.

—Si me llegara oxígeno al cerebro, te daría una patada. Me la guardo para más tarde. —Miró a René—. Venga, acabemos con este infierno.

La labor de vestirse le resultó eterna. Después del corsé, llegó el miriñaque y, después de ese, la entrefalda. Se dejó poner capa sobre capa en silencio mientras intentaba respirar. Cuando estuvo totalmente

vestida, descubrió que René tenía razón y que su cuerpo se había adaptado un poco a la presión. Obediente, dejó que le terminara de dar los últimos retoques y se irguió.

—¿Y bien?

Tonrill la estudió con una mano en la barbilla.

—No estás mal para ser tú, patilarga.

—Supongo que es un cumplido.

René sacó un puñado de cintas engastadas con flores de un tono rosa chillón.

—Falta el cabello. Hay que hacer algo con él.

—Ni hablar. —Se cruzó de brazos—. No vas a ponerme esa cursilada.

—¿Unas horquillas con perlas quizá? La dama de vestuario me ha dado para elegir…

—He dicho que no.

La paciencia de René se estaba agotando.

—Bueno, señorita Storm, al menos déjeme recogérselo un poco.

—Patilarga… —carraspeó Tonrill. Lawen lo miró y dejó escapar un suspiro amargo.

—Si no hay más remedio…

Entre los pinchazos de las horquillas y todo lo que se revolvía, la muchacha tardó más de media hora en controlarle el cabello. Se despidieron de ella antes de salir del ala del palacio destinada al servicio.

—Llegamos tarde —repuso Tonrill—. Podrías intentar andar más rápido.

Lawen le asestó una colleja.

—Intenta ponerte todo esto y ya me cuentas. —Se retorció hacia un lado y una varilla se le clavó en el pecho—. De los disfraces que he tenido que ponerme en las investigaciones, este es, sin duda, el peor.

—Deja ya de quejarte. ¿Tienes clara tu misión?

Asintió como si la pregunta la ofendiera. Claro que la recordaba. Tenía que aprovechar aquella recepción para acercarse a Duncan. Había repasado las notas de su cuaderno privado para añadir unas cuantas líneas más con toda la información del encuentro con Yorgen, pero, a regañadientes, lo había dejado en su habitación después de que Tonrill le dijera que llevar su cinturón repleto de cachivaches restaba elegancia al conjunto.

La línea: «¿Es Duncan Praston el líder de los disidentes?», se repetía en su cabeza una y otra vez. Nunca le gustaba dar las evidencias por un hecho, pero todos los hilos apuntaban a él. El problema era que a veces los hilos de una investigación se enredaban y formaban nudos que impedían avanzar. Esperaba que no fuera el caso.

Aunque suponía que al rey no le haría ninguna gracia, el incidente de la princesa en las caballerizas y la nota firmada por los disidentes había sido la comidilla del palacio en las últimas horas. Un intento de homicidio real no era para tomárselo a la ligera, aunque había flecos que no le encajaban y que tendría que analizar más tarde. Por ahora, tenía una recepción a la que asistir y un noble al que engatusar. Miró a su compañero, que se alisaba las arrugas del pañuelo con la mano. No sabía de dónde habían sacado ropa de su talla, pero sospechaba que de algún crío con la espalda ancha para su edad. En cualquier caso, estaba bastante elegante con el jubón negro y la casaca burdeos.

—¿Y tú? ¿Tienes clara tu misión?

—Por supuesto —repuso—. Comer, beber y disfrutar de las bellas damas.

—Lo digo en serio.

—No me separaré de la señora de Cavalenti ni de sus damas de compañía.

—Promételo, enano sinvergüenza —insistió ella—. Que ya nos conocemos.

Él sonrió como si aquello fuera más un elogio que un reproche.

—Lo prometo —dijo—. Seré tus ojos por aquí mientras estés ocupada coqueteando como una florecilla inocente y nada peligrosa.

Lawen suspiró al cruzar hacia el pasillo de la derecha, que les conduciría al salón de baile. Un par de hombres que charlaban se interrumpieron al verlos pasar. Los oyó cuchichear cuando les dieron la espalda. Cómo odiaba la corte y todo lo que conllevaba.

La doble puerta de nogal estaba abierta de par en par. Desde lejos, vieron las siluetas de las parejas en pleno baile: líneas de colores vivos que se fundían entre sí con el meneo de las sedas y las muselinas. El sonido de la música de cámara acompañaba el parloteo incesante de los presentes. Los criados entraban y salían portando bandejas con bebidas que los invitados parecían degustar a un ritmo fugaz, y un olor fuerte, a vino y carne recién horneada, le recordó que hacía horas que no comía.

—Bien, allá vamos. —Casi se tropezó con el bajo de la falda—. Espero que esta estúpida indumentaria me haga pasar desapercibida.

Un espejo de medio cuerpo en un lateral reclamó su atención y se contempló por primera vez. El pelo rojo en contraste con el verde jade del vestido se veía aún más encendido y le caía sobre uno de los hombros recogido en el lateral. Sin embargo, no había pelo suficiente para ocultar el tremendo escote y la carne que asomaba por él. La cintura era ridículamente minúscula y, aunque vio a una mujer hermosa en el reflejo, le pareció como si una extraña usurpara su cuerpo.

Entraron en el salón tras un par de damas, en un intento de mimetizarse con el entorno. Pero la pareja más cercana, centrada en su coreografía, casi se choca de bruces con ellos cuando el hombre la miró sin disimular con la boca abierta de par en par. Su indignada acompañante le asestó un golpe con el abanico en el hombro a la vez que soltaba una maldición y los miraba con cara de pocos amigos. Fue entonces cuando muchas otras miradas advirtieron su triunfal llegada.

De un vistazo, Lawen hizo un barrido rápido de la sala. No le sorprendió chocar con la mirada de Anne de Cavalenti, que tenía los labios fruncidos y una expresión contrita en el rostro. El vestido de color oro pálido de la amante del rey resaltaba a la luz de los cientos de velas diseminadas por la sala, y hacía parecer al resto de sus damas meras imitaciones baratas. La mujer no dudó en inclinarse hacia la más cercana de sus seguidoras para cuchichearle al oído antes de que todas centraran su atención en Lawen con una risita mordaz. Comprobó que la morena que le había mencionado Elisa estuviera allí también y asintió para sí misma.

La segunda mirada que notó posada en ella era la más intensa. Casi le ardía la piel ante los ojos grises del príncipe heredero, quien intentó borrar su expresión de sorpresa a la velocidad del rayo. «Serás estúpida», se reprochó cuando vio cómo Regina McDought se encaramaba a su brazo con una sonrisa. Sin embargo, Elegor no desvió su atención a su prometida, sino al dueño de la tercera mirada clavada en Lawen, que dibujó una sonrisa irresistible en el rostro junto a él. Duncan Praston.

—Para no querer llamar la atención, te lo estás montando fatal. —Oyó susurrar a Tonrill por lo bajo. La pelirroja se contuvo de darle un

pisotón a su amigo mientras se acercaban al grupo, compuesto también por Muller y un par de damas que no conocía.

Duncan fue el primero en acercarse para dedicarle una reverencia.

—Mi diosa de cabellos de fuego —dijo—. Está usted despampanante. —Su mirada no perdió la oportunidad de bajar un instante a su generoso escote.

—Se me hace raro no verla con ese estilo tan masculino —la provocó Muller—. ¿Dónde se ha dejado las gafas, Storm?

—En el mismo lugar donde se ha dejado usted la inteligencia, Micanstone.

Duncan y las damas soltaron una risita ante su duelo verbal. Tonrill se unió a ellos y señaló a Lawen, meneando la cabeza.

—Ya saben lo que dicen, amigos. El hábito no hace al monje.

Un nuevo coro de risas acompañó la charla, pero ella se limitó a dedicarles una sonrisa. Una criada pasó con una bandeja llena de diminutos panecillos con un trozo aún más diminuto de pescado encima. Con el hambre que tenía podía haberse comido la bandeja entera, pero tomó uno y se lo zampó de un bocado casi con miedo de que las ballenas del corsé estallaran y saltaran un ojo a alguien.

Muller se retiró para bailar con una de las damas presentes, a la que trataba con amabilidad y cierta picardía. Por primera vez, supo ver con claridad lo actuados que eran cada uno de sus gestos. Tras verlo con Elisa, con quien era más natural y parecía libre, sintió cierta lástima por él.

El rey estaba en un lateral rodeado de tres nobles con quien parecía discutir de forma amistosa. Qué frialdad. ¿Cómo podía estar allí con tanta calma después de haber ajusticiado a un inocente esa misma mañana? Alejada de él y con una mano posada en la cintura de su vestido azul, la princesa estaba inclinada hacia el conde de Sandalier, que le susurraba algo al oído. El momento íntimo de ambos hizo que dejara para más tarde acercarse a hablar con ella que, incluso con el brazo inmovilizado, parecía disfrutar de la fiesta. Lo cierto es que había tenido suerte. Atentar contra su vida era una forma de encender más la ira del rey, pero a ella no la engañaban, si alguien quisiera haber matado a la princesa, habría buscado una forma más eficaz que aflojando una montura. Era una jugada maestra solo para alterar más el ambiente en palacio y crear dudas.

Distraída, pasó la yema del dedo sobre el borde de la copa. ¿Habría sido Duncan capaz…? Puede que hubiera sido él, o cualquier otra persona. Como había dicho Yorgen, los disidentes podían estar en cualquier parte. Frunció el ceño; Elegor también debía andarse con cuidado. Y esa repentina preocupación hizo que apurara el vino de un trago.

A la segunda copa de vino, Tonrill se había apartado junto a una de las criadas que servían los canapés. Su compañero daba buena cuenta de la bandeja mientras miraba de reojo a la duquesa de Cavalenti. Elegor charlaba con su prometida y una pareja cerca de ellos. De vez en cuando, notaba su mirada sobre ella mientras Duncan acaparaba toda su atención con historias de sus viajes. Lawen lo escuchaba e intentaba hallar en su narración algún cabo suelto del que tirar más adelante. No encontró nada más que el orgullo, la prepotencia y la seguridad que lo caracterizaban. Después de su último comentario, se esforzó en reírse y fingió tropezar para agarrarse a él. El contenido de su copa se derramó sobre el suelo y los dos se echaron a reír.

—Disculpe, Praston, pero me temo que no estoy muy acostumbrada a toda esta indumentaria —se quejó con una mueca—. Y menos mezclada con vino.

El hombre levantó una ceja y se inclinó hacia ella para susurrar:

—Es absurdo esconder un cuerpo como el suyo bajo tantas capas de ropa. Encantado le ayudaría a quitárselas. —Le miró los labios y luego subió a sus ojos en una clara invitación—. ¿Qué me dice?

Y ahí estaba. Lo que estaba esperando. ¿Había mordido el anzuelo? ¿Tan fácil como ponerse un escote generoso? Le sostuvo la mirada un instante. ¿Era la mirada de un criminal? Era astuto, lo sabía. Si de verdad era el asesino y el líder de los disidentes, tenía que ser precavida.

—No se haga la tímida, mi diosa de cabellos de fuego —dijo él—. Sé que usted no es como las damas de esta sala, estoy seguro de que es mucho más… experimentada en ciertos temas.

No le iba a funcionar hacerse la mojigata. Duncan la tenía calada como para actuar ahora de una forma diferente. Se pasó la lengua por los labios y se acercó a su oído.

—Tentador, señor Praston… Pero me temo que hay poca privacidad por aquí.

Él le dedicó una sonrisa lobuna y se la comió con la mirada.

—Más tarde, querida —susurró—. Si me permite, iré a por un par de copas para compensar la que acaba de tirar.

«Perfecto». Necesitaba que el alcohol corriera por sus venas para llevárselo a un lugar menos público donde él se fuera de la lengua. ¿Cómo iba a conseguir que hablara? Tenía un par de ideas en mente, pero todas podían acabar en un desastroso final. Lo contempló alejarse y se giró. Los invitados comenzaban a estar animados por la bebida. Al fondo, el rey se excusó un instante y salió por la puerta lateral, supuso que rumbo a la letrina. En su repaso a la sala, advirtió el gesto serio del príncipe heredero, que parecía enfadado. A su lado, Regina McDought iba ataviada con un vestido negro con detalles en burdeos, a juego con las rosas rojas del cabello.

Recordó el detalle que le había señalado Elisa. ¿Acaso era tan estúpida como para acompañar a su prometido ataviada con aquellas flores? ¿Incluso al saber la relación que guardaban con la muerte de su mejor amigo? ¿O quizá era demasiado astuta como para poner una pista tan clara a simple vista? La señorita McDought no había sido tachada aún de su cuaderno. Su posición en la corte bien podría abrirle puertas para pasear a sus anchas por los lugares de los asesinatos e incluso para dejar una nota perdida en las caballerizas. Era el momento de aprovechar su estancia en ese maldito baile para dar una puntada en su dirección.

—Príncipe Elegor, una fiesta encantadora —dijo al acercarse.

Notó la incomodidad de Regina ante su presencia.

—Está usted encantadora, señorita McDought. Bonito peinado.

Ella se llevó una mano a la cabeza y le dedicó una sonrisa tensa pero cortés.

—Gracias, señorita Storm. —Se acercó más a Elegor—. Y, dígame, ¿estarán aquí para asistir a nuestro inminente enlace?

Lawen la miró y torció la cabeza.

—¿Inminente? Tenía entendido que aún faltaba una semana.

—Oh, señorita Storm, el rey lo ha adelantado a dentro de tres días.

Lawen levantó una ceja. «Tres días». A pesar de las dos copas de vino, un sabor amargo se le instaló en la lengua sin saber bien por qué. De pronto, un murmullo se extendió por la sala y todos los rostros se

giraron hacia la puerta de entrada. Entre la gente arracimada, fue incapaz de saber qué causaba semejante alboroto.

—¿Qué hace ella aquí? —oyó decir a Regina.

Lawen avanzó un par de pasos para ver a quién se refería y sus cejas se alzaron de sorpresa.

Rossane Trevelian y su abuelo acababan de entrar en la recepción real.

XXXV

Elegor

Contemplar el rostro de Rossane fue como viajar atrás en el tiempo, a la fiesta de boda de Frederick y de la muchacha. El último día de vida de su amigo. Era la primera vez que veía a la señorita Trevelian después de aquel día y, si hubiera albergado aún alguna sospecha, esta se esfumó al observarla achicarse ante las miradas de todos los presentes.

No pudo evitar seguir a Lawen hasta los recién llegados, quien caminó a zancadas con el vestido agarrado de mala forma con la mano que tenía libre. La investigadora estaba igual de desconcertada que Elegor.

—¿Qué hacen aquí? —inquirió la pelirroja en voz baja.

El abuelo de Rossane iba vestido para la ocasión con un jubón y una casaca algo pasados de moda, mientras su nieta parecía perderse dentro de aquel vestido verde que le quedaba grande. Los rasgos de su rostro se habían afilado y las clavículas marcaban surcos en su carne. Sus pupilas tenían un punto ido, el de alguien que estaba enraizando una melancolía en cada poro del cuerpo.

—Hemos querido asistir al evento —contestó el señor Trevelian con gesto grave.

—Pero eso no… —Lawen no parecía saber qué decir. Miró a su alrededor. Era evidente que tramaba algo y temía que se desbaratase ante aquella aparición inesperada.

El señor Trevelian miró a su nieta y le hizo un gesto para que se alejasen un poco.

—El encierro está afectando a Rossane —murmuró—. La oigo hablar sola por las noches, tiene pesadillas y grita en sueños. No se relaciona con nadie. —Suspiró, parecía tan superado por la situación como ella—. Venimos para mostrar que no tenemos nada que ocultar. Y no podemos esperar a que el rey emita su juicio, es más que evidente que mi nieta

no fue la responsable después del altercado que ha sufrido la princesa esta misma tarde.

—Pero, señor Trevelian…

—No soy estúpido, señorita Storm —dijo el anciano—. Las revueltas en las calles y el asesinato de Frederick deben estar relacionados. Supongo que el propio rey, dadas las circunstancias, ha retirado a los guardias que custodiaban a mi nieta en su hogar para otros fines. —Señaló a la muchacha—. Ella solo es una víctima más, y voy a hacérselo saber a Thurgo.

Elegor se interpuso en su camino.

—Señor Trevelian, me temo que no es un buen momento. —Recordó la cabeza del joven pelirrojo en el suelo y se esforzó en tragar saliva. Su padre estaba demasiado fuera de sí como para enfrentarse a eso. Miró sobre su hombro para comprobar que no estaba en la sala de baile en ese momento. Debía evitar que encendieran su ira, no sabía cómo podía reaccionar y no deseaba que murieran más inocentes—. Será mejor que se marchen. Yo me encargaré de…

Pero era tarde.

—¡Por todos los dioses! —La voz que le llegó del lateral y que se acercaba escupía una mezcla entre veneno y mofa—. No me explico cómo los guardias han dejado entrar a una asesina a palacio.

Anne, con una mano en la cadera, se colocó frente a Rossane, quien alzó la mirada un instante.

—Duquesa de Cavalenti. —Su voz fue un murmullo de animal acorralado—. Disculpe, pero está equivocada, yo no…

Anne la interrumpió con una carcajada amarga que llamó aún más la atención de los presentes.

—Tú has mancillado tu apellido y el de tus difuntos padres. —Meneó la cabeza con desprecio—. ¿Qué pensarían ellos de lo que has hecho? Qué tremenda decepción.

—Métase en sus asuntos, Anne —inquirió Lawen. Su rostro era una máscara de rabia que le era difícil de ocultar.

Anne la miró y luego pareció hablarles a sus damas, aunque elevó más el tono de lo que era necesario para que se enteraran todos. Era evidente que estaba achispada. Hasta la música de cámara había cesado en ese instante.

—Y aquí está la señorita Storm —murmuró—. Una forastera que ha viajado para inmiscuirse en nuestras tranquilas vidas. ¿Por qué no ha dicho ya lo evidente? —Torció el gesto—. Oh, yo os lo diré, aún no ha cerrado el caso del pobre marqués de Inutria porque quiere seguir despojando de dinero a nuestro querido rey.

Elegor no pudo más.

—¡Ya basta! ¡Deje de comportarse con la prepotencia de una reina que no es! ¿O tengo que recordarle su posición, Anne? —Apretó los puños a los costados—. Fuera del salón.

Ella levantó una ceja, contrariada.

—No creo que el rey esté de acuerdo con esa orden.

Lo estaba desafiando abiertamente delante de toda la corte.

—El rey no se encuentra en el salón en este momento, y yo soy su heredero legítimo, por lo que tengo toda la potestad para dar esa orden y la que me apetezca. —El tono de Elegor hizo que Lawen soltara un gruñidito satisfactorio a su espalda. La sonrisa de Anne mutó a un rictus avinagrado al fruncir los labios. Una vena azulada en su sien pareció palpitar por el esfuerzo de tragarse su indignación. Elegor continuó—: ¿Tengo que pedir a los guardias que la ayuden a marcharse?

Ella le sostuvo la mirada un instante más. La tensión era palpable en el ambiente.

—No.

Anne se agarró el vestido sin perder un ápice de elegancia y caminó un par de pasos. Se detuvo junto a Rossane y le susurró:

—Antes o después, te pudrirás en la prisión del Monte Este, asesina.

Rossane ahogó un gemido. Todos contemplaron marcharse a la duquesa de Cavalenti con la cabeza alta y un andar sereno, aunque por dentro debía estar echando chispas. No tardaría en dar con su padre para escupir todo el veneno que estaba rumiando. Sus damas dudaron entre quedarse en la sala o acompañarla, pero, al final, se dispersaron por el salón con una nueva copa en las manos.

—Qué momento tan incómodo —soltó Regina en cuanto la música se inició de nuevo.

Rossane sollozaba junto a su abuelo mientras este hacía esfuerzos por calmarla.

—No te preocupes, cariño. Todo se arreglará.

Ella se limpió las lágrimas con furia.

—¡Nada se arreglará! —estalló—. Nunca van a escucharme porque esta corte solo ve lo que quiere ver. ¡Está envenenada! ¡Todos son carroñeros de las desgracias! —Se zafó del brazo de su abuelo y salió corriendo por la misma puerta que había cruzado Anne unos instantes antes.

—Mierda —susurró Lawen. Elegor la vio mirar la puerta un instante, mordiéndose el labio.

Junto a ella apareció el dichoso Duncan portando dos copas de vino.

—Parezco experto en perderme los sucesos más interesantes de la corte —murmuró y echó un vistazo al abuelo de Rossane—. Disculpe, señor Trevelian.

El anciano le hizo un gesto como para quitarle importancia y se marchó para buscar a su nieta. La multitud se dispersó en corrillos y el ambiente se relajó conforme las copas de licor se llenaban y la música aumentaba su ritmo. Al cabo de un rato, oyó decir a Praston:

—Señorita Storm, me temo que está usted muy pálida. —El hombre dejó las copas en la mesa más cercana—. ¿Quiere que la acompañe a dar un paseo por el jardín? —No le gustó ni una pizca el tono de depredador que encerraba la pregunta acompañada de su sonrisa.

Miró a Lawen, a la espera de que ella declinara la oferta con rapidez. Sin embargo, la pelirroja miró a uno y a otro alternativamente, y después a Regina.

—Sí, creo que me vendrá bien.

Elegor se esforzó en disimular lo que le molestaba su contestación con un sorbo de su bebida con el que casi se atraganta. Tosió. Lawen le dedicó una mirada extraña. Sabía que el tipo encabezaba su lista de sospechosos, por lo que no creía que irse a solas con él fuera una buena idea. Buscó con la mirada a Tonrill, con la esperanza de que al menos él se escabullera para vigilarlos, pero fue incapaz de encontrarlo por la sala.

—Oh, sí, hace una noche deliciosa. —Oyó decir a Regina. Los vieron alejarse y el príncipe aferró la copa con fuerza al ver cómo la mano de Duncan se apresuraba a rodear la cintura de la pelirroja para conducirla afuera. Junto a él, Regina le acarició el brazo y murmuró—: ¿No hacen una pareja encantadora?

Elegor soltó un gruñido por toda respuesta y apuró la copa de un buche, antes de acercarse a buscar una nueva. Iba a ser una noche larga. No sabía cuánto.

XXXVI

Lawen

Lawen y Duncan dieron las buenas noches a la hilera de guardias que franqueaban la salida. No hacía falta decir que el rey se había tomado la seguridad más en serio gracias a los últimos acontecimientos. Dejó que el señor Praston la condujera por la escalinata que bajaba hasta el jardín. Sentía el cuerpo pesado y torpe con aquel vestido y, aún peor, con las botas de tacón, que la hacían caminar de forma inestable. Fue un alivio agarrarse del brazo del caballero —y principal sospechoso— para no salir rodando por las escaleras y perder la poca elegancia con una visión de su trasero al aire. La pelirroja abrió sus fosas nasales ante el aroma de las flores, más intenso por la noche. Tomaron el sendero de la derecha con un andar calmado hasta que parecieron sumergirse en la intimidad que dotaban los setos para formar una calle vegetal.

—Qué contrariedad que esa muchacha haya acudido esta noche —rompió Duncan el silencio.

«Estupendo». Era un buen comienzo para soltar una teoría al aire.

—Según se mire.

Praston la escrutó con la mirada mientras sus dedos le acariciaban la cintura sobre la tela del pomposo vestido y le rogó:

—Ilústreme.

Ella se apartó un mechón tras la oreja. Había decidido el papel que iba a representar. ¿Sería lo bastante convincente? Estaba a punto de comprobarlo.

—¿Me permite ser franca? —Fingió ordenar sus pensamientos y lo miró a los ojos—. Creo que el verdadero asesino estaba esta noche en el baile y la aparición de Rossane solo ha servido para reforzar su superioridad. Sea quien sea, intenta reírse de mí y de todos los presentes.

Duncan le sostuvo la mirada. Su expresión divertida no cambió, aunque notó que su brazo se tensaba de forma apenas imperceptible en torno a ella. «Sigue por ahí, Lawen». El aire nocturno les trajo el sonido de las risitas nerviosas de alguna pareja que había escapado también a la intimidad que ofrecía la vegetación.

—Los jardines en las fiestas de la corte suelen ser el punto natural de encuentro para los deseos prohibidos —murmuró Praston, cambiando de tema. Se acercó a ella y le pasó la mano por el cuello con delicadeza antes de inclinarse para seguir el mismo recorrido con la lengua. El tipo no se andaba con medias tintas.

Ella le dedicó una sonrisa torcida, pero se apartó de él para avanzar unos pasos y dejarse caer en un banco de piedra cercano con las manos sobre el regazo. La falda se hinchó a su alrededor para luego caer con un siseo de la tela.

—Disculpe ser una aguafiestas, pero mi estúpida mente analítica no me deja relajarme con ciertos placeres ahora mismo. No sé… Creía que era buena en mi trabajo. —Intentó que su voz sonara derrotada mientras meditaba—. Pero, conforme más me acerco, parece que me alejo más. Todos son caminos sin salida.

Duncan suspiró, resignado a retrasar un poco más sus deseos, y tomó asiento a su lado.

—De acuerdo, valoremos la situación juntos antes de que me deje explorar el cuerpo glorioso que esconde bajo ese vestido. —Su expresión salvaje cambió a una más intelectual—. ¿Cuáles son esos caminos?

Decidió que ser lo más sincera posible jugaría a su favor en esa actuación. Si el tipo se convencía de que confiaba en él, tendría un buen trecho ganado. Jugueteó conscientemente con los dedos en el regazo, una leve muestra de sumisión y nerviosismo.

—Primero, pensé en alguien del servicio de palacio, pero lo descarté.

—Entiendo.

—Luego, una serie de pistas me condujeron hasta Muller Micanstone.

—¿Micanstone? —Duncan soltó una carcajada—. ¿De verdad lo ve capaz?

Lo miró y se encogió de hombros.

—No es que le tenga una especial simpatía, pero pronto lo descarté también por ciertos motivos. —Pasó a retorcerse la tela de la falda—. Y,

ahora, está la nota que han dejado en las caballerizas en el atentado contra la princesa y que señala con claridad a la organización a la que asegura usted pertenecer.

Él sonrió.

—¿Tan estúpido me cree? —La expresión de su rostro no había sufrido ningún cambio notable en todo el tiempo mientras ella hablaba. Era demasiado hábil para controlar sus emociones.

—No, no lo creo. Pero debería tener cuidado, el rey no está muy contento con los disidentes. Y creo conocer quién es su líder.

Esta vez sí hubo cierta sorpresa en su expresión, aunque luego sonrió.

—¿Cree que yo lo soy?

—No. Anne de Cavalenti

La risotada de Praston fue genuina.

—Demasiado pusilánime para esa clase de intrigas, ¿no cree?

Lawen se levantó y caminó alrededor del banco con lentitud. Echaba de menos sus gafas para enfocar la vista mejor en todos y cada uno de los movimientos de su acompañante.

—Lo sé, señor Praston. —Se agachó un instante a su espalda y sacó con rapidez la pequeña navaja de la bota derecha; lo único que había podido ocultar en aquellos insufribles zapatos. Era mejor ser precavida —. Por eso, al pensar en el tema, he meditado sobre la posibilidad de que todos tengan un papel. Quizá la señora de Cavalenti solo sea los oídos en la corte, pero, para cometer los asesinatos, necesitan que la mano ejecutora sea otra persona. Alguien inesperado, amable, divertido y que goce de cierta popularidad…, como usted.

Giró para enfrentarse a sus ojos y se pasó la navaja de una mano a otra para que la viera, pero sin empuñarla de forma amenazadora. Praston no desvió la mirada y, aunque su expresión socarrona sí se había difuminado ahora, no encontró ninguna de las que esperaba despertar: confusión, miedo o sorpresa. Aun así, notó que su mandíbula se había tensado por cómo se le marcaba un músculo del cuello.

—Oh, señorita Storm, ha sido muy hábil para traerme hasta aquí. Estoy sorprendido de sus capacidades. —Sus ojos brillaron y le dedicó una mueca—. Sin embargo, creo que ha errado en su objetivo.

Lawen meneó la cabeza. Después de todo lo vivido esa noche, y de la presión de ver a Rossane en ese estado, necesitaba hallar respuestas. No iba a permitir que la astucia de él quisiera jugar con la suya. Se

inclinó de un rápido movimiento para colocarse a horcajadas sobre él, le desabrochó el primer botón de seda azul para buscar la carne y le posó la navaja en el cuello. La nuez de su sospechoso osciló muy cerca del afilado borde al tragar saliva.

—Maté al último hombre sobre el que estuve en esta posición, así que no me mientas, Duncan —amenazó y se dirigió a él sin florituras—. ¿Eres el amante de Juliane Kenton?

—No. —Parecía divertido.

—¿Mataste a Lucianus de Rigram?

—No, aunque se lo merecía. Era un imbécil.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Y a Frederick de Inutria?

—No.

Apretó más la navaja contra su piel. Una línea de sangre se perfiló en su cuello. Al parecer, avasallarlo a preguntas tampoco funcionaba, pero esperaba que cometiera un error en algún momento. Suspiró con fuerza y decidió hacer la gran pregunta:

—¿Eres el líder de los disidentes?

Sus ojos de color almendra se veían inescrutables.

—No. —Aunque no había titubeado, había una chispa diferente en su voz.

—Pero sabes quién es —concluyó ella.

Duncan le dedicó una enigmática sonrisa.

—Evidentemente —espetó como si la sola duda de que algún detalle escapara de su conocimiento fuera una chanza—. Pero, si te dijera su identidad, me cortarían el cuello.

Lawen soltó un gruñidito desde el fondo de la garganta. No se lo estaba poniendo nada fácil.

—Puedo cortártelo yo.

Una de las comisuras del hombre se curvó hacia arriba.

—Por mucho que quieras aparentarlo, no eres una asesina, diosa pelirroja —susurró—. Y te daré un consejo: todo esto va más allá de ti y de mí. El cambio tiene que llegar. Si tú y tu compañero sois de verdad inteligentes, os marcharéis de aquí antes de que sea demasiado tarde.

«Eres un hueso duro de roer, pero yo también». Apretó más la navaja contra su piel.

—Dame un nombre —insistió.

Él no separó los labios. Iba a repetir la pregunta cuando un grito femenino los sobresaltó, seguido de un murmullo de voces ahogadas y del ruido de pasos organizados entre los setos. Los guardias debían de dirigirse hacia allí. Lawen le sostuvo la mirada un instante y luego se apartó con un gruñido de exasperación. Tuvo el tiempo justo de guardarse la navaja antes de que el primer guardia, seguido de otros cinco, llegara hasta ellos. Cuando les preguntaron qué pasaba, ella se encogió de hombros con una expresión angelical.

Las voces se intensificaron, provenientes de la izquierda del jardín. Todos enfilaron el camino de la izquierda hacia el origen del ruido y casi chocaron de bruces con una pareja. Ambos estaban pálidos, aunque aún conservaban cierto tono rosado en las mejillas y tenían las bocas hinchadas. El hombre, de complexión delgada y bastante joven, rodeaba con un brazo los hombros de la mujer. Aunque a Lawen le sorprendió que nadie les pidiera explicaciones con lo que les gustaba clamar a los cuatro vientos lo castos y puros que eran con los mandatos de su fe, parecía que había una situación más acuciante en ese justo momento.

—Allí… —Señaló el muchacho con voz trémula—. En el gazebo del jardín…

Todos siguieron sus indicaciones. Los guardias que iban a la cabeza portaban faroles, lo que ayudaba a rellenar las sombras en las esquinas del sendero. En cuanto la estructura hexagonal de madera fue visible, hubo un gemido general de sorpresa. Las luces llameantes alumbraron la figura que oscilaba colgada de una de las vigas, como un saco de carne inerte. Había cierta belleza hipnotizante en el vaivén del cuerpo y del pelo sobre la cara. Nadie se apresuró a llegar hasta ella porque era evidente que estaba muerta.

Lawen, quizá la más acostumbrada a ver cadáveres de los presentes, se adelantó. Por desgracia, su experiencia no hizo que fuera menos doloroso reconocer el rostro de Rossane. Con la cabeza torcida hacia un lado, la correa de cuero que ceñía su cuello era demasiado flexible como para habérselo roto al dejarse caer. El rostro amoratado y las manchas de los vasos vasculares indicaban que había sido una muerte lenta y dolorosa. Calculó unos veinte minutos de agonía hasta la asfixia completa. La señorita Trevelian se había ahorcado, incapaz de soportar el peso de los reproches de la maldita Anne de Cavalenti. Sintió que la rabia le bullía la sangre por las venas.

—¡No os quedéis ahí como unos pasmarotes! —instó a los guardias—. Ayudadme a bajarla, ¡vamos!

Mientras acudían a su llamada, su mirada se detuvo en el rostro de Duncan. Había una mueca de extrañeza genuina en sus facciones. Pero no era por la muerte de la propia Rossane, no, había un detalle extra que no supo leer. La mirada del comerciante se lanzó a buscar a alguien en los alrededores mientras se retorcía las manos con nerviosismo, pero ¿a quién?

Lawen oyó el quejido de la madera mientras dos guardias se montaban con cuidado sobre la barandilla para desatar el cuerpo. Al ver la correa de cuero, Lawen constató que la chica debía haberla cogido de las caballerizas. Los hombres la bajaron con cuidado del travesaño del gazebo y apoyaron el cuerpo sobre la tierra del sendero.

La investigadora no pudo evitar arrodillarse junto a ella. Los ojos de Rossane, vacíos y congelados, estaban perdidos en una última mirada a las estrellas del cielo. Lawen le apartó el pelo de la cara y sacudió la cabeza al ver el tono blanco níveo que comenzaba a adquirir su rostro.

—No te merecías esto —susurró—. Descansa en paz, muchacha.

Le cerró los párpados con delicadeza y dio un par de indicaciones a los guardias para que no tocasen el cuerpo más de lo necesario. Pasaría a examinarlo más tarde, pero suponía que no encontraría ninguna pista de importancia. Por las marcas de sus manos y la altura de la estructura, sabía que no había nadie más implicado. El suicidio era una acción tan terrible y solitaria que requería de una valentía tenaz.

Cuando Lawen se incorporó del suelo, soltó una maldición al ver que Duncan había desaparecido. «Mierda». Había perdido su mejor oportunidad. Tanto vestido y tanta aburrida coquetería para nada.

Ante las miradas de los guardias, forcejeó para quitarse las botas de tacón y las lanzó con furia sobre la tierra. Después, se recogió la falda del vestido e inició el camino hasta palacio mientras la tierra húmeda se le metía entre los dedos de los pies. Tenía que hacer ver a la corte lo horrible que era la duquesa de Cavalenti. Se lo debía a Rossane.

XXXVII
Elegor

Oír parlotear a Regina sobre detalles de la boda mientras los dos giraban al compás de la última melodía, no era quizá el concepto de Elegor sobre una velada entretenida. A esas alturas de la noche, el violín sonaba algo desafinado: su dueño también daba muestras del alcohol que corría por su cuerpo, como por el de la mayoría.

La recepción se había convertido en una explosión de risas descontroladas y de comentarios sinvergüenzas. Como si el desagradable suceso con Rossane y la duquesa de Cavalenti no hubiera tenido lugar hacía más de una hora. Y ¿dónde estaban todos? Thurgo aún no había regresado, no había rastro de Muller, que supuso que se había escapado a algún rincón con Elisa; el conde de Sandalier había decidido acompañar a Mavaris a su alcoba después de que esta se encontrara mareada tras su incidente de la tarde; y tampoco había señales de Lawen ni de Duncan. Ni siquiera fue capaz de ver la expresión sabionda del enano entre los presentes.

Regina, encendida por el vino, a cada canción se pegaba más a él. No le desagradaba el contacto estrecho con su cuerpo, pero, cuando ella le pasó la mano por las formas de la espalda, solo tuvo ganas de apartarla. «Pero no tuviste ningunas ganas de apartar a Lawen Storm aquella noche», recordó con malicia una parte de su mente.

Volvió a enfurruñarse. Su vida de antes era mucho más tranquila. Sabía cuál era su lugar, lo que se esperaba de él y el camino a seguir. Ahora parecía perdido, como si de pronto en la senda de su destino se hubieran abierto otras posibilidades que lo alejaban de todo para lo que lo habían encauzado durante su existencia.

El honor siempre había sido el pedestal sobre el que Elegor caminaba, jamás se había salido de él, ni de los designios de sus dioses. Pero ¿y si los propios dioses se equivocaban alguna vez? ¿Cómo saberlo? La

religión era una comunicación unidireccional. Los dioses, desde su posición dominante, supuestamente escuchaban, pero nunca respondían. Pero, para el humano, cualquier suceso del destino era un «designio de los dioses». Se amparaban en las desgracias y en las alegrías por igual bajo aquel lema. ¿Y si fuera distinto? ¿Era eso lo que pensaban esas multitudes descontentas? ¿Que quizá sí podían cambiar su destino?

—Oh, querido, estoy deseando ser una Mansen. Todo será tan perfecto… —La voz de su prometida, dulce y provocadora, lo devolvió al presente. En un arrebato, ella pegó sus labios a los suyos de forma fugaz y se apartó con las mejillas encendidas—. Tres noches me parecen muchas para estar juntos, Elegor…

Él no respondió. Por el rabillo del ojo vio una figura vestida de verde que había irrumpido en el salón como un tornado. Se apartó de Regina al reconocer a Lawen, que se arremangaba el vestido sin decoro y mostraba parte de sus piernas. Descalza y con los pies llenos de tierra, su aparición le envió un chispazo a la parte baja del vientre. No vio a Duncan por ninguna parte.

—¿Dónde está la maldita Anne? —bramó la pelirroja a nadie en particular. Su mirada los encontró en un lateral y se acercó con rapidez.

Elegor se separó de su prometida, desconcertado. La expresión salvaje de la forastera y el brillo desesperado de sus ojos acababan de encender sus alarmas. Algo estaba pasando. A su alrededor, los invitados estaban demasiado ebrios como para hacer otra cosa que reírse del desplante de la recién llegada. De pronto, Thurgo entró en la sala con cara de pocos amigos y una mano en el estómago. Al verlo, se dirigió a su hijo de inmediato.

—¿Has expulsado a la duquesa de Cavalenti de la recepción? ¿Cómo te has atrevido a…?

—Hace más de una hora de eso —respondió, molesto. Al diablo el decoro—. ¿Dónde has estado?

La mirada de Lawen alternó entre padre e hijo un instante.

—He tenido una… indisposición severa… —murmuró, sorprendido del tono de su heredero—. Saben que las almendras me sientan mal, y, aun así, algún incompetente del servicio de cocina las ha incluido en una de las salsas. He ido a buscar al responsable que…

De repente, Lawen se interpuso entre los dos y anunció:

—¡Rossane Trevelian se ha suicidado en el jardín!

Hubo un instante de silencio y Regina soltó un gemido lastimero tan poco sincero que Elegor la fulminó con la mirada.

—¿Cómo? ¿Qué hacía ella aquí? —preguntó desconcertado el rey.

La pelirroja sacudió la cabeza.

—No es momento de dar explicaciones —repuso. Se la veía tan indignada que dudaba que fuera a andarse con delicadezas, y eso significaba que el hilo de la paciencia de Thurgo podía cortarse de un plumazo. Elegor sintió la tentación de agarrarla y cargársela al hombro antes de que su padre pusiera una diana en su frente, pero ella continuó —: ¡Su querida Anne ha sido la responsable! Ahora mismo voy a hablar con ella. Esa arpía va a…

Una dama la interrumpió cuando entró corriendo al salón y, entre sollozos, se dejó caer ante los pies del rey. Elegor reconoció a Briselda, una de las damas que siempre acompañaba a la amante de su padre. Su cara estaba impregnada de un terror absoluto y desesperado.

—Majestad… —dijo con un hilo de voz—. Es la duquesa, ella… está en la letrina… —Se inclinó en el suelo para seguir llorando.

—¡Habla de una vez, mujer! —espetó él.

—Anne está… ¡está muerta!

La expresión de Thurgo se contrajo. Negó con la cabeza sin apartar su vista de la cabeza sollozante de la chica. Lawen fue la primera en reaccionar para echar a correr por el pasillo. Elegor la siguió junto a su padre y Regina. Zigzaguearon hacia la derecha para cruzar la sala de audiencias y la de entretenimiento. Había tres letrinas en la planta baja, una cerca de la sala de audiencias, otra cerca de la sala de las mujeres y la más pegada a la zona de servicio, donde coincidió con Lawen una vez. Se guiaron por los rostros consternados que dibujaban el camino hasta la letrina junto a la sala de las mujeres. Había dos guardias en un lateral que sujetaban un cuerpo pequeño contra el mármol del suelo.

—¿Qué diantres hacéis? —gritó Lawen—. ¡Soltadlo!

Un guardia negó con la cabeza y se dirigió al rey:

—¡Intentaba escapar por el pasillo, majestad!

—¡Lawen…! —murmuró Tonrill en el suelo. Uno de los hombres le retorcía las manos a la espalda. Le sangraba la nariz y parecía aletargado, como si le pesara la lengua.

—¡Oh, por todos los dioses! —Oyeron la voz trémula de Regina que, incapaz de refrenar su curiosidad, fue la primera en echar un vistazo al cubículo antes de salir corriendo por el pasillo.

El rey hizo caso omiso a todos para dirigirse a la puerta de la letrina. Lawen frunció el ceño y, junto a Elegor, lo siguió. El aroma de la sangre fresca y de las heces era difícil de soportar. Elegor notó que se le cortaba el aliento. Hacía demasiado frío en el interior, como si la temperatura hubiera descendido varios pares de grados. El cubículo estaba iluminado con dos candelabros anclados a la pared. Las velas daban a la composición un aspecto irreal, de ensoñación grotesca.

Había tres letrinas separadas por paneles de madera. Anne de Cavalenti estaba en la última, aún sobre el asiento de madera, con la falda arremangada. Tenía el tronco volcado hacia atrás, sobre la pared, y la cabeza mirando hacia el techo. Le costó analizar su rostro porque quedaba poco de él. Una docena de tallos espinosos había brotado de la boca y del cuello, abriéndose paso a través de la carne hasta el exterior. Las espinas habían reptado por su boca para destrozarla y llevarse parte de la carne de las mejillas y la nariz. La sangre carmesí goteaba en pequeños riachuelos, sobre la pechera de su vestido dorado. Sus ojos, congelados en la muerte, estaban inyectados de venas rojizas y, sobre su frente, había un extraño dibujo trazado con sangre. ¿Parecía una flor?

Un silencio sepulcral invadió el cubículo. La turbulenta visión hizo que su estómago luchara por no vaciarse mientras veía cómo la mirada de Lawen, repuesta de la sorpresa inicial, intentaba captar cada mínimo detalle de la escena. Una pequeña nube de vaho brotó de sus labios ante aquel cambio de temperatura. Su padre no aguantó. Salió de la letrina para vomitar en un lateral del pasillo. Cuando se incorporó, su cara era un rictus tan vacío que le dio miedo y, tras pasarse la mano para retirar los restos de vómito, se dirigió a los guardias con voz fría.

—Llevad a este miserable a la prisión del Monte Este. Será ejecutado por asesinato después de la boda de mi hijo.

—¿Qué? —Lawen se acercó hasta él—. ¡No!

—¡Majestad! —rogó Tonrill. Los guardias lo levantaron de un tirón, sujetándolo cada uno por un brazo—. ¡No he sido yo!

El rey dedicó un asentimiento a uno de los guardias y este le asestó un puñetazo en la cabeza. El cuerpo del enano se sacudió cuando el otro

atacó su estómago con un movimiento certero.

—No hemos sido capaces de sacarle una confesión, majestad —explicó uno de ellos—. Solo asegura que no ha sido él a pesar de que lo hemos visto salir de la letrina con las manos llenas de sangre. Tampoco dice haber visto a nadie.

El rey dio un par de pasos para encararse con el presunto acusado.

—¿Qué hacías aquí, enano? —inquirió.

Tonrill era incapaz de contestar mientras tosía y escupía una flema de sangre tras los golpes.

—Yo le mandé seguir a Anne —intervino Lawen, desesperada—, por la investigación.

Thurgo clavó la mirada en ella con una mueca feroz.

—¿La investigación? —dijo antes de llevarse una mano al puente de la nariz y murmurar—. Ella me lo advirtió… Me advirtió sobre vosotros… No sois de fiar. Y ahora, ahora… está muerta…

—¿Pero es que no lo ve? —Lawen se colocó frente a él y señaló la letrina con una mano—. ¡Es el mismo asesino! ¡El mismo método! Ni siquiera estábamos aquí en los dos anteriores. Es absurdo. ¡No puede condenar a Tonrill!

—No estás en Greenstone, mujer. Aquí yo soy la autoridad. —Sus miradas se midieron en un duelo silencioso—. El enano es un asesino. Márchese de aquí con las primeras luces y no vuelva.

Elegor vio que ella meneaba la cabeza. Era obvio que no iba a dejarlo estar.

—Lo entiendo, su ira hace que tenga que culpar a alguien de lo ocurrido, pero ¿es que no ve que están jugando con nosotros? Está viendo exactamente lo que quieren que vea, pero no es la realidad. Tiene que escucharme…

—¡Ni una palabra más!

Ella no se achantó.

—Lucianus, Frederick y Anne tienen la corte como punto en común, por lo que el asesino…

—¡El asesino me daba igual! —estalló Thurgo. Elegor notó cómo la bilis le subía a la garganta—. ¡El oficial Queton me aseguró que usted podía descubrir cualquier enigma!

Ella torció la cabeza, sin apenas pestañear.

—Los asesinatos eran algo secundario, ¿verdad? —adivinó—. Me mandó traer por otro motivo que le preocupa infinitamente más. —Hizo una pausa y Thurgo frunció los labios—. Encontraré al líder de los disidentes. Es lo que le preocupa, ¿no? Su orgullo es incapaz de reconocer que no ha dado aún con él.

De un movimiento rápido, Thurgo le rodeó el cuello con la mano. Sus nudillos se pusieron blancos al hacer presión. Elegor reprimió el impulso de lanzarse contra él.

—Podría ordenar que te mataran aquí mismo, mujer.

—Pero no lo hará. Porque soy la última opción que le queda —dijo ella con apenas un hilo de voz y se zafó de su agarre—. Le ofrezco un dos por uno. Tendrá a su asesino y al líder de los disidentes, ya que son la misma persona. Pero usted ya lo sabía, ¿cierto? —No esperó a que contestara y señaló a Tonrill—. A cambio, liberará a mi compañero sin ningún tipo de cargo.

Thurgo gruñó. Elegor se sentía tan impotente en esa situación que notaba cómo se le humedecían las palmas de las manos. Una mala sensación le reptaba por la espalda; aún tenía la mente algo nublada por el licor. El rey estudió a Lawen en silencio, y luego sentenció:

—Si no lo has encontrado antes de la boda de mi hijo, tu amigo morirá en la horca. Y tú también.

—¡Esto es una locura! —exclamó Elegor.

Ella lo calló con un gesto de la mano y ofreció su mano al rey.

—Trato hecho.

Thurgo le dedicó un breve asentimiento y giró para marcharse. Su hijo corrió para interceptarlo.

—¡Padre! ¡Estás perdiendo la razón!

Thurgo tenía la mirada perdida en algún punto del pasillo, lejos de allí. Su voz, como si fuera una de las estatuas de los dioses que adornaban el jardín, no expresaba nada.

—He perdido muchas cosas esta noche, hijo.

XXXVIII

Lawen

—Sus damas aseguran que no le quitó el ojo de encima en toda la noche.

—Pobre Anne.

—Y siempre andando por los rincones… Con ese extraño tamaño, era fácil pasar desapercibido para atacarla.

—Pero, queridas, ¿es que ninguna ha pensado en la desgracia de Rossane Trevelian? Si me permitís el atrevimiento, ¿y si fue ella la que la mató antes de suicidarse?

—Puede que estuviera aliada con el enano. Se rumorea que tenía unos gustos un tanto peculiares… Por todos los dioses… —Todas se echaron a reír.

—Yo que vosotras dejaría de reírme y me preocuparía más por mantener el culo vivo.

Las risas se detuvieron de súbito y las mujeres enmudecieron. Ninguna había visto a Lawen doblar la esquina y enfilar el pasillo. Aunque hubiera estado en la otra punta del castillo, sus voces chirriantes eran difíciles de pasar por alto. Las tres damas la miraron entre la sorpresa y la indignación.

—Entiendo que sus estúpidas vidas sean tan vacías como para que este sea su único tema de conversación —continuó y se acercó para mirarlas una por una, con la expresión de desprecio de quien no encuentra nada interesante en una habitación más que unas cuantas telarañas—, pero les recuerdo que una mujer fue ayer asesinada y la propia princesa ha estado en peligro. —Bajó la voz con intención—. No se sabe quién de ustedes será la siguiente… En fin, buenos días.

Se marchó con la barbilla alta, sin apenas permitirse disfrutar de sus rostros conmocionados; algo que, en otro momento, le hubiera deleitado sobremanera. La noche había sido larga. Estaba agotada y

debía tener un aspecto lamentable. Dio gracias por que fuera aún temprano como para cruzarse con demasiados rostros. Llegó hasta su sencilla habitación en el área del servicio y solo fue capaz de sentarse en el jergón. La falda verde estaba llena de manchas marrones y las contempló un instante, como huellas de todos los acontecimientos acaecidos en las últimas horas.

Había intentado por todos los medios que Tonrill no fuera trasladado a la prisión del Monte Este, pero había sido en vano. Tras la última conversación con el rey, este había dado órdenes claras: nadie podría visitar al acusado mientras estuviera recluido. Lawen lo había seguido en otro carruaje hasta allí. Los guardias de la prisión que custodiaban la puerta le habían cortado el paso para recordarle que no estaban permitidas las visitas por el momento. Con impotencia, la pelirroja había visto cómo el cuerpo de su amigo desaparecía dentro de aquel lugar infecto. Tras ser testigo de los horrores que encerraba aquella prisión, la idea de abandonarlo hacía que la falta de aire le aguijoneara los pulmones. Jadeó, sentada en el jergón, mientras sentía la autodesgracia cernirse sobre ella.

¿Por qué había salido todo tan mal? ¿Cómo había sido tan estúpida?

Y, por su estupidez, había condenado a Tonrill, e incluso a ella misma. Ahora lo sabía. El asesino siempre iba un paso por delante. Por mucho que ella intentara correr, era en vano. Su arrogancia habitual le había hecho pensar que tenía la situación controlada cuando estaba lejos de ser así. Qué contrariedad toparse con una astucia similar a la suya. Había mandado a Tonrill a ser la sombra de Anne, y ahora ella estaba muerta, y Tonrill, condenado. Enterró la cara entre las manos. Fue entonces cuando recordó que llevaba aquella ridícula ropa.

Volcó su furia en quitarse el vestido y, tras lidiar con el corsé, acabó cortándolo con su navaja. Solo con la camisa interior, se manoseó el pelo para desprenderse de las horquillas y se hizo un ovillo junto a la pared. Las lágrimas acudieron rápido a sus ojos y se odió por ello.

Debía ser sincera consigo misma. No había estado con la mente al completo en la investigación porque una parte de ella se esforzaba en lidiar con lo que el maldito príncipe le despertaba. ¿Es que acaso no había aprendido nada? Ya había sufrido en el pasado por un encaprichamiento, y que algo tan estúpido como ese vuelco en el corazón al ver al heredero afectara a su trabajo era inconcebible. Se

había distraído, y el precio a pagar había sido alto: el suicidio de una inocente, una víctima más para la lista y una posible condena a muerte. «Maravilloso».

«Mira el lado bueno, patilarga. Ahora tienes a alguien menos a quien investigar», imaginó que le diría Tonrill, apoyado en la pared mientras devoraba alguna delicia robada de las cocinas.

Se mordió el labio hasta casi hacerlo sangrar. En todos los años que llevaban sobreviviendo juntos, Tonrill jamás le había dado de lado. Era la única persona con la que se permitía romperse en pedazos cuando lo necesitaba. Ese toque de atención cuando tenía que afrontar un problema desde otra perspectiva. Y el soplo de aire fresco que la hacía reír en los días que solo sabía fruncir el entrecejo. No podía rendirse ahora, aunque los obstáculos fueran del tamaño de un buque de guerra. La presión de encontrar la verdad ya no era solo una cuestión de trabajo, ahora era personal. La diferencia entre la vida y la muerte.

«Déjate de llorar por las esquinas y ponte a trabajar», se regañó. Se limpió las lágrimas con un gesto furioso y buscó su cuaderno en el zurrón, apoyado contra la pared contraria. Ya habían retirado el cuerpo del lugar del crimen, por lo que tendría que recurrir a la memoria prodigiosa de la que solía alardear. Se puso las gafas y abrió el cuaderno para encabezar una nueva página.

«Tercer asesinato: Anne de Cavalenti».

Anne había salido del salón de baile sobre las nueve. Una hora y cuarto aproximadamente hasta hallarla muerta. El cuerpo no parecía llevar mucho tiempo sin vida, pues no había visto señales del *rigor mortis*. Si hubiera tenido tiempo de tocarle la piel, seguro que aún estaría templada y la sangre caliente. Las semillas no habían llegado a su estómago, habían brotado nada más tragarlas, y las espinas habían abierto la glotis y el esófago. Eso indicaba prisa. No era como los asesinatos anteriores, donde el tiempo había sido medido con más precisión.

Aquí el asesino tenía menos tiempo y quería asegurarse de que Anne no tuviera escapatoria. La mejor forma era haciéndole tragar las semillas sin trucos de copas de vino ni florituras. Se las debían haber obligado a ingerir. Aunque no gozaba de mucho tiempo, se había detenido un instante a trazar esa forma familiar en su frente. La rosa de sangre. Era una firma, un acto de protesta. Y todo, imaginó, mientras

Tonrill estaba fuera de la letrina, escondido en algún rincón para seguir vigilando a la duquesa en cuanto acabara de hacer sus necesidades.

Pensativa, se mordió la carne húmeda del interior de la mejilla mientras contemplaba las anotaciones. Intentó ponerse en la mente del asesino. La mejor forma de sorprender a Anne era esperándola en la propia letrina. Eso le hacía deducir que era alguien que conocía sus rutinas y a cuál de las tres letrinas solía acudir.

El asesino estaba dentro. Por eso Tonrill aseguraba que no había visto a nadie. Su mente analítica comenzó a dar saltos en diferentes cuestiones sin aparente relación. ¿Cómo había acabado su amigo saliendo de la letrina con las manos llenas de sangre? ¿Y Duncan? Había desaparecido en cuanto encontraron el cadáver de Rossane, ¿por qué tenía aquella expresión? Supo que había estado muy cerca de que le dijera alguna información útil antes de que los interrumpieran. ¿Le habría dado tiempo de cruzar todo el jardín hasta llegar a la letrina y matar a Anne? ¿Nadie lo había visto desde entonces? Su siguiente paso debía ser encontrarlo.

Deambuló por la habitación de un lado a otro, y su mirada se centró un instante en las huellas de sus pies descalzos y ennegrecidos después de toda la noche, que habían dejado algunos rastros en la madera. Su corazón bombeó y torció la cabeza para volver a mirar las marcas. Recordó que la noche anterior, además de ver el cadáver de Anne, se había fijado en el suelo de la letrina. Pensó que aquellas letrinas eran mucho más lujosas que las que ella utilizaba en la zona de servicio y cómo las pisadas de orines recientes eran visibles sobre la madera clara, además de otra extraña forma que no se aventuró a adivinar.

Esas huellas…

Salió tan veloz de la habitación que el portazo hizo eco entre las paredes. Si tenía una pizca de suerte, las criadas aún no habrían limpiado del todo el escenario del crimen. Corrió por los pasillos, solo enfundada en su camisa interior y con las gafas puestas, haciendo caso omiso a las miradas desconcertadas de todos con los que se cruzaba. Tuvo suerte de que no fueran muchos, pues la mayoría de nobles aún estarían tirados en su cama con una resaca de mil demonios.

Tuvo que obligarse a frenar al enfrentar el pasillo. Para no llevar demasiado tiempo en aquel laberinto de salas y corredores, se había orientado bastante bien. La letrina estaba al fondo. Soltó un gruñido de

decepción al ver a las dos criadas que cuchicheaban cerca de la entrada con cubos de agua en las manos. «Maldición, demasiado tarde».

Al acercarse, las dos mujeres del servicio la miraron con curiosidad.

—Supongo que ya han acabado la limpieza.

—Aún no —repuso una de ellas, entrada en carnes y con mofletes sonrosados. Echó un vistazo a sus piernas desnudas bajo la camisa—. ¿Es costumbre de las extranjeras ir así? Y, dígame, ¿es cierto que su compañero asesinó a la duquesa?

Lawen suspiró para llamar a su autocontrol ante aquellas chismosas. Los rumores eran más rápidos que un vendaval. Probablemente, ya hubieran llegado hasta oídos del propio Queton sin siquiera levantarse de su cama en Greenstone. La ignoró y se apresuró a mirar el suelo.

La otra mujer comentó:

—Lo cierto es que hasta hace poco no nos han dejado venir hasta aquí. Costó sacar al doctor Rubens de la cama para certificar la muerte, al parecer tenía una borrachera de órdago. —Las dos soltaron una risotada—. No entiendo esa estupidez de certificar algo que es evidente…

—Ni yo —dijo la otra y no se molestó en bajar la voz—. Dicen que costó sacarla de ahí. Se había quedado tan tiesa que ha habido que sacarla con las patas abiertas.

—¿Me permiten que entre un momento? —Enfrascadas en su cháchara, ni siquiera la miraron mientras Lawen se colaba en la letrina.

El hedor fuerte seguía presente, y supuso que requeriría quemar muchos aceites esenciales para, con el paso del tiempo, eliminarlo. Había sangre, pero mucho menos de la que esperaba, algunas gotas esparcidas por la madera del asiento y el suelo. El vestido de la duquesa debía haber absorbido toda su esencia vital. Frunció el ceño y cogió una de las velas de los candelabros para iluminar el suelo. Exhaló con desesperación. Demasiados pies habían mezclado sus pisadas en la madera, así que se acuclilló para ver mejor. Tras un rato examinando las huellas de tamaño grande, encontró lo que había creído ver la noche anterior. Se acercó más para superponer su mano con la silueta por encima. Era la huella de una mano sanguinolenta. Una mano pequeña, de dedos rechonchos, a la que le faltaba el meñique. Igual que la de Tonrill. A poco distancia y paralela, había una huella parcial de la mano contraria. Las típicas marcas que alguien dejaría al incorporarse.

Lawen se rascó la sien derecha, pensativa. Aquello, más que inculparlo, le formuló una nueva teoría. Hizo el croquis mental de la situación. Alguien debía haber dejado a su compañero inconsciente y lo había arrastrado allí para situarlo en el lugar del crimen. Después le había impregnado las manos con la sangre de la duquesa. Negó con la cabeza. Demasiada tarea para una sola persona. Los tiempos eran demasiado ajustados. Intentó vislumbrar alguna pista más, pero la escena estaba demasiado contaminada por las diferentes personas que habían pasado por allí. Si había pensado que hallaría una pista fundamental para salvar el trasero de su compañero y el suyo propio, estaba muy equivocada.

¿Y Tonrill? ¿Habría visto a su atacante? ¿Podría darle algún dato que se le escapaba? Aún faltaban tres horas para que empezara la hora de visitas, pero, aunque le negaran el paso, pensaba estar en la puerta de la prisión y volver locos a los guardias hasta que la dejaran entrar. Puede que ellos siguieran órdenes reales, pero nunca se habían enfrentado a una Lawen Storm cabreada. Se levantó con decisión y salió de la letrina, indicándoles a las mujeres que podían continuar con su tarea.

Una de ellas llamó su atención mientras la otra se alejaba con un cubo.

—Señorita, creo que hay algo que debe saber… —Miró a su alrededor —. Vi a alguien correr por los pasillos de la zona de servidumbre ayer.

—¿Quién?

—El señor Jonathan Trevelian.

—Debió de enterarse de lo de su nieta.

Ella negó con la cabeza.

—Fue una hora antes. Estoy casi segura. Parecía muy asustado.

Lawen la miró y torció la cabeza. Jonathan había salido de la recepción en busca de su nieta. ¿Y si había visto algo que no debía? ¿Y si se había topado con el asesino? Después de la noticia del suicidio, se había marchado apresuradamente, pero, con todo el asunto del asesinato de Anne, apenas había prestado atención. Tenía que hablar con él cuanto antes.

Al echar a correr, chocó con uno de los cubos de agua y parte del contenido se esparció por el suelo. Miró cómo el líquido se esparcía por el mármol blanco hasta que un detalle llamó su atención. Ante la

mirada extrañada de la mujer, se puso a gatas y lo cogió para darle una vuelta entre los dedos.

Ya había visto un botón de seda azul como ese. Su boca se contrajo en una medio sonrisa.

«Maldito mentiroso. Te tengo».

XXXIX

Elegor

El pinchazo de una aguja en la cadera le trajo de vuelta al presente.

—¡Oh, lo lamento, príncipe Elegor! —El sastre le dedicó una inclinación de cabeza antes de apartarse—. ¿Y bien? ¿Cómo se ve?

Contempló el reflejo del espejo de bronce como si la silueta masculina con traje nupcial que le devolvía la mirada no fuera él mismo. El traje, elaborado con una tela exquisita y en tonos pardos, solo le produjo una sensación de desasosiego. El sastre lo miraba a la espera de un veredicto.

—Está bien. —Fue lo único que atinó a decir.

El hombre, con una cinta métrica alrededor del cuello, le pasó las manos por los hombros mientras estudiaba las prendas recién confeccionadas.

—Habrá que arreglar un poco la caída de los hombros en la sisa, pero le quedará como un guante. No se preocupe, pasado mañana estará listo —dijo, pensando que su gesto frío era fruto de la preocupación por no tener la indumentaria a tiempo—. Puede desvestirse.

Elegor dejó que lo ayudara a quitarse la casaca y el resto de prendas. Lo cierto era que se sentía frívolo al preparar su futura boda sin que aún hubieran enterrado el cuerpo de la duquesa de Cavalenti. El funeral, una ceremonia improvisada, tendría lugar al final de la tarde frente al templete de Efemerin del jardín. El mismo que, curiosamente, la propia Anne había estudiado cómo adecentar para su futuro enlace. A ese suceso se le unían los rumores de que la situación en las calles se encrudecía en cada jornada, por lo que acudir al templo principal de la ciudad quedaba descartado.

La guardia de palacio se diseminaba por las tierras de los Mansen, expectantes y en alerta. Todos con gesto adusto y la espalda recta. Se podía imaginar la severa reprimenda que debía haberles lanzado

Thurgo en la reunión que había tenido con la guardia al amanecer, al producirse un asesinato y un suicidio dentro de sus tierras sin que ninguno de sus oficiales lo hubiera impedido. Aunque Thurgo los había interrogado a conciencia, nadie había visto nada extraño; solo los movimientos propios de la fiesta. Muchos de los invitados habían tomado sus carruajes de vuelta a sus hogares a pesar del peligro en las calles. Si ahora el palacio tampoco era seguro, ¿qué lugar lo era?

Anne nunca había sido santo de su devoción, pero lo acaecido la noche anterior y la visión de su carne destrozada hacía que sintiera cierta compasión hacia ella. Todos los sucesos desfilaban por su mente entre una neblina rojiza para acabar con ese ultimátum que su padre le había dado a Lawen. No había visto a la investigadora en todo el día. Su padre había hecho todo lo posible por que los preparativos para la boda lo tuvieran lo bastante ocupado. Ni siquiera la pérdida de su amante lo había disuadido de cancelar su enlace. «Ahora, más que nunca, necesitamos demostrar que nuestra monarquía es fuerte», le había dicho en el despacho esa mañana, haciendo caso omiso de sus opiniones. ¿Había llorado a Anne? No lo sabía, se había presentado ante su hijo con una rabia vacía y extraña en los ojos, la de aquel que no tiene nada que perder.

El sastre salió de la habitación con una leve inclinación de cabeza. Un carruaje lo esperaba en la puerta para llevarlo de vuelta a la ciudad. La misma ciudad que ahora parecía odiar a todos los que se refugiaban allí. Elegor se volvió a vestir para ir a ver a su hermana y cruzó los pasillos de palacio hacia el ala este de la segunda planta.

Cuando estuvo frente a su puerta, tocó con suavidad con los nudillos. Le abrió una de sus damas de cámara y se apartó para cederle el paso. Dentro, Mavaris estaba incorporada en la cama vuelta hacia la ventana y pintaba uno de sus lienzos apoyado sobre una silla con la mano que no tenía inmovilizada.

—Pero ¿qué haces? —repuso él.

—Pinto.

—Eso ya lo veo. —Puso los ojos en blanco y cruzó la habitación para quedar frente a ella con los brazos cruzados—. Deberías descansar. Deja eso.

Mavaris apretó los labios y suspiró sin soltar la brocha de la mano izquierda.

—Demasiado aburrido es estar aquí sin enterarme de todos los chismorreos.

Elegor le arrebató la brocha de la mano.

—Más aburrido será si te curas mal y se te queda el brazo inútil. Ayer tenías mala cara cuando te fuiste.

Su hermana bufó y, con la excusa de que les trajera un té, despidió a su dama de compañía. En cuanto se hubo marchado, preguntó:

—¿Y bien? ¿Se sabe algo más? Por Vondal, me estoy comiendo las uñas desde que me he enterado. —Había frustración en su voz y se tocó la cara. Tenía varias manchas de pintura roja en los antebrazos—. ¡Y yo perdiendo el tiempo con el conde cuando por fin pasa algo interesante!

Elegor meneó la cabeza.

—¿Qué diría tu futuro esposo si se enterara de que hablas así?

Ella hizo un gesto con el brazo bueno para que le quitara importancia.

—Bah, ya me conoce lo suficiente. Nada le quitará las ganas de desposarse con la princesa, ¿no? Sería un idiota. —Suspiró—. ¿El funeral será esta tarde?

Elegor asintió.

—En fin, no puedo decir que lo lamente —reconoció ella—. No me malinterpretes, debió ser horrible, pero admite que ni a ti ni a mí nos despertaba demasiada amistad esa víbora. —Lo cierto es que tenía razón, y Elegor se descubrió pensando que era mejor que en aquella letrina hubiera estado Anne que su propia hermana. Ella siguió—: ¿Cómo está padre?

Su hermano se encogió de hombros.

—Peor de lo habitual. Se ha convertido en un hombre por completo inaccesible.

Ella suspiró y desvió la mirada al dibujo del lienzo donde apenas se veía un fondo degradado de verdes y rojos. Mavaris intentó recuperar su brocha con el brazo sano, Elegor la intentó esquivar y acabó con un brochazo en la mejilla. Ambos rieron. Por un momento, retrocedió en el tiempo a cuando solo eran dos chiquillos que jugaban entre los setos del jardín y que acababan revolcándose por el suelo. De pronto, la esquina de un viejo volumen gastado bajo la almohada acaparó su atención y alargó la mano para cogerlo.

—¿Todavía lo tienes? —preguntó, sorprendido, y leyó—: *Cuentos infantiles de la diosa Run*.

Mavaris asintió. Elegor sabía que era el único regalo que conservaba de su madre. Acarició las letras doradas en relieve de la portada como si sintiera a su progenitora en aquel gesto. Aquella época donde su padre no era un hombre frío e insensible. Meneó la cabeza. Parecía que aquel día no dejaba de traerle recuerdos del pasado.

Su hermana no quitó la mirada del libro, sumida también en sus pensamientos, hasta que alguien llamó a la puerta. Le sorprendió encontrar a la señora Micanstone, la madre de Muller, que les dedicó una inclinación de cabeza.

—Mis señores, disculpen. —Era una mujer de rasgos sencillos, pero con la misma aura elegante que su amigo había heredado—. El rey, dadas mis buenas referencias en la organización de eventos anteriores, ha querido que tome el mando de su futuro enlace, príncipe Elegor, ante la ausencia de… —Se retorció las manos, nerviosa, sin acabar la frase, como si hablara con un desconocido y no con el niño que correteaba con su hijo desde pequeños—. Me han dicho que se encontraba aquí. Necesito que me acompañe para supervisar un par de cuestiones sobre el banquete.

La pequeña burbuja de paz explotó. Al parecer, no era fácil escapar durante mucho tiempo de su destino. Elegor se encontró con la mirada de su hermana, que parecía leer a la perfección su expresión de desdicha. Le devolvió la brocha con una sonrisa cómplice y le dio un beso en la frente.

—Te quiero, ¿lo sabes? Así que ten cuidado o vendré yo a dislocarte el otro brazo.

Ella sonrió.

—Yo también te quiero —dijo. Antes de que se machara, lo llamó—. Elegor… —Él se detuvo a los pies de la cama y ella susurró—: Diga lo que diga padre, el honor no es lo más importante. Haz caso a tu corazón.

Él le sostuvo la mirada un instante. Mavaris lo conocía demasiado bien, y la intensidad en sus ojos le hizo sentir tan pequeño y perdido como si fuera el menor de los dos. Se despidió de ella y acompañó a la señora Micanstone por los pasillos mientras se cruzaban con otros habitantes de palacio. Aunque los nobles de la corte intentaban mantener la compostura, muchos estaban cabizbajos y alterables. Le

molestó que tuviera que haber un tercer asesinato para que se pusieran en tensión; al fin notaban el peligro cerca.

Lawen lo sospechó desde el principio, pero él se había negado a creerla. El asesino estaba allí, en alguna parte. Alguien que quizá se cruzaba con ellos en las fiestas, con quien habían compartido un té o una charla en una reunión. Tragó saliva, como si hiciera aquel recorrido por primera vez. Se cruzó con varios rostros que le ofrecieron saludos amables, y eso solo hizo que su ansiedad aumentara, porque, por primera vez, sentía que no podía confiar en nadie.

Era incapaz de saber quién podía estar mintiendo.

XL

Lawen

El carruaje de Jonathan Trevelian había sido interceptado por una multitud de maleantes de vuelta a su residencia tras dejar el cadáver de su nieta en la «casa de las almas» —que era como los santurrones de Longlake llamaban allí a la morgue—. Varios individuos habían atacado al cochero y habían dado una paliza al anciano. Cuando la guardia lo encontró, atareada con los distintos sucesos ocurridos en la capital a lo largo de la noche, el viejo señor Trevelian había muerto.

Y, con él, su único testigo.

Lawen no podía más que pensar en su tremenda mala suerte. No la iban a engañar; era demasiada casualidad. Para el resto del mundo, con la alteración que se vivía en las calles, no pasaría más que como un suceso fortuito, pero, para ella, era un ataque muy conveniente. Quien fuera que hubiera matado a Anne aquella noche sabía que el señor Trevelian, quizá por una desgraciada casualidad, había visto algo que no debía. Habían acabado con él antes de que el cuerpo de su pobre nieta se enfriara. Solo le quedaba alguien que podría arrojar luz al caso, y estaba tras unos muros grises e inexpugnables.

Llevaba diez horas en la puerta de la prisión del Monte Este. Diez horas sin haber conseguido que aquel maestre necio le permitiese hablar con Tonrill. El tipo, vestido ese día con una casaca azul chillón, había disfrutado al verla perder los estribos en la entrada de sus dominios.

«Lo siento, señorita Storm, pero está implicada en la investigación y está terminantemente prohibido que mantenga contacto con el acusado. Lo cuidaremos bien mientras se decide su destino, se lo aseguro», había dicho con una sonrisa cruel y pretenciosa en los labios. Los guardias de la puerta tuvieron que detenerla al arrojarse sobre él.

Chilló y se retorció, regalándole a alguno una buena patada en la entrepierna que le hubiera gustado que fuera directa a la del maestre.

Después de eso, se obligó a guardar la calma. Primero, intentó razonar con ellos, después, probó con intimidación y amenazas, y, más tarde, de nuevo volvió a intentar razonar. Los guardias la observaban con el mismo interés que a un insecto que revoloteaba junto a sus oídos. Habían recibido órdenes del mismísimo rey, y no importaba todas las palabrotas que una forastera pelirroja les soltara.

Pero ¿cómo iba a resolver el caso si el propio rey le ponía tantas trabas?

Comprendió, entonces, que Thurgo no tenía ninguna esperanza de que ella diera con la verdad. Solo quería entretenerla hasta la ejecución de Tonrill —y de ella misma— para que no diera muchos problemas en la corte. Al alzar la cabeza hacia el edificio, el nudo en sus tripas se apretó. Había visto con sus propios ojos cómo eran los métodos de *purgación* entre aquellas paredes. ¿Qué le estarían haciendo a su amigo? A lo largo de su despliegue de tácticas para cruzar al interior de aquella fortaleza, por último, se había dejado caer en la parte baja de la escalera con la esperanza de que se apiadaran de ella. Solo hubo un par de visitantes que entraron en el edificio y apenas le dedicaron una mirada de curiosidad. El tiempo pasó y el horario de visitas se acabó. Al anochecer, los guardias desaparecieron dentro del edificio y los pesados cerrojos de la puerta rechinaron al deslizarse.

El rey también le había retirado el carruaje disponible que les prometió en un principio, por lo que había tenido que sobornar a uno de los cocheros para que la llevara hasta allí, con más de la mitad de la bolsita de monedas anticipada que habían recibido de las arcas reales. Ahora, después de tantas horas, el cochero ya se había ido.

Sola, sobre las escaleras de la prisión, sintió que había perdido un tiempo precioso cuando más lo necesitaba. Debía buscar a Praston, mostrar la prueba que tenía y acabar con aquello de una vez por todas. Por desgracia, una vocecilla cantarina en el fondo de su mente le decía que la solución no era tan sencilla. Soltó un suspiro que fue a la vez un gruñido ronco. Para mejorar su suerte, la noche levantó una brisa fría e hizo restallar un rayo sobre el cielo. Poco después, una llovizna lacrimosa comenzó a caerle encima.

—¡Malditos sean Longlake y sus dichosos habitantes! —espetó con un grito. El cielo pareció responderle con otro trueno y la llovizna se convirtió en aguacero. Alzó la cabeza y le pareció ver una silueta recortada en una de las ventanas de arriba. No dudaba de que sería el maestre, disfrutando de su desesperación. Se levantó de las escaleras y le dedicó un corte de mangas antes de correr al amparo de uno de los árboles, aunque, con la poca densidad de sus ramas, la diferencia fue poco notable. Tendría que pasar la noche allí e intentaría convencer al primer visitante de por la mañana para que la llevara hasta la ciudad. Dejó caer la espalda por el tronco del árbol hasta quedar sentada en la tierra húmeda. Estaba al límite. Intentaba convencerse de que era fuerte, de que su mente siempre encontraba una salida hasta a los problemas más complejos; pero había una diferencia, siempre estaba con Tonrill si se quedaba atascada. Él era la llama brillante en medio de la ceguera. Y ahora no estaba. Por primera vez después de mucho tiempo, se sentía completa y absolutamente sola.

Intentó no llorar, porque, si empezaba, esta vez se rompería en mil pedazos. Pero la rabia y la impotencia fueron más fuertes que ella. La primera lágrima escapó y pronto el torrente de sus ojos se mezcló con el agua de lluvia. No supo cuánto tiempo pasó, perdida en su pozo de frustración. Empapada y tiritando, apenas fue consciente de que, ya de madrugada, alguien corría hacia ella en medio de la lluvia. Pensó que soñaba cuando vio los ojos de Elegor bajo la capucha de una capa negra.

—¡Vamos! —La tomó del brazo con firmeza para levantarla—. ¡No puedes quedarte aquí!

Ella desvió la mirada un instante hacia el edificio.

—Tonrill… —susurró.

—¡No vas a salvarlo si coges una pulmonía! —Le pasó el brazo por los hombros y la obligó a andar. Fue como si sus pies hubieran enraizado en ese tiempo, pero, cuando comenzó a moverse, se sintió mejor.

A la carrera, siguió al príncipe por la explanada de salida hasta el exterior. Un carruaje los esperaba. Elegor abrió la puerta con rapidez y rodeó a Lawen por la cintura para izarla al interior.

En cuanto el vehículo se puso en marcha, ella lo miró en la semioscuridad del asiento.

—¿Q-qué haces a-aquí? —No pudo controlarse y los dientes le castañearon.

—Evitar que cometas una estupidez —dijo él. Tenía el flequillo rubio pegado a la frente y la miraba con una mezcla entre indignación y preocupación. Le sorprendió ver que él se quitaba la capa negra y la chaqueta para echarle ambas prendas sobre los hombros.

—¿Cómo has s-sabido dónde e-estaba?

—Me han tenido ocupado todo el día con asuntos de… —se detuvo un instante breve—… la boda. Tras la cena, pregunté a la chica de las cocinas que tiene la habitación junto a la tuya, me dijo que habías salido y que aún no te había visto volver. Supuse que habías venido aquí. —Se manoseó el pelo y una lluvia de gotas salpicó el aire al esparcirlas—. Storm, sabía que eres tan obstinada que serías incapaz de marcharte sin haber obtenido lo que buscabas.

El tono irritado hizo que la pelirroja frunciera los labios.

—¡Pues no, no he obtenido lo que buscaba! —estalló, furiosa—. Tu querido padre me ha denegado la entrada para hablar con Tonrill. —Lo miró—. Sé que no ha sido él. ¡Todo ha sido una artimaña del maldito Duncan Praston! —Nombrar a Praston hizo que la mandíbula de su acompañante se endureciera—: ¡En cuanto lleguemos voy a denunciarlo! ¡Es un gusano mentiroso! ¡Y el pobre Jonathan! Tuvo que verlo, ¡por eso murió!

El resto de su retahíla fue una sarta de improperios e insultos variados. Casi notaba la rabia palpitándole en las venas como las burbujas revueltas de una cerveza. Elegor la zarandeó por los hombros sin aguantar más su explosión de rabia.

—¡Cálmate! —Su tono fue tan autoritario y la pilló tan de improviso que obedeció sin rechistar—. Respira hondo. Vas a contarme todo lo que hayas averiguado. Ahora.

Ella le devolvió la mirada sin pestañear. Jamás había permitido que nadie le diera órdenes. Sin embargo, algo en sus ojos, y en cómo se masajeaba la sien, le dijo que el heredero vivía una época de tensiones tan devastadora como la suya. Elegor Mansen había perdido a uno de sus mejores amigos, había descubierto que la vida en la perfecta corte se desmoronaba, que el pueblo lo odiaba y, además, estaba a punto de casarse con una mujer pedante y aburrida.

«Si él la encontrara pedante y aburrida, no se casaría con ella», le susurró la vocecilla deductiva, y ella estuvo a punto de darle la razón en voz alta. Por el contrario, se acurrucó en la chaqueta prestada mientras

le venía otro escalofrío y el olor del príncipe en la prenda le llenó la nariz. Por un instante, fue consciente de que estar junto a él en un espacio tan reducido la hacía sentir extrañamente tensa. Se dejó embriagar por ese aroma amaderado y pasó a relatarle todo lo ocurrido con Praston y su posterior hallazgo en la letrina, así como lo del abuelo de Rossane. Elegor la escuchó sin interrumpir su narración, lo que demostraba una contención muy superior a la suya.

—Vas a inculpar a Duncan Praston por un botón —resumió cuando acabó.

Ella asintió como si fuera evidente. Dicho así, sonaba un tanto estúpido, pero se negaba a ceder a su tono levemente sarcástico.

—Reconozco que lo del botón es extraño —murmuró él y se cruzó de brazos—. Pero ¿crees que le habría dado tiempo a salir del jardín, asesinar a la duquesa de Cavalenti, inculpar a Tonrill y marcharse?

—Um… hay posibilidades —respondió ella con cierta vacilación—. Si lo piensas con detenimiento y…

Elegor se inclinó hacia delante en su asiento para taparle la boca. Le sorprendía comprobar que el príncipe sabía que no había una forma más directa de callarla. El contacto de sus dedos, aún húmedos, con sus labios, fue extrañamente cálido.

—Lawen. —La forma en que pronunció su nombre hizo que ella tragara saliva—. Por mucho que me agrade la idea de que destruyas a ese tipo, Duncan tiene muchos enredos en la corte y cuenta con el apoyo real de mi padre, aunque se proclame miembro de los disidentes. Creo que, en el fondo, mi padre piensa que todo es de boquilla, como la mayoría de sus historias. Si vas a presentar una acusación contra Praston por solo un botón, él es demasiado hábil como para elaborar una teoría plausible. —Ella sintió que se desinflaba mientras Elegor retiraba la mano de su boca—: ¿A quién creerán? ¿Al noble que llena las arcas del rey o a la forastera cuyo compañero han hallado en el lugar del asesinato?

Lawen se mordió el labio. Odiaba que tuviera razón.

—Necesitas más pruebas, o te conducirás de cabeza a la horca en cuanto pronuncies la primera palabra. Sé que no estás convencida de que él sea el responsable.

Ella alzó una ceja.

—¿Por qué crees que no estoy convencida?

—Eres buena en tu trabajo —murmuró él sin apartar la mirada de su rostro—. He visto el empeño que pones cuando tienes una certeza. —Bajó la voz a un susurro—: Aún recuerdo el brillo de tus ojos cuando Yorgen confirmó lo de la magia negra. —Esa confesión la hizo sentir como si estuviera desnuda frente a él. ¿Cómo era posible que alguien supiera leer en su interior con tanto ahínco?

Carraspeó para aclararse la garganta y apartar esa línea de pensamientos y lo que la hacían sentir. No estaba preparada para lidiar con un frente más. Un nuevo escalofrío la hizo temblar, y él se inclinó hacia delante para frotarle los hombros. Notó el calor de sus manos a través de la ropa y se maldijo al notar que le agradaba demasiado. Su coraza se abrió, apenas un instante, para reconocer en voz baja:

—Es la primera vez que me siento tan perdida. Hay algo que se me escapa.

—Reconocer eso debe costarle horrores a tu orgullo —dijo él, levantando las cejas.

—No sabes cuánto. Si se lo dices a alguien, tendrás uno de mis cuchillos en la garganta.

—Amenazar a un miembro de la realeza. Eso sí es ser una loca imprudente.

Intercambiaron una sonrisa cálida que llenó el minúsculo habitáculo de una sensación de serenidad que ambos necesitaban. Elegor suspiró.

—El trato que hiciste con mi padre fue un suicidio —reconoció—. Podrías haberte marchado de aquí, pero Tonrill tiene suerte. Es increíble que alguien tan obstinado como tú se juegue su propia vida para salvar la suya.

Ella se encogió de hombros.

—Es lo que hacen los amigos.

Elegor soltó una risita amarga.

—No. Es lo que haces tú, Lawen Storm.

Hubo un instante de silencio. Ni siquiera se había dado cuenta de que se habían ido acercando en la oscuridad del carruaje. Ella miró su boca, perfilada entre la barba rubia bien recortada.

«No —dijo esa parte analítica de su mente—. No pases la línea».

Elegor tragó saliva con dificultad. Sus ojos grises se habían oscurecido y la serenidad se convirtió en una tensión abrasadora. Sin apartar la mirada de la suya, una de las manos del príncipe se levantó con

lentitud. El dorso de sus dedos le acarició la mejilla y dejó un reguero chispeante en su recorrido hasta el cuello. Lawen cerró los ojos y jadeó ante el contacto. De golpe, había olvidado el frío. Sus labios, a escasos centímetros, se acercaron para rozar los de él. Una quemazón se arremolinó en su estómago, y, cuando la mano de él se hundió entre su pelo para juguetear con el punto más sensible de su nuca, la detuvo con la suya antes de que fuera demasiado tarde. Para ella. Para él. Para ambos.

—No…

Elegor se retiró y se pasó la mano por los labios, como si quisiera guardarse ese beso dulce en el rincón de los pecados que reconocer ante sus dioses.

—Lo sé. —Su respuesta fue un gruñido.

—Sea lo que sea *esto* —Lawen hizo un gesto con la mano para abarcarlos a los dos—, es un problema. Así que vamos a ignorarlo. —Se deslizó hacia la derecha en el asiento para poner distancia de por medio y volvió a su tono práctico habitual—. Gracias por venir a recogerme, pero tengo que trabajar y largarme de aquí lo antes posible.

Elegor la estudió en silencio.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo, por mucho que me pese.

Había un deje amargo en su voz difícil de ignorar, pero decidió callarse. No podía desviar su mente a favor de sus deseos. Le quedaba un día escaso para esclarecer el asunto y debía tener todas sus capacidades deductivas a punto. Elegor tenía razón. Su mente le decía que la respuesta no era tan sencilla. Praston no era el asesino, y el botón, aunque no fuera suficiente para incriminarlo, sí lo situaba allí. Si Duncan Praston sabía quién era el asesino, tenía que sonsacarle su identidad costara lo que costase.

XLI

Elegor

El príncipe heredero oyó las protestas del noble con una mano en la sien. Para seguir las órdenes de su padre, había estado toda la mañana tranquilizando a los recién llegados de la nobleza, que, asustados, acudían al palacio de los Mansen para huir de la situación en el centro de Longlake.

—Tengo un hijo pequeño, y tenemos miedo, príncipe Elegor.

Aunque su padre quisiera ocultarlo, los informes que llegaban sobre las revueltas de la ciudad cada vez pintaban peor. Los templos de varios distritos de la clase media habían sido ultrajados; la gente protestaba en las calles, derribaba estatuas y acosaba a los nobles con los que se cruzaba. Muchos permanecían confinados en sus hogares después de haber oído cómo atacaron el carruaje de Jonathan Trevelian.

Y ya se habían oído las primeras voces propagandísticas que susurraban que «los disidentes traerían el cambio». ¿Quién instigaba a las masas? A la hora de interrogar a los ciudadanos más agitadores, nadie parecía conocer nombres concretos. O bien sus miembros sabían cubrirse las espaldas, o el pueblo mentía. Thurgo estaba más que desquiciado.

Lo único que habían sacado en claro era el símbolo de esa revolución: el contorno de una rosa. Uno muy parecido al que había visto en la frente de Anne de Cavalenti.

¿Qué significaba aquello? ¿Una firma? ¿Una alusión a la forma de morir de las víctimas? ¿Lo sabía Lawen? Obvio. Era consciente de que no compartía todo lo que sabía con él, y no la culpaba, él mismo estaba cada vez más neurótico en cada paseo por los pasillos de palacio. Tras la confesión del hallazgo de Lawen la noche anterior, supo que acusar a Praston de aquella forma sería un error. El astuto comerciante se las ingeniaría para explicar la presencia de uno de sus botones cerca de las

letrinas. Y, con lo irascible que estaba su padre, una acusación de aquella magnitud podía significar condenarla a muerte de inmediato.

Volvió al presente para prestar atención a la conversación de sus interlocutores.

—Es algo temporal, archiduque Westcon —explicó tras haber oído sus quejas—. El palacio es lo bastante grande como para acoger a su familia, igual que a la de los demás nobles, pero tienen que guardar la calma.

—Es difícil mantener la calma si entre estas paredes también mueren los nuestros, majestad —espetó una mujer con un vestido amarillo de volantes bastante llamativo—. Nuestras familias contribuyen copiosamente a la corona, igual que la difunta duquesa de Cavalenti, como para no poder garantizarnos una seguridad.

Elegor suspiró. El salón, aunque grande, parecía hacerse más pequeño conforme la indignación de los allí congregados crecía. Apretó los puños. Thurgo le había dejado el trabajo sucio mientras se ocupaba de los rituales funerarios de Anne.

La conversación duró una hora y, cuando acabó, mandó a los sirvientes a que acompañaran a los nuevos visitantes a sus habitaciones. Se dejó caer en el sillón del salón de recepciones y dejó vagar la mente. ¿Cuánto duraría aquello?

Un hilo en sus pensamientos se centró en Lawen. La noche anterior había estado tan cerca de traspasar la barrera… Siempre había respetado los cauces de su religión y de sus normas con facilidad. Jamás una dama le había tentado lo suficiente como para plantearse siquiera un escarceo contra-Efemerin. Ninguna. Hasta ahora. Solo evocar su rostro mojado y el cabello rojo goteándole sobre los hombros hizo que se tensara. ¿Era solo una atracción? ¿Un comportamiento propio de su instinto? ¿O era más? Descubrió que lo desquiciaba y lo perturbaba a partes iguales. Admiraba la pasión con la que analizaba cada detalle a su alrededor, como un animalillo curioso y exótico, y el tesón de sus preguntas imparables. Quería conocer más de su pasado, de cómo llegó a ejercer su trabajo, de esa mancha en su memoria que le decía que la habían hecho sufrir en una relación anterior…

Una mano en su hombro lo sobresaltó. Se sintió culpable en cuanto vio el rostro de Regina.

—Te estaba buscando, querido. —La confianza con la que ella pronunció el apelativo hizo que él tensara la mandíbula—. Tenemos que decidir los adornos florales.

—Cierto. Lo había olvidado.

Ella no tardó en cogerse de su brazo mientras recorrían los corredores de palacio para salir al jardín. Regina no dejaba pasar una oportunidad de mostrar su orgullo por ser la elegida de las arenas para contraer matrimonio con el mismísimo heredero.

—¿Te ocurre algo? —inquirió su prometida al percatarse de que él no participaba en su conversación sobre si la tarta de grosellas era demasiado ácida para el banquete.

Elegor carraspeó. Su mente estaba en cualquier parte menos en decidir un insignificante postre.

—No —mintió—, solo… me parece muy frívolo planear nuestra boda con todo lo que está pasando fuera del palacio. Las revueltas, la gente…

Regina hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Se calmarán. Siempre ocurre lo mismo. A veces, el pueblo raso se olvida de cuál es su lugar.

Elegor la miró mientras ella se apartaba el bucle del pelo que le caía sobre el hombro. Cada detalle de su atuendo estaba decidido con inteligencia. Todo era perfecto. El pelo; las joyas, que hacían juego con el exquisito vestido de color manzana, y su sonrisa. Era como estar ante una actriz que siempre cumplía su papel. Criada para no dejar nada al azar, había expresado su último comentario sin vacilar. No era su opinión, era lo que le habían *enseñado* a opinar. La venda de seda con la que le cubrieron los ojos de niña nunca se había retirado. Por mucho que Elegor lo intentara, Regina McDought estaba destinada a ser solo eso: una muñeca de la corte.

Miró las rosas que adornaban su pelo, al menos, esta vez, eran blancas. Pero la visión de esa flor lo seguía llevando una y otra vez a los asesinatos.

—¿Por qué llevas rosas siempre que nos vemos? —preguntó de pronto.

Ella pareció confundida.

—Yo…, como siempre hay rosas por palacio, pensé que era tu flor favorita.

—Ni por asomo.

Ella frunció el ceño, luego abrió la boca como si acabara de caer en la cuenta. Regina no pensaba más allá de sí misma, solo era una cáscara bonita. Cuán diferente era de Lawen. Todo en la forastera era natural y espontáneo. No tenía pelos en la lengua para decir lo que pensaba y no se dejaba manipular por nadie. Era una mujer difícil, pero era una mujer real.

Tragó saliva. Una veintena de sirvientes trabajaban para poner a punto el jardín. Subidos en escaleras de madera, algunos hombres cortaban los setos mientras otros colocaban una larga alfombra roja en el centro que iría desde la salida trasera del palacio hasta el templete central. Dirigió un par de saludos a todos con los que se cruzaba, pero Regina se limitaba a ignorarlos de forma deliberada.

El jardín de palacio era enorme, casi dos hectáreas y media de zonas ajardinadas. Uno de los espacios favoritos de su madre que, por suerte, Thurgo había ordenado conservar en perfectas condiciones en su memoria. Torcieron hacia la derecha desde el camino principal para dirigirse hasta el invernadero. Una estructura acristalada donde el jefe de jardinería, un hombre calvo y rechoncho, los esperaba. Dentro, ya les había preparado una selección de combinaciones florales imponente.

Embriagado por la mezcla de olores dulces, Elegor se vio sometido a un torturador debate sobre gardenias, hortensias y demás especies. Asintió vagamente cuando Regina le pidió su opinión sobre una variedad en concreto mientras sentía cómo perdía el tiempo. Debería estar con Lawen e intentar ayudar en su investigación contrarreloj. Sabía que la mujer se había propuesto volver a hablar con Duncan esa mañana, y él, a espaldas de su padre, había hecho un trato con uno de los cocheros para que ella dispusiera de transporte con toda libertad y no volviera a ocurrir lo de la prisión.

Oyó con vaguedad cómo Regina salía con el jefe de jardinería al exterior para darle unas cuantas indicaciones de dónde quería los arreglos florales. Elegor se internó en uno de los pasillos del invernadero. Había una hilera de brotes recientes que no supo determinar, otras plantas de hojas exuberantes que se desplegaban por encima de su cabeza y algunos árboles frutales jóvenes. A la izquierda, se acercó a ver una ristra de injertos de varias especies, además de una dedicada en exclusiva a las rosas de varios colores. Los capullos tímidos aún estaban cerrados sobre sí mismos, esperando el momento en que

los trasladaran a su futura ubicación en el jardín exterior o a los jarrones de palacio. El color rojo le evocó a Anne, con la carne deshecha entre los tallos de espina. De reojo, a través de la cristalera, vio las figuras de su prometida y del jardinero, que se alejaban por la explanada.

De pronto, un ruido de pasos apresurados le sorprendió. Oculto por las enormes hojas, se asomó para ver cómo una figura bordeaba el pasillo más lejano del invernadero hasta un tablero de madera con varios sacos de rafia. La silueta comenzó a rebuscar con insistencia entre los sacos, abrió uno, cogió un puñado y lo metió en una bolsita de tela pequeña. Quizá fue por la actitud misteriosa y callada del sujeto, pero algo le impidió revelar su presencia y se quedó en silencio, observando. Avanzó con la cabeza gacha entre las plantas.

Frunció el ceño al reconocer a René, una de las chicas de las cocinas, quien volvió la cabeza un instante hacia la entrada al oír un ruido, como si temiera ser sorprendida. Después, volvió a rebuscar en los saquitos y, al poco, la oyó soltar un suspiro de triunfo, abrir uno y sacar un puñadito para meterlo en otra bolsita. Repitió el proceso tres veces, se los guardó por dentro de la cinturilla de la falda y salió a toda prisa.

Cuando Elegor comprobó que se había marchado, salió con cuidado para acercarse hasta el tablero con los sacos de rafia. Había más de treinta y cada uno tenía un papelito amarillento colgando de un cordel escrito en lengua latina. Su condición de príncipe le permitía conocer las lenguas de reinos vecinos e incluso de algunas de las islas más lejanas, pero el latín era una lengua en desuso desde hacía bastantes años. Toqueteó los saquitos, recordando cuáles le había parecido que había tocado la muchacha.

—Elegor, querido, ¿qué haces? —La voz de Regina lo sobresaltó desde la puerta. Ella y el jefe de jardinería lo miraban con curiosidad.

Elegor no respondió a su pregunta y se dirigió al hombre:

—Estos sacos…

—Son de semillas, majestad —respondió—. Están etiquetados con el nombre de la especie. Son los que utilizamos para germinar los brotes aquí antes de pasarlos al jardín principal.

Elegor asintió y, con cierta brusquedad, señaló uno de los saquitos: el tercero por la derecha en la segunda fila.

—¿Podría decirme de qué es este?

El hombre se acercó para inspeccionar la etiqueta.

—*Tulipa cretica*. Tulipán rosado.

Elegor llevó la mano a otro.

—¿Y este?

—Elegor, cariño, no entiendo que… —Oyó decir a Regina por detrás, pero él le hizo un gesto para que guardara silencio. Miró al jefe de jardinería.

—Ese es de azucena. *Lilium candidum* —respondió.

Volvió a mirar los sacos y dejó caer la mano hasta el último de la fila inferior. Su corazón dio un vuelco y comenzó a latir más deprisa al reconocer la primera palabra.

—*Rosa MacDub* —susurró.

—Es una especie de rosa roja trepadora —le confirmó el hombre—. Sus tallos son largos y pueden alcanzar los tres metros y medio.

Elegor sintió que un agujero se abría bajo sus pies. No podía ser una coincidencia, ¿verdad? Su mente comenzó a repasar los indicios con rapidez. La muchacha estaba dentro de la corte. Su condición de sirvienta en las cocinas le permitía pasearse por todos los lugares de palacio sin levantar sospechas y, además, tenía acceso a las comidas que se les dispensaban. No habría tenido problemas para introducir la droga en las copas nupciales, junto a algo más. Tampoco le habría supuesto mucho esfuerzo sorprender a Anne ni engañar a Tonrill. Era una pieza del rompecabezas.

—Si me disculpan, tengo que marcharme.

XLII

Lawen

—¿Puede tomar un atajo?

El cochero intentó hacerse oír por encima de la multitud para decirle que no. Lawen pateó el suelo del carruaje con un suspiro de resignación.

La suerte la esquivaba los últimos días. Tras comprobar que Praston no había aparecido en la corte desde la noche del asesinato de Anne, comenzó a hacer preguntas. Consiguió hablar con un tipo que lo acompañaba en algunas ocasiones en sus viajes de negocios, quien le dijo que el señor Duncan había recibido un acuerdo comercial urgente que lo obligaba a ausentarse un par de días. «Qué oportuno». No se creyó ni una palabra.

En cuanto había amanecido, se había desplazado a la zona alta de la ciudad, gracias al carruaje que Elegor había puesto a su disposición. Aunque sabía que el estilo aristocrático del vehículo lo hacía un blanco fácil para las multitudes enfurecidas de las calles de Longlake, se había arriesgado.

Y todo había sido en vano. Se había plantado frente a la casa de Duncan Praston sin demasiados inconvenientes, con la esperanza de pillarlo desprevenido. Sin embargo, su optimismo se desvaneció cuando una sirvienta confirmó que el señor Duncan se había marchado. Tampoco la creyó. Lawen había asentido con aparente inocencia y luego había simulado marcharse. Después, ordenó al cochero aparcar dos calles más atrás y regresó a la casa a pie. Esperó tres horas agazapada en una esquina, con la idea de que, en cualquier momento, aparecería su sospechoso y ella lo pillaría in fraganti con una sonrisa triunfal. Eso no sucedió y, cansada, al ver cómo el tiempo corría en su contra, volvió hasta el carruaje.

El problema llegó al atravesar la ciudad de vuelta y toparse de frente con una refriega entre la guardia y los ciudadanos. La situación era mucho más grave de lo que el dichoso Thurgo hacía creer a sus súbditos. Ante la negativa del cochero de tomar un atajo, la pelirroja abrió la puerta del carruaje y salió para mirar desde una distancia prudente. Varias personas protestaban entre gritos, mientras uno de ellos les hablaba con fervor, montado encima de un barril. La guardia intentaba llegar hasta él para acallarlo, pero sus seguidores, entre empujones, no se lo permitían.

—… ¿Y acaso no se revolvieron los otros dioses contra Tegra? ¡El cambio debe llegar y está en nuestra mano alcanzarlo! —El orador hizo una pausa dramática—. En memoria del pobre Terence, que fue ajusticiado por el capricho del rey…, ¡y de todos los que han muerto por su mala gestión!

La multitud estalló con los puños en alto para apoyar su postura.

—¡No tengáis miedo, ciudadanos de Longlake! —volvió a la carga el hombre—. Los disidentes me han abierto los ojos y quiero que todos los abráis también. El rey nada en la abundancia mientras morimos de hambre. Los nobles llenan sus copas de vino y nosotros de agua infecta que nos acarrea enfermedades. —Un guardia se escurrió entre la multitud, pero un rebaño de manos logró agarrarlo para lanzarlo al suelo. El brillo de las insignias de su uniforme se perdió en un mar de patadas y gritos de rabia—. El diálogo con Thurgo Mansen ya no es una opción… ¡La sangre es lo único que nos queda!

Lawen tragó saliva al ver que el orador se sacaba algo de la ajada chaqueta y lo desenvolvía. Enseñó a la multitud un trapo amarillento con el dibujo de una rosa y lo hizo ondear ante los vítores. La investigadora sintió el peso de la conexión en las tripas. Era la misma imagen que se repetía una y otra vez en la celda de Juliane y la misma que había visto en la frente de Anne de Cavalenti.

De repente, cayó en la cuenta de que había visto a ese hombre antes. Era Charles, el anciano representante del pueblo que había tenido audiencia con el rey unos días atrás. Su imagen de ciudadano atemorizado y servil había desaparecido para aflorar la ira que le corría por las venas. La muerte de su joven compañero lo había transformado, y esa rabia, en la figura de un líder respetado por el pueblo, era muy peligrosa. La insistencia de Lawen por evitar ese ajusticiamiento fue

justo por ese motivo. En un lugar donde la fe era un escape a las desgracias de la vida, el propio rey había dado una razón para que los que aún le eran fieles la perdieran. Sin fe, todos aquellos pobres ciudadanos ya no tenían nada que perder.

—Mañana se celebra el enlace del príncipe —anunció Charles—. ¡Y no vamos a permitir que el yugo de los Mansen continúe! ¡Invadiremos el palacio y destrozaremos a toda su estirpe!

«Mierda. La torre está a punto de caer».

La multitud lo secundó y se desató el caos. Hubo un disparo de un mosquete y luego otro más. Gritos y olor a pólvora. Gente corriendo y el llanto de un niño en una calle aledaña. Incapaz de seguir allí para contemplar la irracionalidad del ser humano, volvió al carruaje.

—Más le vale encontrar un camino para salir de aquí si no quiere que acabemos con un tajo o un tiro en el gaznate.

El cochero, pálido como una vajilla de porcelana cara, tuvo que controlar a los caballos y los hizo girar para desandar el camino. En medio de toda aquella confusión, tuvieron una pizca de suerte al encontrar casi despejada una de las calles. La maniobra supuso dar un rodeo a toda la ciudad, pero consiguieron enfilar el sereno camino que salía de la urbe y se adentraba en la campiña, lejos de los gritos y los sonidos de refriega.

Mientras veía pasar los terrenos verdes a través del cristal, Lawen dejó vagar la mente. Su mayor sospechoso había desaparecido y el tiempo apremiaba. Nunca había sido una persona poco realista, y esta no iba a ser una excepción. Debía aceptar que no iba a cumplir su pacto con el rey. Su destino y el de Tonrill estaban casi sellados con una soga al cuello. Sin embargo…, si se callaba lo que acababa de oír en las calles, si dejaba que la multitud tomara el palacio… Quizá aún tenían una oportunidad de salvarse y… Frunció los labios y bajó la mirada. Ese plan tenía un tremendo inconveniente: Elegor. Por mucho que intentara mantener la cabeza fría, la idea de que el príncipe muriera a manos de una multitud exaltada le resultaba inaceptable. No podía permitirlo. ¿O sí? Al fin y al cabo, solo hacía unas semanas que lo conocía, pero ¿desde cuándo conocía a Tonrill? De toda la vida. ¿Iba a dejarlo morir si había una posibilidad de salvarlo? ¿Solo por la seguridad de un hombre que hacía que el corazón le latiera más deprisa?

Se desabrochó un botón de la camisa. El resto del recorrido hasta palacio se le hizo eterno, como si todos esos pensamientos y dudas se hubieran hecho corpóreos en el habitáculo y le apretaran los pulmones. Era mediodía y los rayos de sol aún lamían los jardines. Pestañeó al bajar y ver a toda aquella servidumbre en movimiento hasta que recordó que preparaban una boda. Avanzó por los impresionantes jardines y admiró el templete donde tendría lugar el enlace, adornado ya con guirnaldas de flores y lleno de cuencos con incienso y hierbas de un aroma penetrante. Las estatuas de los dioses contemplaban el trabajo del servicio con miradas indulgentes. Unos cincuenta bancos de madera ya estaban colocados frente al altar. Después de llegar del exterior, de los gritos, los disparos y la rabia, era como aterrizar en un lugar diferente, anclado en su propia burbuja.

«¿Y qué pasaría con todos los miembros del servicio si la revuelta irrumpe en palacio?», se preguntó. Había tenido el placer de conocer a algunos de ellos, y, aunque lo que ocurriera con aquel nido de serpientes con casacas de seda y sonrisas estudiadas de la corte le daba igual, todos los sirvientes solo serían más víctimas inocentes. La decisión estaba tomada.

Cruzar el jardín esquivando tanta gente ocupada no fue fácil. Cuando entró en palacio, el interior ofrecía una imagen decorada igual de monumental. Se centró en encontrar a Elegor y preguntó a un par de sirvientes que acarreaban un sillón de terciopelo. Los dos le echaron una mirada reticente, obviamente informados de los rumores sobre Tonrill y ella, pero le respondieron que el príncipe estaba en la sala de ocio masculina. Sabía que el rey no la escucharía, pero él sí.

Ni siquiera se molestó en llamar y abrió la puerta como una exhalación. Varios pares de miradas se sorprendieron de que una dama irrumpiera en la estancia, como si fuera terreno vetado al sexo opuesto. El ambiente desprendía un aroma fuerte, mezcla de humo de pipa y licor. Reconoció a Muller y a varios altos cargos de la corte en un rincón, aunque no recordaba haber interrogado a ninguno de ellos. Elegor se sorprendió al verla allí y le clavó la mirada en una pregunta muda. Ella se acercó y lo tomó del brazo en un gesto muy lejos de lo protocolario.

—Tenemos que hablar. Ya.

Si alguno de los presentes se escandalizó, no dio muestra de ello más que para fulminarla con la mirada. El príncipe dejó que lo condujera

hasta la otra punta de la habitación y, antes de que ella pudiera hablar, tomó la palabra:

—Te he estado buscando. —Había urgencia en su voz—. Tienes que saber que…

Ella lo interrumpió, incapaz de contenerse.

—Detén la boda.

La cara de Elegor se contrajo de extrañeza.

—¿Qué?

Lawen fue entonces consciente de que su tono brusco le habría creado extrañas ideas y sacudió una mano en el aire para intentar explicarse:

—Es decir, me da igual cuándo te cases con doña Perfecta, pero no puede ser mañana. Los disidentes planean irrumpir en palacio durante la boda. Quieren acabar con el legado de los Mansen.

Elegor se revolvió el pelo con una mano. Su rostro era una máscara de preocupación.

—¿Dónde has oído eso?

—En la ciudad —explicó ella—. No ha habido forma de dar con el maldito Praston, y eso que he esperado junto a su puerta durante…

—¡Oh, veo que tenemos una deliciosa invitada en la sala masculina!

La voz que la interrumpió desde la puerta hizo que se le desencajara el rostro. Giró la cabeza a pesar de que sabía a quién pertenecía. Desde la entrada, el mismísimo Duncan Praston la observaba con su habitual gesto pícaro en la mirada.

—Es justo lo que iba a decirte —susurró Elegor por lo bajo—. Llegó después de la comida. Es habitual tener una pequeña reunión con los amigos el día antes de la boda.

—¿Estás de fiesta con todo lo que está pasando? —Alzó una ceja. No podía creerlo.

—Sería extraño que no se celebrara —se apresuró a explicar él—. Es una tradición.

—Así es, diosa pelirroja. —Duncan llegó hasta ellos—. Y, aunque su presencia sea un deleite a mis ojos, la tradición manda que hoy nada de mujeres. —Le pasó a Elegor un brazo sobre los hombros y fijó su mirada en la de él.

Lawen resistió la tentación de cruzarle la cara después de todo el tiempo que la había hecho perder. Y allí estaba, con una apariencia

perfecta y el gesto lobuno y retador en el rostro. No se habían visto más desde la noche del baile, y la lengua le hormigueó por todas las preguntas que quería hacerle. ¿Qué diablos hacía allí? Esa maniobra estaba fuera de sus maquinaciones. ¿Por qué exponerse en la corte? Si ella decidía inculparlo, él no podría escapar. Lo más sensato habría sido marcharse tal como suponía que habría hecho, pero presentarse con tanta ligereza… ¿Por qué? La realidad le explotó en la cara cuando Duncan volvió a hablar para dirigirse a Elegor.

—Perdón por el retraso, pero, en cuanto llegué de resolver unos asuntos comerciales, me dirigí al despacho de su majestad por un asunto urgente. —Hubo una pausa y, aunque ninguno preguntó, él miró de reojo a los demás, enfrascados en su conversación, antes de bajar la voz como para compartir un secreto—: El pueblo planea un ataque al castillo mañana durante la ceremonia nupcial. He visto necesario avisar al rey para que extreme las precauciones en los exteriores del palacio.

Lawen abrió la boca y después volvió a cerrarla. Notó que Elegor la miraba de reojo, pero el príncipe fue capaz de reponerse antes que ella.

—Justo la señorita Storm había venido para contármelo. Ha oído algo de eso en la ciudad.

Duncan la miró con una sonrisa extraña.

—¿De verdad? ¿Ha visitado la ciudad con todas estas terribles revueltas? —Giró la cabeza para estudiarla—. Me pregunto qué debe ser tan importante en su investigación como para que se ponga usted en peligro, señorita.

Las ganas de arrearle se intensificaron a extremos alarmantes, pero se limitó a matarlo con la mirada. Sus ojos tenían un rastro desafiante; las tornas se habían cambiado, ahora era él quien jugaba con ella. ¿Y qué iba a hacer Lawen ahora? ¿Presentarse frente al rey para acusarlo por un mínimo botón? ¿Cómo iba a inculpar a ese «fiel» súbdito de la corona?

Meneó la cabeza de forma imperceptible al saber que había perdido su única oportunidad de salvarse. Ese Duncan era un hueso duro de roer y ella no había conseguido ni hacerle una muesca. Notó como si una neblina espesa cubriera toda su capacidad deductiva. Por primera vez, tenía la sensación de ser una impostora en su trabajo. Tan afectada estaba que ni siquiera se dio cuenta de que Praston se había apartado y Elegor le estaba hablando.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió de forma automática.

—Escucha, hay otro asunto del que tenía que hablarte —siguió él—. Hoy he visto a René, una de las chicas de las cocinas, en el invernadero.

—Sé quién es —cortó ella. Su mirada estaba aún clavada en la espalda del dichoso Duncan.

—Se llevó varios tipos de semillas. Uno eran semillas de rosa.

Aquello hizo que se centrara de nuevo en él. Torció la cabeza.

—¿René? ¿Semillas de rosa? —Sabía que parecía estúpida al repetir sus palabras, pero su mente necesitaba centrarse para examinar el dato. Se quedó un momento en silencio. René era un encanto, marcarla de sospechosa por esa casualidad haría reír a Tonrill—. No debería ser un dato extraño, ¿no?

—Tú, la persona más desconfiada que conozco, ¿no ves nada extraño en eso? —inquirió él—. Tiene una buena posición en el castillo. Puede estar conectada. Piénsalo.

—Me iré a mi cuarto a repasar mis anotaciones, pero esa línea de investigación no creo que lleve a nada. —Y añadió con amargura—: Ninguna lo parece. Disfruta de tu fiesta.

Caminó para salir del salón. Necesitaba estar sola y ahogar todos esos demonios que le susurraban que estaba muy cerca del fracaso.

XLIII
Elegor

Hizo de tripas corazón para soportar aquella tarde entre charlas insustanciales, licores y algunos juegos de azar. Había rechazado una partida de caza en los terrenos cercanos y sabía que rehusar también aquella reunión no estaría bien visto. Al fin y al cabo, no quería ganarse las asperezas de todos aquellos hombres a los que un día tendría que liderar. También había que reconocer que, después de los sucesos de los últimos días, todos necesitaban un rato de evasión.

Para poner la guinda en el pastel, Thurgo había ordenado celebrar una opulenta cena sin escatimar en gastos. Pato asado, cerdo especiado al vino y varias guarniciones con una olorosa salsa ambarina. Había mandado desempolvar un par de barriles de la mejor cosecha de la bodega, y el líquido llenaba las copas de los comensales en plena algarabía.

Elegor, sentado a la mesa y vestido con una casaca azul corintio, tragó con dificultad el trozo de carne que acababa de llevarse a la boca. La mayoría de los presentes no parecía conocer el presunto ataque que se planeaba contra el palacio a la mañana siguiente.

El rey se había negado a cancelar el enlace aludiendo a que sería un gesto de debilidad. La boda continuaría adelante, y para ello ya había organizado un exhaustivo plan de defensa en los alrededores de palacio. Todos los soldados se desplegarían para no dejar ningún recoveco sin vigilancia. Elegor solo deseaba que los rumores fueran falsos y que el ataque no se produjera. No soportaría ver cómo se derramaba más sangre.

Mientras tanto, los asistentes a la cena, todos miembros de la corte, disfrutaban de la velada en un ambiente cálido y agradable. Aunque el asesinato de Anne hubiera despertado las alertas de muchos de ellos, la cena estaba sirviendo para que se relajaran. Elegor se maravilló de su

capacidad para olvidar los temas peliagudos, porque él era incapaz de dejar de pensar en todo lo ocurrido en las últimas semanas. Suspiró al ver que justo eso era lo que le aguardaba el futuro: una legión de seguidores vacíos que pasaban de un tema a otro en lo que duraba una inspiración. Ahora, la conversación de la noche giraba en torno a dos cuestiones fundamentales: cómo sería la boda del heredero y cuándo se celebraría el ajusticiamiento de los dos forasteros de Greenstone.

Entre los murmullos que llegaban a sus oídos, era obvio que todos daban ya por hecho que Lawen y Tonrill acabarían en la horca. Apretó el tenedor tan fuerte contra la servilleta que sus nudillos empalidecieron.

—Y, dígame, majestad, ¿los nobles de la ciudad podrán asistir? —El padre de Regina charlaba con el suyo. Thurgo negó con la cabeza. La expresión seria y vacía desde la noche del asesinato de su amante no se había desvanecido, y Elegor dudaba de que alguna vez lo hiciera. Parecía haberse incrustado en sus facciones.

—Me temo que es demasiado arriesgado —confesó el rey—. He dado orden directa de que permanezcan recluidos en sus hogares. Por seguridad, mañana fortificaremos todos los accesos al palacio. No entrará ni saldrá nadie, conde McDought. —Elegor sabía el sentido oculto que encerraba aquella declaración. Su interlocutor asintió dócilmente.

—Por supuesto. Será una boda íntima entonces. —Giró la cabeza hacia su hija, separada de ellos junto a las mujeres en la otra mitad del salón, una más de sus tradiciones.

Lawen se habría reído de haber estado allí, pero no había vuelto a verla desde el mediodía. Había estado tentado de ir a hablar con ella, pero ¿qué iba a decirle? ¿Que sus intentos de que su padre deshiciera ese pacto suicida habían sido en vano? ¿Que no sabía cómo ayudarla? ¿Que le importaba más su muerte de lo que quería admitir?

Soportó el resto de la cena sin participar en las conversaciones mientras su mente daba vueltas. Su padre se había acercado cuando esperaban el postre.

—Espero que mañana no estés tan cabizbajo —le reprochó en un susurro—. Eres el heredero y debes mostrarte como tal. Ya te he dejado demasiado a tu aire, ¿o acaso no crees que sé que anoche saliste en carruaje a recoger a esa forastera? —Su mirada era reprobadora—. No

te apartes de tu camino, Elegor. Tu actitud será decisiva para nuestro futuro en la corona.

Su hijo se mordió el interior de la mejilla con fuerza.

—Como si no estuviera ya lo suficientemente presionado —repuso.

—Pues aprende a vivir con ello. ¿No te enseñaron eso tus maestros de Vondal? —Hizo una pausa y sentenció—: Ser rey implica vivir en una constante presión.

—¿Y si no quiero serlo? —Había escupido la pregunta con rabia contenida junto a un golpe en la mesa que llamó la atención de su futuro suegro por un instante. Elegor continuó—: ¿Y si no es esta la vida que quiero? —Hizo un gesto con el brazo hacia el salón y supo que sus preocupaciones habían explotado—. ¿Y si Efemerin se equivocó de mujer? Quizá nunca sea feliz con su elección.

Su padre lo contempló. No hubo ningún cambio en su expresión, pero una vena en su sien comenzó a latir bajo la piel y los músculos del cuello se le tensaron de forma amenazadora.

—¿Es que ninguno de mis hijos puede ser normal? —susurró—. ¿Por qué no sois capaces de aceptar nuestra religión y sus normas? —Elegor frunció el ceño y su padre continuó—: Ha sido tu hermana, ¿no? Ella te ha confundido con sus débiles emociones de mujer. —Había un profundo desprecio en su voz—. Tiene que casarse con el conde de Sandalier a pesar de sus protestas. La muy necia decía que se había enamorado de… otro. —La rabia hizo que se entrecortara al hablar y desvió la mirada—. Para solucionar ese desastre, tuve que amañar la ceremonia más cercana de las arenas para que su nombre saliera como elegido.

Elegor sopesó sus palabras con sorpresa. Así que eso era lo que había pasado durante su ausencia. El motivo por el que había notado a Mavaris más melancólica que cuando se marchó y del profundo menosprecio de su padre hacia ella. ¿De verdad había sido capaz de interferir en los designios de los dioses para ejercer su voluntad sobre ella? Una sensación de asco y rechazo le atenazó el estómago. Todo se le antojaba una enorme farsa.

«Haz caso a tu corazón». Ahora, la frase de Mavaris tomó un cariz más significativo.

—La has hecho una desdichada —acusó.

—¿Desdichada? —Se quejó su padre y le echó un vistazo a su hija, sentada con las otras damas y ajena a su conversación—. La he hecho sumisa. Como debe ser. De ella se espera que se case y dé a luz fieles miembros de la futura corte. De ti se espera que te conviertas en el rey y tengas herederos que continúen nuestra estirpe. El destino de todos ya está escrito.

Elegor negó con la cabeza. La sensación de ahogo que sentía en los últimos días había vuelto. Tenía ganas de marcharse, lejos, muy lejos de ese corsé que el apellido Mansen le imponía. Hizo ademán de levantarse, pero su padre lo detuvo poniéndole una férrea mano en el pecho.

—Ni se te ocurra abandonar la cena. Tenemos que mostrarnos unidos ante el país. —Y, sin más, se alejó para unirse a la conversación con los otros hombres mientras él reprimía su impulso de salir corriendo de allí.

El resto de la cena fue una eternidad y, cuando acabó el postre, Muller se acercó con dos copas.

—¿Preparado para tus últimas horas de soltero? —La mirada que Elegor le dedicó tuvo que ser tan desesperada que borró la sonrisa de un plumazo—. ¿Necesitas un amigo?

Elegor suspiró y susurró:

—Necesito salir de esta jaula.

Muller alzó una ceja y le dio un trago a su copa.

—Casarte con Regina no solucionará eso, más bien, al contrario.

—Ojalá fuera tan fácil. —Se pasó una mano por el pelo y le hizo un gesto para que se sentara en la silla junto a él—. Por favor, distráeme. Cuéntame cualquier estupidez de las tuyas.

—Oh, vaya, gracias —se quejó él—. Con amigos como tú, para qué quiero enemigos.

Rieron y pasaron a degustar el licor con calma. Muller intentó relajarlo con una charla tranquila mientras recordaban algunos sucesos del pasado junto a Frederick. Sin embargo, la sensación de presión de Elegor no se desvaneció. Regina acudió hasta la mesa para despedirse con las mejillas encendidas y una estudiada caída de ojos. Al día siguiente, ambos serían marido y mujer. Su padre también se retiró, así como su hermana y la mayoría de nobles, y solo quedaron Muller y él, que apuraron un par de copas más.

Después de todo lo que le había oído decir a su padre, sintió la necesidad de hacer una visita a Mavaris para charlar a solas. Se despidió de Muller y se encaminó hacia sus dependencias. Podía entender cómo se había sentido en todos esos meses, sola, bajo la frialdad y el desprecio de su padre. Justo cuando alcanzó el pasillo que conducía a su habitación, frunció los labios al ver una silueta.

En la semioscuridad, caminaba de puntillas entre las sombras de las velas ancladas a los soportes. Alarmado, avanzó con una preocupación reciente, como si acabara de recordar que aún había un asesino suelto por la corte. Su mente no ayudó al imaginarse el cuerpo de su hermana atravesado por tallos de rosa. Aumentó el ritmo de sus pasos, dispuesto a desenmascarar a quien fuera, y se topó con Elisa. La mujer soltó un gruñido de sorpresa y la pila de libros que llevaba entre los brazos cayó al suelo. Elegor se la quedó mirando con el ceño fruncido. Aunque la amante de Muller ya quedaba fuera de sospecha, después de lo de René, Elegor veía huellas de culpabilidad en cualquier parte. ¿Era así como funcionaba la mente de Lawen Storm?

—¿Qué haces aquí? —preguntó con brusquedad.

Ella lo miró con una ceja alzada.

—Pues salir de los aposentos de vuestra hermana, príncipe Elegor —comentó—. Soy una de sus damas, ¿recordáis?

—Disculpa. —«Te estás volviendo tan neurótico como padre, Elegor»—. ¿Está Mavaris visible?

—Oh, lo siento, me temo que ya está dormida —repuso ella—. El doctor Rubens la revisó hace un rato. Tendrá el brazo bien para mañana.

—Es una buena noticia. —Miró los libros esparcidos por el suelo y se agachó para recogerlos—. ¿A dónde ibas?

—Traje a la señorita unos cuantos libros de la biblioteca por si quería entretenerse, pero me temo que está centrada en sus pinturas. Los he recogido cuando se ha dormido y me disponía a devolverlos a su lugar. —Carraspeó con suavidad y cambió el tono—. Sabe si el señor Muller… ¿está ya en sus dependencias? —Sus mejillas se encendieron. Elegor afianzó los libros entre sus manos.

—Ve con él. Yo me ocupo de llevarlos a la biblioteca.

La expresión de ella se iluminó.

—¿De verdad? ¿No le importa?

Él negó con la cabeza y la observó marcharse en silencio. Tenía un dolor en la parte baja de la cabeza, fruto de la tensión. «Por Vondal, si sigo así no llegaré ni a mañana». Se obligó a relajarse, pero su mente se negaba a dejar de repetir imágenes desagradables de cadáveres, revueltas y cuerpos oscilando inertes en la horca.

Llegó hasta la puerta de la biblioteca casi sin darse cuenta y se introdujo en el interior. El aroma de los libros siempre le reconfortaba y lo inspiró un instante antes de fruncir el ceño. Los candelabros de una mesa al fondo estaban encendidos. Avanzó con los libros en las manos entre las estanterías y se sorprendió al ver a una figura agazapada en el suelo con la espalda apoyada en una de ellas. Su cabello era inconfundible.

—¿Lawen?

—Debí suponer que tú eras el único que pisaba este sitio. —Con las gafas puestas, se encogió de hombros sin apartar la vista del cuaderno entre sus manos.

La vista del príncipe descendió sin remedio al advertir sus pies descalzos y su figura cubierta solo por un camisón. El pelo rojo contrastaba aún más con la claridad de la tela en aquella estancia de colores pardos. Un rizo le rozaba la clavícula y tuvo ganas de apartarlo con suavidad. «Por Vondal, ¿por qué es tan malditamente atractiva?».

—¿Qué haces? —preguntó con ánimo de aliviar la tensión repentina de su espalda.

—Pensar —respondió ella—. Era incapaz de concentrarme en mi habitación, las criadas están de reunión en el cuarto de una de ellas. —Subrayó algo en el cuaderno—. No digas que te lo he dicho yo, pero creo que se han llevado los restos de uno de los barriles de la cena de esta noche. —Pasó una página y leyó con la cabeza hacia un lado—. He interrogado con sutileza a René. Como esperaba, nada incriminatorio, a menos que quieras castigarla porque robe unas cuantas semillas de vez en cuando para plantarlas en las macetas que adornan las ventanas de las cocinas. —Martilleó con el lápiz sobre el papel—. Creo que ni siquiera sabe las especies que cogió, pero dice que es la primera vez en meses que había visto tan lleno el almacén de semillas. Al parecer, se ha ido renovando toda la flora del jardín últimamente. —Meneó la cabeza para sí misma y pareció derrotada—. Y aquí estoy. Pensé que este era el

lugar más solitario de palacio, dudo que esos cabezas huecas de la corte estén interesados en la lectura.

—No te equivocas —admitió él con una sonrisa.

—Yo nunca me equivoco. —Fue como una respuesta automática, pero la vio zozobrar antes de apartar al fin la vista del cuaderno—. O, al menos, antes era así.

XLIV

Lawen

La pelirroja contempló cómo Elegor dejaba los libros que traía sobre la mesa y se levantó del suelo. El príncipe cogió el primer tomo y caminó hasta la estantería de un extremo para colocarlo en una de las baldas superiores. Parecía conocer el orden exacto de todos los títulos porque imitó el gesto con el segundo y el tercero.

—Pasas demasiado tiempo aquí —concluyó ella.

Él volvió hacia la mesa.

—Casi más que en mi habitación. Me relaja —dijo, tomando el cuarto tomo, y su gesto se contrajo de extrañeza—. ¿Cómo ha…? Debe de haberse equivocado.

—¿Qué ocurre?

Él le enseñó un libro con una tapa roja y unas letras doradas en la portada.

—Es de Mavaris. Elisa lo debe haber recogido por error.

Lawen cogió el tomo. Era un libro de cuentos. Leyó el nombre de la autora con una mueca.

—Seronina M. Un nombre horrible.

Elegor la miró.

—Era el de mi madre. Lo escribió ella.

«Mierda». Se contuvo para no darse una palmada recriminatoria en la frente.

—Lo siento, yo no…

Él recuperó el libro de sus manos y meneó la cabeza.

—No importa. Mi madre odiaba su nombre. En su época, era costumbre poner a los niños algún nombre relacionado con nuestros dioses —explicó—. Al parecer, mi abuela era muy devota de Serón… Por suerte, es una tradición que se fue perdiendo con el paso de los años. —

Cambió de tema y ella adivinó que el recuerdo de su madre era aún un tema difícil para él—. ¿Cuál es el siguiente paso de la investigación?

Lawen suspiró. En contadas ocasiones era ella la que no hacía las preguntas, y esa, en concreto, le apretó el nudo del vientre con el que había intentado lidiar las últimas jornadas.

—Ninguno —reconoció y se quitó las gafas para masajearse el entrecejo.

Elegor frunció los labios.

—No puedes rendirte. —Pareció molesto—. ¿Vas a dejar morir a Tonrill? ¿Vas a… dejarte morir? —Tragó saliva con la última frase.

—No me he rendido, pero, por primera vez, siento que tengo la solución al alcance de los dedos y que no llego a ella por mucho que lo intente. —Hizo un gesto en el aire para atrapar algo invisible—. Un hilo que consigo rozar, pero que se me escurre en cuanto lo toco. Es… demasiado frustrante. No sé qué más hacer.

Elegor la contempló en silencio mientras ella se acercaba para mostrarle la libreta. Fue pasando las páginas garabateadas con nombres, fechas y notas en letra minúscula a la vez que seguía hablando sin parar:

—He repasado los diferentes sospechosos, he comprobado los antecedentes, las relaciones, los posibles móviles. También he revisado todas las supuestas relaciones conocidas de Praston, incluidas las de fuera de la corte. He buscado los posibles accesos a las sustancias con las que fueron drogados tanto Lucianus como Frederick, cotejándolos con los movimientos de las damas de Anne en los últimos días, y de la propia Anne. He buscado información sobre los seguidores de Tegra, pero nadie recuerda tampoco haber visto a Praston mezclado con esos devotos. —Suspiró—. ¿Y para qué? Solo tengo un botón, tres asesinatos, cuatro, si contamos el del señor Trevelian, un suicidio, un intento de homicidio real en las cuadras, un sospechoso blindado por el propio rey que no me dice todo lo que sabe y montones de dudas. —Apoyó el trasero sobre el filo de la mesa, derrotada, y soltó una risita amarga—. Solo me queda esperar al amanecer. Espero que haya buena cerveza en el infierno.

Al levantar la vista hacia él, se encontró con los ojos grises del príncipe cargados de una abrasadora chispa de rabia. Elegor sacudió la cabeza con vehemencia.

—¿Dónde está Lawen Storm? —espetó con amargura.

—¿Cómo? —Ella abrió los ojos por la sorpresa.

—Sí, dime —continuó él. Su tono indignado terminó de descolocarla —. ¿Dónde está esa mujer que llegó aquí para ponerlo todo patas arriba hasta dar con la verdad? ¿La que asolaba a preguntas sin dejarnos tomar aliento? ¡De algo más tiene que servir tu orgullo que para disparar esos comentarios que te hacen tan irritante!

Lawen pestañeó.

—Vaya —murmuró sin ocultar su turbación—. Normalmente soy yo la borde. ¿Qué pasa?

—¡Pasa que así no te ayudas ni a ti ni a Tonrill!

—¿Por qué te importa tanto? —Apretó los labios.

Él eludió la pregunta, en cambio, dijo:

—¡Tú no eres así!

Lawen soltó una risita mordaz y notó cómo se encendía su furia en el centro del pecho.

—¿Qué mierda sabes tú de mí? —Reprimió las ganas de abofetearlo; una pieza se había roto en su interior. Esa mezcla de rabia, indignación e impotencia que había acumulado en esos días. Iba a ser difícil detenerse cuando empezara a escupir palabras—. ¿Sabes lo que es crecer en la inmundicia? ¿Pasar hambre? ¿Que un pobre infeliz quiera ultrajarte en un callejón día sí y día también? ¿Que te enamores y te prometan que te sacarán de esa vida asquerosa para abandonarte después? ¿Que tengas que aprender a sobrevivir sola? ¿Lo difícil que fue que tomaran en serio mi profesión? ¡No, no tienes ni idea de nada! —Le clavó un dedo en el pecho y jadeó antes de seguir—: Te criaste en tu palacio, entre la seda, el mármol y el oro. Siempre supiste que nunca te faltaría nada, que tu maldito padre te calentaría el cojín del trono hasta que pongas tu culo allí después de casarte con doña Perfecta. — Sus miradas estaban enzarzadas en su propia discusión, por cómo se dilataban las pupilas de él—. Seguro que el correcto príncipe Elegor jamás ha tenido un problema que solucionar. —Terminó con amargura. Su pecho subía y bajaba por la indignación y notaba el rostro a punto de combustionar.

—En eso te equivocas. —La voz de él sonó ronca—: Tú eres mi maldito problema, Storm.

Antes de que ella pudiera reaccionar, la aferró de la cintura y la atrajo hacia él con desesperación. El contacto de su boca, húmedo, salvaje e implacable, no fue gentil. Sus labios mandaron una descarga de energía caliente a su cuerpo mientras se movían contra los suyos. Sin apenas ser consciente, Lawen descubrió entonces que solo llevaba puesto su camisón cuando su propio cuerpo buscó acercarse más al de él. Un fogonazo de calidez se encendió allí donde sus pechos rozaron su tórax y él jadeó antes de separarse de su boca para mirarla a los ojos.

—Mañana tengo que cumplir con los designios de los dioses y casarme, pero una parte de mí solo puede pensar en qué pasaría si no tuviera que hacerlo, si fuera… libre. —Su voz fue un susurro y dejó caer una mano por su brazo en una caricia torturadora. Luego, la apartó y sacudió la cabeza—. Por desgracia, no lo soy, y esto no…

Ella lo agarró del brazo antes de que se alejara. Era incapaz de comprender cómo había pasado de tener ganas de estrangularlo a no querer que se apartase. La tensión y el anhelo en el ambiente eran casi palpables. Sabía que sus siguientes palabras podían ser la perdición para ambos, y, aun así, las pronunció.

—¿Y si tus dioses te dieran una tregua solo por esta noche?

Su voz fue un susurro lo bastante alto para que él lo escuchara. Vio cómo Elegor cerraba los ojos un instante y se relamía como si aún la saboreara. El príncipe pareció sopesar sus palabras con una mirada fugaz a sus ojos y sus labios entreabiertos.

—Solo por otro beso condenaría mi alma a Vondal. —Le atrapó la cara entre las manos—. Así que hagamos que merezca la pena, Storm.

Ella lo recibió con ansia. Esta vez no era una maniobra de disimulo en un callejón perdido lleno de prostitutas. El beso fue exigente, un contacto con el que ambos parecían decididos a regocijarse. Lawen paseó las manos por su espalda a través de la casaca, sintiendo los músculos en tensión bajo la tela. El calor se arremolinaba en su vientre mientras sus bocas se exploraban. Ella le quitó la prenda superior y las manos del príncipe trazaron el contorno de su cintura y de las caderas dejando caricias abrasadoras sobre el delgado tejido. Cuando una de las manos de él se perdió por el bajo de su camisón para agarrarle una de las nalgas, Lawen no pudo reprimir un gemido. Después, con la otra mano, Elegor buscó el centro entre sus piernas y lo rozó con suavidad. Ella se estremeció.

—No he yacido con ninguna mujer —reconoció él con una sonrisa maliciosa—, pero conozco algunos trucos muy interesantes.

—Ah, ¿sí? Quizá yo pueda enseñarte muchos más. —Saltó para rodearle la cintura con las piernas y él la sostuvo por el trasero con un gruñido ronco al frotarse por su evidente rigidez.

El tiempo se detuvo y los minutos se fundieron en la fricción entre sus cuerpos mientras se deshacían de las prendas. La luz de las velas perfiló sus siluetas desnudas, y la mesa soltó un quejido cuando Elegor la apoyó encima, aún entrelazados. Sus pieles, rozándose sin barreras; era una sensación gloriosa que Lawen quería atesorar.

Se exploraron sin una pizca de timidez, como si conocer sus cuerpos fuera un nuevo misterio que desentrañar. Mientras la lengua de él iniciaba un recorrido desde su torso hasta el ombligo y más abajo, una parte de su lado racional le recordaba que aquello la destrozaría. Cuando tuviera una soga ciñéndole el cuello, al menos se iría con el recuerdo de ese momento.

Y, más tarde, cuando se fundieron, amparados por los cientos de libros de la estancia, cualquier pensamiento lógico se desvaneció. Ya no eran un príncipe y una forastera. Solo eran Elegor y Lawen, y acababan de sellar sus destinos.

XLV
Elegor

Una de las últimas velas se consumió con una suave voluta de humo y él la observó con la cabeza apoyada sobre la mano. Estaba tumbado en el suelo de la biblioteca, semidesnudo, y contemplaba la respiración pausada de la pelirroja a su lado. No sabía cuánto llevaba mirándola, pero quería guardar cada minuto de aquella noche en su memoria.

Sabía que Lawen apenas había descansado en los últimos dos días y el agotamiento al fin había ganado la batalla. Rememoró las vívidas imágenes de sus manos deslizándose por su cuerpo y sus dedos hundiéndose en aquella cabellera roja, primero sobre la mesa y, algo más tarde, sobre el suelo. Puede que hubiera soñado con tocar ese pelo desde el primer día que se habían visto, aunque no lo quisiera reconocer. No había sentido timidez a pesar de ser su primer encuentro íntimo. El sexo con Lawen era sencillo y casi biológico, como si fueran dos criaturas destinadas a encontrarse.

Lástima que no se hubieran conocido en otras circunstancias. Tras yacer juntos por segunda vez, ella había apoyado la cabeza en su pecho. Con las piernas entrelazadas, habían charlado hasta altas horas de la madrugada. Fue como retirar aquella máscara profesional, altiva y sabionda que portaba siempre. Dejaron a un lado el tema de la investigación para hablar de sus infancias, de cómo habían crecido, de la presión de Elegor por ser el sucesor, de las dificultades de Lawen para salir adelante y de otras banalidades. Aunque sus diferencias fueron evidentes, en la calidez del contacto de las pieles cubiertas de transpiración de sus cuerpos, no se juzgaron y se dedicaron a escuchar al otro. Cuando, tras narrar un par de detalles de cómo un infeliz le rompió el corazón, oyó la respiración lánguida de ella, supo que se había dormido.

La dejó descansar; lo necesitaba. Mientras tanto, él no había pegado ojo. Llevaba dándole vueltas a un asunto toda la noche. Calculó que quedaba poco para que amaneciera, y, con ello, aumentaban las posibilidades de que alguien los descubriera. Alzó la mano y le acarició el rostro con el dorso de los dedos sin despertarla. La estúpida idea de escaparse con ella a un barco en medio del mar inundó su cabeza un instante. Quería alejarla de allí, de su padre, de la corte y de la muerte inminente. Suspiró. Ya había ofendido a los dioses con sus actos, y, a pesar de que no se arrepentía, no podía eludir sus obligaciones con el reino. Ninguno se había hecho falsas ilusiones, aquello era una despedida.

Se inclinó para plantar un beso en su hombro derecho; una última huella suya en la piel de la pelirroja que le había abierto los ojos a la realidad. En silencio, se vistió y cubrió con el camisón la tentadora desnudez de sus formas antes de marcharse.

Aunque había desechado cualquier idea de estar juntos, no iba a permitir que su padre la condenara. Y estaba dispuesto a sacrificar la felicidad de su futuro para ello.

Cruzó los pasillos, sumidos en las últimas sombras de la noche, y decidió adecentarse un poco antes de acudir a ver a Thurgo. Pidió un té rápido a una de las sirvientas más madrugadoras y se encaminó hacia la alcoba real.

Entró sin llamar. No estaba para formalidades, y aquel gesto se ganó la mirada de irritación de su padre, que, en un lado de la habitación, levantaba uno de los brazos mientras su ayudante de cámara personal le aseaba las axilas.

—¿A qué se debe esta incursión tan de mañana?

—Olvida ese estúpido pacto. No vas a condenar a Lawen. Ni tampoco a Tonrill.

La mirada de Thurgo se clavó en él. Darle órdenes delante del servicio era un claro gesto de insurrección. Con un ademán del brazo, mandó al ayudante que los dejara solos.

—¿Por qué debería hacer eso? —espetó con brusquedad en cuanto se cerró la puerta.

—Porque entonces no me casaré hoy.

Thurgo levantó una ceja.

—No pongas a prueba mi paciencia, hijo.

Elegor meneó la cabeza.

—Sabes de sobra que ese dichoso pacto es una tremenda estupidez. El enano no fue el culpable de lo de Anne. —Frunció el ceño—. No dejo de preguntarme… Si tan interesado estás en que Lawen encuentre al líder de los disidentes, ¿por qué le has puesto tantas trabas?

Thurgo tragó saliva de forma imperceptible, pero no desvió la mirada.

—Esa mujer solo es un estorbo. A estas alturas es evidente que sus habilidades dejan mucho que desear. —Inclinó la cabeza hacia un lado sin apartar los ojos de él—. Debí quitarla de en medio antes de que te metieras entre sus piernas y perdieras la razón, pero sospecho que eso ya ha ocurrido.

Elegor contrajo su expresión, con los puños apretados a los costados.

—Eres despreciable.

Thurgo negó con la cabeza.

—Soy lo que debe ser un rey. Lo que tú serás cuando ocupes mi lugar.

—Odio la idea de ocuparlo. —Aquello hizo que su padre alzara las cejas—. Me has criado solo para ese cometido sin importar lo que yo quisiera. La situación de los Mansen ya pende de un hilo. Soy tu único heredero varón y, si me niego a desposarme y me marcho, ¿qué te quedará? ¿Cuánto crees que tardarán en derrocarte? Todos esos consejeros, condes y duques de los que te rodeas solo son serpientes que se venderán al primero que asegure su futuro. —Inspiró hondo y se cruzó de brazos—. Perdona la vida a Lawen y a Tonrill y te prometo que me casaré hoy. Seré el hijo modélico que quieres que sea. No te contradeciré; acataré todas tus decisiones.

Thurgo lo examinó un instante.

—¿Qué te ha pasado, Elegor? Antes no eras así.

—Tú tampoco.

Oyó el suspiro irritado de su padre.

—La mujer quedará con vida, pero no el enano. Alguien tiene que pagar por el crimen de Anne. Morirá al anochecer, sin juicio. Lo tomas o lo dejas. Es mi última palabra.

Lo sopesó. Sabía que sería imposible conseguir más de él, y, aun así, se le contrajo el estómago. Tonrill era un buen tipo, y que muriera por un asesinato que no había cometido caería sobre sus hombros el resto de su vida. Lidiaría con eso en el futuro, pero debía sacrificar su moralidad por la seguridad de Lawen. Asintió.

—Ahora ve a prepararte para tu enlace —le ordenó Thurgo—. Ya he activado el protocolo de defensa del exterior. Si algún necio intenta entrar, será liquidado. El palacio hoy estará sellado.

XLVI

Lawen

Despertó, se frotó la cara y paseó la vista por su alrededor antes de fruncir el ceño. En un principio, fue incapaz de entender qué diablos hacía en una biblioteca. Y, más extraño aún, desnuda. Poco después, todos los recuerdos de la noche inundaron su mente como una ola que se cuela por la puerta abierta de un camarote.

Incorporarse fue un gesto titánico. ¿Cuánto tiempo había dormido? Su cuerpo se había rendido al fin a un descanso casi vegetativo. Los rayos de sol se colaban por la única ventana de la biblioteca, dispuesta en un lateral. Elegor debía haberse marchado antes del alba. Al fin y al cabo, era el día de su boda. Calculó que el enlace debía estar a punto de comenzar.

«Pronto será un hombre casado y todo lo ocurrido entre vosotros no será más que un vago recuerdo». Se amonestó a sí misma por el intenso pellizco en el pecho. Hacía mucho que no sentía algo similar, y, después de tantos años, recordarlo la atemorizaba. Sentimientos absurdos, peligrosos y que solo destrozaban. Se había esforzado en poner distancia, pero, tras el encuentro nocturno, era obvio que había fracaso estrepitosamente. Con el ánimo por los suelos y la derrota tan cerca de consumirla, se había dejado llevar. Como si saliera de alguna parte de su cabeza, la vocecilla burlona de Tonrill le recordó uno de sus refranes favoritos: «Carne que en días venideros se comerán los gusanos, que la disfruten hoy con gozo los humanos».

Pensar en él solo acentuó su inquietud. Imaginó que le contaba lo sucedido; su amigo se limitaría a pedirle detalles morbosos con su mirada traviesa, pero no la juzgaría. No hacía falta, ya lo hacía Lawen por los dos: había perdido su última noche retozando como una adolescente. Merecía ir a la horca por estúpida.

Al levantar la vista, descubrió un vestido sencillo extendido en una silla. «El perfecto príncipe, siempre salvaguardando el decoro», pensó con una mueca, pero el gesto le instaló una calidez indeseada en el vientre. Aunque sus impulsos ya habían hecho que se pasease por palacio en camisón, no estaba de humor para miraditas. Agradeció el gesto de Elegor y se puso la prenda con parsimonia. Si era el último día de su vida, qué menos que alargarlo todos los minutos posibles. Una vez vestida, se atusó el pelo y vio sus gafas y su cuaderno tirados por el suelo. Al recogerlos, descubrió el contorno de un volumen bajo la mesa. En el apasionado encuentro, ninguno estaba interesado en prestar atención a los objetos del entorno. Al cogerlo, descubrió que era el libro de cuentos de la madre de Elegor. Las letras doradas destellaron con la luz del sol: «*Cuentos infantiles de la diosa Run*. Seronina M.».

«Seronina M.», repitió.

Torció la cabeza.

«¿Seronina?».

Frunció el ceño y, letra por letra, volvió a leer el nombre. ¿Por qué no le resultaba desconocido? Era un nombre demasiado peculiar como para pasarlo por alto. Lo había leído antes, pero ¿dónde? Se puso las gafas con rapidez y abrió el cuaderno. El corazón había comenzado a latirle con fuerza, como siempre que tenía una intuición. Los dedos le hormiguearon mientras pasaba las páginas, pero, tras dar dos repasos rápidos al cuaderno de delante hacia atrás y viceversa, su ánimo se desvaneció. No había anotación igual ni similar con ese apelativo.

Sin embargo, el poso de ese nombre estaba en su mente, tan pesado que era incapaz de pensar en nada más. Se paseó de un lado a otro por la estancia dándose golpecitos en la nariz. En la mesa de entrada a la biblioteca le llamó la atención un viejo volumen. Era el libro de registro de los préstamos literarios, aunque supuso que se usaba más bien poco, por el polvo grisáceo que se asentaba encima. El chasquido de conexión en su cerebro fue casi audible. Con los ojos muy abiertos, paró su marcha errante de sopetón. Sabía dónde había visto ese nombre. En el libro de registros de visitas de la prisión del Monte Este.

Aunque solo había echado un vistazo rápido cuando firmó a la salida de su visita a Juliane, el nombre de Seronina M. le había llamado la atención porque se repetía varias veces. ¿Por qué aparecía el nombre de la fallecida madre de Elegor en la larga lista?

La sombra de una sospecha aleteó sobre ella. Soltó una inspiración fugaz y negó con la cabeza. No podía ser. Prefería estar errada. Sin embargo, con el corazón a punto de salírsele del pecho, tomó el libro rojo de cuentos y lo abrió con urgencia.

Las primeras páginas eran, en efecto, un libro de fábulas típico para niños. Humanos en situaciones de peligro, animales que aparecen convenientemente por indicación de los dioses, niñas despistadas que encuentran el camino a casa… Las páginas pasaban ante sus ojos con una letra grande y ornamentada en tinta azul. Pero, de súbito, a mitad del libro y tras una página en blanco, la tinta pasó a ser negra con una tipografía pequeña y de líneas duras. Un añadido cosido al resto del libro de forma tan perfecta que pasaba totalmente inadvertido. Pero no fue eso lo que le hizo abrir la boca de sorpresa, sino el dibujo que encabezaba la página. Lo habría reconocido en cualquier parte: el contorno de una rosa.

Tragó saliva y leyó el texto. Descubrió que parecía un conjunto de complicados rituales religiosos, pero uno de ellos, en concreto, le llamó la atención.

«… Y el obrador precisará de alguna fuente de vida: embrión, simiente, raíz, semilla o hueso. Con esto en su poder, deberá ofrendar a Tegra un fluido vital de sí mismo para someter el desarrollo de la fuente a su autoridad. La saliva o la orina pueden ser suficientes en algunos casos para obrar pequeños cambios. Sin embargo, para el resultado óptimo de este sortilegio, la sangre suele ganarse los favores de la diosa con mayor celeridad. Preferiblemente, el fluido que da riego a las extremidades: tobillos, muñecas, hombros o rodillas. Debe usarse en pequeñas dosis, demasiada sangre puede acelerar los efectos de desarrollo de la fuente de vida y alterar los objetivos del obrador que…».

Pestañeó varias veces al leer el texto y todos los hilos de su cabeza se desenredaron para dejar solo uno. Repasó los sucesos, los gestos y todo lo acaecido desde su llegada. Ahora sabía qué era lo que no encajaba. El nido de intrigas podía llegar a ser tan grande y extenderse con tanta intensidad que hasta sentía un ramalazo de admiración por cómo estaba construido. Había sido una necia al no darse cuenta antes.

Cerró el libro, se lo puso bajo el brazo y recogió la falda del vestido, que le estaba un poco larga, para salir corriendo de la biblioteca. Le

sorprendió hallar los pasillos casi vacíos. Toda la corte y los sirvientes deberían de estar ya preparados para la ceremonia en los jardines.

Aumentó la velocidad al percibir que apenas había rozado la evidencia. Ahora lo sabía: nadie había atentado contra la vida de la princesa. Tampoco el suceso había sido una maniobra para alterar al rey. Solo había sido una distracción para que todos miraran en otra dirección.

La princesa Mavaris era la amante de Juliane Kenton.

También era la asesina y la líder de los disidentes.

XLVII
Elegor

La melodía de las primeras trompetas, que llamaban a los invitados a tomar posición en sus asientos, se entremezclaba con el restallido de disparos en la lejanía. Los rumores eran ciertos: una hora después del alba, una muchedumbre de más de dos mil personas se había agolpado enfurecida en los alrededores de palacio. Los guardias, tal y como había ordenado Thurgo, habían sellado las entradas al recinto y toda la fuerza militar estaba en el exterior para evitar que la plebe se colara en los dominios reales. Aislados en el palacio y mantenidos en la ignorancia, los nobles de la corte se habían pertrechado con sus mejores galas para asistir al evento del año.

Todos, damas y caballeros, ya habían salido a los jardines para dirigirse al templete central, donde tendría lugar la ceremonia. Una alfombra color rojo sangre salía desde la parte inferior de la escalinata de palacio y discurría, entre los setos, por la avenida principal de los jardines. Tanto el interior de palacio como el exterior ofrecían una visión exquisita. Cada detalle había sido dictaminado con mimo a pesar de que sería la ceremonia real con menos afluencia de la historia de Longlake.

Elegor se alejó de la ventana para contemplarse en el espejo del vestidor una última vez. Ese era el traje que lo uniría a un destino de desdicha con una mujer que no quería. Al menos estaría seguro de que Lawen viviría. Tan centrado estaba en sus pensamientos que no oyó que la puerta se abría.

—Estás magnífico.

El rostro de Mavaris le sonrió en el reflejo del espejo. Se giró para contemplarla. Ataviada con un vestido rojo de manga corta y falda de tul, su piel parecía tan nívea como la estatua de una de sus diosas. Emanaba de ella un suave perfume floral, y fue entonces cuando

descubrió las rosas rojas que salpicaban su cabello rubio, recogido en bucles sobre la coronilla. No supo si fue por las rosas o el color de su vestido, pero el príncipe sintió que se le contraía el estómago.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó y la examinó con la mirada. Seguía con el brazo inmovilizado, pero sus labios pintados de rojo le sonrieron con dulzura.

—Entera.

Él asintió. A su mente acudió toda la conversación de la noche anterior con su padre. Ahora, en el abismo hacia la caída a un futuro poco prometedor, podía llegar a entender lo que había sufrido su hermana.

—Mavaris, yo…

Ella había girado la cabeza hacia la ventana.

—Será mejor que no hagamos esperar a padre —lo interrumpió—. Ya lo conoces.

Elegor suspiró. Tendría que dejar esa conversación para otro momento. Le ofreció el brazo a su hermana y ella lo entrelazó con el suyo, enfundado en los guantes rojos hasta el codo.

Los pasillos estaban solitarios, a excepción de algunos miembros de la servidumbre que se asomaban desde las estancias donde faenaban para ver al flamante novio. Lo habitual en una boda de aquellas características era celebrarse en uno de los templos principales del centro del reino, por lo que ese cambio de planes permitía al servicio ser testigo de un evento inaudito.

La tradición en la religión de Longlake dictaba que la novia esperaría en el interior del templo la llegada de su pareja, al igual que ocurría con la ceremonia de elección de las arenas. Por ese motivo, Thurgo había ordenado que todos salieran al templete del jardín para respetar la tradición en la medida de lo posible. La familia real sería la última en salir de palacio para enfilar la alfombra roja que llevaría al heredero junto a su futura esposa.

Cuando giraron para enfrentar el corredor principal hasta la salida a los jardines y Elegor vio los cientos de jarrones de rosas que engalanaban el recorrido, comenzó a sudar.

—Cálmate —pidió Mavaris al notar su nerviosismo—, pareces ese joven semental de las cuadras. Más de uno casi se rompe la cabeza intentándolo domar.

Elegor frunció los labios.

—Casi te la partes tú.

—Tengo la cabeza dura como el mármol —se jactó ella con una risita —. Ya deberías saberlo.

Ambos intercambiaron una sonrisa justo cuando las trompetas clamaron con una melodía jubilosa en el exterior. Al fondo del pasillo, la silueta de su padre, ataviado con la indumentaria real más copiosa, se dirigía hacia ellos. Elegor supo que algo no iba bien al ver que no venía solo, sino que seguían su paso dos guardias con los que hablaba sin dejar de gesticular. En cuanto los recién llegados los alcanzaron, el sonido de las trompetas se interrumpió y el murmullo enfurecido de la turba se oyó más cerca. De pronto, a los gritos se sumaron varios estallidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mavaris con el ceño fruncido.

—La situación está a punto de descontrolarse en el exterior — admitió Thurgo con el rictus pétreo—. La turba ha logrado meterse por una de las entradas. —Varios chillidos de pánico llegaron desde los jardines y todos miraron hacia allí un instante—. Nos escoltarán hasta el refugio de las bodegas hasta que el peligro pase y todo vuelva a estar en orden para celebrar la ceremonia.

—¿Qué? —inquirió Elegor. Recurrir a aquella medida desesperada significaba que la situación estaba mucho peor de lo que el rostro del rey revelaba—. Padre, podemos razonar con ellos. No vamos a escondernos mientras…

—No me obligues a ordenar que te dejen inconsciente, Elegor. —La voz de su progenitor fue una puñalada helada y, a un gesto del rey, los guardias sujetaron a los dos hermanos para arrastrarlos con rapidez junto a ellos. Mavaris y Elegor apenas tuvieron tiempo de reaccionar mientras cruzaban el palacio en pos de Thurgo hasta bajar las escaleras que conducían a las bodegas. Una vez allí, alumbrados por los candiles de los muros, cruzaron entre los barriles hasta el refugio, una vieja habitación escondida que pocos conocían.

—¿Y el resto? —preguntó Elegor con desesperación. ¿Acaso iba a dejar abandonados a los pocos súbditos que le quedaban?—. ¿Muller? ¿Regina?

Nuevos ruidos de estallidos se oyeron incluso allí, bajo tierra.

—La familia real es siempre lo primero. —Thurgo arrebató un candil del soporte de la pared más cercano y se dirigió a los guardias—: ¡Ayudad a contenerlos fuera! ¡Deprisa! —Los dos guardias empujaron a Mavaris y a Elegor al interior y se marcharon. Su padre entró tras sus hijos y cerró de un portazo antes de echar el pestillo.

El refugio era sencillo y estaba oscuro, a excepción del candil que Thurgo colocó sobre una mesa. El olor a polvo, a vino y a madera humedecida impregnaba el ambiente y lo hacía pesado y agobiante. Los tres se quedaron en silencio, alumbrados por la única fuente de luz que formaba sombras entre sus rostros. El príncipe miró a su alrededor. Además de la mesa y un par de sillas, había un armario con algunas botellas de vino y unos cuadros relegados al olvido en la pared más visible. Elegor se pasó una mano por la nuca. ¿Cómo habían llegado a esa situación en el reino? De pronto, de reojo, le pareció notar el movimiento de una figura a su espalda, en la esquina más oscura. Pero, al mirar, no distinguió nada.

Thurgo no tardó en aprovechar la luz para sacar una botella de vino del armario y un par de copas, y las colocó sobre la mesa. Con respecto al resto del polvoriento lugar, las botellas parecían haber sido colocadas recientemente en el armario por algún trabajador de las bodegas. Su padre llenó una de las copas y dio un sorbo mientras Elegor no dejaba de torturarse al pensar cómo estaría la situación arriba. ¿Cómo estaban sus conocidos? ¿Habrían conseguido evacuarlos antes de que la sangre llegara al río? ¿Y Lawen? Con suerte, aún seguiría dormida en la biblioteca. La pelirroja había tenido razón, ojalá le hubiera hecho caso antes de llegar a ese extremo. La violencia nunca era el camino en ningún caso, si consiguiera salir de allí, dar esquinazo a Thurgo y…

—Toma, te calmará. —Mavaris le había llenado una copa y se la ofrecía.

Negó con la cabeza.

—No puedo quedarme aquí. Tengo que…

Su padre lo interceptó por el hombro con un agarre férreo.

—No vas a salir de aquí hasta que yo lo ordene. —Dio un buen trago de la copa. Elegor se sorprendió de que su voz ya sonara pastosa—. En cuanto todo esté controlado, me encargaré de limpiar este maldito reino de esos impíos. Nadie se interpone al legado Mansen.

—¿Crees que esa es la solución? Todo esto es por tu culpa, padre —dijo en tono amargo—. Tú solito has destrozado el legado de los Mansen. Has matado tu propio reino con tus actos, y aún eres incapaz de verlo. ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

—¡Cállate! —Los labios de Thurgo temblaban de rabia—. Una palabra más y haré matar a esa ramera de todas formas.

Elegor exhaló con fuerza por la nariz. Su padre tenía la mirada desenfocada al enfrentarlo.

—Estoy harto de tus amenazas. Esto es cruel. Escondernos aquí como ratas cobardes, mientras el resto…

El candil marcó el rictus furioso de Thurgo antes de que, de repente, sus ojos se pusieran en blanco y se desplomara. La copa se hizo añicos contra el suelo con un quejido.

—¿Padre? —intentó agacharse, pero la mano de su hermana se lo impidió.

—Déjalo, Elegor —susurró ella. Había una expresión en su rostro que fue incapaz de determinar. Los ojos claros de Mavaris se perdieron en un punto a su espalda. La vio asentir. De entre las sombras, como un depredador acechante, alguien se abalanzó sobre él y le inmovilizó los brazos hacia atrás.

Forcejeó, pero un impacto en la cabeza lo mandó derecho al suelo. El dolor palpitante en la nuca le tornó la visión en puntos borrosos. Una silueta ataviada con una capucha negra se colocó a horcajadas sobre él. Su agarre era férreo, y, aturdido, notó cómo le ponían el borde de una copa en los labios para obligarlo a tragar.

—Lo siento —susurró la voz de su hermana—. Esto debería haber sido más fácil.

Mientras el líquido le adormecía con tremenda rapidez, la verdad lo abofeteó mientras caía en la inconsciencia.

XLVIII
Elegor

El dolor era punzante en la zona baja de la nuca y sus sentidos estaban nublados, como si tuviera los oídos llenos de humo. Al príncipe le pesaban tanto los ojos que abrirlos era una tarea ardua. Se movió, lo justo para descubrir que estaba sentado y tenía las manos atadas sobre el regazo. Una caricia en la frente le resultó familiar.

«¿Lawen?». No, no era ella.

—No hay tiempo, mi señora. —Oyó decir a una voz masculina a su espalda. Una voz que conocía. Alguien lo mandó callar.

Un suave perfume floral penetró en su nariz. Conocía ese aroma: era el olor de las rosas frescas. Aquel detalle le envió una señal directa al cerebro y sus sentidos reaccionaron. Fragmentos de imágenes fugaces pasaron por su mente. El rostro de Mavaris fue lo primero que vio al esforzarse para abrir los ojos. La luz del candil dibujaba sombras bajo las facciones de su hermana. Le dirigió una mirada extraña y reflexiva.

—No tardarás en estar repuesto —comentó ella—. Necesitaba que te calmaras. Deberías haber tomado una copa de ese vino. —Suspiró, frunció los labios y luego admitió—: No había una forma correcta de hacer esto, Elegor, y el tiempo apremia.

Él frunció el ceño, más consciente de las ligaduras que ataban sus extremidades. Frente a él, en otra silla, el cuerpo de su padre estaba laxo, con la cabeza torcida hacia un lado, atado y amordazado. Su mirada voló hacia la botella de vino sobre la mesa y la copa rota en el suelo.

«Vamos, asúmelo», y, aunque su mente le dibujaba la verdad, él se negaba a admitirla. Sin embargo, al volver la vista a su hermana, la mirada en los ojos de ella era transparente por primera vez en mucho tiempo. O, quizá, él no había sabido ver. Aquella criatura era su

hermana, y, al mismo tiempo, no lo era. Como si una capa con otra identidad se hubiera cernido sobre sus hombros.

—¿Por qué Ma-Mavaris? —titubeó, sin andarse con ambages.

Ella torció el gesto. Fue entonces cuando Elegor advirtió que la venda que le inmovilizaba el brazo había desaparecido cuando se cruzó de brazos frente a él, desprovista de los guantes. ¿Es que todo era una mentira?

—Esa pregunta tiene muchos matices, hermano —dijo ella con un tono sabio y profundo que jamás le había escuchado. Sus ojos de gacela, siempre despiertos y observadores, cobraron otra dimensión—. Te mereces una explicación y acabarás por entenderlo. —Se pasó la lengua por los labios rojos para humedecerlos antes de seguir—: El reino en el que vivimos está corrompido. Sabes tan bien como yo que necesitábamos un cambio, pero padre jamás lo habría permitido. Su mandato nos ha hecho a todos esclavos de sus designios. —Meneó la cabeza y sus bucles dorados se sacudieron—. El pueblo muere de hambre y enfermedades, esclavos de su situación; y nosotros vivimos en una burbuja de comodidades, esclavos a nuestra vez de las malditas tradiciones de nuestra religión. Intenté conducirte por otro camino, pero siempre has sido demasiado correcto. Hoy mismo ibas a tomar por esposa a alguien a quien detestas. —Su tono pasó a ser un reproche—. ¿Por qué, Elegor? Porque es lo que te han enseñado a hacer por nuestros dioses, como a la mayoría.

Sus palabras eran tan cruelmente certeras que sintió cómo penetraban en su interior. En ese momento, su padre se removió un poco en su asiento, aunque no abrió los ojos. La dosis de lo que quiera que su hermana hubiera añadido al vino había debido de ser grande. En la lejanía, un par de restallidos se colaron por los huecos del subsuelo hasta ellos.

—Los dioses son sensatos —intentó defender él con un hilo de voz.

—E injustos —susurró ella—. Igual que lo fueron con Tegra.

Elegor tragó saliva. Recordó las palabras de Yorgen sobre los seguidores de Tegra escasos días atrás, junto con sus sospechas de que el asesino era alguien de la corte. Su mente daba vueltas a los hechos mientras ella se alejaba hasta la mesa donde ahora había un saquito de tela de arpillera.

—Mientras tú estudiabas a Vondal, yo me sumergí en los secretos de Tegra, hermano —dijo—. Todos los demás dioses le dieron la espalda porque su visión era superior a la de los demás. Ella era diferente, como yo. —Había un cierto deje fanático en su voz que erizó el vello del príncipe—. Aprendí, practiqué y comprendí que no quería ser una marioneta más de esta sociedad corrupta. No, podía utilizar mi posición para conseguir más. Yo era la que tenía que traer el cambio. La rosa que decide qué espinas cortar.

La realidad le golpeó con dureza. Una patada que reventó su saco de dolor y de impotencia.

—¿Y una de esas espinas tenía que ser mi mejor amigo? —La voz se le quebró—. ¡Por todos los dioses, Mavaris! ¿Cómo has podido…? —El estómago de Elegor se contrajo y se inclinó hacia delante sacudido por una arcada.

—Es un efecto secundario —dijo ella cuando él vomitó sobre el suelo —. Lo siento, Elegor. A veces hay que hacer sacrificios, y Frederick fue uno de ellos. Era necesario para la causa. —Su tono era tan frío e impersonal que le costaba ver en él a la hermana de siempre—. Tu amigo amaba a una de las doncellas de su madre, y, aun así, fue capaz de engañarse a sí mismo para casarse con Rossane.

Elegor tensó la mandíbula. El sabor agrio del vómito le llenaba el paladar.

—También la condenaste a ella. Tú le pusiste esa soga al cuello.

Mavaris negó con la cabeza.

—Intenté manejar los hilos para eliminar las sospechas sobre ella. —Se excusó—. Fue más de lo que debía hacer. Luego, los sucesos se precipitaron. Esa víbora de Anne lo estropeó todo. Debería haberla matado antes.

En ese instante, el cuerpo de Thurgo se agitó. Sus ojos, completamente abiertos y asustados, estaban fijos en ella. No sabía cuánto llevaba consciente, pero debía haber oído la última frase y se removía furioso contra sus ataduras. La silueta que había permanecido a su espalda avanzó para poner en la mesa dos velas negras y las encendió.

—Hay que empezar —anunció y cruzó una mirada desafiante con Elegor al ver cómo contraía el rostro de cólera.

—Lawen tenía razón —susurró el príncipe.

Duncan Praston se encogió de hombros.

—Nunca os mentí, el juego de las conspiraciones me agrada profundamente —reconoció con su tono pendenciero habitual—. Soy parte de los disidentes, creo en nuestra causa y jamás habría traicionado a mi líder. Reconozco que la señorita Lawen me puso en apuros. ¡Diablos, esa mujer es tan testaruda como encantadora! —Miró a Mavaris y bajó la cabeza en un gesto de respeto que desconcertó a Elegor, pues distaba mucho del hombre fanfarrón que conocía—. Pero el cambio requiere sacrificios, tal y como ha dicho mi señora.

«¿Mi señora?». Elegor podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto conversar a su hermana y al comerciante, pero aquel gesto de respeto revelaba una conexión más antigua de lo que pensaba. Mavaris asintió hacia él y se acercó a la mesa. Sin perder la elegancia en ninguno de sus movimientos, metió la mano en la bolsa de arpillera y la sacó con el puño cerrado. Al abrirlo, las pequeñas semillas de rosa hicieron que Elegor empezara a sudar por todo lo que significaban. Ella estudió los granos que salpicaban su mano con la mirada perdida.

—No, Mavaris…

Su hermana no le dejó hablar.

—En este reino todo está determinado y, aunque gozamos de ciertas libertades, hay algo que nos roban desde que nacemos, ¿no es cierto, padre? —Se dirigió a él, y Thurgo intentó soltar una maldición, aun con la mordaza—. Tú y tus dioses nos robasteis la capacidad de decidir. Incluso de decidir a quién amar.

El príncipe vio cómo ella se llevaba una mano a la cabeza para desprender una de las rosas que adornaban su cabello. La sacó con cuidado. El tallo aún conservaba un par de púas afiladas. Mavaris cerró los ojos, tomó aliento y comenzó una extraña letanía. Como si un ser desconocido penetrara en su interior para recitar una especie de salmo en una lengua gutural. De repente, el ambiente en la estancia se transformó. Una brisa fría sopló para agitar los cabellos de los allí presentes, a pesar de que la estancia estaba cerrada a cal y canto. Elegor tembló cuando una mala sensación le reptó por toda la espina dorsal. La temperatura había descendido de forma antinatural. Era lo mismo que había sentido al hallar el cuerpo de Anne. Todo era silencio a excepción de los gruñidos agitados de su padre. La voz de su hermana

era monocorde y decidida, como si arañara en las entrañas de lo desconocido para abrir puertas que era mejor dejar cerradas. Se sintió hipnotizado ante su visión. Y también aterrorizado.

Con aquel vestido rojo y con la luz que el candil y las velas despertaban en su silueta, parecía que el cuerpo de Mavaris estuviera lamido en sangre. Y, por primera vez en su vida, en esa vieja habitación, Elegor notó la presencia de un ente místico y superior. Un miedo salvaje le oprimió el pecho y le congeló la sangre.

Como en trance, Mavaris se llevó la espina más afilada a la muñeca y la hundió en su carne en dos puntos rosáceos anteriores. No era la primera vez. La sangre brotó con timidez cuando retiró el tallo, pero ella apretó la zona para aumentar el riego. Después cogió las semillas y vertió varias gotas sobre ellas para que se impregnaran bien.

—No lo hagas. —Se oyó decir Elegor en un susurro ahogado al verla girarse hacia Thurgo—. No serás mejor que él por hacer esto.

—Nunca has sido un estúpido, hermano. Sabes que es la única manera.

—No lo es —la contradijo él—. Siempre hay otra manera.

Ella volvió la vista hacia su hermano un instante.

—No. Él nunca supo escuchar. —Habló con tono contenido—. Me enamoré de Juliane Kenton. Un amor sano y hermoso, como una rosa florecida. En cuanto padre lo descubrió, nos mandó azotar a ambas. Después, con la espalda en carne viva, me condenó por esa relación que él llamó contra natura. —Había un dolor profundo en cada palabra—. Dos mujeres que jamás criarían a un niño en su seno. Dijo que los dioses me maldecirían el resto de mi vida; él no sabía que yo ya había sido bendecida por una. Al día siguiente, mi nombre salió en las arenas. Dos días después, salió el de Juliane, enlazado al del hombre más despreciable de la corte. —Sus pupilas se habían tornado más brillantes —. Tenía que evitarlo. Y tenía que evitar que más personas pasaran por eso, aunque hubiera que sacrificar lo que más quería en el mundo por un futuro mejor. —Suspiró—. Mi corazón ha quedado tan destrozado como su carne y su mente en esa celda. Mi pobre Juliane… Ya ni me reconoce, pero creo que, en su delirio, ha llegado a comprenderlo. Esto va más allá de nosotros.

Hizo una señal hacia Duncan, quien se acercó al rey. Elegor se revolvió. Por mucho que su padre fuera un ser ruin y abominable, no

podía permitir que muriera así.

—¡No, Mavaris! El pueblo lo derrocará, tendrá un juicio y…

Ella lo ignoró. Tenía la mirada clavada en Thurgo, de nuevo sumida en aquel extraño trance. Duncan fue rápido. Quitó la mordaza de su padre y le abrió la mandíbula apretándole las mejillas. El rey apenas fue capaz de soltar un gemido cuando Mavaris vertió las semillas en su boca. Duncan le echó la cabeza hacia atrás para obligarlo a tragar y su hermana se inclinó sobre el rostro aterrorizado de su padre.

—Será rápido, que es más de lo que te mereces —le susurró.

El líder de los Mansen intentó hablar, pero su cara se contrajo en un alarido. Sus dedos se retorcieron, su espalda se tensó. De su boca brotó un chillido inhumano y la esclerótica de sus ojos se pintó de venas rojizas. Elegor deseó tener las manos libres para taparse los oídos y, aunque podía cerrar los ojos, fue incapaz de hacerlo. El pecho de su padre vibraba e, incluso sobre la ropa, fue capaz de advertir los bultos que comenzaron a pugnar contra su cuerpo. Cuando el primer tallo le rajó la piel hacia el exterior, salpicó la mesa de sangre. A él le siguió otro. Y otro más. Elegor oía los estridentes pálpitos de su corazón en las sienes, preso del horror. Las lágrimas le empapaban los ojos. El húmedo chasquido de las espinas al destrozar órganos, músculos, venas y piel era terrorífico. Supo que las espinas protagonizarían todas sus pesadillas. Cada vez que cerrara los ojos, sentiría aquel sonido viscoso y mortal anclado en la mirada vacía de su hermana. El sonido de la muerte reinó en la estancia hasta que se perdió en un par de gorgoteos y la voz de Mavaris susurró:

—Un nuevo reino nacerá. Y, ahora, hermano, ¿estás conmigo o contra mí?

XLIX

Lawen

—Maldición —se quejó en voz alta.

En cuanto Lawen enfiló los pasillos fuera de la biblioteca, supo que el caos había estallado. Del exterior le llegaba el ruido sordo de los disparos y los gritos. El pueblo había seguido con su intención de abordar el palacio y debían de haberse colado por algún punto del exterior hacia los jardines a pesar de que todo el poder militar del rey estaba centrado en su labor defensiva.

Frunció el ceño al no cruzarse con ningún guardia. Solo vio a personal del servicio, guarecidos en los rincones mientras rezaban a sus dioses. Al llegar al pasillo principal, se asomó a una de las ventanas que daban al jardín. Solo fue capaz de atisbar figuras en movimiento entre los setos, otras agachadas, y el humo negruzco de algo quemándose a lo lejos. También había algunas siluetas desplomadas en el terreno. Tragó saliva. Las revueltas violentas siempre se cobraban muchas víctimas inocentes.

¿Por qué no había ningún guardia en los pasillos?

Desde que había encajado esa pieza que le faltaba, su mente no dejaba de trabajar a toda velocidad. Nada era al azar. La sublevación del pueblo era demasiado oportuna; estaba preparada de antemano con una precisión sagaz. Solo un peligro de tal magnitud podía sacar a toda la guardia real de palacio para defender el exterior. Una distracción a gran escala. Y, mientras tanto, la princesa tendría vía libre para actuar. A saber cuántos hilos tenía entretejidos entre los miembros de la corte, del servicio e incluso del exterior. Era un plan forjado minuciosamente durante meses, como un caldo concentrado a fuego lento donde todos los ingredientes eran importantes y solo había que esperar el momento perfecto para hacerlo hervir.

«¿Quién es tu próxima víctima, Mavaris?».

Se le contrajo el estómago al pensar en las opciones más plausibles. Caminó con precaución hasta la puerta del jardín, en un intento de no llamar la atención de nadie del exterior, fuera del bando que fuera. Bien sabía que, en las contiendas de ese estilo, donde reinaba el caos, siempre se disparaba antes de preguntar. De pronto, tras una puerta entreabierta, atisbó un rostro familiar.

—¡Tienes que esconderte! —la riñó René.

Lawen se acercó y la chica de las cocinas tiró de su brazo para meterla en el interior. Era un absurdo cuartucho de escobas y otros enseres de limpieza. Un palo le dio en la frente y ella lo apartó con un quejido. René la miraba, armada con un sacudidor de polvo en una mano.

—¿Había comenzado la ceremonia cuando se inició el ataque? —aprovechó Lawen para preguntar—: ¿Estaban todos fuera?

La mujer se mordió el labio.

—Todos menos el rey, el príncipe y la princesa. La ceremonia estaba a punto de comenzar y un par de guardias vinieron a darles el aviso.

Lawen asintió.

—¿Y dónde están?

René se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿No oíste nada? Es importante.

Ella pareció meditarlo un segundo.

—Hablaron de un refugio en las bodegas. —Se encogió de hombros, contrariada—. Pero he estado muchas veces allí y desconozco que exista tal lugar.

Lawen notó que el corazón le latía con violencia. Sin decir nada más, tomó uno de los palos de escoba ante la mirada atónita de la mujer y lo rompió sobre su rodilla.

—La guardia vendrá pronto —dijo—. Diles que vayan de inmediato a las bodegas. Y no salgas hasta que te asegures de que no te van a dejar como un colador.

La chica de las cocinas asintió mientras ella salía. Lawen evaluó el palo de escoba en su mano. Era un arma de risa contra alguien que jugaba con magia negra. «Mejor que llevar las manos vacías», se consoló.

Mientras lamentaba no llevar su cinturón con todos sus enseres —incluido su cuchillo—, corrió por los pasillos y se alegró de conservar

su buena memoria. Siguió el croquis de su cabeza que había tejido el primer día hasta las bodegas del palacio, donde examinó el cadáver de Frederick. Aunque René no conociera la existencia de un refugio allí, ella sí recordaba que Tonrill había preguntado por las dos puertas que se perfilaban en las paredes. Les habían dicho que eran almacenes, y, en la que realizó la autopsia, en efecto, parecía usarse para tal fin. La otra, sin embargo, más alejada, no debía frecuentarse a menudo. Recordó que le llamó la atención el aspecto abandonado y cómo las telarañas cubrían el asidero.

Aún llevaba el libro de Seronina cuando giró hacia el corredor de la izquierda. El tomo parecía hormiguear bajo su axila después de haberle revelado el secreto que escondía entre las páginas. Su mente comenzó a machacarla con todas las señales que debería haber visto. ¿Dónde estaba su particular olfato, del que siempre alardeaba? Mavaris era de las pocas personas que podían pasearse por palacio y por los eventos de la corte sin levantar sospechas. Tenía las influencias necesarias para que cubrieran sus actos. La noche del asesinato de Anne, con la excusa de su accidente, parecía haberse marchado pronto. Seguro que era el rostro que no debería haber visto Jonathan Trevelian. ¿Cómo habría explicado que vio a la princesa atentando contra la vida de la favorita del rey? Lógico que se hubiera marchado de palacio tan deprisa. Y Mavaris Mansen había movido sus hilos para asegurarse de que el anciano no se lo contara a nadie.

Lo cierto es que la princesa le había resultado simpática desde el primer momento y, aunque su lema siempre era desconfiar de todos, la había descartado demasiado rápido. Los mejores asesinos eran los más encantadores. Aceleró el paso cuando llegó al borde de las escaleras, perdida en sus pensamientos. ¿Sería la princesa capaz de matar a su propio hermano? ¿Y a su padre? Maldijo el bajo del vestido, que se le enredaba en las piernas y casi la hace caer.

La bodega estaba en silencio y la oscuridad se derramaba por las zonas donde las luces de los modernos candiles no llegaban. El olor rancio y dulce del polvo y del vino le impregnaron la nariz. Zigzagueó entre los barriles hasta el lugar donde recordaba que se habían encontrado con el doctor la última vez.

Impulsada por la facilidad con que su mente dibujaba escenas macabras, sin pensar, abrió la primera puerta de un tirón. Por suerte, el

lugar estaba vacío. Torció la cabeza al dirigirse a la segunda puerta. Las telarañas seguían en su lugar, lo que quería decir que nadie había penetrado en su interior. Aun así, decepcionada, colocó la mano sobre la manilla y la abrió. No estaba cerrada, y eso le produjo más inquietud. A la luz del candil más cercano, solo se encontró con un desalentador cubículo lleno de botellas de vidrio con algún insecto inquilino en su interior, además de algunos útiles antiguos y oxidados que nadie debía utilizar ya. Abandonó por un momento el inservible palo de escoba a un lado y examinó las paredes con las palmas de las manos, con la esperanza de encontrar un pasadizo hacia otra parte, pero no había nada.

Soltó un resoplido frustrado, pero, en ese instante, se congeló en su sitio al oír un grito ahogado. De no haber estado cerca, ni siquiera lo habría percibido. Frunció el ceño y salió de la habitación para seguir la dirección del sonido. Atravesó una larga hilera de barricas de vino muy antiguas, en alerta, con ambas manos en el palo de escoba, y esperó hasta que su fino oído percibió un murmullo. Sus pasos la llevaron hasta un espacio estrecho tras unos barriles. Ahora oyó un sollozo que, sin haber estado concentrada, habría pasado desapercibido. Siguió el pequeño pasillo en lo que se le antojó una eternidad y, al llegar al fondo, los murmullos cobraron intensidad. Había una puerta.

«Bravo. Piensa, Lawen, piensa».

No había manilla, debía cerrarse por dentro. Como un refugio. «O una mazmorra». Frunció los labios. Qué bien le vendría el saquito de pólvora de su zurrón en ese instante, por desgracia, estaba en su alcoba junto con todos sus efectos personales. En la carrera, había dejado hasta las gafas y su cuaderno de notas. ¿Qué pasaba allí dentro? Suspiró. Estaba sola, sin armas ni un plan definido. Su única opción era cometer una estupidez para ganar tiempo. Si es que no era demasiado tarde.

El murmullo del interior se interrumpió cuando se armó de valor y aporreó la puerta tres veces con el palo de escoba. Tomó aire e intentó que su voz no revelara lo nerviosa que estaba:

—Soy Lawen. Lo sé todo, Mavaris. —Hubo un quejido roto en el interior—. No voy a irme. Ya no tengo nada que perder, pero quiero toda la verdad. Me lo debes.

El silencio que siguió fue tan denso que creyó que todos los sonidos del interior habían sido fruto de su imaginación. Pero, tras unos largos segundos de espera, alguien descorrió el cerrojo.

L

Lawen

En todos sus años de vida, jamás requirió a su mente un esfuerzo tan descomunal como cuando traspasó el umbral de aquella puerta. Solo tenía un puñado de segundos para analizar la situación antes de ponerse a pensar en su siguiente paso, así que decidió hacer una de sus adoradas listas mentales para que no cundiera el pánico. Aun así, dejando su profesionalidad a un lado, lo primero que buscó su mirada fue a Elegor.

«Uno. Príncipe heredero. Maniatado en una silla al fondo, con la cabeza gacha».

Elegor levantó la mirada débilmente hacia ella. La mezcla de emociones en su rostro fue como una bofetada: dolor, ira y confusión. Cuán diferente a las miradas de pasión que había descubierto unas horas atrás.

«Dos. Mavaris. Princesa, asesina y líder de una organización contra la corona».

La hermana de Elegor tenía una mano sobre su hombro, y el detalle de ese gesto le resultó amenazador. Sus ojos claros la estudiaron como un depredador, entre la curiosidad y el salvajismo. ¿Cómo había sido incapaz de ver esa mirada?

«Tres. El cadáver de Thurgo Mansen». Los tallos de rosa espinada se habían cebado con su carne, abriéndole estómago, pecho y garganta, que aparecían casi totalmente expuestos. La sangre fresca teñía la punta de las espinas y su rostro era un rictus esperpéntico con la boca abierta y los ojos sobresalientes hacia afuera. Había llegado tarde para él.

«Cuatro. El maldito Duncan Praston, junto a la puerta, bajo una capucha negra». Tuvo que contenerse para no soltar un «Lo sabía» en voz alta. Por el contrario, le dedicó una mueca enfurecida cuando él

curvó la boca en una sonrisa escéptica al ver el palo de escoba. «Cómo me gustaría metérselo por el…». Sacudió la cabeza. «Concentración».

El rey había muerto, pero Elegor aún vivía y era su máxima prioridad. Debería usar todas sus herramientas para ganar un tiempo precioso. Caminó hasta el centro de la habitación y dejó el palo y el libro sobre la mesa. Mavaris la miró a ella y al libro alternativamente. Fue obvio que ató cabos de cómo la había descubierto.

—Gracias por devolvérmelo, señorita Storm.

Lawen ignoró su tono condescendiente y se puso las manos en las caderas.

—Debo reconocer tu pericia —dijo, manteniendo la calma—. Has conseguido engañarme. Nunca me había enfrentado a un enigma de semejante calibre, pero ahora entiendo cada paso. —Comenzó a escupir datos con rapidez en un intento de desconcertarlos—. Pusiste a Praston en mi punto de mira principal como sospechoso, todas sus acciones como cómplice eran un ardid para confundirme y alejar cualquier duda sobre ti. Incluso el botón estaba colocado adrede en el lugar del crimen de Anne, ¿me equivoco? —Mavaris permaneció en silencio, pero creyó ver cómo una de sus comisuras se elevaba—. Has sido la líder de los disidentes en la sombra, nadie tenía datos sobre ti porque aún no te habías revelado como tal, excepto a Praston. Eso te permitía mover tus hilos con extrema facilidad, ya que necesitabas un ayudante. Pero ¿por qué era necesario movilizar también a los ciudadanos? —No esperó respuesta—. Un pueblo no estalla contra su líder de la noche a la mañana. Para llegar al punto de hoy necesitabas un punto de inflexión, un… —torció la cabeza y se dio un toque en la frente—… mártir. El chico pelirrojo.

Esperaba que ella negara sus deducciones, pero, por el contrario, Mavaris sonrió. Aquel gesto sencillo le erizó la piel; de pronto, notaba la habitación mucho más fría.

—Eres muy perspicaz, Storm —dijo Mavaris—, pero no creas que obligué a nadie a morir, Terence se ofreció. —La sinceridad aplastante hizo tambalear la fachada de seguridad de Lawen—. Yo sabía cómo funcionaba la mente de mi padre. Demasiado he sufrido sus abusos durante estos años. Mientras él creía condenar a muerte a Terence para dar una lección al pueblo, yo sabía que era la mejor oportunidad para encenderlo del todo. —Aquella extraña sonrisa se acentuó.

—¿Incluso sacrificando su vida? —Lawen no disimuló la indignación en su voz—. ¿Por un líder cuya identidad desconocía?

Mavaris negó con la cabeza.

—Por el cambio. Por un futuro para sus hijos y los hijos de sus hijos. —Conforme hablaba, su voz tomó un aire carismático que gozaba de cierta atracción—. Todos los disidentes sabemos cuál es el precio a pagar por un futuro libre. Tegra me lo enseñó, y parte de sus enseñanzas están en ese libro. —Señaló el tomo sobre la mesa—. Nuestro fin es transmitir esas enseñanzas al pueblo, y para ello necesitan un líder a la altura.

Lawen apretó los puños contra la falda del vestido.

—¿Y el precio que ha pagado Tonrill? ¿Rossane? ¿Su abuelo? —Tragó saliva y añadió con malicia—: ¿Y Juliane?

Mencionar el nombre de su amante hizo que ella tensara la mandíbula de forma repentina. Con una mano acarició el flequillo a Elegor, que giró la cabeza para rechazar su contacto mientras permanecía en silencio. Mavaris suspiró.

—Mis propios demonios ya se ocupan de mi alma en las noches más oscuras —murmuró en voz baja—. Me rompí el mismo día en que me separaron de ella, pero era necesario. Sabía que la inculparían, pero, mientras tuvieran una sospechosa, yo tendría margen para actuar. —Se interrumpió y tragó saliva—. Pensé que la liberarían en cuanto maté a Frederick, pero fui una estúpida. Sabiendo lo que hubo entre nosotras, mi padre jamás permitiría que quedara en libertad. Era una forma fácil de quitarla de mi camino. —Sus ojos se tornaron más brillantes, pero ella se esforzó en no derramar ni una lágrima—. Cada visita camuflada que le he hecho en la prisión me desgarraba un poco más. El maestre domina ese lugar como si de su reino se tratase. Es terrible.

—Y tú has enviado a otro inocente allí —la acusó Lawen.

—Siento lo del enano. Me caía bien. —Odió que hablara en pasado, como si ya estuviera muerto—. Pero tenía que matar a Anne, y él se metió en mis planes. Aquella noche, Duncan tenía que entreteneros. Lo que no esperábamos era que el enano estuviera siguiendo a la duquesa. En cuanto Duncan descubrió que no estaba en el jardín, tuvimos que improvisar. —Mavaris miró el cuerpo de Thurgo—. Solo esperaba que os expulsara de la corte. Jamás pensé que lo enviaría a prisión y lo condenaría a muerte. Supongo que nuestro ardid fue demasiado

convincente, y mi padre necesitaba un culpable. —Suspiró y se colocó una mano en la cadera—. No teníais que morir ninguno. No hasta ahora.

La certeza mortal en su voz hizo que se le apretara un nudo en el vientre. Desde que había puesto un pie en aquella habitación, había sabido cuáles serían las consecuencias, pero tenía la leve esperanza de hacerla entrar en razón.

—Entiendo que me mates a mí —dijo y miró a Elegor—, pero ¿y él?

—Es justo lo que debo decidir. Aunque hay una posibilidad… —Sus sagaces ojos la miraron y esbozó una sonrisa enigmática—. Puede que no tengáis que morir ninguno. —Giró la cabeza hacia Elegor—. Hermano, solo tienes que rechazar tu condición de heredero a mi favor tras la muerte de nuestro padre. Proclámalo ante el pueblo, y los dos seréis libres. También el enano.

El silencio dominó la estancia un breve instante. Aislados bajo tierra, los sonidos del exterior parecían tan lejanos que era como si hubieran descendido a un mundo diferente.

Lawen estudió a Mavaris. Hablaba con frialdad de matar a su propio hermano, pero esa promesa… Puede que una parte de ella aún no estuviera envenenada por sus ideales, una parte que aún quería a su hermano. No era una promesa falsa ni vacía. Pero… ¿huir dejando indemne a una asesina?

Lawen podía sentir cierta empatía con ella, con su rabia tras ser apartada de la mujer a la que quería, con sus ideas de promover un cambio en aquella sociedad arcaica y vanidosa, con su impotencia tras años de ser solo una sombra junto a la figura de su hermano. Sin embargo, se le revolvía el estómago solo de pensar en engañarse a sí misma y a la sed de justicia que siempre perseguía con ahínco como investigadora. «Un asesino es un asesino en las circunstancias que sean».

Cruzó una mirada fugaz con Elegor, sabiendo que, quizá, si encontraba en sus ojos la esperanza de marcharse juntos, su idea se tambalearía. Pero, en cuanto lo hizo, al verlo con la mandíbula apretada y casi temblando de indignación, comprendió que él tampoco podría vivir con aquella carga sobre sus hombros.

—La idea de ser heredero nunca me ha emocionado, pero ¿cederte el poder de un reino que has conquistado con sangre, engaños y miedo?

—La voz del príncipe estaba rota, pero había osadía en su tono—: ¿En qué tipo de persona me convertiría? ¿Dónde estaría mi honor?

—El honor no importa si hay un fin mayor.

—¡Acabas de asesinar a padre ante mis ojos! Aunque fuera un hombre despreciable, ¡el asesinato no es la opción! ¡Solo es la vía fácil!

—Es la voluntad de Tegra —sentenció ella sin perder la calma.

—¡No! —Elegor se agitó con ferocidad entre sus ataduras—. ¡Ha sido tu maldita voluntad! ¡Tu decisión! ¡No intentes ampararte en la divinidad de Tegra para justificar tus actos! —Hizo un gesto con los labios, como si se contuviera para escupirle—. Eres un monstruo, Mavaris.

La mirada de su hermana rezumó tristeza y desprecio.

—Jamás lo entenderás, ¿verdad? —susurró—. No, tú ya has elegido bando. Prefieres luchar por esta sociedad corrupta. —Sacudió la cabeza y se acercó a la mesa para coger el saquito de tela—. No se puede parar el destino que hemos forjado. —Bajó la mirada hacia la palma de su mano y Lawen soltó un gemido al reconocer la forma de las semillas. Vio cómo se apretaba la herida reciente de la muñeca para llenarlas con su sangre—. Elegor, quería darte la oportunidad de salvarte por lo mucho que te quiero, pero debería haber sabido que siempre fuiste demasiado correcto en tus convicciones. Yo también tengo las mías. ¿Sabes por qué elegí este método? —Mostró las semillas sanguinolentas—. Necesitaba un símbolo para mi revolución, y las rosas eran una perfecta alegoría de la corte, porque, detrás de tanta belleza, siempre se esconden algunas espinas. —Su tono de voz cambió de repente y se giró hacia Lawen—. Primero ella.

Antes de que Lawen pudiera reaccionar, Duncan la agarró por detrás, inmovilizando sus muñecas a la espalda. Mavaris comenzó a pronunciar un salmo en una lengua desconocida. Una brisa cobró fuerza dentro de la habitación.

—¡No! ¡Para, Mavaris! —suplicó Elegor, inmovilizado desde su posición.

Lawen se sacudió, pero el agarre de Duncan era pétreo. La princesa no tardó en aferrarle la barbilla con una mano. La mirada vacía de sus ojos claros hizo que Lawen se planteara cuánto desconocía del mundo. No le apetecía saber qué tipo de conexión estaba haciendo ni con qué, pero esa mirada no era la de la princesa. Notó el estremecimiento de la

magia que se condensaba en la estancia y tensó la espalda desde las lumbares. Acto seguido, cerró la boca, sacudió la cabeza para liberarse de la mano de la princesa y dio un cabezazo hacia atrás con todas sus fuerzas. El impacto hizo que la nariz de Duncan crujiera. El golpe la dejó noqueada, pero consiguió el efecto que quería y se zafó de su agarre de un tirón. Luego, sin darle tiempo a reaccionar, se lanzó sobre Mavaris, le asestó un puñetazo en la cara y las dos cayeron al suelo.

Las semillas se escaparon de la mano de la princesa para esparcirse por las juntas de las piedras. Aunque la cabeza le hormigueaba, Lawen se levantó y corrió hasta Elegor para bregar con las ataduras. Dio gracias porque Duncan Praston fuera un viajero experimentado, pero no tuviera mucha idea de nudos marineros. Consiguió aflojar la cuerda antes de notar un pinchazo en el tobillo desnudo. Del suelo emergió un tallo tímido que buscaba su carne. Saltó hacia un lado para esquivarlo. Mavaris, de rodillas, comenzó una retahíla de palabras extrañas. Sus ojos ahora parecían cubiertos de una tela azul traslúcida en toda la córnea. La brisa fría se intensificó en la habitación, y los tallos de rosa comenzaron a crecer como una danza de serpientes en el aire.

No fue capaz de comprender hasta dónde llegaba el poder de la princesa hasta que la vio elevar una mano y un tallo la obedeció para enroscarse en su pierna. Las espinas se hundieron en su carne, y ella lo aceptó como una ofrenda. La sangre de su líder pareció hacer esclava a la vegetación que comenzaba a crecer del suelo, como si tuviera vida propia.

Lawen oyó el gruñido de Elegor, que había conseguido liberar una mano y forcejeaba con las ataduras de la otra. De repente, un tallo salvaje se enroscó en el gemelo de la pelirroja. Con la pierna libre, Lawen pateó la raíz del tallo en el suelo mientras las espinas se clavaban en su pierna a mayor profundidad. Consiguió liberarlo y esquivó otro tallo que iba directo a su abdomen. En apenas unos minutos, la habitación se convirtió en una trampa de ramas espinosas que trepaban por el aire hasta el techo. Duncan, también sorprendido por el despliegue de poder de su líder, fue capaz de reaccionar para abrirse paso hasta Lawen. Cuando ella esquivaba otra de las ramas del suelo, notó un brutal aguijonazo en el costado.

—No eres la única que guarda secretitos afilados en la ropa —sentenció.

El olor metálico de su propia sangre se hizo evidente cuando él retiró la hoja de la navaja de un tirón. Ella hizo caso omiso de las punzadas de dolor para asestarle una patada a su atacante. La navaja cayó al suelo, mientras los tallos de rosa trepadora se hacían más gruesos por orden de Mavaris. Lawen actuó por instinto. Con un jadeo, agarró con fuerza el tallo más cercano que se retorció entre sus dedos como un millar de agujas punzantes y rodeó con él el cuello de Praston. Sobrevivir a unas cuantas peleas de taberna tenía sus ventajas: sabía cómo dejar inconsciente a alguien. Comparado con el dolor del costado, el de las manos era más llevadero. Duncan se retorció y las espinas le mordieron el gaznate a la vez que se asfixiaba. Pronto se quedó laxo y cayó a plomo en el suelo.

Lawen tosió y el gesto la hizo contraerse con un gemido. La boca le sabía a sangre. «Mala señal». El navajazo había tocado algún órgano de su interior. Aun así, con una mano en el costado para contener la hemorragia, se esforzó en caminar hasta Mavaris. No fue capaz de avanzar mucho más porque, con un par de gestos de sus manos, dos tallos treparon dolorosamente por sus piernas. La princesa la contempló con una medio sonrisa en aquellos extraños ojos.

—Storm, has sido un tremendo fastidio.

—Me lo dicen a menudo —le dedicó una sonrisa sarcástica y volvió a toser.

Si iba a morir, que la muerte la pillara con una sonrisa en los labios.

LI

Elegor

Tenía la muñeca abrasada por el roce de la cuerda mientras luchaba con la otra mano para deshacer el nudo. El corazón le palpitaba a toda velocidad. Demasiado que asimilar como un espectador inútil desde una silla. Había contemplado impotente cómo Lawen luchaba contra Duncan. Quizá ella no era consciente, pero él sí era capaz de ver el reguero de sangre que teñía la tela del vestido en su costado derecho. Apretó los dientes al hacer fuerza de nuevo con la mano. Mavaris había inmovilizado a Lawen con los tallos de rosa.

«Magia». Aceptar una magia negra tan real era un hecho aterrador, pero ahora sabía que había capas de la realidad escondidas en las sombras. No podía reconocer a su hermana en aquel rostro helado, como si la propia Tegra hubiera poseído su cuerpo para borrar cualquier vestigio de su identidad anterior.

A un gesto de Mavaris, otro tallo apresó a Lawen por la cintura. El alarido de dolor de la mujer le hizo apretar los dientes, y, de un tirón, el príncipe se deshizo de su última atadura. Había visto el punto exacto donde había caído la navaja que llevaba Duncan. La recogió y varios tallos le cortaron el paso en cuanto intentó aproximarse a ellas. Pugnó con ellos, pero una sencilla navaja era insuficiente cuando la magia daba vida a la vegetación. Retrocedió con un corte en la mejilla y varios en los brazos.

—¡No, Mavaris! ¡Por favor!

Ella lo ignoró.

—Lo lamento, señorita Storm.

La sentencia calmada en su voz, con un deje musical y oscuro diferente al habitual, hizo que la desesperación del príncipe llegara al punto máximo. Demasiada sangre, demasiada violencia. Después de ver cómo asesinaba a su padre, su alma jamás descansaría en paz si

también dejaba que matara a Lawen. Corrió hasta la mesa, cogió el candil y lo lanzó contra el suelo de piedra. El estallido sobresaltó a su hermana y el fuego incendió los tallos más cercanos, sin tardar en extenderse de unos a otros por acción de la extraña brisa mágica que dominaba el ambiente. El aroma a quemado se extendió deprisa por la estancia junto con el humo de las plantas. Mavaris lanzó un grito de frustración y gesticuló con las manos, pero las semillas a las que había dado vida se consumían, secas y ennegrecidas. Lawen cayó al suelo, liberada de los tallos que la aprisionaban al ser pasto de las llamas. Elegor se acercó para sofocar las que le lamían la falda del vestido y la ayudó a levantarse. Mavaris seguía gritando conforme los tallos se deshacían ante sus ojos y caían lánguidos al suelo.

El fuego avanzaba sin misericordia y ya había alcanzado una de las patas de la mesa, cuya madera comenzó a chisporrotear. El humo pasó a convertirse en una densa nube que hacía la estancia irrespirable y les hizo toser. La cara de Lawen se contrajo de dolor con el gesto. A la luz de las llamas, su tez estaba pálida por la pérdida de sangre. Con la puerta cerrada y bajo tierra, el humo convertiría la habitación en una tumba antes de que llegara nadie. Dejó a la pelirroja apoyada contra la puerta, lejos del foco de combustión, y miró a su hermana. Mavaris continuaba con la mirada perdida en los tallos llameantes. Elegor frunció los labios, a pesar de todo el mal que había causado, era incapaz de dejarla atrás. Ya tendría un juicio a la altura de sus atrocidades cuando salieran de allí, pero en alguna parte de aquel extraño ser seguía estando su hermana.

—¡Mavaris, hay que salir de aquí! —Se acercó con cautela. Ella pestañeó y, de pronto, como si acabara de reparar en su presencia, se lanzó con una furia ciega sobre él.

—¡Has estropeado el símbolo! ¡Nuestro símbolo! —Su voz había adquirido un tono gutural y su mirada enloquecida lo dejó sin aliento —. ¡Que la ira de Tegra caiga sobre ti el resto de los días!

La fuerza desorbitada con que sus manos le apretaron el cuello lo cogió por sorpresa. No era la fuerza de una humana en ningún caso. A horcajadas sobre él, mientras el fuego consumía el poco mobiliario del refugio, estuvo seguro de que era la propia diosa de los enigmas la que lo estrangulaba. De repente, el rostro feroz pareció desdibujarse bajo el amparo de un velo, aunque Elegor achacó la visión a la falta de oxígeno.

—El cambio exige sacrificios, el cambio exige sacrificios… —La oyó murmurar junto a su rostro a la vez que apretaba.

El príncipe se sacudió con impotencia ante aquel poder despiadado y divino. Miró el rostro desencajado de Mavaris mientras sentía que le arrebataba el hálito de la vida. Abrió la boca en un intento vano de coger aire, pero el agarre férreo de sus manos era insalvable.

Una hebra de consciencia le recordó que aún llevaba la navaja en la mano. Dudó, era ella o era él, no podrían salir los dos con vida de allí. Un punto de no retorno. La apuñaló en la espalda. Ella soltó un gemido. Conforme la hoja se hundió en su interior, miles de recuerdos lo asaltaron en una oleada demoledora: carreras por los jardines, juegos de escondite entre las cuadras, paseos a caballo, lecturas a media noche y bollos de crema compartidos en un rincón de un cuarto de escobas cuando querían huir de las riñas de Thurgo. Por aquel entonces, solo eran dos hermanos que se querían a rabiar. Ni príncipe, ni princesa, ni tronos, ni juegos de poder, ni conspiraciones.

Era incapaz de entender cómo habían llegado a ese instante, pero, con los ojos anegados en lágrimas, repitió el ataque de forma mecánica hasta tres veces. La sangre le empapó las manos justo cuando las de ella comenzaron a perder fuerza. Sus manos seguían sin soltarlo, aún amparada por esa extraña fuerza que la poseía. Mavaris tomó una bocanada de aire, y lo que fuera que la poseía pareció dejarla libre y evaporarse para mezclarse con el humo, dejándola lánguida. Elegor recuperó el aliento con un dolor pulsante en la garganta y liberó el nudo del pecho con un sollozo desgarrador mientras abrazaba el cuerpo mustio. Olvidó por un instante todo el mal que había hecho para acunarla entre sus brazos.

¿Cómo odiar a alguien a quien había querido tanto? Sus sentimientos se mezclaron en un tornado de confusión hasta que la parte cuerda de su mente le hizo reaccionar cuando una de las botellas de vino estalló por el cambio brusco de temperatura. Tenía que salir de allí. Apartó el cuerpo húmedo de su hermana y lo dejó en el suelo de piedra con suavidad. Sus ojos habían recuperado su tono habitual, perdidos en un punto fijo.

El fuego ya casi alcanzaba la parte baja de la puerta. Entre el humo, advirtió la silueta inconsciente de Lawen, que se había desplomado muy cerca de la salida. Descorrió el cerrojo, cuyo metal quemaba ya las

yemas de los dedos, y tomó en brazos a la pelirroja mientras tosía y esquivaba las lenguas de fuego. Pateó la puerta para abrirla, con la cabeza embotada por la intoxicación de humo, y la atravesó.

Una vez cruzó el dintel, no pudo evitar echar un vistazo atrás. Un escalofrío de terror le sacudió toda la espina dorsal. Las llamas abrazaban el cuerpo de su hermana, fundiéndose con su vestido rojo y con las rosas de su pelo. Una silueta oscura, sin forma, estaba junto a ella, quieta, velándola. Oyó con claridad los sollozos de duelo a pesar de que sabía que nadie más podría oírlos. Unos círculos blanquecinos cobraron forma en el rostro de la silueta. Pocas veces un mortal mira a los ojos a un dios. La presión de esa mirada juzgadora fue tan fuerte que tuvo que obligarse a caminar. Tragó saliva, a sabiendas de que no olvidaría ese instante jamás. Fue entonces cuando Elegor Mansen, el más devoto a los dioses del reino de Longlake, le dio la espalda a uno de ellos. Su fe se rompió y supo que jamás volvería a doblegarse a los designios de nada que no fuera su propia voluntad.

LII

Lawen

«¿Qué delicia es esta?», pensó al mover las piernas en la extrema suavidad de las sábanas. Dudaba que estuviera en su sencillo jergón de Greenstone, donde no tener una familia de pulgas que acompañaran las noches era ya un detalle diferenciador de la mayoría de la población. Lawen notaba el cuello y la cabeza asentados cómodamente sobre una superficie mullida y con un perfume suave. Sin haber abierto los ojos y aún con los recuerdos difusos, se extrañó tanto por esos detalles que se incorporó de súbito. Un ramalazo de dolor le cruzó el lado derecho del cuerpo para destrozar todas esas maravillosas sensaciones.

—¡Mierda! Pero ¿qué…?

Abrió los ojos. Una cama de sábanas de seda, doseles a juego, muebles de nogal y jarrones de plata le llenaron la mirada con toda esa opulencia. Todos los objetos colindantes armonizaban con el lugar, todos, menos ella. Frunció el ceño, confusa. Una dama que le era familiar se levantó de su posición junto a la cama.

—Al fin estás despierta. —Su cerebro astuto, pero muy lento por ahora, le recordó que era Elisa.

La hermana de Frederick no presentaba buen aspecto. Las ojeras cubrían sus ojos y tenía una brecha en la mejilla con bastante mala pinta. Aun así, descubrió el alivio y la calidez en su mirada. Lawen aceptó un poco de agua; tenía la lengua acolchada y un regusto amargo en la garganta. A pesar de todo, la voz ronca no le impidió avasallarla a preguntas cuando su cerebro se puso a trabajar al recordar los últimos acontecimientos.

—¿Dónde está Elegor? ¿Y Mavaris? ¿Se ha sofocado la rebelión? ¿Tonrill está bien?

—Calma —dijo ella, tocándole la frente—. El doctor Rubens me dijo que le avisara en cuanto despertaras para evaluar tu estado. No parece

que tengas fiebre. Bien. —Bajó la mano y la miró a los ojos—. Llevas dos días inconsciente. Ingeriste mucho humo y la herida del costado te abrió el intestino, pero se ha podido reparar. Vuelvo en un momento.

La pelirroja la agarró del brazo antes de que se alejara.

—No. Tú no sales de aquí hasta que me lo cuentes todo.

Elisa alzó una ceja.

—Tienes que…

—Elisa.

—De acuerdo.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. No te dejes nada. —Vio que ella dudaba—. Puedo ser muy molesta si me lo propongo.

—No lo dudo.

Elisa suspiró e inició el relato. El pueblo había conseguido penetrar en los jardines. El enfrentamiento y el caos se desataron mientras la guardia intentaba controlar la situación. Quince nobles perecieron, muchos salieron heridos de gravedad y hubo una docena de muertos de la ciudadanía. Los jardines de palacio de los Mansen se llenaron de gritos, sangre y desesperación. En cuanto la guardia pudo contener la situación y fueron a buscar al rey al refugio, encontraron a Elegor cargando en brazos a Lawen. Un incendio se había extendido por la zona subterránea de las bodegas. Ni los más expertos se explicaban cómo había sido posible que el fuego se extendiera con tanta rapidez en un ambiente seco y sin corrientes de aire. Tardaron casi cinco horas en aplacar las llamas que acabaron con toda la reserva de barricas del subterráneo. Entre las cenizas, recuperaron los cuerpos carbonizados de Thurgo Mansen, Duncan Praston y Mavaris Mansen.

—Yo debería haberlo visto… Debería haber sabido que ella… —se recriminó Elisa con una mano en la cara.

—Nos engañó a todos. Incluso a mí. —Intentó que no se notara su orgullo herido en aquella afirmación—: No hice mi maldito trabajo.

Un carraspeo masculino las interrumpió.

—¡Que me aspen! Storm admitiendo sus errores. —Muller la miraba con una ceja levantada—. Sus heridas deben ser más graves de lo que aparentan.

El archiduque Micanstone parecía bastante sano, excepto por un corte que le cruzaba la mandíbula y del que seguro se aprovecharía en un

futuro para elaborar una historia vanidosa que contar a sus amigotes. A su lado, estaba Elegor. Su mirada se encontró un instante con la del príncipe. El semblante de él era impenetrable, pero, entre la máscara de dolor y derrota, vio cómo se encendía una chispa de calidez al cruzarse con sus ojos. Por un segundo, el gesto hizo que su corazón brincara en el pecho de una forma más que irritante. «Te alegras de verlo más de lo que deberías, pero actúa con normalidad. Pronto será un hombre casado, si es que no lo está ya». Miró a Muller y le dedicó una mueca.

—Anota el día en un calendario si quieres, Micanstone, porque no volverá a repetirse.

—Lo sospechaba —respondió él con un encogimiento de hombros y su tono cambió—: En cualquier caso, debo reconocer sus habilidades, señorita Storm, si no llega a ser por usted… —Palmeó el hombro de Elegor—. Habría perdido la compañía de este idiota.

El príncipe le dedicó una sonrisa breve y Muller volvió su atención a Elisa.

—¿Me acompañas a avisar al doctor Rubens? —La chica asintió casi antes de que terminara la frase. El tono de Micanstone encerraba tantos matices que Lawen alzó una ceja. ¿Hasta qué punto sabía Muller lo que había ocurrido entre ellos? La miradita que les dedicó antes de marcharse le confirmó que tenía una información bastante completa.

La habitación que le habían asignado era enorme, pero, en cuanto la pareja salió, fue como si empequeñeciese. Miró al príncipe mientras él se acercaba.

—¿Es que no podía reposar en mi humilde habitación en la zona de servicio? —se quejó en un intento de romper la extraña tensión—. Tanta plata me da dolor de cabeza.

La comisura de él se curvó un instante, y se quedó de pie, junto a su lecho, en actitud prudente.

—¿Cómo estás?

—Como si alguien me hubiera agujereado las tripas.

Esta vez los labios de él fueron incapaces de contener una sonrisa. Se odió por lo arrebatador que le resultó el gesto y el deseo de que recortara la distancia para frotar la mejilla sobre aquella barba rubia. Las caricias de la noche en la biblioteca habían sido muy insuficientes para ella, pero ahora debían volver al trato correcto y cordial de la aristocracia.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

Él se cruzó de brazos.

—Las heridas físicas no duelen tanto como las emocionales. ¿Me equivoco? —se adelantó ella—. Lo siento.

Elegor suspiró.

—Pocas veces te equivocas, Storm.

Su tono era tan desolador que tuvo ganas de abrazarlo contra su pecho. Desechó esos molestos impulsos para preguntar por la otra persona que más le importaba en aquellas tierras.

—¿Y Tonrill?

—Libre —respondió él. El alivio fue tan grande que ella escupió el aire sonoramente—. Tardará poco en venir a verte. Necesitaba alimentarse como es debido y… reponerse. —Lawen no sabía si quería conocer las torturas a las que había estado sometido. Su semblante debía reflejar toda esa turbación, porque él puso la mano sobre la suya en un gesto tranquilizador—. Estará bien, Lawen. No es tu culpa. Ese maestre… Tuve que presentarme en persona para que lo liberara. Ha sido mi primera acción como rey de Longlake.

«Rey». Así que ya había aceptado el cargo y debía haberse casado con doña Perfecta. Una punzada de dolor le cruzó el costado, pero no supo bien si fue por la herida, o por el peso de esa nueva realidad.

—¿Y Juliane? —preguntó, en un intento de encauzar su mente a cerrar todos los hilos del tejido del caso.

—La han llevado a casa de sus padres, aunque… —Contrajo el gesto —. Está muy trastornada. No creo que vuelva a ser la de antes.

Ella asintió.

—Nadie volverá a ser el de antes.

Se incorporó con los dientes apretados. El dolor en el costado era endiablado, pero no quería seguir hablando con él en posición horizontal. Jadeó y él se apresuró a colocarle un almohadón en la espalda. La cercanía y el roce de sus dedos en el hombro hizo que ella sintiera la boca aún más seca. Al separarse, lo vio tragar saliva, con la mirada de esos ojos grises en cada uno de sus movimientos. Saber que alguien la analizaba de forma tan intensa como ella solía hacer con el resto del mundo era una sensación que le calentaba las entrañas. Aunque sabía que tratar el tema le haría daño, su pérfida lengua no se contuvo.

—Y, ahora que eres rey, ¿ya tienes a tu esposa? Seguro que Regina será una reina… obediente.

La mirada de Elegor siguió recorriendo sus facciones con intensidad.

—No necesitaré una esposa —murmuró—, porque mi segunda acción como rey ha sido firmar un acta de rechazo al trono y un edicto de votación popular para abolir la monarquía.

Lawen abrió la boca por la sorpresa y una chispa de esperanza se encendió en su pecho.

—La semilla de los disidentes sigue creciendo en la población, aunque Mavaris ya no esté —continuó él y la voz se le entrecortó al nombrar a su hermana—. En todo ese fanatismo supe reconocer que, en cierta parte, ella tenía razón. Esta sociedad, tal y como está configurada, es obsoleta. He decidido darle al pueblo una oportunidad de decidir su destino, y así lo han hecho. —Suspiró—. La era de los reyes ha acabado para Longlake. Todo se decidirá por votación. Ahora, el poder lo ostentará un comité de representantes de todas las castas presidido por Yorgen.

—¿Yorgen?

Elegor asintió.

—Quién mejor que él. Es un hombre cultivado en lo bueno y en lo malo, conoce la riqueza y la pobreza, y siempre ha gozado de una diplomacia envidiable para ganarse la simpatía de todos los que se cruzan en su camino.

—¿Y la corte está de acuerdo con eso? —dudó ella con una ceja levantada.

—No, pero han gozado de demasiados privilegios durante mucho tiempo. Habrá problemas y desacuerdos, por supuesto, y pasarán años hasta que este nuevo sistema se implante de forma eficaz, pero confío en que, poco a poco, la semilla del cambio que plantó Mavaris evolucione para dar vida a una sociedad más sana en todos los estratos sociales.

Lawen cabeceó ante el tono determinado de su voz. Demasiados cambios como para asimilarlos con tanta rapidez.

—Pero ¿y tú?

Elegor miró un instante al exterior tras la ventana antes de volver la mirada hacia ella. Había un brillo desconocido que Lawen no había visto antes.

—Gracias a alguien descubrí que nunca he querido ser rey. —Se sentó en el espacio libre en la cama sin apartar los ojos de los suyos—. Sin ti jamás me habría cuestionado mis principios. Me ayudaste a saber lo que quiero. —El corazón de ella comenzó a latir desbocado cuando su mirada la recorrió intencionadamente—. ¿Sabes? En cuanto salí esa mañana de la biblioteca, fui ante mi padre y me negué a casarme si no te dejaba con vida. Estaba dispuesto a pasar por el altar si eso te salvaba, a pesar de que sabía que era un error. Por primera vez en mi vida, me importaba alguien por encima del honor. —Buscó su mano para entrelazar los dedos con los suyos.

Un silencio se instaló entre los dos.

—Es difícil dejarme sin palabras —reconoció ella con un mohín que se convirtió en una sonrisa—. Y, ahora, ¿qué?

—Después de todo lo que he vivido aquí, no estoy preparado para dirigir nada, necesito alejarme, explorar otros lugares. Quizá sea la única forma de recomponer los pedazos de mí mismo. —Sus dedos acariciaron los suyos con calidez—. Y me vendría bien una compañera.

Lawen lo estudió y torció la cabeza al comprender. El gesto hizo que él sonriera.

—¿Y tus dioses?

Elegor frunció los labios.

—He condicionado mi vida demasiado a ellos —explicó—. Es hora de que tome el camino que yo decida. Y el camino es este. —El muro de contención se evaporó cuando, con dulzura, él le tomó la cara entre las manos para besarla. Fue un beso dulce y prometedor. Cuando ella levantó el brazo para acercarlo más, el latigazo de la herida hizo que soltara un gemido. Justo en ese instante, oyeron un rumor de pasos en la entrada.

—Te dejo sola unos días y no te basta con destruir un reino, sino que, además, corrompes al pobre príncipe, patilarga.

La sonrisa de Tonrill desde la puerta fue un bálsamo para sus heridas. Elegor y ella se separaron, y Lawen abrió los brazos, haciendo caso omiso al dolor.

—Cállate y ven aquí, enano gruñón. —Él se acercó a zancadas con sus cortas piernas para auparse en la cama y abrazarla. Al sentirlo junto a ella, susurró—: Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Se separó para mirarla a los ojos y ella vio los moretones que le salpicaban el rostro. Las lesiones que guardaría por debajo del jubón y la chaqueta no eran visibles, pero no serían pocas. Y tampoco la engañaba con esa mirada de fingida normalidad. Veía una sombra de agonía en sus ojos, pero siempre había sido un hombre tan valiente como lenguaraz.

—Me pondré bien con el tiempo —dijo él, adivinando el cauce de sus pensamientos—. Pero ayudaría de forma inimaginable una buena cena y unas copas del mejor licor de Longlake.

Elegor lo miró y se encogió de hombros.

—Me temo que nuestras reservas de la bodega están destruidas, pero hablaré con Yorgen. Estoy seguro de que le encantará compartir contigo una botella de su licor secreto y extrafuerte.

—Más le vale. Ahora soy un expreso, eso engrosa considerablemente mi lista de cualidades por las que deben respetarme. —Guiñó un ojo—. Y quizá también me hace más atractivo a ojos femeninos. Tendré que dar las gracias al reino de Longlake por darme una historia más que contar en mis noches de taberna.

Lawen meneó la cabeza.

—No tienes remedio.

—Tampoco tú.

—¿Soy la única a la que le suenan las tripas?

—No, pero me extraña que seas tú la primera que lo diga.

—Lo primero que se contagia son las malas costumbres.

Y, allí, en medio de su chispeante duelo verbal, Lawen se sintió un poco culpable, porque, después de toda la muerte y la desgracia de los últimos días, mientras Elegor los miraba con una sonrisa divertida y la sutura de la herida le escocía, se sintió feliz, en paz y *en casa*.

Su mente, acostumbrada a resolver los enigmas más complejos, descubrió en aquel instante que la sensación de hogar no la daba un lugar bonito y acogedor, sino las personas con las que compartirlo.

EPÍLOGO

Caminaba por un sendero oscuro y sus pasos hacían crujir los tallos muertos del suelo. Alzó la mirada y, perfilado entre la luz de la luna, vio un templete de columnas amarillentas. No había más rastro de vida que el de su aliento helado en el aire y el eco de los latidos de su corazón en sus oídos.

Por mucho que quisiera salir del sendero hacia derecha o izquierda, supo que sus pasos lo llevarían hacia delante. Siempre lo hacían. Atravesó las columnas de entrada y se topó con la estatua nívea central. La piel marmolada esculpía una forma que conocía a la perfección. Los ojos de su hermana lo miraron sin ver desde su posición encima del pedestal. Sus manos se unían en el pecho y sostenían una rosa, también esculpida en mármol. Elegor intentó hablar, pero fue incapaz, como si su voz muriera al llegar a sus labios.

Un crujido a su izquierda le hizo sobresaltarse. Una rama comenzó a crecer sinuosa para enroscarse con obediencia alrededor de una columna. Las espinas crecían conforme esta avanzaba y sus puntas parecieron brillar con el reflejo de la luna. Un par de crujidos más, y otros tallos comenzaron a brotar de la tierra. Crecían a toda velocidad y Elegor intentó retroceder, pero lo asieron de las muñecas y le destrozaron la carne sin piedad.

Cuando, desesperado, miró al frente, los ojos de la estatua ya no eran de mármol, sino que habían tomado un tono negro en toda la esclerótica. Su expresión se contrajo en una media sonrisa, cruel y ladina. Al intentar gritar, Elegor notó que uno de los tallos se metía por su boca para desgarrarle la garganta. Comenzó a ahogarse con su propia sangre y…

Despertó de súbito con una mano en la garganta. Jadeó con el corazón revolucionado; estaba empapado de sudor. A su lado, un brazo lo atrajo hacia sí y pegó su pecho desnudo contra él.

—¿Otra vez?

Elegor asintió.

—Hacía ya casi dos semanas desde la última. Vas progresando. —Lawen se levantó del catre, desnuda, con la piel bañada por la luz de la luna que entraba por la ventana del agobiante camarote. Le trajo agua y encendió la vela de la mesita. Elegor bebió y dejó que el cuerpo cálido de ella se arrimara al suyo. El balanceo del navío era suave aquella noche, o, quizá, después de dos meses de travesía, su estómago ya se había acostumbrado y no devolvía por las esquinas todo lo que ingería.

Cambiar de vida no había sido fácil. Tras dejar Longlake, Lawen había decidido ceder a sus deseos y tomarse unas vacaciones para explorar mundo más allá de aquellas tierras. Tonrill se unió a ellos, aludiendo a que también merecía conocer los placeres de tan exóticos lugares. Sin embargo, Elegor sabía la verdad, ambos amigos eran incapaces de separarse.

Con una buena suma de oro en los bolsillos —su único derecho tras rechazar la corona—, tomaron un barco y, después de haber visitado varias ciudades, ahora se hallaban camino a las islas del noreste. Todos habían oído rumores de las extrañas especies animales, las comidas y las personas dispares que allí habitaban, y la curiosidad había sido demasiado fuerte como para pasarla por alto.

Ahora, disfrutaba del anonimato de ser un hombre normal fuera de Longlake. Después de años de rígidas normas, estudios y obligaciones, había descubierto un espíritu aventurero que le henchía el corazón y al que podría acostumbrarse. Miró a Lawen. Ella lo hacía todo mejor, aunque no siempre fuera fácil. Día tras día, pelaban sus armaduras interiores para mostrar una parte más al otro. A veces, sus caracteres chocaban y acababan en una pelea furiosa por una nimiedad; otras, se arrancaban la ropa con urgencia en un rincón sin poder esperar a llegar a una superficie horizontal. Era tan perturbador como desquiciante, pero le hacía sentir vivo.

Lo único que empañaba aquella extraña rutina eran sus pesadillas. Había soñado con espinas desde el incidente. Y, aunque ya se espaciaban más, esos sueños volvían de vez en cuando. Dudaba que desaparecieran en algún momento, porque, en el fondo, un rastro de culpabilidad le arañaba el alma. Sabía que no podía cambiar todo lo acontecido, pero, quizá, si se hubiera desarrollado de otra forma, él podría haber salvado a Mavaris de sí misma.

—Algún día dejarás de sentirte así. —La voz de Lawen era dulce, como si supiera a la perfección en lo que pensaba. Habían tenido mucho tiempo para hablar y su olfato para descifrarlo estaba cada vez más refinado—. Mientras tanto, creo que mi mejor opción será distraerte.

—¿Distraerme?

Ella le dedicó una sonrisa maliciosa y su cabello rojo se meció cuando el barco superó una ola más salvaje que las anteriores. Lawen le arrebató la sencilla sábana que lo cubría y se puso a horcajadas sobre él mientras posaba las manos en su pecho.

—Así es. Las veces que haga falta. —Sus dedos le acariciaron el pecho para bajar por el abdomen—. Aún tengo muchos trucos que enseñarte. ¿Preparado para una nueva lección ahora?

Él la agarró del trasero y rodó para quedar sobre ella.

—Ahora y por toda la eternidad, señorita Storm.